

An aerial night view of a suburban neighborhood. The scene is illuminated by a cool blue light, suggesting dusk or dawn. In the foreground, a road with power lines runs diagonally. To the left, a house with a blue roof and glowing windows is visible. In the center, a small boat is docked near a house. To the right, a larger house with a dark roof and a street lamp is shown. The background features more houses and trees, with a winding road or path. The overall atmosphere is quiet and residential.

# Pequeños fuegos por todas partes

## Celeste Ng

ALBA ● CONTEMPORÁNEA

Celeste NG

---

Pequeños fuegos  
por todas partes

Traducción  
Pablo Sauras

ALBA

*Para quienes siguen su propio camino, encendiendo pequeños fuegos*

Puede usted adquirir un terreno a través de la School Section o Shaker Country Estates o una de las viviendas que ofrece nuestra empresa en diferentes barrios [de la ciudad]: en todo caso podrá practicar golf, equitación, tenis y navegación; y su propiedad siempre estará protegida contra la depreciación y cualquier contingencia.

Anuncio de The Van Sweringen Company, empresa creadora y  
promotora de Shaker Village

En realidad, los vecinos de Shaker Heights no son muy distintos de los de cualquier ciudad de Estados Unidos. Puede que tengan tres o cuatro coches en lugar de uno o dos, y dos televisores en lugar de uno; puede que en la boda de una joven de Shaker Heights haya ochocientos invitados en lugar de cien, y actúe la orquesta de Meyer Davis, llegada de Nueva York, en lugar de una banda local. Pero no son más que diferencias de grado. «¡Somos gente simpática y lo pasamos estupendamente!», le oí decir hace poco a una mujer en el Shaker Heights Country Club, y es verdad que los habitantes de esta ciudad utópica parecen llevar una vida feliz.

«The Good Life in Shaker Heights», artículo publicado en  
*Cosmopolitan* en marzo de 1963

## Uno

AQUEL VERANO, EN SHAKER HEIGHTS, todo el mundo hablaba de ello: Isabelle, la pequeña de los Richardson, había perdido definitivamente la cabeza y había quemado la casa. En la primavera, los chismes habían girado en torno a Mirabelle McCullough —o May Ling Chow, según de qué lado estuviese uno—, y ahora por fin había algo nuevo y excitante que comentar. Aquel sábado de mayo, poco después del mediodía, los clientes que empujaban los carritos de la compra en Heinen's oyeron de pronto un aullido de sirenas: los coches de bomberos se alejaban en dirección al estanque de los patos. A las doce y cuarto había cuatro aparcados desordenadamente en Parkland Drive, delante de la casa de los Richardson, cuyos seis dormitorios estaban en llamas; y hasta a un kilómetro de distancia se distinguía el humo que ascendía en un nubarrón detrás de los árboles. Más tarde diría la gente que aquello se veía venir; que Izzy estaba un poco trastornada, que los Richardson siempre les habían parecido una familia rara, y que nada más oír las sirenas supieron que había ocurrido algo terrible. Izzy se había marchado hacía tiempo, así que no tenía nadie que la defendiera, y la gente podía hablar —y hablaba— sin tapujos. Sin embargo, aquel día de mayo, cuando llegaron los bomberos, nadie sabía bien lo que sucedía ni lo averiguaría hasta pasado un buen rato. Los vecinos se apiñaron lo más cerca que pudieron de la improvisada barrera —un coche patrulla aparcado en diagonal a varios cientos de metros de distancia— y vieron a los bomberos desenrollar las mangueras con el gesto adusto de quien sabe que no hay nada que hacer. Al otro lado de la calle, los gansos, impasibles, metían la cabeza en el agua para buscar algas.

La señora Richardson estaba fuera, en medio del césped, apretando el cuello de su bata azul claro. Ya era mediodía, pero todavía estaba durmiendo cuando saltaron los sensores de humo. No se había acostado hasta bien entrada la noche,

y había decidido dormir hasta tarde: se lo merecía, pensó, porque había tenido un día algo difícil. La noche anterior había visto, por una ventana del piso de arriba, un coche pararse delante de la casa. El camino de entrada era largo y curvo, un arco de herradura que iba desde el bordillo hasta la puerta principal: la calle estaba a más de treinta metros de distancia, así que no la veía con claridad; y además, a pesar de que eran las nueve de la noche de un día de mayo, estaba oscuro. Pero los faros del coche estaban encendidos, y la señora Richardson reconoció el pequeño Volkswagen de color café de su inquilina, Mia. Se abrió la puerta del copiloto y apareció una silueta delgada: era Pearl, la hija adolescente de Mia, que dejó la puerta entreabierta. La luz del techo iluminó el interior como si fuera un teatro de sombras; pero el coche estaba lleno casi hasta el techo de cajas y bolsas, por lo que la señora Richardson apenas distinguió la cabeza de Mia, el moño descuidado en la coronilla. Pearl se inclinó sobre el buzón: la señora Richardson imaginó el leve chirrido de la caja al abrirse y cerrarse. Entonces Pearl volvió deprisa al coche y cerró la puerta. Las luces de frenado se encendieron y luego se apagaron un instante, y el Volkswagen se alejó despacio en medio de la creciente oscuridad. Aliviada, la señora Richardson bajó al buzón, donde encontró un juego de llaves en un aro sencillo. No había ninguna nota. Por la mañana tenía pensado ir a mirar la casa de Winslow Road, aunque sabía que para entonces ya se habrían marchado.

Así se explica que la señora Richardson se hubiese permitido dormir hasta tarde. Ahora eran las doce y media, y ella estaba en medio del césped, con la bata y unas zapatillas de tenis de su hijo Trip, mirando cómo ardía su casa. Despertada por el chillido del detector de humo, había corrido de una habitación a otra buscando a Trip, Lexie y Moody. Se dio cuenta de que no había buscado a Izzy, quizá porque ya sabía que su hija tenía la culpa. No había nadie en los dormitorios; en todos olía a gasolina y un pequeño fuego chisporroteaba en el centro de cada cama, como si una *girlscout* demente hubiese acampado allí. Cuando miró en el cuarto de estar, el salón, el cuarto de juegos y la cocina, el humo había empezado a propagarse. Finalmente salió corriendo de la casa. Los bomberos habían sido alertados por el sistema de seguridad antiincendios, y ya se oían las sirenas acercarse. En el camino de entrada vio que no estaba el todoterreno de Trip, ni el Ford Explorer de Lexie, ni la bicicleta de

Moody, ni, por supuesto, el sedán de su marido. Alguien tendría que llamarle al trabajo. Entonces se acordó de que Lexie, gracias a Dios, había pasado la noche en casa de Serena Wong. Se preguntó dónde se habría metido Izzy. A sus hijos varones tenía que contarles lo ocurrido, pero tampoco sabía dónde buscarlos.

Cuando los bomberos apagaron el fuego, la casa no se había incendiado por completo, como temía la señora Richardson. Las ventanas estaban todas destrozadas, pero seguían en pie la estructura de ladrillo –mojada, ennegrecida y humeante– y la cubierta, cuyas tejas de ladrillo, empapadas, brillaban como escamas de pez. A los Richardson no se les permitiría acceder al interior en unos cuantos días, ya que los técnicos del departamento de incendios tenían que inspeccionar las vigas que no se habían caído; pero, aun observando la casa desde el césped –la cinta amarilla que decía PRECAUCIÓN les impedía acercarse más–, la familia se percató de que apenas se podría rescatar nada.

–Dios mío –dijo Lexie.

Estaba sentada en el capó del coche, que había aparcado al otro lado de la calle, sobre la hierba que bordeaba el estanque. Poco después de la una, el doctor Wong la había despertado sacudiéndole el hombro. Ella y Serena seguían dormidas en la cama *queen size* de esta, las dos acurrucadas y dándose la espalda.

–Lexie. Despierta, Lexie –susurró el doctor–. Tu madre acaba de llamar.

Las dos amigas habían estado hasta las dos de la mañana hablando –como habían hecho toda la primavera– de la pequeña Mirabelle McCullough, discutiendo si la decisión del juez había sido justa o no, si los nuevos padres debían tener la custodia o la madre natural recuperar a la niña.

–¡Mirabelle McCullough ni siquiera es su verdadero nombre! –había dicho finalmente Serena.

–La madre renunció a su hija, y con ella al derecho a ponerle nombre –había respondido Lexie, y las dos se habían sumido en un hosco silencio hasta quedarse dormidas.

Ahora, mirando el humo que salía de la ventana de su dormitorio –la que daba al césped–, Lexie pensó en todo lo que el incendio había arruinado. Todas las camisetas de la cómoda y los vaqueros del armario. Todas las notas que Serena le había escrito desde que las dos estaban en el sexto grado, y que aún guardaba

como pelotitas de papel en una caja de zapatos colocada debajo de la cama. La cama misma, con las sábanas y el edredón calcinados. El ramillete que su novio, Brian, le había regalado cuando volvió a casa, y que ella había dejado secar por vanidad: los pétalos se habrían oscurecido, pasando del rojo rubí al color de la sangre seca. Ahora no quedaban más que cenizas. En cuanto a la ropa y las demás cosas que se había llevado a casa de Serena, se dio cuenta de que había tenido más suerte que el resto de su familia: en el asiento de atrás del coche había una bolsa de lona, unos vaqueros, un cepillo de dientes. Y un pijama. Miró a sus hermanos y a su madre, que seguía en bata en medio del césped, y pensó: *No tienen más que la ropa que llevan puesta.*

Trip estaba detrás de ella, pasándose distraídamente una mano por el pelo. El sol estaba muy alto, y el sudor le realzaba los rizos, dándole un aire bastante apuesto. El muchacho había estado jugando al baloncesto en el centro comunitario cuando oyó las sirenas de los bomberos; pero no le había dado importancia. Más tarde, a la una, le había entrado hambre a todo el mundo, y Trip había vuelto en coche a casa. A pesar de tener las ventanillas bajadas, no había notado —cosa muy propia de él— la enorme humareda que se iba acercando. Finalmente, al ver su calle cortada por un coche de policía, se había dado cuenta de que pasaba algo. Les había explicado a los agentes quién era, y al cabo de diez minutos le habían dejado aparcar el todoterreno enfrente de la casa. Lexie y Moody ya habían llegado. Ahora estaban los tres sentados en el capó por orden de edad: así aparecían en todas las fotos de familia que había colgadas en el hueco de la escalera, y que el incendio habría reducido a cenizas. Lexie, Trip, Moody: la estudiante del último año, el del penúltimo y el de segundo. Los tres sintieron el vacío que había dejado Izzy, la estudiante de primer año, la oveja negra, la loca.

—¿Dónde vamos a vivir? —preguntó Trip.

Se quedaron callados un instante mientras pensaban en la situación.

—Pillaremos una habitación de hotel o algo así —dijo finalmente Lexie—. Creo que eso es lo que hizo la familia de Josh Trammell.

Todos conocían la historia: unos años antes, un estudiante del segundo curso, Josh Trammell, se había quedado dormido con una vela encendida y había quemado la casa de sus padres. En el colegio, sin embargo, se rumoreaba desde

hacía tiempo que no había sido una vela, sino un porro; pero la casa había quedado tan destruida que era imposible saberlo, y Josh se había mantenido firme en la primera versión de los hechos. Aunque ya había pasado mucho tiempo, y Josh se había licenciado hacía poco con la máxima calificación por la Universidad Estatal de Ohio, aún se le conocía como *el gilipollas aquel que quemó su casa*. Ahora, evidentemente, el incendio de la casa de los Trammell dejaría de ser el más famoso de la historia de Shaker Heights.

—¿Una sola habitación? ¿Para todos?

—Lo que sea. Dos habitaciones. O nos instalamos en las Embassy Suites, no lo sé. —Lexie se puso a dar golpecitos con los dedos en la rodilla. Necesitaba fumar, pero, después de lo ocurrido (y con su madre y los diez bomberos delante), no se atrevía a encender un cigarro—. Ya lo decidirán papá y mamá. Y el seguro lo pagará todo.

No tenía más que una vaga idea de cómo funcionaba lo del seguro, pero le parecía verosímil que cubriera el hotel. En todo caso era asunto de los adultos, no suyo.

Los últimos bomberos salieron de la casa mientras se quitaban los cascos. Había desaparecido casi todo el humo, pero en todas partes quedaba una humedad agobiante, como la que invade el cuarto de baño después de una larga ducha caliente. El capó del coche se estaba calentando. Trip estiró las piernas sobre el parabrisas y golpeó los limpiaparabrisas con la punta de la chancla. Se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Lexie.

—Me imaginaba a Izzy corriendo de un lado para otro, encendiendo cerillas por todas partes. —Resopló—. La muy demente.

Moody estaba sentado con las piernas cruzadas, al lado de su bici.

—¿Por qué estáis todos tan seguros de que ha sido ella?

—Venga, hombre —contestó Trip. Se bajó del capó de un salto—. Ha sido Izzy. Además estamos todos aquí. Mira a mamá. Y papá está de camino. ¿Quién falta?

—Izzy no está, vale. ¿Solo ha podido ser ella?

—Papá estaba en el trabajo —recordó Trip—. Lexie, en casa de Serena. Yo estaba en Sussex jugando al baloncesto. ¿Y tú?

Moody vaciló.

–Yo me fui en bici a la biblioteca.

–¿Lo ves? Ya está. –Trip lo tenía muy claro–. En casa solo estaban Izzy y mamá. Y mamá estaba durmiendo.

–Puede que hubiera un cortocircuito. O puede que alguien se dejara el horno encendido.

–Dicen los bomberos que había pequeños fuegos por todas partes –dijo Lexie–. Varios focos. Posible uso de acelerantes. No ha sido un accidente.

–Siempre ha estado mal de la cabeza, lo sabemos todos –sentenció Trip, reclinándose contra la puerta del coche.

Al otro lado de la calle, los bomberos empezaron a enrollar las mangueras. Los tres hermanos Richardson les vieron dejar las hachas y quitarse los uniformes. Los trajes amarillos echaban humo.

–Alguien debería estar con mamá –dijo Lexie, pero nadie se inmutó.

–Cuando mamá y papá den con Izzy –dijo Trip al cabo de un rato– la van a encerrar en un manicomio para el resto de su vida.

Mia y Pearl se acababan de marchar de la casa de Winslow Road, pero nadie estaba pensando en ellas. La señora Richardson, que en ese momento observaba al jefe de bomberos tomando notas en una tablilla sujetapapeles, se había olvidado por completo de sus antiguas inquilinas. No se lo había contado a su marido ni a sus hijos, aunque Moody se había dado cuenta por la mañana, y todavía no sabía qué pensar.

Se veía un puntito azul aproximarse por Parkland Drive: era el BMW de su padre.

–¿Por qué estás tan seguro de que la van a encontrar? –preguntó Moody.

## Dos

UN AÑO ANTES, CUANDO MIA Y PEARL SE MUDARON a la casita de Winslow Road, ni la señora Richardson (propietaria de la vivienda) ni el señor Richardson (que les entregó las llaves) habían pensado mucho en las nuevas inquilinas. Sabían que no había un señor Warren y que, según su permiso de conducir, expedido en el estado de Michigan, Mia tenía treinta y seis años. Se fijaron en que no llevaba ningún anillo en la mano izquierda, pero sí un montón en la otra: en el dedo índice, uno con una amatista grande, y en el meñique, otro hecho con el mango de una cuchara de plata; y el del pulgar sospechaba la señora Richardson que era uno de esos que, según dicen, cambia de color según el estado de ánimo. Pero la mujer parecía amable, lo mismo que su hija, Pearl, una quinceañera discreta con una trenza larga y oscura. Mia pagó la primera y última cuota y la fianza con un fajo de billetes de veinte dólares. Finalmente, el Volkswagen Rabbit de color café –que ya estaba abollado– se alejó lentamente por Parkland Drive en dirección al extremo sur de Shaker, donde había menos espacio entre las casas y los jardines eran más pequeños.

Winslow Road era una larga hilera de dúplex, aunque no lo parecían desde la acera: en cada casa se veía una sola puerta principal, una sola luz en la puerta, un solo buzón y un solo número. Según una ordenanza municipal, los dos contadores eléctricos tenían que estar ocultos en la parte de atrás, lo mismo que el garaje. Había que entrar en el portal para descubrir las dos puertas interiores – la del apartamento de arriba y la del de abajo– y el sótano compartido por las dos viviendas. En todos los inmuebles de Winslow Road vivían dos familias; pero, vistos desde fuera, parecían destinados a una sola. Los edificios se habían proyectado así a propósito: se trataba de evitar a los inquilinos el estigma social que suponía vivir en un dúplex (o sea, vivir de alquiler en vez de tener una

vivienda en propiedad). Además, los urbanistas conservaron de este modo el aspecto de la calle, porque es bien sabido que los barrios con casas de alquiler son menos atractivos.

En Shaker Heights, efectivamente, había reglas para todo, y Mia y Pearl se dieron cuenta nada más instalarse en la nueva casa. A la hora de escribir sus señas, aprendieron a poner «Arriba» después de Winslow Road, 18.434: esas seis letras evitaban que su correo fuera entregado en el apartamento del señor Yang, que estaba en el piso de abajo. También aprendieron que a la pequeña extensión de césped que había entre la acera y la calzada se la llamaba «zona del árbol» –por el arce noruego joven que adornaba cada casa–, y que los viernes por la mañana no se podía dejar la basura allí, sino en la parte de atrás, porque los cubos amontonados en el bordillo afeaban la calle. Unos tipos con uniforme naranja, montados en unos escúteres grandes, iban a toda velocidad por los caminos de entrada a las casas, y después de recoger la basura en los jardines traseros la llevaban al camión que estaba parado en la calle. Mia recordaría durante meses el susto que se llevó el primer viernes que pasaron en Winslow Road, cuando de pronto, estando en la cocina, oyó el rugido del motor y vio el escúter pasar como un rayo por delante de la ventana. Se acabaron acostumbrando a ello, y también al emplazamiento del garaje (estaba en la parte de atrás, separado de la vivienda, para no estropear la calle), que las obligaba a correr con el paraguas del coche a la casa los días de lluvia. En julio, cuando el señor Yang se fue dos semanas a Hong Kong a visitar a su madre, las dos aprendieron que descuidar el césped le valía a uno una amonestación de las autoridades municipales, una carta en la que, en un tono educado pero severo, se comunicaba a los inquilinos que la hierba medía más de quince centímetros de alto y que, en el caso de que no la cortaran, el ayuntamiento se encargaría de la tarea en un plazo de tres días y les cobraría cien dólares.

Había que acatar todas estas normas y otras muchas de las que Mia y Pearl tardarían bastante en enterarse. Las casas, por ejemplo, no se podían pintar de cualquier color: el ayuntamiento las había clasificado en una tabla según el estilo arquitectónico –Tudor, inglés o francés–, indicando a los proyectistas y a los dueños de los inmuebles los colores permitidos. Para hacer las calles estéticamente armoniosas había que pintar los edificios de estilo inglés de azul

pizarra, verde musgo o canela, y los de estilo Tudor requerían un tono crema en el enyesado y un marrón oscuro muy particular en las vigas. En Shaker Heights estaba todo bien pensado. Cuando se proyectó, en 1912, los colegios se habían situado de tal modo que todos los niños pudiesen ir a pie y sin cruzar ninguna de las vías principales; las calles laterales daban a los grandes bulevares, y las paradas de tranvía estaban en los sitios adecuados para permitir a quienes trabajasen en Cleveland llegar enseguida al centro de la ciudad. De hecho, el lema de Shaker Heights era «La mayoría de las comunidades surgen espontáneamente: las mejores se proyectan». Según esta filosofía, todo se podía –y debía– planear, evitando así lo feo, lo desagradable y lo calamitoso.

Las primeras semanas, aparte del cúmulo de normas que regían la vida en Shaker Heights, Mia y Pearl descubrieron otras cosas más gratas. Así, en los ratos en que no estaban desempaquetando, limpiando o arreglando algo, iban aprendiéndose los nombres de las calles cercanas: Van Aken, por donde pasaban tranvías con destino al centro de Cleveland; Winchell, Latimore, Lynnfield, Chagrin Boulevard o, como lo apodó Mia, «el bulevar de la desesperación». Además se familiarizaron con Heinen's, el supermercado local, donde, según decía Mia, te trataban como a un aristócrata: no tenías que llevar el carrito al aparcamiento, porque un chico con una camisa de popelina le colgaba un número y te entregaba el rótulo correspondiente de colores rojo y azul, que enganchabas en la ventanilla del coche; luego conducías hasta la puerta, y otro chico, sin aceptar propina, sacaba las bolsas del carrito y las colocaba con cuidado en el maletero.

Madre e hija averiguaron cuál era la gasolinera más barata –la de la esquina de Lomond con Lee Road, que siempre cobraba un céntimo menos que las demás–, dónde estaban las farmacias y cuáles daban cupones dobles. Se enteraron de que, cerca de la casa, en Cleveland Heights, Warrensville y Beachwood, los vecinos dejaban las cosas que ya no les servían en el borde de la acera, como la gente corriente. Y también se enteraron de qué día recogían la basura en cada calle y dónde se podía comprar un martillo, un destornillador, una brocha y un litro de pintura: todo eso lo vendían en Shaker Hardware, que solo abría de nueve y media a seis, cuando el dueño dejaba a los empleados irse a casa a cenar.

Pearl, además, conoció a los caseros, los Richardson, y a sus hijos.

Moody fue el primero de los chicos en acercarse a la casa de Winslow Road. Había oído a su madre hablarle a su padre de los nuevos inquilinos:

–Ella es artista o algo así –dijo la señora Richardson, y, cuando su marido le preguntó de qué tipo, contestó riéndose–: De esas que luchan por abrirse camino. –Y luego, para tranquilizarle, añadió–: No te preocupes; ya me ha pagado la fianza.

–Eso no significa que vaya a pagar el alquiler –replicó el señor Richardson, aunque los dos sabían que el alquiler (apenas trescientos dólares al mes por el apartamento de arriba) era lo de menos, y no les hacía falta para vivir: él era abogado, y ella trabajaba en el periódico local, *The Sun Press*. El inmueble de Winslow Road estaba libre de cargas: los padres de la señora Richardson lo habían comprado como inversión cuando ella era adolescente. El alquiler de los pisos les había ayudado a costear los estudios de su hija en la Universidad Denison, y a ella le había dado un «estímulo» mensual –como lo llamaba su madre– cuando empezó a trabajar como reportera, y luego, después de casarse con Bill Richardson, le había permitido pagar la entrada de su propia vivienda en Shaker Heights, la preciosa casa de Parkland Drive que vería arder unos años más tarde. Cuando murieron, hacía cinco años, sus padres le habían dejado el inmueble de Winslow Road. Ya llevaban algún tiempo en una residencia: la casa donde había crecido la señora Richardson estaba vendida; la de Winslow Road, en cambio, la habían seguido alquilando para pagar la residencia, y ahora su hija la conservaba por su valor sentimental.

El dinero era secundario. Los quinientos dólares del alquiler iban íntegramente para pagar las vacaciones de los Richardson, como las que habían pasado el año anterior en Martha's Vineyard, donde Lexie había aprendido a nadar muy bien a espaldas, Trip había cautivado a las chicas y Moody se había quemado por el sol. Pero esa renta mensual en realidad no les hacía falta: ya tenían dinero de sobra. Para la señora Richardson, lo importante eran los inquilinos. Como no necesitaba el dinero, quería ayudar a los demás. El altruismo se lo habían inculcado sus padres, que todos los años donaban dinero a Unicef y a la Asociación Nacional de Protección de Animales y siempre asistían a los actos benéficos que se celebraban en la ciudad: una vez, en la subasta del Rotary Club, habían ganado un oso de peluche de un metro. Para la señora Richardson,

alquilar la casa venía a ser una obra de caridad. Seguía cobrando poco –en Cleveland, los pisos eran asombrosamente baratos, pero, en un buen barrio como Shaker Heights, a veces eran caros– y no alquilaba más que a ciertas personas: aquellas que le parecían valiosas y a las que, por una razón u otra, no les había ido muy bien en la vida. Le alegraba poder ayudarlas.

Su primer inquilino fue el señor Yang, un inmigrante hongkonés. Cuando llegó a Estados Unidos no conocía a nadie y hablaba un inglés inconexo y con un fuerte acento que apenas se suavizaría con los años: el señor Richardson a veces no entendía lo que decía y se limitaba a sonreír y asentir con la cabeza. Pero a ella le parecía un buen hombre. Trabajaba mucho, desde luego: además de conducir un autobús de la Laurel Academy, un colegio privado para chicas que estaba cerca de su casa, hacía labores de mantenimiento. De no haber sido por los Richardson, sus exiguos ingresos nunca le habrían alcanzado para vivir en un barrio tan agradable: habría acabado en un pisito oscuro y estrecho por Buckeye Road o, más probablemente, en ese sucio triángulo de calles de la zona este de Cleveland que la gente llamaba Chinatown y donde, a finales de los noventa, los alquileres eran sospechosamente baratos, los edificios estaban abandonados y las sirenas de la policía aullaban por lo menos una vez todas las noches. Por lo demás, el señor Yang tenía la casa en perfecto estado, reparando las fugas en los grifos y rellenando las grietas del hormigón de la parte delantera. El patio minúsculo que había detrás lo convirtió en un huerto espléndido, y en verano siempre le ofrecía a su casera, como una especie de tributo, melones chinos que había cultivado. La señora Richardson no sabía si comerse las frutas – con esa piel rugosa y de color verde jade, y esa pelusa tan desconcertante–, pero le agradecía el detalle. Para ella, el señor Yang era el inquilino idóneo: un hombre amable al que podía ayudar y que sabía apreciar su generosidad.

Con el apartamento de arriba había tenido menos suerte. Cada año, más o menos, había un nuevo inquilino: primero fue un violonchelista al que acababan de contratar como profesor en el Instituto de Música; luego, una mujer divorciada de cuarenta y pico años; y, finalmente, unos jóvenes recién casados que habían estudiado en la Universidad Estatal de Cleveland. Ninguno había durado mucho. El músico no consiguió el puesto de primer violonchelo en la Orquesta de Cleveland, y se marchó de la ciudad amargado. La divorciada se

enamorado, y después de un noviazgo de apenas cuatro meses se casó otra vez y se mudó con su marido a una mansión hortera en Lakewood. Los jóvenes, que parecían quererse tanto, empezaron a pelearse: el matrimonio se estropeó sin remedio, y al cabo de dieciocho meses se separaron, rescindieron el contrato de alquiler y se marcharon, dejando varios jarrones rotos y tres grietas en la pared, a la altura de la cabeza, donde se habían estrellado los vasos.

La señora Richardson quería evitar que volviera a ocurrir algo así. Tendría que tener más cuidado a la hora de elegir inquilino. Le pidió al señor Yang que sellara las grietas, pero tardó lo suyo en encontrar los habitantes perfectos para el piso de arriba de Winslow Road, 18.434: lo tuvo casi seis meses sin alquilar. Finalmente aparecieron Mia Warren y Pearl: una madre soltera con inclinaciones artísticas y que hablaba bien, y su hija, una chica educada, bastante guapa, y posiblemente con talento.

–Tengo entendido que aquí están los mejores colegios de Cleveland –dijo Mia cuando la señora Richardson le preguntó por qué se había mudado a Shaker–. Pearl se está preparando para la universidad, pero no me puedo permitir un colegio privado.

Miró a Pearl, que estaba de pie en medio del cuarto de estar, con las manos entrelazadas por delante del cuerpo y sin decir nada. La joven sonrió con aire tímido, y hubo algo en la mirada que intercambiaron madre e hija que conmovió profundamente a la señora Richardson. Le confirmó a Mia que Shaker Heights tenía excelentes colegios: Pearl podía matricularse en cualquier asignatura y aprender hasta cinco idiomas; y además había laboratorios y un planetario.

–Si le interesa el teatro, hay un grupo en el que se puede apuntar –añadió–. El año pasado representaron *El sueño de una noche de verano*, y mi hija Lexie hizo de Helena. –Citó el lema de los colegios de Shaker: «A una ciudad se la conoce por sus colegios». En Shaker, el precio de la vivienda era más alto que en ninguna otra zona, pero a sus habitantes, desde luego, les compensaba–. Estarán de alquiler, así que tendrán todos esos beneficios sin pagar demasiado –dijo riéndose.

Le entregó a Mia un impreso de solicitud, pero ya se había decidido. Le complacía mucho imaginarse a las dos instalándose en el apartamento, a Pearl

haciendo los deberes en la mesa de la cocina mientras su madre pintaba, quizá, o esculpía –Mia no le había contado lo que hacía exactamente– en el porche cubierto que daba al patio de atrás.

A Moody, cuando oyó a su madre describir a las nuevas inquilinas, no le intrigó tanto que Mia fuese artista como que tuviese una hija de su misma edad y que, al parecer, valía mucho. Unos días antes de que se mudaran, le pudo la curiosidad. Como siempre, cogió la bici, una Schwinn antigua y sin frenos que había pertenecido a su padre hacía muchos años, cuando vivía en Indiana. Nadie circulaba en bicicleta por Shaker Heights ni cogía el autobús más que en casos excepcionales: o ibas en coche o alguien te llevaba. La ciudad, en efecto, estaba pensada para coches y para gente que los tenía. Pero Moody, que iba a cumplir dieciséis años en primavera, no se despegaba de la bici y solo le pedía a Lexie o Trip que le llevaran en coche a algún sitio cuando no le quedaba más remedio.

Se puso en camino. Siguió la curva de Parkland Drive y pasó por delante del estanque de los patos, donde nunca había visto ninguno: solo multitudes de gansos canadienses, grandes y engraidos. Luego cruzó Van Aken y los carriles de autobús en dirección a Winslow Road. No solía pasar por allí (a los hermanos Richardson no les afectaba mucho lo que pasara en la casa que alquilaba su madre), pero sabía dónde estaba la calle. A veces, cuando era más pequeño, había acompañado a su madre a la casa y se había quedado en el coche, aparcado en el camino de entrada, mirando el melocotonero del jardín y cambiando de emisora en la radio, mientras ella entraba corriendo a comprobar algo. Pero era raro que la señora Richardson tuviese que hacerlo: por lo general, y exceptuando los periodos en que buscaba inquilino, no había que preocuparse de la casa. Ahora, mientras iba por la acera, tropezando en las juntas de las grandes losas de arenisca, Moody se dio cuenta de que nunca había estado dentro del edificio. Y sospechaba que sus hermanos tampoco.

Pearl estaba en el césped de la parte delantera, armando con cuidado una cama de madera. Moody se paró suavemente al otro lado de la calle y la vio: una chica esbelta que llevaba una falda larga y arrugada y una camiseta suelta con una inscripción que no distinguía bien. Tenía el pelo largo y rizado y una trenza gruesa que le caía por la espalda y parecía pugnar por soltarse. Había puesto el cabecero de la cama tumbado cerca de los parterres que bordeaban la casa, con

las barandillas laterales por debajo y los listones a ambos lados, perfectamente ordenados en filas, como costillas. Parecía como si la cama, después de respirar hondo, se hubiese extendido con elegancia en el césped. Moody, medio escondido detrás de un árbol, vio a la chica dirigirse al Volkswagen Rabbit, que estaba aparcado en el camino de entrada con las puertas abiertas de par en par, y luego sacar el pie de la cama del asiento de atrás. Se preguntó cómo se las habrían arreglado para encajar todas las piezas del mueble en un coche tan pequeño. Pearl estaba descalza, y las plantas de los pies tenían un tono rosado como de concha marina. Atravesó el césped para colocar el pie de la cama; entonces, y para sorpresa de Moody, entró en el rectángulo vacío del centro, donde iba el colchón, y se tumbó boca arriba.

De pronto se abrió una ventana del segundo piso.

–¿Está todo? –dijo Mia, asomándose.

–Faltan dos listones –contestó Pearl.

–Los repondremos. No, espera, quédate ahí. No te muevas.

Mia desapareció, y al cabo de un instante volvió con una cámara de fotos, una verdadera máquina como las de antes, con un objetivo grande que parecía una lata. Pearl se quedó quieta mirando el cielo medio nublado, mientras su madre sacaba el cuerpo de la ventana hasta la cintura para buscar la toma perfecta. Moody contuvo el aliento: temía que Mia se cayera al césped o que la cámara se le escurriera de las manos y le diese a su hija en la cabeza. Pero no pasó nada. Mia inclinó la cabeza a un lado y a otro mientras encuadraba la imagen con el visor. La cámara le tapaba la cara, le tapaba todo menos el pelo, que formaba un remolino en la coronilla, como una especie de aureola oscura. Más tarde, mirando las fotos, pensó que Pearl parecía un fósil quebradizo que hubiese estado atrapado durante milenios en el vientre de un animal prehistórico; luego le recordó a un ángel descansando con las alas desplegadas detrás del cuerpo; y finalmente, al cabo de un rato, vio en ella a una simple chica tumbada en una espléndida cama verde, esperando a que su amante se acostara a su lado.

–Perfecto –dijo desde arriba–. Ya está. –Desapareció otra vez, y Pearl se incorporó, miró hacia el otro lado de la calle y se fijó en Moody. El muchacho se sobresaltó.

–¿Quieres echarme una mano, o te vas a quedar allí como un pasmarote?

Más tarde, Moody no recordaría haber cruzado la calle ni dejado la bicicleta apoyada en la pasarela delantera, ni tampoco haberse presentado: sentiría como si los dos se conocieran desde siempre, como si él ya supiera el nombre de la chica y ella el suyo.

Moody y Pearl fueron subiendo las piezas de la cama por la estrecha escalera. El cuarto de estar estaba casi vacío: no había más que unas pocas cajas en un rincón y un cojín grande y rojo en el centro.

—Por aquí. —Pearl levantó los listones y condujo a Moody al dormitorio principal, donde solo había un colchón doble, limpio pero descolorido, apoyado contra una pared.

—Os va a hacer falta esto. —Mia dejó una caja de herramientas de acero a los pies de Pearl y sonrió a Moody como si fuera un viejo amigo—. Avisadme si necesitáis ayuda —añadió, y luego salió otra vez al pasillo. Al cabo de un instante, los dos jóvenes la oyeron abrir una caja de un tijeretazo.

Pearl manejaba las herramientas con mucha maña, sosteniendo los paneles laterales de la cama con un tobillo mientras los atornillaba al cabecero. Moody se sentó al lado de la caja de herramientas y se puso a observarla admirado. En su casa, cuando se estropeaba el horno o el lavaplatos o el triturador de basura, su madre llamaba a alguien para que lo arreglara; pero casi todas las demás cosas se desechaban y reponían. Cada tres o cuatro años, cuando los sofás del cuarto de estar empezaban a hundirse, la señora Richardson compraba otros y guardaba los antiguos en el cuarto de juegos del sótano: los que ya había allí iban a parar al reformatorio de la zona oeste de la ciudad o al refugio para mujeres del centro. Cada vez que el coche chirriaba, su marido no intentaba repararlo, sino que lo llevaba al taller Lusty Wrench para que lo mirase Luther, que se ocupaba de los coches de los Richardson desde hacía veinte años. En cuanto a Moody, la única vez que había manejado herramientas, pensó, había sido en octavo grado, cuando pusieron a los alumnos en tres grupos, encargados respectivamente de tomar medidas, serrar y lijar, y al final del trimestre armaba cada uno las piezas para crear una pequeña máquina de golosinas que te daba tres Skittles cuando tirabas de la palanca. Trip había hecho lo mismo en el taller escolar el año anterior; Lexie, hacía dos años; e Izzy, al año siguiente. Sin embargo, a pesar de las cuatro máquinas de golosinas idénticas que tenían en casa, guardadas en

alguna parte, Moody sospechaba que nadie de su familia sabía manejar ningún utensilio que no fuese un destornillador Phillips.

–¿Cómo has aprendido a hacer eso? –le preguntó a Pearl mientras le pasaba otro listón.

La muchacha se encogió de hombros.

–Me enseñó mi madre –contestó. Con una mano sujetó el listón, y con la otra cogió un tornillo del montón que había en la alfombra.

Una vez armada, la cama resultó ser una de esas como de otra época, con pomos en las esquinas: parecía pensada para Ricitos de Oro.

–¿Dónde lo comprasteis? –preguntó Moody mientras colocaba el colchón. Se sentó y dio un pequeño bote para probarlo.

Pearl dejó el destornillador en la caja de herramientas y la cerró.

–Lo encontramos por ahí.

Se sentó con la espalda contra el pie de la cama y las piernas estiradas y se puso a mirar al techo, como si lo estuviese probando. Moody estaba apoyado en el cabecero y casi le rozaba los pies. La chica tenía pequeñas briznas de hierba pegadas a los dedos y las pantorrillas y al dobladillo de la falda. Olía a lavanda y a champú floral.

–Este es *mi* cuarto –le recordó de pronto.

Moody se levantó de un salto.

–Perdona –dijo sonrojándose.

Pearl le miró con cara de sorpresa, como si se hubiese olvidado momentáneamente de que estaba allí.

–No era eso lo que quería decir. –Se sacó una brizna de hierba de entre los dedos del pie y la tiró al suelo. Los dos observaron cómo aterrizaba en la alfombra. Entonces dijo Pearl con tono de asombro–: Nunca he tenido un cuarto para mí sola.

Moody se quedó pensando un rato.

–¿Quieres decir que siempre has tenido que compartirlo?

Trató de imaginar un mundo donde pudiera ocurrir algo así, donde él tuviese que compartir habitación con Trip, al que le daba por dejar calcetines sucios y revistas de deportes tirados por el suelo, y que nada más llegar a casa sintonizaba 93.5 en la radio, como si el corazón fuera a dejarle de latir si no escuchaba ese

ruido de bajo tan inane. Cuando se iban de vacaciones, los Richardson siempre reservaban tres habitaciones: una para el matrimonio, otra para Trip y Moody, y la tercera para Lexie e Izzy. En el desayuno, Trip se reía de Moody porque a veces hablaba dormido. Así que Pearl siempre había compartido habitación con su madre: a Moody le parecía casi increíble que se pudiera ser tan pobre.

Pearl dijo que no con la cabeza.

–Nunca hemos tenido una casa propia –aclaró.

A Moody le entraron ganas de decirle que aquello no era una casa, sino como mucho media casa; pero se contuvo. Ella empezó a palpar el relieve del colchón, rodeando los botones que había en cada hoyito.

Moody se puso a observarla. Lo que no veía era la cantidad de imágenes que se le agolpaban a Pearl en la memoria: la cocina aquella tan engorrosa que habían tenido en Urbana y que había que encender con una cerilla; el apartamento de Lafayette, que estaba en un quinto piso y al que tenían que subir a pie; la casa de Ocala, con el jardín comido por la maleza; y la de Muncie, siempre llena de humo, y cuyo anterior inquilino había dejado al conejo que tenía de mascota deambular por el cuarto de estar, dejando agujeros a fuerza de roer y varias manchas de dudoso origen. Y también se acordó de la casa que habían subarrendado hacía ya unos años en Ann Arbor y que le había disgustado abandonar más que ninguna otra, porque el matrimonio que la había ocupado antes tenía una hija un año o dos mayor que ella, y, los seis meses que vivió allí con Mia, no pasó un día sin que Pearl jugara con su colección de casitas de miniatura ni se sentara en su sillón infantil ni se echara en su cama con dosel blanco; y a veces, en mitad de la noche, estando su madre dormida, encendía la lámpara de la mesilla, abría el armario de la niña y se ponía su ropa y sus zapatos aunque le quedasen grandes. Había fotos suyas en la repisa de la chimenea, en las mesas de esquina del cuarto de estar, en todas partes. En el hueco de la escalera había un gran retrato de estudio, muy bonito, donde aparecía con la barbilla apoyada en la mano. A Pearl no le costaba nada imaginar que aquella era su casa y no la de la niña ausente, que aquellas eran sus cosas, su habitación, su vida. Cuando el matrimonio volvió con su hija después del año sabático, no se atrevió ni a mirarla. La chica estaba bronceada y enjuta y tan alta que ya no le servía la ropa del armario. Más tarde, Pearl lloró sin parar en el viaje a Lafayette, donde

vivirían los ocho meses siguientes. Ni siquiera le consolaba el caballito de porcelana que había sustraído de la colección de la niña, porque, si bien estuvo esperando nerviosa a que la familia se quejara del robo, al final no pasó nada; y no hay nada tan triste como robarle a alguien demasiado rico para echar en falta el objeto robado. Pero su madre debió de darse cuenta, porque ya no volvieron a subarrendar ningún piso. Y Pearl no protestó nunca: había llegado a la conclusión de que un apartamento vacío era preferible a uno lleno de cosas que no le pertenecían.

–Viajamos mucho. Cada vez que a mi madre le pica el gusanillo, nos mudamos.

Le miró intensamente, casi con furia, y Moody se fijó en que los ojos los tenía de color avellana y no verde jade, como había creído. De pronto, el muchacho comprendió con claridad lo que había ocurrido esa mañana: su vida se había dividido en un antes y un después, y él nunca dejaría de compararlos.

–¿Mañana qué haces? –preguntó.

## Tres

LAS SEMANAS SIGUIENTES ESTUVIERON LLENAS de experiencias nuevas para Moody, que fue con Pearl a Fernway, el colegio donde había estudiado la primaria, y donde los dos se subieron al tobogán y treparon por la barra y se tiraron a la montaña de serrín desde la pasarela. Y también la llevó a Draeger's a tomar helado de dulce de leche. En Horseshoe Lake escalaron los árboles como niños y arrojaron trozos de pan rancio a los patos que había abajo. En Yours Truly, el *diner* de la ciudad, se sentaron en una cabina de madera con los respaldos altos y comieron patatas fritas cubiertas con beicon y queso derretido y metieron monedas de cuarto de dólar en la gramola para escuchar *Great Balls of Fire* y *Hey Jude*.

–Llévame a ver a los Shakers –le dijo un día Pearl.

Moody se rio.

–Ya no quedan Shakers en Shaker Heights –explicó–. Se extinguieron porque estaban en contra del sexo. Le dieron nombre a la ciudad, y nada más.

Solo tenía razón en parte: a decir verdad, Moody, como la mayoría de los chicos de la ciudad, apenas conocía su historia. Los Shakers se habían marchado hacía muchos años del territorio que más tarde se convertiría en Shaker Heights, y en el verano de 1997 quedaban exactamente doce en todo el mundo. La ciudad no se fundó siguiendo estrictamente los principios de los Shakers, pero sí con la idea que tenía esta organización religiosa de crear una comunidad utópica. El bien social se basaba en el orden, y este, a su vez, en un sistema de normas. Las había para todos los aspectos de la vida: le indicaban a uno a qué hora había que levantarse por la mañana, de qué color tenían que ser las cortinas, cómo de largo había que llevar el pelo y cómo había que juntar las manos al rezar (con el pulgar derecho sobre el izquierdo). Los fieles creían que regulándolo todo se

podía crear un pequeño paraíso terrenal, un refugio frente al mundo. Los fundadores de Shaker Heights pensaban igual: por eso los anuncios a veces la representaban flotando entre las nubes, por encima de una ciudad mugrienta, y otras en lo alto de una montaña, en el extremo del arco iris. Había que aspirar a la perfección, y quizá este ideal había impregnado la tierra, porque los habitantes de Shaker crecían imbuidos del afán de destacar –en los estudios, en su profesión– y de una profunda intolerancia de los defectos. Hasta los jóvenes, cuyo trato con los Shakers se limitaba a cantar *Simple Gifts* en clase de música, percibían su espíritu en todas partes.

Mientras Pearl aprendía cosas nuevas sobre la ciudad, su amigo fue conociendo la obra artística de Mia y las vicisitudes económicas de la familia Warren.

Moody nunca había tenido que pensar mucho en el dinero. Las luces se encendían cuando apretaba el interruptor y el agua salía del grifo cuando lo abría. La nevera se llenaba regularmente y nunca faltaba comida en la mesa. Sus padres le daban una paga desde los diez años: habían empezado con diez dólares por semana, y luego la habían ido aumentando con la inflación y a medida que su hijo cumplía años, hasta llegar a los veinte dólares de ahora. Aparte de la asignación semanal estaban las tarjetas de cumpleaños de sus tías y otros parientes, que siempre escondían un billete doblado. Moody tenía, por tanto, dinero suficiente para comprar lo que le hiciese falta: libros de segunda mano en Mac's Backs, o cuerdas nuevas para la guitarra, o un CD de tarde en tarde.

Mia y Pearl compraban cosas de segunda mano siempre que podían y a veces, incluso, las conseguían gratis. En apenas unas semanas se enteraron de dónde estaban todas las tiendas del Ejército de Salvación y los almacenes Goodwill y la Sociedad de San Vicente de Paúl que había en el área metropolitana de Cleveland. Pocos días después de mudarse, Mia encontró trabajo en el Palacio de la Fortuna, un restaurante chino: varias noches por semana tomaba pedidos por teléfono en el mostrador y empaquetaba la comida para llevar. Pronto descubrió que, a la hora de comer fuera, todo el mundo prefería La Perla de Oriente, que estaba a unas cuantas manzanas de distancia; pero al Palacio de la Fortuna no le iba mal en el negocio de la comida a domicilio. Aparte del salario que cobraba por horas, los camareros le daban una parte de las propinas y, cuando sobraba comida, le dejaban llevarse a casa unas cuantas fiambreras (con restos de cerdo

agridulce y arroz y verduras algo pasadas), así que Pearl y ella tenían para comer casi toda la semana. Tenían pocas cosas, pero no lo parecía: a Mia se le daba bien reutilizarlas. Así, el *lo mein*, sin su salsa, lo mezcló una noche con ragú; y otra noche lo recalentó y le añadió ternera a la naranja. Las sábanas viejas que había comprado por un cuarto de dólar en una tienda de segunda mano se acababan convirtiendo en cortinas, manteles y fundas para las almohadas. A Moody esta habilidad le recordaba a lo que había aprendido en clase de matemáticas: parecía una aplicación práctica de la combinatoria. ¿Con cuántos rellenos se podían combinar las tortitas de *mu shu*? ¿De cuántas maneras se podían combinar el arroz, el cerdo y los pimientos?

—¿Por qué no busca tu madre un buen trabajo? —le preguntó a Pearl una tarde—. Podría conseguir más horas por semana. O puede que un trabajo a tiempo completo en La Perla de Oriente u otro sitio.

Llevaba pensándolo toda la semana, desde que Pearl le contara lo que hacía Mia. Si trabajase más horas, las dos podrían comer bien y comprarse un buen sofá, quizá hasta un televisor.

Su amiga se le quedó mirando con el ceño fruncido, como si no entendiese la pregunta.

—Ya tiene un buen trabajo —respondió—. Es artista.

Llevaban varios años así. Mia buscaba trabajos de media jornada que les diesen lo justo para subsistir, pero Pearl tenía bien clara la jerarquía: su verdadero oficio era el artístico, y si hacía otras cosas era solo porque le permitían ejercerlo. Todos los días le dedicaba unas cuantas horas, aunque Moody al principio no se dio cuenta de que aquello era un trabajo. A veces estaba en el sótano, revelando carretes y haciendo copias en el cuarto de la colada, convertido en cuarto oscuro; otras parecía pasarse todo el tiempo leyendo (cosas que Moody no siempre entendía para qué le podían servir, como libros de cocina de los años sesenta, manuales de coches, y una monumental biografía de Eleanor Roosevelt) o incluso mirando el melocotonero que se veía por la ventana del cuarto de estar. Un día, cuando Moody llegó por la mañana, Mia estaba jugando al juego del cordel, y cuando volvió seguía en ello, formando figuras cada vez más complicadas y deshaciéndolas bruscamente para volver a empezar. «Forma parte del proceso creativo», le aclaró Pearl mientras atravesaban el cuarto de estar: tenía

el aire indiferente de una nativa que le explica al visitante las extrañas costumbres de la región.

Mia a veces salía de casa con la cámara, pero normalmente se pasaba días y hasta semanas buscando algo que retratar, y luego tardaba apenas unas horas en hacer las fotos. Moody supo, en efecto, que no se consideraba una fotógrafa: en realidad, la fotografía tenía un fin documental, y para Mia era una simple herramienta que manejaba como un pintor el pincel o la espátula.

Una imagen la podía manipular, tapando, por ejemplo, la cara a las figuras con máscaras de carnaval, o recortándolas como si fueran muñecos de papel para ponerles prendas sacadas de revistas de moda. En una serie de fotos escurrió los negativos, y luego hizo unas copias extrañamente alteradas: a la imagen de una cocina limpia la salpicó de manchas de limonada, y a la de una hilera de ropa tendida le dio un aire fantasmagórico echándole lejía. En otra serie aplicó con cuidado un efecto de doble exposición a cada foto: superpuso en un rascacielos lejano un pájaro muerto con las alas abiertas que aparecía primero en el pavimento y luego en el cielo azul. Así que a pesar de tener los ojos cerrados parecía volar.

Su método de trabajo era poco convencional. Solo conservaba las fotos que le gustaban. Una vez agotada cierta idea guardaba una única copia de cada toma y destruía los negativos. «No me interesan las reproducciones», respondió con cierto desenfado cuando Moody le preguntó por qué. No solía retratar personas. De vez en cuando le hacía fotos a Pearl, como cuando la vio echada en el césped; pero no las utilizaba nunca en su trabajo. Tampoco le gustaba fotografiarse a sí misma: Pearl le contó a Moody que en cierta ocasión había pasado un mes entero retratándose con una serie de objetos a modo de máscaras (un trozo de encaje negro, varias hojas de castaño de Indias, una estrella de mar mojada), y al final solo había guardado ocho fotos. Pearl todavía recordaba con nitidez aquellos autorretratos tan bellos como inquietantes, en los que se veía el ojo de su madre brillar como una perla entre los brazos de la estrella de mar. Sin embargo, Mia había acabado quemando las copias y los negativos, y ni siquiera Pearl se explicaba por qué.

—Te pasas siglos haciendo esas fotos, y luego —chasqueó los dedos— las destruyes como si nada.

–No funcionaban –dijo Mia como única respuesta.

Las fotos que conservó y más tarde vendió eran impactantes.

En la lujosa casa que subarrendaron en Ann Arbor, Mia había desmontado varios muebles y armado de nuevo las piezas para formar figuras de animales (los tornillos podían pasar por dedos, y las vigas sin barnizar, por piernas cercenadas). Transformó en un toro un escritorio grande del siglo XIX: los costados de los cajones, una vez descabalados, se convirtieron en las musculosas patas del animal; los pomos de hierro fundido, en el hocico, los ojos y los relucientes testículos; un par de bolígrafos que había dentro de los cajones, en los cuernos. Con la ayuda de Pearl colocó el toro sobre una alfombra persa de color crema, que, como telón de fondo, parecía un prado envuelto en niebla; luego se encaramó a una mesa para fotografiarlo todo desde arriba, y finalmente separó las piezas y montó de nuevo el escritorio. Una vieja jaula para pájaros china, descompuesta en una maraña de alambres arqueados, se convirtió en un águila con las alas metálicas extendidas como si fuera a echarse a volar. Un sofá mullido pasó a ser un elefante con la trompa levantada. De este proyecto surgió una serie de fotos misteriosas y desasosegadas, en las que los animales parecían sorprendentemente vivos, aunque, mirándolos muy de cerca, se veía de qué estaban hechos. Mia llegó a vender unas cuantas a través de su amiga Anita, una galerista neoyorquina. Pearl no la conocía ni había estado nunca en Nueva York, ciudad que su madre detestaba, y a la que no había querido viajar ni para promocionar su obra. «Te quiero un montón, Anita –le dijo un día por teléfono–, pero me niego a ir a Nueva York para una exposición. No, ni aunque me dijese que puedo vender cien fotos. –Y después de una pausa–: Sé que me conviene estar allí, pero ya sabes que no puedo. Está bien. Tú haz lo que puedas, y con eso me vale.» Aun así, Anita consiguió vender media docena de fotos de la serie de los animales: en los seis meses siguientes, en vez de limpiar casas, Mia se dedicó de lleno a un nuevo proyecto.

Así trabajaba la madre de Pearl: pasaba cuatro o seis meses ocupada en un proyecto, y luego emprendía otro. Se esforzaba mucho para reunir una serie de fotos, de las que Anita solía vender por lo menos unas cuantas en su galería. Al principio habían sido tan baratas –varios cientos de dólares cada una– que Mia a veces había tenido que ejercer dos trabajos o incluso tres para subsistir. Con el

tiempo, sin embargo, su obra fue ganando prestigio en el mundo del arte, por lo que la galerista empezó a vender más fotos y a un precio más alto: aun descontando la comisión del cincuenta por ciento que se llevaba Anita, el dinero le alcanzaba a Mia para pagar el alquiler, la comida y la gasolina para el Volkswagen Rabbit. «A veces le daban dos mil o tres mil dólares», contó una vez, muy ufana, Pearl, y Moody se puso a hacer cálculos mentales: si Mia vendía diez fotos al año...

Pero no siempre le iba bien: de una serie de fotos de hojas había vendido una sola, así que durante meses se había ganado la vida limpiando casas, decorando pasteles y haciendo arreglos florales. Era muy mañosa, y prefería los trabajos que le permitían estar sola, pensando, sin atender a clientes, antes que los de camarera, secretaria y dependienta. «Una vez trabajé de dependienta, antes de que nacieras –le contó a Pearl–. Aguanté un día. Uno solo. La encargada no paraba de decirme cómo había que colgar la ropa en las perchas, y algunas clientas les arrancaban cuentas a los vestidos y luego pedían un descuento. Prefiero estar sola en casa fregando el suelo antes que soportar eso.»

Otros proyectos tuvieron éxito comercial y cierta resonancia. Uno de ellos – que Mia había comenzado después de trabajar un tiempo como costurera– les dio para vivir casi un año entero. La madre de Pearl empezó yendo a las tiendas de segunda mano a comprar los peluches más baratos que hubiese: osos descoloridos, perros y conejos ajados. En casa los abría por las costuras, les limpiaba el pellejo, los ahuecaba y les pulía los ojos. Luego los cosía de nuevo con la piel vuelta del revés, y los resultados eran de una belleza inquietante: el pellejo raído parecía de terciopelo. El peluche era del mismo tamaño, pero por lo demás tenía otro aspecto: la espalda y el cuello más rectos, las orejas más puntiagudas. En los ojos había un brillo sagaz. Era como si el animal se hubiese reencarnado, transformándose en una criatura más vieja, más sabia y más enérgica. Pearl disfrutó viendo a su madre absorta en la tarea, inclinada sobre la mesa de la cocina, trabajando con precisión de cirujano –escalpelo, aguja, alfileres– para convertir aquellos juguetes en obras de arte. Parecía magia. Más tarde, Anita vendió todas las fotos de la serie; una de ellas, según contó, estaba expuesta en el MoMA. Le pidió a Mia que hiciera fotos nuevas o sacara más copias de las antiguas, pero su amiga se negó. «La idea ya está agotada –dijo–.

Ahora estoy trabajando en otra cosa.» Siempre andaba, en efecto, buscando algo distinto, una idea nueva que la sedujese. Pearl estaba convencida de que sería famosa algún día: una de esas artistas que todo el mundo conoce, como de Kooning, Warhol y O'Keeffe. Por eso aceptaba la vida tan precaria que llevaban, la ropa, las camas y las sillas de segunda mano. Qué importancia tenían las estrecheces, si todos iban a acabar reconociendo el talento de su madre.

Moody no sabía cómo se las apañaban. Observar la vida de Mia y Pearl Warren era observar un truco de magia, una operación tan milagrosa como la de transformar una lata de refresco vacía en un cántaro de plata, o la de sacar una empanada humeante de una chistera de seda. No, pensó: era más bien como ver a Robinson Crusoe sobrevivir sin apenas nada. Cuanto más tiempo pasaba con ellas, más le fascinaban.

Por las tardes, Pearl le fue contando poco a poco su vida errante. Viajaban ligeras de equipaje: dos platos, otras tantas tazas y un puñado de cubiertos de diferentes vajillas; una bolsa de lona con ropa para cada una, y, por supuesto, la cámara de fotos de Mia. En verano iban con las ventanillas del coche bajadas, porque el Rabbit no tenía aire acondicionado. En invierno viajaban de noche, con la calefacción al máximo, y de día aparcaban en un sitio donde diese el sol y dormían en el coche, convertido en un pequeño invernadero, hasta que oscurecía, y luego reemprendían el camino. Por la noche, Mia metía el equipaje en los huecos para los pies y echaba en el asiento de atrás una manta militar que apenas cubría a las dos. Para mayor privacidad extendían una sábana desde la puerta trasera hasta los reposacabezas delanteros, formando una especie de tienda de campaña. A la hora de comer paraban al lado de la carretera y se tomaban el contenido de la bolsa de papel que había detrás del asiento del conductor: pan con mantequilla de cacahuete, fruta y, de tarde en tarde, cuando Mia lo encontraba en alguna tienda, salami o pepperoni. A veces pasaban varios días o una semana en la carretera, hasta que Mia encontraba lo que parecía un buen sitio para vivir, y allí se quedaban.

Alquilaban un piso, normalmente un estudio: cualquier apartamento económico y de alquiler mensual, porque a Mia no le gustaba atarse a ningún contrato. La nueva casa la llenaban, como en Shaker, de muebles y otros objetos desechados, cosas que encontraban en las tiendas de segunda mano y luego

arreglaban, o por lo menos hacían soportables. Mia matriculaba a Pearl en el colegio local, encontraba un trabajo que les daba lo justo para subsistir, y entonces emprendía otro proyecto artístico: se pasaba tres o cuatro o seis meses trabajando con ahínco, apurando cierta idea como si fuese un hueso, hasta tener una serie de fotos listas para enviar a Nueva York.

Las revelaba en el cuarto de baño, mientras Pearl dormía. Después de varios intentos aprendía a desenvolverse muy bien: colocaba las bandejas para lavar las copias en la bañera, sujetaba la cuerda para secar a la barra de la cortina, y tapaba la rendija de la puerta con una toalla enrollada para que no entrase luz. Terminada la tarea apilaba las bandejas, dejaba la ampliadora en el maletín y los frascos con las sustancias de revelado debajo del lavabo; y frotaba la bañera con un estropajo para que Pearl la encontrase reluciente cuando fuera a ducharse por la mañana. Finalmente abría la ventana del cuarto de baño y se iba a dormir: cuando su hija se despertara, el olor acre del revelador habría desaparecido.

Pearl sabía en todo momento que, una vez enviadas las fotos, meterían otra vez el equipaje en el coche y todo el proceso se repetiría. Una nueva ciudad, un nuevo proyecto, y luego llegaba la hora de marcharse.

Esta vez, sin embargo, las cosas eran distintas. «Ya no viajamos más –le anunció Pearl a Moody, que no cabía en sí de alegría–. Mi madre me lo ha prometido. Esta vez nos quedamos para siempre.»

A Moody le atraía la vida errante y artística: en el fondo era un romántico. Todos los semestres sacaba muy buenas notas, pero a veces, cuando se olvidaba de las cosas prácticas, fantaseaba con dejar el colegio y viajar por todo el país, como Jack Kerouac, aunque él escribiría canciones en lugar de poemas. En Mac's Backs, la librería de segunda mano del barrio, encontró ejemplares muy gastados de *En el camino* y *Los vagabundos del Dharma*, y también los poemas de Frank O'Hara, Rainer Maria Rilke y Pablo Neruda. Le entusiasmó descubrir que Pearl tenía el mismo temperamento poético. No había leído tanto como él, naturalmente, porque siempre se estaba mudando con su madre; pero había pasado la mayor parte de su niñez en bibliotecas, refugiándose entre las estanterías: la alumna nueva que había cambiado tantas veces de colegio y necesitaba los libros como si fuesen aire. De hecho quería ser poeta, según le

confesó tímidamente a Moody. Solía copiar sus poemas preferidos en un cuaderno de espiral muy usado del que no se separaba nunca. «Así los tengo siempre a mano», le explicó. Cuando finalmente le dejó leer unos cuantos, Moody se quedó sin habla. Quería enredarse en las florituras de su caligrafía. «Son muy bonitos», suspiró, y a Pearl se le iluminó la cara. Al día siguiente, Moody trajo su guitarra, y después de enseñarle tres acordes le cantó, ruborizado, una de sus canciones. No lo había hecho con nadie.

Pronto descubrió que Pearl tenía una memoria extraordinaria: se acordaba de pasajes enteros después de leerlos una vez, y se sabía la fecha de la Carta Magna y los nombres de los reyes de Inglaterra y de todos los presidentes por orden. Si él sacaba excelentes notas cada semestre era porque se aplicaba en el estudio y utilizaba muchas tarjetas mnemotécnicas. Ella, en cambio, parecía hacerlo todo sin esfuerzo: le bastaba echar un vistazo a un problema matemático para adivinar la solución, mientras que Moody tenía que ir llenando poco a poco la hoja de ecuaciones. Nada más leer un ensayo, su amiga sabía enunciar la idea más importante y el mayor fallo en el razonamiento del autor. Era como si mirara las piezas revueltas de un rompecabezas y enseguida visualizara todo el dibujo sin consultar siquiera la ilustración de la caja. Tenía, sin duda, una inteligencia fuera de lo común: a Moody le admiraba la rapidez y facilidad con que discurría. Era un placer verla ordenar todas las piezas al instante en la cabeza.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, tanto más intensa se hacía la sensación de estar en dos sitios a la vez. No solo estaba allí, con su amiga: en la cabina del *diner*, en la horcadura de un árbol, observando cómo sus grandes ojos lo absorbían todo como si estuviesen sedientos; gastándole bromas estúpidas y contándole cualquier chascarrillo que le venía a la cabeza para hacerla sonreír. Al mismo tiempo estaba vagando mentalmente por la ciudad, buscando desesperado otro sitio al que llevarla después, otra maravilla en las afueras de Cleveland, porque estaba convencido de que, cuando no le quedase nada que enseñarle, ella desaparecería. De hecho, ya creía haber percibido su irritación silenciosa cuando se inclinó sobre el plato de patatas fritas que compartían y cuando pinchó el último trozo de queso. Y también estaba seguro de haber visto su mirada errar por el lago hasta fijarse en la orilla lejana.

Esta inquietud le llevó a hacer algo que lamentaría el resto de su vida. Hasta

entonces no le había hablado a su familia de Pearl ni de Mia, porque protegía su amistad como un dragón su tesoro: en silencio y con avaricia. En el fondo intuía que, de no ser discreto, la echaría a perder, del mismo modo que, en los cuentos de hadas, la magia se rompe cuando alguien revela un secreto. Las cosas, en efecto, posiblemente habrían sido distintas si no hubiese dicho nada: Pearl quizá no habría conocido a sus padres ni a Lexie ni a Trip ni a Izzy, o, de haberlos conocido, no habría pasado de saludarlos cuando los veía. Puede que madre e hija hubiesen echado raíces para siempre en Shaker Heights, como tenían previsto. Moody, sin embargo, no se consideraba lo bastante interesante para mantener la atención de Pearl. Seguramente no habría pasado lo mismo con su hermano ni sus hermanas: a ninguno de ellos le había preocupado nunca la opinión de los demás. Lexie tenía una sonrisa cautivadora y la risa fácil; Trip era un chico guapo y con encanto. ¿Por qué no iban a gustar a la gente? Ni siquiera tenían que preguntárselo. En cuanto a Izzy, sencillamente le traía sin cuidado lo que pensarán. A Moody le faltaban la calidez de Lexie, el encanto de Trip y la confianza en sí misma de Izzy. Lo único que podía ofrecerle a Pearl era justamente su familia, y por eso una tarde de finales de julio le dijo: «Ven a mi casa. Quiero que conozcas a mi familia».

Cuando llegó a casa de los Richardson, Pearl se paró con un pie en el umbral antes de entrar. No es más que una casa, se dijo. Aquí vive Moody. Pero hasta la frase le sonó algo rara. Él la había señalado con la cabeza desde la acera. «Es esta», había dicho. «¿Vives *aquí*?», había preguntado ella, incrédula. No se trataba del tamaño: era una casa enorme, desde luego, pero todas las de la calle lo eran, y en las tres semanas que llevaba en Shaker las había visto aún mayores. No, lo que asombraba a Pearl era el verdor del césped, las líneas perfectas que formaba el mortero blanco entre los ladrillos, el susurro de las hojas de los arces que se mecían en la brisa, la brisa misma. Y luego estaban los suaves olores del detergente, del guiso y de la hierba, que se mezclaban en el camino de entrada, y la esquina de la alfombrilla que se levantaba como un mechón de pelo que alguien se hubiese olvidado de alisar. Pearl tuvo la impresión de entrar no en una casa, sino en la *idea* de una casa, un arquetipo que se materializaba inesperadamente. Se lo habían contado, pero nunca lo había visto. Percibió signos de vida —el murmullo de un anuncio de televisión, el pitido de un

microondas que se paraba—, pero a lo lejos, como en un sueño.

—Adelante —dijo Moody, y ella entró.

Más tarde sospecharía que los Richardson habían compuesto una pintura viviente para deleite suyo, porque era imposible conservar siempre ese estado de perfección doméstica. Allí, en la cocina, estaba la señora Richardson haciendo galletas, aunque pareciese increíble: su madre nunca las hacía, pero a veces, cuando Pearl se lo pedía con mucha insistencia, compraba un paquete de masa envasada al vacío para que la cortaran en círculos. Allí, en medio del extenso césped, estaba el señor Richardson, una figura diminuta que iba echando diestramente carbón a una parrilla de color plata. Allí estaba el guapísimo Trip, apoltronado en un largo sofá modular, con el brazo alargado sobre el borde del respaldo, como esperando a que viniera una chica afortunada a sentarse a su lado. Y allí estaba Lexie, separada de él por un charco de sol, dirigiendo su luminosa mirada de la televisión a Pearl, que en ese momento entraba en la habitación, y diciendo: «Vaya, vaya, ¿y a quién tenemos aquí?».

## Cuatro

EL ÚNICO MIEMBRO DE LA FAMILIA RICHARDSON al que Pearl no vio en aquellos días tan emocionantes fue Izzy. Pero al principio no se dio cuenta. ¿Por qué iba a acordarse de ella, si los demás la saludaban efusivos? Los Richardson la deslumbraron con su seguridad en sí mismos, su desenvoltura, ese aire de saber bien lo que querían a cualquier hora del día.

Por la mañana, la señora Richardson entraba en la cocina con sus zapatos de tacón, las llaves del coche y el termo de acero inoxidable en la mano. «Cuánto me alegro de verte, Pearl», le decía. Entonces atravesaba el pasillo de atrás con paso enérgico, y al cabo de un instante se oía la puerta del garaje, y el Lexus dorado, que se mantenía fresco en medio del calor estival, se deslizaba por el camino. El señor Richardson se había marchado mucho antes, con su traje y su corbata, pero a Pearl aún le parecía notar su presencia: una figura imponente que siempre estaba al fondo, como la cordillera que se alza en el horizonte. Cuando le preguntó a Moody qué hacían sus padres, él contestó: «Pues ya sabes. Trabajar». ¡Trabajar! La palabra, en boca de su madre, sonaba a tareas penosas como servir y lavar platos o limpiar el suelo. En el caso de los Richardson, sin embargo, sugería una actividad valiosa, estimable: los dos se dedicaban a cosas importantes. Todos los jueves, el repartidor de periódicos pasaba por la casa de Mia y Pearl y dejaba *The Sun Press* en la puerta (se lo daban gratis a todos los vecinos): un día, al desdoblarlo, vieron el nombre de la señora Richardson en la portada, debajo de los siguientes titulares: «La ciudad debate el nuevo gravamen. Los vecinos reaccionan al presupuesto del presidente Clinton...». Allí tenían una muestra tangible e impresa de su trabajo.

(«Tampoco es gran cosa –dijo Moody–. *The Plain Dealer* es el periódico que cuenta de verdad. *The Sun Press* solo da noticias locales: reuniones del

ayuntamiento, de la comisión de urbanismo, quién ha ganado el concurso de ciencias, cosas así.» Pero a Pearl le impresionó tanto ver la firma –*Elena Richardson*– que le traía sin cuidado lo que dijese.)

Los Richardson conocían a gente notable, como el alcalde, el director de la Clínica de Cleveland y el propietario de los Indians.<sup>1</sup> Además tenían abono de temporada de los dos estadios, el Jacobs Field y el Gund. («Los Cavs<sup>2</sup> son muy malos», sentenció una vez Moody. «Pero los Indians pueden ganar el campeonato», replicó Trip.) A veces, cuando le sonaba el móvil, el señor Richardson activaba el altavoz mientras salía al recibidor. «Bill Richardson», decía como único saludo.

Esa seguridad en uno mismo la tenían hasta los más jóvenes de la familia. Los domingos por la mañana, Pearl y Moody se sentaban en la cocina, y Trip volvía de correr y se servía un zumo apoyado indolentemente contra el aparador: un chico alto y esbelto y bronceado, con shorts de deporte, totalmente relajado, y capaz de aturdir a Pearl con una súbita sonrisa. Lexie, que llevaba camiseta y pantalón de chándal y el pelo recogido en un moño descuidado, se sentaba en la barra y le iba quitando las semillas de sésamo a un *bagel*. Les daba lo mismo que Pearl les viese así. Qué bellos le parecían, incluso recién levantados: una belleza natural, sin artificios. ¿De dónde venía su desenvoltura? ¿Cómo podían estar tan a gusto, tan seguros de sí mismos, incluso en pijama y delante de una desconocida? Cuando estaba en un restaurante, Lexie nunca le decía al camarero «¿Me podría traer...?», sino «Yo tomaré...», como si bastara con decirlo para que ocurriera. A Pearl esta actitud le fascinaba, y también le inquietaba. En casa, Lexie se bajaba del taburete y atravesaba descalza la cocina, deslizándose sobre las baldosas hidráulicas con la elegancia de una bailarina. Trip se acababa el zumo de naranja de un trago y subía a ducharse: a Pearl, que le observaba todo el rato, le temblaban las aletas de la nariz mientras aspiraba el olor que iba dejando por la casa: sudor y sol y calor.

Los Richardson tenían sofás tan mullidos que uno se hundía en ellos como si estuviese en un baño de espuma. En la casa también había aparadores y camas estilo trineo, y un sillón enorme. Si tuviese uno así, pensó Pearl, no me levantaría nunca: echaría raíces; lo convertiría en mi casa. Luego estaban las otomanas y las fotografías enmarcadas y las vitrinas llenas de *souvenirs* cuya

banalidad resultaba confortadora. Uno no se traía a casa una concha tallada de Key West ni una réplica en minatura de la Torre CN de Toronto ni una botellita con arena de Martha's Vineyard a menos que tuviera pensado quedarse en la ciudad donde estuviese viviendo. De hecho, la familia Richardson vivía en Shaker Heights desde hacía tres generaciones: casi desde que se fundara la ciudad, según supo Pearl, que no concebía estar tan arraigada en un sitio, familiarizarse tanto con él que llegara a confundirse con la identidad de una.

También le fascinaba la señora Richardson. Si la hubiese visto en una serie de televisión, le habría parecido tan irreal como la señora Brady o la señora Keaton. Pero estaba allí, delante de Pearl, y siempre le decía cosas amables: «Qué bonita es esa falda, Pearl», o «Qué collar más bonito. ¿Has sacado las mejores notas? Qué inteligente eres. Ese color te favorece. Qué bien llevas el pelo hoy. Oh, no seas tonta; llámame Elena; insisto en que me llames Elena». Pearl la seguía llamando señora Richardson, pero estaba segura de que en el fondo le agradaba que fuese tan educada. A la señora Richardson, además, no le costaba nada abrazarla (y eso que no la conocía apenas), simplemente porque era amiga de Lexie. Mia era cariñosa pero no efusiva: Pearl nunca la había visto abrazar a nadie que no fuese su hija. Cuando llegaba a casa a la hora de cenar, la señora Richardson besaba en la coronilla a todos sus hijos y luego, sin vacilar un instante, como si fuera una más de la familia, a Pearl.

Mia notó lo prendada que estaba su hija de los Richardson. A veces, Pearl se iba a la casa de Parkland Drive por la mañana temprano y no volvía hasta la hora de cenar. A su madre al principio le había alegrado verla con Moody, porque Pearl era una chica solitaria, y había vivido en tantos sitios que nunca había tenido verdadera amistad con nadie. Llevaba demasiado tiempo, pensó, sometiéndola a sus caprichos, forzándola a mudarse con ella cada vez que terminaba un proyecto y se ponía a buscar nuevas ideas o se atascaba en el trabajo o estaba inquieta. *Todo eso se ha acabado*, le había prometido de camino a Shaker Heights. *Ya no nos mudaremos más*. Por lo demás, veía las semejanzas entre Pearl y Moody con mayor claridad todavía que ellos: los dos eran sensibles y solitarios; los dos tenían esa sabiduría libresca que oculta una sorprendente ingenuidad. Él llegaba a casa de su amiga temprano, antes de que ella hubiese terminado de desayunar. Nada más levantarse, al descorrer las cortinas, Mia veía

la bicicleta tirada en el césped; y cuando bajaba a la cocina se los encontraba en la mesa, con los tazones delante: dos cuencos desaparejos con restos de cereales con pasas. Se pasaban todo el día fuera, y Moody caminaba con la bicicleta al lado, cogiéndola por el manillar. Tengo que acordarme de buscar una para Pearl, se decía Mia mientras enjuagaba los tazones en el fregadero. Puede que en la tienda de Lee Road hubiese una de segunda mano.

Con el tiempo, sin embargo, empezó a preocuparle un poco la influencia que los Richardson ejercían sobre Pearl, a la que parecían haber incorporado a sus vidas... o a la inversa. En la cena hablaba de ellos con el entusiasmo con que uno habla de un programa de televisión del que es fanático. Decía cosas como «La señora Richardson va a entrevistar a la Primera Dama la semana que viene, cuando visite la ciudad», o «Dice Lexie que su novio, Brian, será el primer presidente negro», o (sonrojándose un poco) «Trip empieza a jugar en el equipo de fútbol en otoño. Se acaba de enterar». Mia se limitaba a asentir con la cabeza y todas las noches se preguntaba si no sería malo para su hija sucumbir de ese modo al hechizo de una familia. Pero entonces recordaba la vida que habían llevado, sin echar raíces en ningún sitio y sin que ninguna de las dos pudiese trabar amistad con nadie. La primavera anterior, Pearl había tenido mucha tos, y Mia la había acabado llevando al hospital, donde le habían diagnosticado neumonía. Sentada al lado de su cama, en medio de la oscuridad, mientras esperaba a que los antibióticos hiciesen efecto, se había puesto a pensar en lo que habría sido de Pearl si hubiera sucedido lo peor. Habría seguido errando de ciudad en ciudad. Aislada, solitaria. *Se ha acabado todo eso*, se había dicho Mia, y, una vez repuesta Pearl, las dos se habían instalado en Shaker Heights, donde le había prometido a su hija que se quedarían. Así que no le decía nada, y al día siguiente, Pearl volvía a pasar la tarde en casa de los Richardson. Su fascinación aumentaba.

Había cambiado tantas veces de colegio –algunos años hasta dos o tres– que ya no le daba miedo. Pero en esta ocasión estaba muy inquieta. Su madre le había prometido, en efecto, que echarían raíces en Shaker Heights. Cuando Pearl empezaba en un colegio nuevo sabiendo que no tardaría en marcharse, le traía sin cuidado lo que sus compañeros pensarán de ella, porque pronto dejaría de verlos. Así había ido avanzando de curso en curso, sin preocuparse por conocer a

nadie, sin hacer amistades. En este caso, sin embargo, sabía que iba a ver a la misma gente todo el año, y al año siguiente, y al otro.

Las cosas no fueron tan mal. Resultó que Moody y ella estaban juntos en casi todas las clases, desde biología hasta inglés, pasando por ciencias de la salud. Las dos primeras semanas la guió por el colegio con la seguridad en sí mismo de un estudiante de segundo año, indicándole en qué fuentes estaba más fría el agua, dónde había que sentarse en la cafetería, qué profesores te sancionaban con una ficha cuando te pillaban en el pasillo después de la última campana, y cuáles te sonreían indulgentes. Pearl empezó a orientarse por los murales que habían ido pintando los estudiantes a lo largo de los años: el Hindenburg, en el momento de estallar en llamas, señalaba el camino a los laboratorios; y Jim Morrison meditaba melancólico al lado de la galería del auditorio. También había una pintura a modo de trampantojo que representaba una hilera de taquillas: al verla, Pearl sabía que estaba en el pasillo que conducía a la sala de estar reservada a los estudiantes del último año, que tenían una gramola, un microondas para hacer palomitas y una máquina de Coca-Cola que la vendía a cincuenta céntimos, veinticinco menos de lo que costaba en la cafetería. El año anterior, un estudiante se había pintado a sí mismo y a tres amigos en el techo abovedado que había cerca de la entrada principal: los cuatro miraban hacia abajo, estilo «Kilroy estuvo aquí», y uno de ellos guiñaba un ojo. A Pearl, cada vez que pasaba por debajo de la bóveda, le parecía como si le estuviesen dando la bienvenida.

Después del colegio se iba a casa de los Richardson y, repantigada en el sofá modular del salón, se ponía a ver el programa de Jerry Springer con Trip, Lexie y Moody. Esta costumbre la tenían los hermanos mayores desde hacía unos años y era una de las pocas cosas que les unían a todos. No lo planeaban nunca y ni siquiera hablaban de ello, pero todas las tardes, cuando Trip no tenía entrenamiento ni Lexie una reunión, se juntaban en el salón y ponían el Canal 3. A Moody el programa le parecía un fascinante estudio psicológico en el que cada episodio era un ejemplo más de lo raros que podían ser los humanos. Lexie lo consideraba más bien una investigación antropológica: observando a las madres que trabajaban de *strippers*, las familias polígamas y los chavales que traficaban con drogas, se asomaba a un mundo tan ajeno al suyo que parecía descrito por Margaret Mead. Para Trip era puro humor: una fantástica astracanada en la que

se arrojaban muchas sillas y unos despotricaban contra otros en discursos llenos de tacos convenientemente ahogados por pitidos. Lo que más le gustaba era que le arrancaran la peluca a un invitado. A Izzy le parecía todo una idiotez absoluta, así que se refugiaba arriba, en su cuarto, para practicar con el violín.

–Es lo único que se toma en serio Izzy –explicó Lexie.

–No. Te equivocas –replicó Trip–. Izzy se lo toma todo en serio. Ese es su defecto.

–Lo gracioso –dijo Lexie una tarde– es que dentro de diez años la veremos en el programa de Jerry.

–Diez no, siete. Ocho como mucho –le corrigió Trip–. «Jerry, ¡sácame de la cárcel!»

–O «Mi familia me quiere meter en un manicomio» –sugirió Lexie.

Los hermanos miraron a Pearl.

–En realidad no la conoces todavía –dijo Moody–. Ya verás. Es imprevisible.

Entonces le empezaron a contar historias, olvidándose momentáneamente de Jerry Springer.

A Izzy, con diez años, la habían detenido cuando intentaba colarse en la Sociedad Protectora de Animales para liberar a todos los gatos. «Eran como presos en el corredor de la muerte», había aducido. Cuando tenía once años, su madre –convencida de que era una patosa– la había matriculado en clases de baile para que mejorara la coordinación motriz. Su padre insistió en que probara a hacerlo un trimestre, y luego, si quería, lo podía dejar. En todas las clases, Izzy se sentaba en el suelo y se negaba a moverse. Justo antes de la gala se puso delante de un espejo, y con un rotulador Sharpie se pintó en la frente y en las mejillas la frase NO SOY UN TÍTERE VUESTRO. Luego, en el escenario, se quedó inmóvil mientras los demás bailaban desconcertados.

–Pensé que mamá se iba a morir de vergüenza –recordaba Lexie–. Y ¿qué me decís de lo del año pasado? A mamá no le parecía bien que vistiese tanto de negro, así que le compró unos vestidos muy monos. ¿Qué hizo Izzy? Los metió en una bolsa de la compra, cogió un autobús al centro y se los regaló a una mendiga. Mamá la castigó sin salir un mes.

–Es imprevisible –repitió Moody.

–Por no decir otra cosa –añadió, irritada, Lexie.

Trip le puso el sonido a la televisión y se oyó otra vez el rugido del programa de Jerry Springer.

En el sofá modular cabían ocho personas, pero, aun siendo apenas tres, los hermanos Richardson solían competir por los mejores sitios para ver la televisión. Las cosas se complicaron aún más al incorporarse Pearl, que, siempre que podía, se sentaba (discretamente y con aire despreocupado, o eso esperaba) al lado de Trip. Hasta entonces se había enamorado de los chicos desde lejos: no había tenido el valor de hablarle a ninguno. Como sabía que iba a marcharse con su madre al cabo de unos meses, ni siquiera lo había intentado. En Shaker Heights, sin embargo, pensaban echar raíces, y ahora que Trip estaba en esa casa, sentado en el mismo sofá, Pearl se le fue acercando indecisa, pero sin poder evitarlo. Era totalmente normal, pensó, que se sentara a su lado; los demás no iban a sacar conclusiones, ni mucho menos Trip. Moody, por su parte, se dijo que merecía sentarse al lado de su amiga: a fin de cuentas era él quien la conocía desde hacía más tiempo y se la había presentado a la familia. Así que Pearl se acomodó al lado de Trip y Moody se desplomó al lado de Pearl, que quedó así apretujada entre los dos hermanos. Lexie, arrellanada en la esquina, sonrió a los tres con suficiencia y encendió la televisión, y todos se pusieron a verla, aunque seguían muy atentos a lo que pasaba en la habitación.

Pearl pronto descubrió que Springer suscitaba las discusiones más acaloradas entre los hermanos Richardson.

–Menos mal que vivimos en Shaker –dijo Lexie un día en que estaban viendo un polémico episodio titulado «¡Deja de traer chicas blancas a casa a cenar!»–. Aquí nadie es racista.

–Todo el mundo es racista, Lex –replicó Moody–. Otra cosa es fingir que no se es.

–Fíjate en mí –dijo Lexie–. Llevo un año saliendo con Brian, y a nadie le importa un carajo que yo sea blanca y él negro.

–¿No crees que sus padres preferirían que saliese con una chica negra? –preguntó Moody.

–Creo sinceramente que les da lo mismo. –Abrió otra Coca-Cola Light–. El color de piel no dice nada de una persona.

–Shhh, callaos, que sigue –dijo Trip.

Una de esas tardes (concretamente, cuando echaron el episodio titulado «¡Voy a tener un hijo con tu marido!»), Lexie se volvió de pronto hacia Pearl.

–¿No has pensado nunca en buscar a tu padre? –le preguntó. Pearl la miró con cara deliberadamente inexpresiva, pero Lexie no se desanimó–: Por lo menos saber dónde vive. ¿No te gustaría conocerlo?

Pearl miró de nuevo la pantalla: había una mujer muy corpulenta y con el pelo naranja, y unos guardias de seguridad que intentaban sentarla.

–Tendría que empezar por averiguar quién es. Y mira qué bien se lo están pasando esos. ¿Cómo no voy a querer conocerlo?

El sarcasmo no le salía natural. Su comentario sonó más lastimero que socarrón, y hasta ella misma lo notó.

–Podría ser cualquiera –razonó Lexie–. Un exnovio. Igual rompieron cuando tu madre se quedó embarazada. O es posible que él se matara en un accidente antes de que nacieras. –Se tocó el labio con un dedo mientras consideraba otras hipótesis–. Puede que dejara a tu madre por otra mujer, o que... –se incorporó excitada en el sofá– la violara, y ella se quedó embarazada y quiso tener el bebé.

–Lexie –dijo Trip de pronto. Se desplazó en el sofá hasta donde estaba Pearl y le pasó un brazo por los hombros–. Cállate de una puta vez.

Era raro –y todos lo sabían– que Trip se pusiera a escuchar una conversación que no era sobre deportes, y aún más que se compadeciera de otra persona.

Lexie puso los ojos en blanco.

–Solo estaba bromeando, y Pearl se ha dado cuenta. ¿Verdad que sí, Pearl?

–Por supuesto –contestó, y se forzó a sonreír.

El corazón le empezó a palpar, no sabía si por el brazo de Trip o las palabras de Lexie, o las dos cosas. En el piso de arriba, Izzy practicaba con el violín, tocando música de Lalo. En la televisión se veía a las dos mujeres levantarse bruscamente otra vez y pelearse a arañazo limpio.

A decir verdad, el comentario de Lexie le había dolido. Esas preguntas se las había hecho de vez en cuando a lo largo de los años; pero, formuladas en voz alta por otra persona, parecían más apremiantes. Cuando la interrogaba de niña, su madre respondía en tono de guasa. «Oh, te encontré en una cesta de saldos de Goodwill», le había dicho una vez. Y en otra ocasión: «Estabas tirada en un

huerto de repollo y te cogí. ¿No lo sabías?». De adolescente había dejado de preguntar.

Esa tarde, cuando llegó a casa, seguía dándole vueltas en la cabeza a lo ocurrido. Se encontró a su madre en el cuarto de estar, aplicando pintura a una foto de una bicicleta desmontada.

–Mamá... –comenzó, pero enseguida se sintió incapaz de repetir las palabras tan directas que había utilizado Lexie. Así que le hizo la pregunta que subyacía a todas las demás, como un río subterráneo–: ¿Fui una hija deseada?

–¿Qué quieres decir? –respondió Mia mientras le daba una cuidadosa pincelada a la horquilla de la bicicleta, añadiéndole una rueda de color azul prusiano.

–Que si querías tenerme.

Mia guardó silencio tanto rato que Pearl no estaba segura de que la hubiese oído. Finalmente se dio la vuelta con el pincel en la mano: para sorpresa de Pearl, tenía los ojos llorosos. ¿Era verdad lo que estaba viendo? A esa mujer tan fuerte, tan indomable, no la había visto llorar nunca, ni siquiera el día en que se les averió el Rabbit al lado de la carretera, y el conductor de una camioneta azul que se había parado, aparentemente para ayudarlas, le quitó el bolso a Mia y se fue. Tampoco lloró cuando se le cayó el armazón de una cama (que había encontrado en un arcén), aplastándole el dedo meñique del pie, y la uña se puso de color berenjena y se le acabó desprendiendo.

Pero ahora lo veía. Ese brillo líquido en los ojos de su madre.

–¿Deseada? –dijo Mia por fin–. Oh, sí. Fuiste una hija deseada. Muy, muy deseada.

Dejó el pincel en la bandeja y salió corriendo de la habitación sin volver a mirar a su hija. Pearl se quedó mirando la bicicleta, que estaba sin terminar, y pensando en la pregunta que había hecho, mientras el charco de pintura iba poco a poco formando una capa sobre las cerdas del pincel.

## Cinco

DESDE AQUELLA TARDE, Y COMO SI EL EPISODIO de Jerry Springer le hubiese hecho reparar en su presencia, Lexie se empezó a interesar por la amiga de su hermano pequeño, a la que apodó «la huerfanita» en una conversación telefónica con Serena Wong.

–No habla apenas –le contó–. Parece que le dé miedo. Y se pone roja como un tomate cuando la miras.

–Es muy tímida –dijo Serena, que la había visto en casa de los Richardson unas cuantas veces, pero nunca le había oído decir una palabra–. Puede que no sepa hacer amigas.

–Hay algo más –reflexionó Lexie–. Es como si quisiera pasar inadvertida. Como si quisiera esconderse.

Pearl era, en efecto, tan tímida e insegura que a Lexie le fascinaba. La hermana mayor de Moody empezó, como de costumbre, examinando su aspecto:

–Es menuda. Sin esas camisetas tan anchas estaría muy guapa.

Por eso Pearl llegó un día a casa con una bolsa llena de ropa nueva, aunque en realidad no lo era, como descubriría Mia al ponerla a lavar: unos vaqueros de los años setenta, con parches y un lazo en el costado; una blusa de algodón con estampado floral que parecía igual de vieja; una camiseta de color crema con la cara de Neil Young.

–He estado con Lexie en la tienda de segunda mano –le explicó a su madre cuando volvió del cuarto de la colada–. Ella quería ir de compras.

De hecho, Lexie la había llevado antes al centro comercial. Era normal, pensó, que Pearl le pidiera consejo: estaba tan acostumbrada a que le preguntaran su opinión que muchas veces daba por supuesto que a la otra persona le interesaba aunque no se lo hubiese dicho expresamente. Pearl, con sus dieciséis años recién

cumplidos, era sin duda un encanto: esos ojos grandes y oscuros lo eran aún más sin maquillaje, y ese pelo largo, moreno y rizado, cuando se soltaba la trenza (Lexie la convenció un día de que lo hiciera), parecía que fuera a tragarse a su dueña. También se había fijado en su manera de mirar todos los objetos cuando estaba en casa de los Richardson (o en cualquier sitio, en realidad), como si no los hubiese visto nunca. La segunda vez que les visitó, Moody se fue por unas bebidas y la dejó sola en el solárium, y Pearl, en vez de sentarse, se puso a examinarlo todo, girando el cuerpo lentamente: daba la impresión de haber llegado a Oz. Lexie, que venía por el pasillo con el último número del *Cosmopolitan* y una Coca-Cola Light en la mano, se paró justo antes de cruzar el umbral y la observó a escondidas. De pronto, cuando la vio deslizar tímidamente el dedo por el contorno de una de las vides del empapelado, sintió mucha lástima por aquella chica tan menuda y tan triste. En ese momento apareció Moody con las dos latas de ginger-ale Vernors que había ido a buscar a la cocina. «No sabía que estuvieses aquí –le dijo–. Íbamos a ver una película.» «No me importa», respondió Lexie, y se dio cuenta de que era verdad. Entonces se acomodó en el sillón grande de la esquina sin dejar de mirar de reojo a Pearl, que por fin se sentó y abrió una lata. Moody metió una cinta en el reproductor de vídeo mientras su hermana empezaba a leer la revista. Lexie pensó que podía tener un detalle con ella: «Oye, Pearl, si quieres te paso la revista cuando haya terminado», le dijo, y de pronto sintió el leve calor de la generosidad adolescente.

Aquella tarde de primeros de octubre decidió llevarla de compras:

–Venga, Pearl, vámonos al centro comercial.

No había considerado ni un instante el de Randall Park, que estaba lejos de la concurrida Warrensville Road y al lado de una tienda de neumáticos y una guardería que abría toda la noche: el centro comercial de Randall «Dark»,<sup>3</sup> lo llamaban algunos jóvenes. Como vivía en Shaker, solamente había pensado en Beachwood Place, donde hacía todas sus compras: un centro comercial pequeño y elegante que estaba apartado de la calle principal, en una pequeña plaza ovalada donde también había un Dillard's, un Saks y un Nordstrom nuevo. Al final entraron en Gap, Express y The Body Shop, pero Pearl no compró más que un *pretzel* y un bote de bálsamo labial de kiwi.

–¿No has visto nada que te guste? –preguntó Lexie.

Pearl, que sabía que tenía apenas diecisiete dólares y que a Lexie le daban veinte de paga semanal, se quedó callada.

–Es todo igual –dijo por fin. Hizo un gesto con la mano, señalando vagamente el Chick-Fil-A y el centro comercial que estaba más allá–. En el colegio todos parecen clones. –Se encogió de hombros y miró a Lexie de reojo, sin saber si sus palabras sonaban convincentes–. Me gusta comprar en sitios un poco distintos, donde encuentras cosas que no lleva nadie.

Hizo una pausa: observando el bolso de Gap de color azul y blanco que Lexie llevaba colgado del brazo, se preguntó si la habría ofendido. Pero a Lexie nada o casi nada la ofendía, porque le costaba captar las ideas implícitas en las palabras de los demás.

–¿Como cuáles? –preguntó, ladeando la cabeza.

Pearl la condujo por Northfield Road y más allá del circuito de carreras, hasta que llegaron a la tienda de artículos de segunda mano. Allí, curioseando como ellas, había empleadas de un Taco Bell cercano que estaban en pleno descanso o se disponían a empezar el turno de noche. Pearl había entrado en docenas de tiendas así en diferentes ciudades: en todas flotaba exactamente el mismo olor (a polvo y también a algo dulce), y ella siempre estaba convencida de que sus compañeros de colegio se lo notaban en la ropa incluso después de varios lavados, como si hubiese penetrado en su piel. Este establecimiento, donde había revuelto con su madre en las cestas buscando sábanas viejas para utilizarlas como cortinas, no era una excepción. Pero ahora, al oír el grito de placer de Lexie, empezó a verlo de otra manera: como un sitio donde podías encontrar vestidos de fiesta de los años sesenta, batas para ponerte cuando te pasabas el día en la cama o ganduleando; un amplio surtido de camisetas que conmemoraban viejos conciertos; y, si tenías suerte, pantalones de campana: no los de estilo *retro* que sacaba Delia's cuando se volvían a poner de moda, sino los auténticos, con la tela muy fina en las rodillas por el uso que habían soportado durante decenios.

–*Vintage* –suspiró Lexie, y se puso a mirar con unción la ropa que había colgada.

En vez de las blusas y las faldas hippies que Mia siempre elegía para ella, Pearl cogió unas cuantas camisetas raras, una falda hecha con la tela de unos Levi's viejos y una sudadera con capucha de estilo militar. Le enseñó a Lexie cómo

interpretar las etiquetas (los martes, todos los artículos con la etiqueta verde estaban a mitad de precio; los miércoles era amarilla): cuando su amiga encontró unos vaqueros que le quedaban bien, Pearl les quitó con mucha habilidad la etiqueta naranja y la sustituyó por la verde que había arrancado a un *blazer* de poliéster de los años ochenta bastante feo. De este modo, los pantalones acabaron costando apenas cuatro dólares; y Pearl pagó trece con setenta y cinco por toda su ropa. Lexie estaba tan contenta que la llevó a un Wendy's donde servían la comida en el coche, y pidió un Frosty para cada una.

–Esos vaqueros te quedan de maravilla; parecen hechos para ti –le dijo Pearl para corresponder–. Estabas destinada a llevarlos.

Lexie se tomó una cucharada de chocolate y dejó que se derritiera en la lengua.

–Ahora que lo pienso –dijo entornando los ojos, como para observarla mejor–, esa falda iría fenomenal con una camisa de rayas. Tengo una en casa que te podría dar.

Cuando llegaron a casa de los Richardson, Lexie sacó media docena de camisas del armario y le hizo probarse una.

–¿Lo ves? –Le alisó el cuello de la camisa, y luego le abrochó un único botón en el escote para guardar un mínimo decoro: ese curso, todas las chicas del último año la llevaban así. Después de poner a Pearl delante del espejo, hizo un gesto de aprobación con la cabeza–. Quédatelas si quieres. Te están muy bien. Ya tengo demasiada ropa.

Pearl metió las camisas en su bolsa. En el caso de que su madre las viera, le diría que las había comprado, como el resto de la ropa, en la tienda de segunda mano. No sabía bien por qué, pero estaba convencida de que le parecería mal que Lexie le regalara su ropa vieja, aunque ya no la quisiese. Más tarde, cuando fue a hacer la colada, Mia notó que las camisas olían a detergente Tide y perfume, y no a polvo, y además parecían planchadas. Sin embargo, no dijo nada, y al día siguiente, cuando se encontró por la noche toda la ropa nueva recogida en una pila perfecta al pie de su cama, Pearl suspiró aliviada.

Unos días después estaba en la cocina de los Richardson y llevaba puesta una de las camisas de Lexie. Al notar que Trip no paraba de mirarla de reojo, se retocó el cuello con una sonrisa satisfecha. Él ni siquiera sabía bien por qué la miraba, aunque se había fijado en los dos triángulos de piel, a modo de reloj de

arena, que la camisa dejaba al descubierto –el triángulo desnudo coronado por las clavículas y el del abdomen, con la leve depresión del ombligo–, y en el destello azul del sujetador que asomaba por encima y por debajo del único botón que estaba abrochado.

–Qué guapa estás hoy –dijo con tono de sorpresa.

Pearl se puso completamente roja. Él también parecía avergonzado, como si acabara de revelar su afición por un programa de televisión muy cutre.

Moody no lo podía tolerar:

–Siempre está guapa. ¿Por qué no te callas, Trip?

Trip no notó –como era propio de él– lo molesto que estaba su hermano.

–Más guapa que de costumbre, quiero decir –matizó–. Ese color te queda bien. Realza tus ojos.

–Es de Lexie –soltó Pearl.

Trip sonrió.

–A ti te sienta mejor –dijo casi con timidez, y acto seguido se fue de la cocina.

Al día siguiente, Moody le compró a Pearl con sus ahorros un cuaderno de notas, un pequeño Moleskine negro, con la banda elástica.

–Hemingway tenía uno idéntico –le contó, y ella le dio las gracias y lo guardó en el bolso de los libros.

Pearl escribirá allí sus poemas, pensó, y no en ese bloc tan viejo y cochambroso. Desde entonces (cada vez que ella sonreía a Trip o se ruborizaba con sus cumplidos) le consolaría saber que era él quien le había regalado el cuaderno donde guardaba sus palabras y pensamientos preferidos.

La semana siguiente, la señora Richardson decidió limpiar las alfombras con la vaporeta, así que les pidió a los chicos que no entraran en la casa hasta la hora de cenar:

–Si dejáis una sola huella con las botas (te estoy mirando a ti, Izzy) o con las zapatillas de fútbol (eso va por ti, Trip), os quedáis sin paga un año entero. ¿Entendido?

Trip tenía partido de fútbol, e Izzy, clase de violín; pero Lexie estaba libre. Serena Wong iba a entrenar para una carrera de larga distancia, y sus otras amigas, por lo visto, también tenían cosas que hacer.

Después de la décima clase, y para su sorpresa, Pearl se la encontró en su

taquilla.

–¿Qué planes tienes? –preguntó Lexie mientras le ponía un chicle blanco en la mano—. ¿Nada? Pues vamos a tu casa.

Pearl se había resistido hasta entonces a llevar a amigas a casa, porque siempre había vivido con su madre en apartamentos pequeños y desordenados, a menudo en barrios decadentes; y además era muy probable que la invitada se encontrara a Mia trabajando en uno de sus proyectos, actividad extraña e incomprensible para quien no la conociera. Sin embargo, cuando se lo pidió Lexie... cuando Lexie le propuso que pasaran el resto del día juntas, se sintió como Cenicienta en el momento de levantar la mirada y ver la mano tendida del príncipe.

–Perfecto –respondió.

Así que los tres se subieron al Ford Explorer de Lexie (Pearl estaba encantada; Moody, muy molesto) y, con las ventanillas bajadas y la música de TLC a todo volumen, enfilaron hacia Winslow Road por Parkland Drive. Cuando el coche se paró delante de la casa, Mia, que estaba fuera regando el melocotonero, se sobresaltó. Luego sintió el deseo de tirar la manguera, entrar corriendo y cerrar la puerta, pero se contuvo. Ella, como Pearl, nunca invitaba a nadie a casa. *No seas idiota*, se dijo. *¿No era esto lo que querías? Que Pearl tuviese amigos*. Cuando los tres adolescentes se bajaron del Explorer, ya había apagado la manguera y les había saludado con una sonrisa.

Más tarde, mientras hacía palomitas (lo que más le gustaba a Pearl, y lo único que había para picar en el armario), se preguntó si su presencia les impediría hablar con libertad. Puede que se hiciera un silencio incómodo y que a Lexie se le quitaran las ganas de volver. Sin embargo, cuando los granos de maíz empezaron a golpear la tapa de la olla, los tres ya habían hablado del nuevo coche de Anthony Brecker, un viejo Volkswagen escarabajo de color morado; de Meg Kaufman, que se había presentado en el colegio borracha la semana anterior; y de Anna Lamont, que estaba mucho mejor ahora, con el pelo alisado («Tendríaís que haberla visto antes –dijo Lexie–: parecía un caniche»). La conversación no se interrumpió hasta que salió el tema de las solicitudes para la universidad. Mia, que estaba agitando la olla para que no se quemaran las palomitas, oyó a Lexie gruñir y luego un golpe seco: puede que se hubiese dado un cabezazo contra la mesa.

Lo de la universidad, en efecto, venía preocupándola cada vez más. En Shaker Heights era una cosa muy seria: el noventa y nueve por ciento de los jóvenes se graduaban y casi todos iban a la universidad. Toda la gente que conocía estaba enviando solicitudes con mucha antelación, así que, en la sala para los estudiantes del último año, solamente se hablaba de qué universidades había pedido fulano y cuáles mengano. Serena Wong quería estudiar en Harvard, y a Brian, el novio de Lexie, le hacía mucha ilusión Princeton. «¿Crees que Cliff y Clair<sup>4</sup> me iban a dejar estudiar en otro sitio?», le había dicho. Sus padres en realidad se llamaban John y Deborah, pero él era médico, y ella, abogada; y a decir verdad, los dos recordaban un poco al matrimonio de la serie de Bill Cosby: el padre afable y con su eterno suéter; la madre sensata, competente en todo, y a la vez socarrona. Se habían conocido de estudiantes en Princeton, y Brian tenía fotos suyas de bebé con un pijamita de la universidad.

Lexie no tenía un ejemplo tan claro que seguir. Su madre había crecido en Shaker Heights y nunca se había alejado mucho de la ciudad: la carrera la había estudiado en Denison,<sup>5</sup> y nada más terminarla había vuelto a casa. Su padre, que venía de una ciudad pequeña en Indiana, había conocido a su madre en la universidad y luego se había quedado a vivir con su ya prometida en Shaker. Después de doctorarse en jurisprudencia en Case Western<sup>6</sup> había empezado a trabajar en uno de los bufetes más importantes de Cleveland, donde acabaría ascendiendo a socio. Sin embargo, Lexie, como la mayoría de sus compañeros, no quería ni por asomo estudiar en Cleveland ni cerca de Cleveland. La ciudad estaba a orillas de un lago contaminado al que aflucía un río conocido sobre todo por su alta temperatura, y cuyo nombre mismo sugería tristeza: Chagrin. Así se llamaban también toda clase de sitios, los numerosos focos de dolor que había dispersos por la ciudad: la villa de Chagrin Falls, el parque Chagrin, inmobiliaria Chagrin, carrocías Chagrin. Una tristeza que se reproducía y multiplicaba, que parecía que no fuera a extinguirse nunca. «El error a orillas del lago», la llamaba la gente a veces: para Lexie y sus hermanos y amigos, Cleveland era una ciudad de la que había que huir.

Cuando se aproximaba la fecha límite para enviar solicitudes, Lexie se decidió por Yale. Le atraía su excelente grupo de teatro, porque el año anterior, y aunque todavía estaba en el penúltimo curso, había interpretado el papel protagonista en

el musical que montaba el colegio. A pesar de su aire frívolo, siempre estaba entre las mejores estudiantes de la clase, y además de cursar cuatro asignaturas del programa AP<sup>Z</sup> dirigía el club de francés. «No te dejes engañar por su actitud –le había dicho Moody a Pearl–. Lexie tiene buena cabeza; lo que pasa es que a veces no la sabe utilizar en la vida real.» La profesora que la orientaba en los estudios le había dicho que era muy difícil ingresar en Yale, pero que la consideraba perfectamente capaz. «Además saben que a los chicos que vienen de Shaker siempre les va bien en la carrera», añadió la señora Lieberman.

Para Lexie, que llevaba casi seis meses saliendo con Brian, Yale tenía la ventaja añadida de estar a apenas unas horas en tren de la universidad donde pensaba estudiar él. «Nos podemos ver mucho –le dijo mientras imprimía la solicitud–. Y también podemos quedar en Nueva York.» Este había sido el factor decisivo: Nueva York le fascinaba desde que leyera de niña los libros de Eloise.<sup>8</sup> Sin embargo, no quería estudiar en la ciudad. Su consejera le había sugerido Columbia, pero ¿a quién le apetecía, pensó, vivir en Morningside Heights? En cambio le seducía la idea de hacer de vez en cuando una excursión de un día –visitar el Met por la mañana y luego, quizá, ir de compras a Macy’s– e incluso pasar allí el fin de semana con Brian: se trataba de huir enseguida del gentío, de la suciedad y del ruido.

Pero estaba adelantando acontecimientos. Por lo pronto tenía que escribir una redacción para que la admitieran en la universidad. Una buena redacción –había insistido la señora Lieberman– que la hiciera sobresalir entre los demás candidatos.

–Mirad qué gilipollez –refunfuñó aquella tarde en la cocina de la casa de Pearl, mientras sacaba del bolso un impreso de solicitud–: «Escriba una nueva versión de una historia famosa. Cuente, por ejemplo, *El mago de Oz* desde el punto de vista de la Bruja Malvada». ¡Esto es una solicitud para la universidad, no un ejercicio de escritura creativa!

–¿Por qué no escribes un cuento de hadas? –sugirió Moody mientras sacaba el libro de matemáticas. Lexie arrugó la nariz–. El de la Cenicienta, contado desde el punto de las hermanastras. Igual no eran tan malas. Igual la mala era Cenicienta.

–El cuento de Caperucita, contado por el lobo –propuso Pearl.

–O el de Rumpelstiltskin –dijo Lexie–. Si lo pensáis, la hija del molinero le timó. Él no hace más que hilar e hilar, y ella le promete que le entregará a su hijo, y al final nada. Puede que la mala sea ella. –Abrió una lata de Coca-Cola Light con una uña granate, y tiró la anilla al suelo–. Quiero decir que no debería haberle hecho esa promesa, si no pensaba cumplirla.

–Bueno –dijo de pronto Mia. Se dio la vuelta, el cuenco de palomitas en las manos, y los tres se sobresaltaron, como si un mueble hubiese empezado a hablar–. Puede que al principio no supiese de veras lo que era renunciar a un hijo. Puede que cambiara de idea nada más ver al bebé. –Dejó el cuenco en el centro de la mesa–. No se puede juzgar tan rápido a la gente, Lexie.

Lexie parecía humillada, pero enseguida puso los ojos en blanco. Moody miró a Pearl: ¿ves lo superficial que puede ser? Pero ella no se dio cuenta. Mia volvió al cuarto de estar, y Pearl (avergonzada por el pronto que le había dado a su madre) se volvió entonces hacia Lexie:

–Te puedo ayudar –le dijo en voz baja para que Mia no la oyese. Como sus palabras no parecían lo bastante persuasivas, al cabo de un instante añadió–: Se me dan bien las redacciones. Si quieres la hago yo.

–¿De verdad? –Lexie sonrió exultante–. Si la haces te lo agradeceré toda mi vida, Pearl.

La abrazó efusivamente. Al otro lado de la mesa, Moody cerró el libro de matemáticas, y en el cuarto de estar, Mia metió el pincel en el vaso de agua: la pintura, al desprenderse de las cerdas, formó un remolino de color tierra.

## Seis

PEARL CUMPLIÓ SU PALABRA, y la semana siguiente le entregó a Lexie una redacción escrita a mano: el cuento del príncipe rana, contado desde el punto de vista de la rana. Su madre y Moody estaban cada vez más inquietos, pero ninguno de los dos dijo una palabra: Mia no quería reconocer que había estado escuchando sus conversaciones, y él no quería que lo tomaran por un santurrón.

Cuando Moody se pasaba a recogerla por la mañana para ir con ella al colegio, Pearl salía de su cuarto con una de las camisas de Lexie o una camiseta de tirantes muy finos, y con los labios pintados de rojo. «Me la ha regalado Lexie – le explicaba en parte a Moody y en parte a Mia, mientras los dos la miraban disgustados—. Dice que es demasiado oscura para ella, pero que a mí me queda bien porque tengo el pelo más oscuro.» Los labios parecían muy secos debajo del maquillaje.

–Quítate el pintalabios –le ordenó un día su madre.

Al día siguiente, sin embargo, Pearl se puso una de las gargantillas de Lexie. La cinta de encaje negro parecía un corte que le rodeara el cuello.

–Te veo a la hora de cenar –le dijo a Mia—. Lexie y yo nos vamos de compras después del colegio.

A finales de octubre, a medida que iban enviando las solicitudes, la euforia se extendió entre los estudiantes del último año. Lexie, que había mandado la suya con el escrito incluido, se sentía generosa. Gracias a Pearl, la redacción estaba bien, y, como además tenía una buena nota media y una alta calificación en el SAT,<sup>2</sup> ya se imaginaba en Yale. Se sentía obligada a recompensar a su amiga, y después de pensárselo un poco tuvo una excelente idea:

–Stacie Perry va a montar una de sus fiestas este fin de semana. ¿Te quieres venir?

Pearl vaciló. Había oído hablar de ellas, y no estaba segura de que fuera a pasarlo bien.

–No sé si mi madre me dejará.

–Venga, Pearl, apúntate –dijo Trip, sentándose en el brazo del sofá–. Yo voy a ir, y necesito una pareja de baile.

A Pearl ya no hubo que decirle nada más para convencerla.

En la escuela secundaria de Shaker Heights, las fiestas de Stacie Perry eran, en efecto, legendarias. Sus padres tenían una casa enorme y viajaban mucho, circunstancia que Stacie aprovechaba al máximo. Aún faltaban varias semanas para los exámenes finales, y los estudiantes del último año, libres de la tensión creada por las primeras solicitudes, tenían ganas de divertirse. Llevaban días hablando sin parar de quién iba a ir a la fiesta de Halloween y quién no.

Entre los invitados no figuraban ni Moody ni Izzy, por supuesto: ninguno de los dos conocía a la anfitriona más que de oídas, y la fiesta era sobre todo para los estudiantes del último año. A pesar de su amistad con Lexie, Pearl no tenía trato con casi nadie aparte de los Richardson, y Moody era a menudo la única persona con la que hablaba en el colegio. Pero a Lexie y Serena Wong las había invitado la propia Stacie, así que podían llevar a alguien más, incluso a una amiga que estaba en el segundo año y a la que no conocía nadie.

–Pensaba que íbamos a alquilar *Carrie* –refunfuñó Moody–. Me dijiste que no la habías visto.

–El fin de semana que viene –prometió Pearl–. Aunque es Halloween: igual prefieres ir de casa en casa disfrazado.

–Somos demasiado mayores para eso –respondió Moody.

En Shaker Heights había normas hasta para Halloween: las sirenas sonaban a las seis y las ocho para señalar el principio y el final de la ronda, y, aunque no existía límite de edad, la gente miraba con recelo a los adolescentes que llamaban a la puerta. Moody había participado por última vez cuando tenía once años, y en aquella ocasión se había vestido de tortuga Ninja.

En la fiesta de Stacie había que llevar disfraz. Brian (que tenía que completar la solicitud para Princeton) no iba a ir, así que no contaba.

–¡Vamos a disfrazarnos de ángeles de Charlie! –exclamó Lexie en un raptó de genialidad.

Así que Serena, Pearl y ella se pusieron blusas de poliéster y pantalones de campana y se cardaron el pelo. Cuando ya no podían ahuecarlo más, se colocaron espalda contra espalda e hicieron el gesto de apuntar con la pistola. Envueltas en una nube de spray, se miraron en el espejo.

–Perfecto –dijo Lexie–. Rubia, morena y castaña. –Le apuntó a Pearl a la nariz–: ¿Estás preparada para la fiesta, Pearl?

No lo estaba, evidentemente. Esa noche iba a ser una de las más extrañas de su vida.

A la casa de Stacie no pararon de llegar coches conducidos por skaters, animales y dobles de Freddy Krueger, que aparcaban al borde de la enorme extensión de césped. Había por lo menos cuatro chicos con máscaras de la película *Scream*, y dos con camisetas y cascos de fútbol. Los más imaginativos llevaban chaqueta larga, sombrero de fieltro, gafas de sol y boa de plumas. («Esos van de chuloputas», explicó Lexie.) La mayoría de las chicas llevaban vestidos muy cortos, orejas de animales y sombreros diversos, aunque una de ellas se había transformado en la princesa Leia. Otra, vestida de ginoide, iba del brazo de Austin Powers. Stacie iba disfrazada de ángel, con un mini vestido de tirantes, medias de rejilla, un par de alas brillantes y una aureola sujeta a una diadema.

A las nueve y media, cuando llegaron Lexie, Serena y Pearl, ya estaba todo el mundo borracho, y el ambiente, cargado de sudor y del olor acre de la cerveza. En los rincones oscuros se manoseaban las parejas. El suelo de la cocina estaba pegajoso por las copas vertidas, y había una chica tumbada boca arriba en la mesa, entre las botellas medio vacías, fumando un porro y riéndose mientras un chico le lamía el ombligo, que tenía mojado de ron. Después de servirse copas, Lexie y Serena se abrieron camino hasta la pista de baile improvisada en el salón. Pearl se quedó sola en un rincón de la cocina bebiendo vodka Stolichnaya con Coca-Cola de un vaso de plástico rojo, y buscando con la mirada a Trip.

Al cabo de media hora le entrevió en el patio. Iba disfrazado de diablo, con cuernos y un blazer rojo de la tienda de segunda mano.

–¡No sabía que conociese a Stacie! –le gritó al oído a Serena cuando esta volvió por otra copa.

Serena se encogió de hombros.

–Stacie dice que un día le vio sin camiseta después de un entrenamiento y que

estaba muy bien. Dijo textualmente que estaba cañón. –Se bebió un trago y luego se echó a reír. Pearl vio que estaba colorada–. ¿No se lo cuentas a Lexie, vale? Vomitaría si lo oyese.

Se dirigió de nuevo al salón, tambaleándose un poco sobre los tacones de cuña. Pearl miró a través de la puerta corredera de cristal y vio a Trip pinchando a una pelirroja entre los omóplatos con el tridente de plástico. Se ahuecó el pelo mientras ideaba un plan. Trip no tardaría en terminarse la copa, así que entraría por otra y vería a Pearl. Qué tal, Pearl, le diría. Entonces ella le contestaría con una frase ingeniosa. Se puso a pensar. ¿Qué le diría Lexie a un chico que le gustase?

Se estaba devanando los sesos, pensando en algo gracioso o sugerente, cuando de pronto perdió de vista a Trip. ¿Había entrado en la casa, o se había marchado de la fiesta? Se abrió camino hasta el salón con el vaso en alto, pero no distinguía a nadie. La voz de Shaggy sonaba tan fuerte que casi podía sentirla en la garganta, y Janet Jackson lanzó de repente un grito extático. No había más luz que la de unas cuantas velas, por lo que Pearl apenas veía siluetas meneándose obscenamente. Por fin llegó al jardín de atrás, donde había un grupo de chicos bebiendo cerveza y discutiendo las posibilidades que tenía el equipo de fútbol de ganar los playoffs. «¡Si ganamos a Ignatius y U.S. le gana a Mentor...!», gritó uno.

Lexie, mientras tanto, se lo estaba pasando en grande. Le encantaba bailar: conocía las discotecas del centro de la ciudad, a las que iba con Serena y sus otras amigas cada vez que las abrían a los adolescentes... o cuando, provistas de carnés falsos, se creían capaces de engañar al portero haciéndose pasar por universitarias. Una vez se habían colado en una *rave* en un almacén abandonado que había en la zona de The Flats, y habían bailado hasta las tres de la mañana. Solían hacerlo muy pegadas, con la comodidad y desenvoltura de dos chicas que se conocen desde siempre: cadera con cadera, pelvis con pelvis, hasta que Lexie se apartaba y empezaba enseguida a restregar el trasero contra el de Serena.

Esa noche estaban bailando juntas cuando Lexie notó que alguien se le apretaba contra la espalda. Era Brian. Serena le sonrió con suficiencia y se alejó.

–Ni siquiera te has disfrazado –se quejó Lexie, dándole una palmadita en el hombro.

–Sí me he disfrazado –dijo él–. Acabo de mandar una solicitud para Princeton. La abrazó por la cintura y le rozó el cuello con la boca.

Media hora después sentían los dos una alegría en la que se mezclaban el alcohol, el baile y la deliciosa sensación de tener dieciocho años. En los seis meses que llevaban juntos habían hecho «algunas cosas», según le había dicho ella a Serena con cierta coquetería. Pero la gran cosa seguía pendiente, como una piscina profunda que se interponía entre ellos desde hacía tiempo y en la que apenas habían metido los pies. Ahora, apretada contra Brian, con la euforia del ron y la música que les sacudía a los dos el cuerpo como un latido común, le entraron de pronto ganas de zambullirse en la piscina y bucear hasta el fondo. Cuando era más joven e inmadura había pensado en la primera vez. Lo había imaginado todo: las velas, las flores, el CD de Boyz II Men. Tenía que hacerlo en una cama y no en el asiento de atrás de un coche, como ciertas amigas suyas, ni mucho menos en el hueco de la escalera del colegio, como se rumoreaba en el caso de Kendra Solomon. En ese momento, sin embargo, pensó que le daba lo mismo dónde.

–¿Te apetece dar una vuelta en coche? –preguntó: los dos sabían lo que quería decir.

Se marcharon de la casa y caminaron en silencio hasta la acera, donde les esperaba el coche de Lexie.

Pearl había vuelto al mismo rincón de la cocina y estaba pendiente de que apareciera Trip. A las diez y media aún no había rastro de él; a las once tampoco. A medida que pasaban las horas y se vaciaban las botellas, la gente se fue desmadrando. Poco después de las doce, Stacie Perry trató de servirse un vaso de agua, pero vomitó en la jarra Brita: en ese instante, Pearl decidió marcharse. A Lexie no la encontró por ningún lado, ni siquiera cuando atravesó el salón, abriéndose camino a codazos entre la multitud de cuerpos que se agitaban. Echó una ojeada al exterior de la casa, pero no supo si su Ford Explorer estaba entre los coches aparcados desordenadamente en la puerta.

–¿Has visto a Lexie? –le preguntó a todo aquel que parecía mínimamente sobrio–. ¿O a Serena? –Al principio, la mayoría de la gente la miraba sorprendida, como si no supiese a quién se refería. «¿Lexie? ¿Lexie Richardson? ¿Has venido con ella?» Finalmente, una chica que estaba despatarrada en el

regazo de un jugador de fútbol, en el sofá grande, le contestó: «Me parece que se fue con su novio. ¿Verdad, Kev?». Kev respondió agarrándole la cabeza y atrayendo la boca a la suya. Pearl se alejó.

No sabía bien en qué parte de Shaker estaba la casa, y el vodka había desdibujado aún más el plano borroso que tenía en la cabeza. ¿Podía volver a la suya andando? ¿Cuánto tardaría? ¿Cómo se llamaba la calle donde vivía Stacie? Se permitió fantasear un instante: a lo mejor entraba Trip por la puerta corredera y se dirigía a la cocina seguido por una ráfaga de aire fresco. ¿Te llevo a casa?, le diría.

Evidentemente eso no sucedió. Pearl cogió por fin el teléfono inalámbrico de la barra de la cocina y salió a hablar al lado del garaje, donde había menos ruido. Llamó a Moody.

Veinte minutos después, un coche se paró delante de la casa de Stacie. Desde las escaleras de la entrada, Pearl vio a Moody bajar la ventanilla del copiloto. Tenía el ceño fruncido.

–Súbete –le dijo con sequedad.

La tapicería del coche era de un cuero tan suave que la sintió como una segunda piel debajo de los muslos.

–¿De quién es este coche? –preguntó estúpidamente mientras se alejaban de la casa.

–De mi madre –contestó Moody–. Y, antes de que digas nada, está durmiendo.

–Pero todavía no tienes carné de conducir.

–Una cosa es saber hacer algo, y otra que te permitan hacerlo. –Moody giró hacia Shaker Boulevard–. ¿Cómo estás de borracha?

–He tomado una sola. No estoy borracha. –Pearl no estaba segura de que fuese verdad: había mucho vodka en aquel vaso. Estaba mareada. Cerró los ojos–. Es que no sabía volver a casa.

–Pero el coche de Trip seguía allí. Hemos pasado por delante. ¿Por qué no le has pedido que te lleve?

–Porque no le he encontrado. No he encontrado a nadie.

–Estaría arriba con alguna chica.

Guardaron silencio un rato. Según el reloj del salpicadero, era casi la una.

–Ya has visto cómo son –dijo Moody. Cuando llegaron a la manzana donde vivían Mia y Pearl, apagó los faros y se acercó al bordillo–. Tu madre se va a cabrear.

–Le dije que iba a salir con Lexie, y me dijo que podía volver a las doce. Solo me he retrasado un poco. –Miró hacia arriba y vio luz en la ventana de la cocina–. ¿Huelo mal?

Moody se le arrimó.

–Hueles un poco a tabaco. Pero no a alcohol. Espera, que te doy algo –dijo mientras se sacaba del bolsillo un paquete de Trident.

Al parecer, la fiesta de Halloween duraría hasta las tres y cuarto de la mañana, y varios invitados acabarían desmayándose en la alfombra persa que los Perry tenían en el salón. Lexie volvería a casa a las dos y media; Trip, a las tres. Al día siguiente dormirían todos hasta después del mediodía. Más tarde, Lexie le pediría perdón a Pearl, confesándole entre murmullos que Brian y ella llevaban pensándolo algún tiempo y que parecía la noche perfecta. Tenía que contárselo, porque no lo sabía nadie, ni siquiera Serena. ¿Parecía la misma persona? Pearl, desde luego, la notaría distinta: más esbelta, con la cara más afilada, el pelo peinado hacia atrás en una cola de caballo descuidada, y restos de rímel y purpurina en las esquinas de los ojos. Observando la pequeña arruga del entrecejo, imaginaría el aspecto que iba a tener veinte años más tarde: se parecería un poco a su madre. «¿Y tú qué tal? –preguntaría por fin Lexie, apretándole el brazo–. ¿Volviste a casa sin problemas? ¿Lo pasaste bien?» Pearl se limitaría a asentir con la cabeza.

Quitó el envoltorio al chicle, se lo llevó a la boca y sintió cómo la menta le florecía en la lengua.

–Gracias –le dijo a Moody.

Él comprendió que no se refería únicamente al chicle, y asintió con la cabeza.

Pearl estaba equivocada: a Mia le molestó, y mucho, que llegase tarde. Cuando su hija, que olía a tabaco, alcohol y (Mia estaba casi segura) marihuana, subió por fin a casa, no supo qué decirle. «Vete a la cama –le ordenó–. Hablaremos por la mañana.»

Pearl durmió hasta tarde. Cuando apareció, despeinada y con ojeras, poco

antes del mediodía, Mia aún no sabía cómo hablarle. Querías que Pearl tuviese una vida normal, pensó: pues bien, esto es que lo que hacen las adolescentes. Necesitaba estar encima de su hija –saber lo que hacía, vigilar a Lexie, vigilarlos a todos–, pero ¿qué podía hacer? ¿Acompañarla a las fiestas y a los partidos de hockey? ¿Prohibirle que saliera? Al final no le dijo nada, y Pearl, después de tomarse unos cereales, se volvió a acostar.

A Mia no tardó en presentársele otra oportunidad. El martes siguiente a la fiesta de Halloween, la señora Richardson se pasó por el dúplex de Winslow Road.

–Quería saber si necesitabais algo, ahora que ya os habéis instalado –explicó.

Mia vio, sin embargo, cómo su mirada recorría la cocina y luego el cuarto de estar. Conocía bien estas visitas: a pesar de las «restricciones de acceso al inmueble» mencionadas en los contratos, los caseros se presentaban de vez en cuando en la casa para inspeccionarla. Así que se hizo a un lado para que la señora Richardson lo viese todo mejor. Hacía cuatro meses que se habían mudado, pero apenas tenían ningún mueble. En la cocina había dos sillas dispuestas y una mesa de alas abatibles a la que le faltaba una de las dos partes: las tres cosas las habían encontrado en una acera. En la habitación de Pearl había una cama individual y un tocador pequeño; en la de Mia, solamente un colchón tirado en el suelo y varias pilas de ropa guardadas en el armario. Y luego estaban los cojines colocados en fila en el suelo del cuarto de estar, cubierto con un mantel de flores en tonos brillantes. Sin embargo, el linóleo de la cocina estaba limpio, lo mismo que el horno, la nevera y la alfombra; y Mia tenía la cama hecha, con sábanas de rayas que parecían almidonadas. Había pocos muebles, sí, pero, para sorpresa de la señora Richardson, el apartamento no parecía deshabitado ni mucho menos. «¿Podemos pintar las paredes?», había preguntado Mia cuando se instalaron. La señora Richardson había dudado un instante, pero luego había recordado que era artista: «Sí, pero no las pintéis demasiado oscuras», le había contestado: quería decir que evitasen el negro, el azul marino y el rojo oscuro. Al día siguiente, sin embargo, se le había ocurrido que Mia –siendo artista– tal vez pretendía hacer un mural: una pintura al modo de Diego Rivera o un grafiti con pretensiones artísticas. Ahora, en su visita al apartamento, no vio nada por el estilo. Cada habitación estaba pintada de un tono distinto: el

cuarto de estar, de color melón; la cocina, de amarillo brillante; y los dormitorios, de melocotón. Era un día nublado, pero allí parecía que hiciese un sol radiante.

La casa estaba llena de fotografías muy llamativas, todas sin marco y pegadas con goma a la pared. Había una serie que mostraba las sombras proyectadas sobre un muro de ladrillo descolorido; otra en la que se veía el manto de plumas que cubría la orilla del lago de Shaker; y una tercera en la que Mia probaba a imprimir fotos en diferentes superficies: vitela, papel de aluminio y de periódico. Otro proyecto, cuyos resultados ocupaban una pared entera, había consistido en fotografiar durante varias semanas una zona de obras cercana. Al principio no se veía más que un montículo pardo y un extenso terreno detrás. Luego la colina se iba volviendo verde, cubriéndose poco a poco de hierba y maleza, hasta que brotaba un pequeño arbusto en lo alto. Al fondo se iba levantando un edificio, una casa de tres pisos que parecía surgir de la tierra como un monstruo gigantesco. Los camiones aparecían fugazmente y desaparecían como fantasmas pillados por sorpresa. En la última foto, una excavadora nivelaba el terreno.

—Madre mía —dijo la señora Richardson—. ¿Las has hecho tú todas?

—A veces tengo que mirarlas un tiempo en la pared para ver si hay algo que valga la pena. Para saber cuáles me gustan.

Mia echó un vistazo a su alrededor, como si mirara los retratos de unas viejas amigas suyas para no olvidarse de sus caras.

La señora Richardson examinó de cerca la foto de una muchacha de aspecto triste que iba vestida de vaquera. Mia había tomado la instantánea en un desfile con el que se habían topado de camino a Ohio.

—Qué talento tienes para los retratos. Mira cómo has sacado a esta chica. Parece que hayas penetrado en su alma.

Mia no dijo nada: se limitó a asentir con la cabeza, en un gesto que la señora Richardson creyó de humildad.

—Deberías pensar en dedicarte profesionalmente a esto —le sugirió, y luego hizo una pausa—. No digo que no seas una profesional; ya lo eres, por supuesto. Pero quizá podrías trabajar en un estudio, haciendo retratos para bodas y pedidas de mano. Estarías muy solicitada. —Señaló las fotos de la pared como si bastaran para expresar lo que quería—. De hecho, podrías retratar a mi familia. Te pagaría,

claro.

–Igual lo hago –contestó Mia–. Pero lo malo de los retratos es que tienes que mostrar a la gente como quiere ser vista. Prefiero mostrarla tal como yo la veo. Así que las dos acabaríamos insatisfechas.

Sonrió tranquila. La señora Richardson no sabía bien qué responder.

–¿Está a la venta alguna de tus fotos? –preguntó finalmente.

–Tengo una amiga en Nueva York que dirige una galería, y ya ha vendido unas cuantas.

Mia se fijó en una foto donde se veía un puente oxidado, y deslizó el dedo por su silueta curva.

–Me encantaría comprar una –dijo la señora Richardson–. Me tienes que vender una. Si no apoyamos a los artistas, ¿cómo van a crear grandes obras?

–Eres muy generosa.

Mia miró un instante hacia la ventana. A la señora Richardson le irritó un poco la tibieza de su respuesta a este acto de filantropía.

–Y el dinero que ganas con las fotos ¿te da para vivir?

Mia dedujo acertadamente que se refería al alquiler.

–Siempre nos las hemos apañado de un modo u otro –contestó.

–Pero habrá épocas en las que las fotos no vendan. No por culpa tuya, claro. ¿Cuánto te suelen dar por una?

–Siempre nos las hemos apañado –repitió Mia–. Hago otros trabajos cuando necesito un dinero extra: limpiar casas, cocinar, cosas así. Ahora trabajo a tiempo parcial en el Palacio de la Fortuna, ese restaurante chino que hay en Warrensville. Siempre he pagado todas mis deudas.

–No era eso lo que quería decir –se quejó la señora Richardson.

En ese instante se fijó en la foto más grande, y la única que había encima de la repisa de la chimenea. En ella se veía a una mujer de espaldas y con los brazos estirados, como si bailara. La instantánea, borrosa, captaba su movimiento: brazos en alto, en cruz; pegada a la cintura una maraña de extremidades que la hacía parecer una araña gigantesca en medio de su tela. Este efecto desconcertó e inquietó a la señora Richardson, que no podía, sin embargo, apartar los ojos de la foto.

–Nunca se me habría ocurrido convertir a una mujer en araña –dijo, y era

verdad; pero entonces recordó que los artistas no piensan como la gente normal.

Finalmente se volvió hacia Mia y la miró con curiosidad. No conocía a nadie así.

Siempre había llevado una vida ordenada, metódica. Se pesaba una vez por semana y, pese a no engordar nunca más del kilo y medio que su médico consideraba normal, procuraba cuidarse. Así, todas las mañanas se tomaba medio tazón, y no más, de cereales Cheerios, la cantidad justa indicada en la caja, sirviéndose para ello de un recipiente graduado de plástico con motivo floral que había comprado en Higbee's de recién casada. En la cena se permitía a lo sumo una copa de vino tinto (mejor para el corazón que el blanco, según había oído en las noticias), y en el vaso había una raya tenue que señalaba hasta dónde había que llenarlo. En las clases de aeróbic que tenía tres veces a la semana miraba todo el rato el reloj para comprobar que su frecuencia cardíaca había superado las ciento veinte pulsaciones por minuto. Sus padres la habían enseñado a seguir las reglas, y que el mundo marchaba bien cuando la gente las seguía. Desde niña tenía un plan, que había cumplido escrupulosamente: colegio, universidad, novio, matrimonio, trabajo, niños, hipoteca. Un sedán con airbag y cinturones de seguridad. Un cortacésped y un quitanieves. Una lavadora y una secadora. En resumen, lo había hecho todo bien: tenía la vida que quería y a la que todo el mundo aspiraba. Pero allí estaba Mia, una mujer completamente distinta, cuya vida no se parecía en nada a la suya, y que daba la impresión de seguir sus propias reglas sin pedir perdón por ello. A la señora Richardson esta libertad, como la foto de la bailarina-araña, le inquietaba y también le seducía. Por un lado deseaba estudiar a Mia como una antropóloga, averiguar por qué vivía así y cómo se las arreglaba; pero, por otro, estaba intranquila (aunque todavía no fuese consciente de ello): tenía que vigilar a la nueva inquilina como a un animal peligroso.

—Qué limpio tienes todo —le dijo por fin, mientras pasaba un dedo por la repisa de la chimenea—. Te debería contratar para que vinieras a casa a limpiar. — Se echó a reír. Mia la imitó educadamente, aunque notó cómo la semilla de esa idea le brotaba e iba creciendo en la cabeza a la señora Richardson—. Sería perfecto, ¿verdad? Podrías venir unas horas al día, hacer unas cuantas faenas, nada importante. Te pagaría, por supuesto. Luego tendrías el resto del día para

hacer fotos. –Mia pensó en las palabras justas para arrancar la idea de raíz, pero ya era demasiado tarde. La señora Richardson estaba empeñada–. Lo digo en serio. ¿Por qué no lo haces? Tuvimos a una chica que venía a limpiar y hacer la cena, pero se volvió a Atlanta en primavera, y ahora necesito a alguien que me eche una mano. Te aseguro que me harías un favor. –La miró de frente–. No aceptaré un no por respuesta. Tienes que tener tiempo para trabajar en las fotos.

Mia se dio cuenta de que resistirse era inútil, y además iba a granjearle su antipatía. Sabía por experiencia que, cuando alguien se empeña en hacer algo que cree caritativo, casi nunca hay manera de disuadirlo. Pensó con desánimo en los Richardson, en la enorme y resplandeciente casa de los Richardson, en la cara que pondría Pearl cuando su madre osara pisar esa tierra que veneraba. Y luego se imaginó a sí misma ingresando en el reino de los Richardson, trabajando en segundo plano, casi inadvertida, y sin dejar de vigilar a Pearl. Así reafirmaría su presencia en la vida de su hija.

–Gracias –le dijo–. Es muy amable de tu parte. ¿Cómo me iba a negar?

La señora Richardson sonrió radiante.

## Siete

NO TARDARON EN PONERSE DE ACUERDO: Mia cobraría trescientos dólares al mes – lo que pagaba de alquiler– por pasar el aspirador, quitar el polvo y ordenar las habitaciones tres veces a la semana y hacer la cena todas las noches. A Pearl, como era de esperar, no le hizo ninguna gracia.

–¿Por qué te lo ha pedido a ti? –refunfuñó.

Su madre se mordió la lengua: al fin y al cabo, la chica tenía quince años.

–Porque quiere ayudarnos –contestó.

Felizmente, Pearl cambió de tema, aunque en el fondo le indignaba que Mia invadiera un espacio que había acabado considerando suyo: la casa de los Richardson. Su madre iba a estar muy cerca, en la cocina, escuchándolo todo, observándolo todo. Las tardes en el sofá, las bromas familiares de las que Pearl ya participaba, incluso la ridícula costumbre de ver el programa de Jerry Springer: todo eso lo iba a estropear.

Al señor Richardson, por su parte, se le hacía raro contratar como asistente a una conocida de la familia, a la madre de la amiga de uno de sus hijos. Pero se dio cuenta de que para la señora Richardson era un acto de generosidad; así que, en vez de discutir con su mujer, decidió hablar con Mia en su primer día de trabajo.

–Agradecemos mucho tu ayuda –le dijo por la mañana, mientras ella sacaba el cubo con los productos de limpieza de debajo del fregadero–. Nos estás haciendo un grandísimo favor. –Mia sonrió y, sin decir nada, cogió un frasco de Windex. El señor Richardson no sabía bien cómo continuar–. ¿Te gusta Shaker? –preguntó finalmente.

–Es un sitio muy curioso. –Mia roció la encimera de limpiador y pasó la esponja, empujando unas cuantas migas al fregadero–. ¿Tú también creciste en

Shaker?

—No, solo Elena. —Movi6 la cabeza con gesto incr6dulo—. Antes de conocerla ni siquiera hab6a o6do hablar de Shaker ni de los Shakers.

En su primera semana en Denison se hab6a enamorado de la joven que iba por el campus, entusiasta, recogiendo firmas para que se aboliera el servicio militar obligatorio. Cuando termin6 la carrera tambi6n se hab6a enamorado de Shaker Heights, que Elena describ6a como la primera comunidad proyectada minuciosamente, la m6s progresista del mundo, un para6so para j6venes idealistas. La ciudad en la que hab6a crecido recelaba de las utop6as: exist6a una actitud conformista, aunque 6l siempre hab6a cre6do que el mundo se pod6a mejorar. Por eso hab6a estado tan impaciente por marcharse, pero luego se hab6a prendado de Elena nada m6s verla. Oberlin hab6a sido su primera elecci6n, pero no le hab6an admitido, as6 que se hab6a conformado con la 6nica universidad que le permitir6a abandonar el estado. Cuando conoci6 a Elena, sinti6 como si el destino lo hubiese querido as6. Ella estaba decidida a volver a su ciudad despu6s de licenciarse, y, cuantas m6s cosas le contaba de Shaker Heights, m6s ilusi6n le hac6a a 6l acompa6arla. Le parec6a l6gico que su prometida, una mujer de fuertes principios que siempre aspiraba a la perfecci6n, hubiese crecido en un sitio como ese. As6 que una vez terminada la universidad, no dud6 en marcharse con Elena a Shaker.

Ahora, casi veinte a6os despu6s, ya hab6an formado una familia y prosperado en sus carreras, pero, cada vez que echaba gasolina s6per al BMW, o limpiaba los palos de golf, o firmaba una autorizaci6n para que alguno de sus hijos se fuera a esquiar con el colegio, el se6or Richardson ten6a la inc6moda sensaci6n de haber perdido de vista los ideales en los que hab6a cre6do fervientemente cuando estaba en la universidad. Elena tambi6n se hab6a aburguesado, aunque segu6a, naturalmente, dando dinero a organizaciones ben6ficas y votando a los dem6cratas. Llevaban mucho tiempo viviendo en una zona residencial de los suburbios: era normal que hubiesen cambiado. Nunca hab6an sido de izquierda radical —ni siquiera en la 6poca de las manifestaciones, las sentadas y los disturbios—, pero ahora ten6an dos casas, cuatro coches y un barco peque6o que atracaban en el puerto deportivo de la ciudad. Adem6s contrataban a alguien para que quitara la nieve en invierno y cortara el c6sped en verano; y llevaban

varios años con asistenta. La última de las muchas que habían tenido era esa mujer joven que estaba en ese momento en la cocina, esperando a que él se marchara para ponerse a limpiar.

El señor Richardson sonrió con aire tímido, cogió el maletín, y justo antes de entrar en el garaje se detuvo.

–Si quieres dejar esto porque ya no te viene bien, no dudes en decírmelo. No nos lo tomaremos a mal, te lo aseguro.

Mia no tardó en acostumbrarse a la nueva rutina: llegaba a las ocho y media de la mañana, cuando ya se habían ido todos al trabajo o al colegio, y terminaba antes de las diez. Luego se marchaba a casa a trabajar con la cámara, y a las cinco de la tarde volvía para cocinar. «No tienes por qué hacer dos viajes», había dicho la señora Richardson, pero Mia había insistido en que las horas centrales del día eran las mejores para las fotos. En realidad se había propuesto estudiar a los Richardson cuando los tuviese delante, y también en su ausencia. Pearl parecía aprender algo nuevo de ellos todos los días: a veces era una frase (como «Me estaba muriendo *literalmente*»), otras un gesto (como poner los ojos en blanco o apartarse el pelo de una manera muy particular). Mia no paraba de decirse que era una adolescente, y, como tal, proclive a imitar a otras personas, probarse diferentes disfraces. Pero en el fondo veía estos cambios con recelo. Ahora estaba allí todas las tardes, vigilando a Pearl y observando a la familia que tanto fascinaba a su hija. Por la mañana, cuando la dejaban sola, podía investigar a los Richardson con entera libertad.

Llegaba a la casa poco después de que se marcharan y se ponía a escrutarlo todo mientras limpiaba. Cada vez que encontraba tiras de papel en la papelera de Trip, sabía que había suspendido un examen de matemáticas; y los montones de hojas arrugadas que de cuando en cuando veía en la de Moody indicaban que había estado escribiendo canciones. También sabía que ninguno de los Richardson se comía el borde de la pizza ni los plátanos con manchas marrones, y que Lexie tenía debilidad por las revistas de cotilleo, y que el señor Richardson solía tomarse bolsas enteras de esos caramelos rellenos de crema cuando trabajaba en su despacho por la noche. Unas horas más tarde, cuando terminaba de limpiar, ya tenía una clara idea de lo que hacía la familia.

Un día, cuando Mia llevaba una semana trabajando en la casa, Izzy bajó a la cocina a las nueve y media y se encontró con ella.

El día anterior, la hija pequeña de los Richardson les había alarmado (aunque no sorprendido) a todos con la noticia de que el colegio había decidido expulsarla temporalmente. Contaba el subdirector que Izzy, en medio de un ensayo de la orquesta, le había golpeado a la profesora en la rodilla con el arco del violín, partiéndolo en dos, y luego le había arrojado los pedazos a la cara. Pese a los repetidos interrogatorios a los que se había visto sometida en el colegio y en casa, todavía se negaba a explicar el motivo de este arrebatto de ira. Decía Lexie que era típico de Izzy: de pronto se le cruzaban los cables y hacía una locura, nadie entendía por qué, y luego no escarmentaba. El caso es que, después de una apresurada reunión con su madre, el director y la profesora, había sido castigada con tres días de expulsión. Esa mañana, Mia estaba limpiando el horno cuando Izzy entró dando fuertes pisotones. A pesar de ir descalza, se las arreglaba para hacer tanto ruido como con las botas Doc Martens, y se detuvo.

–Ah, eres tú –dijo–. La inquilina barra mujer de la limpieza.

El día anterior, Mia se había enterado de lo ocurrido por Pearl, que a su vez se había enterado por otra persona.

–Soy Mia. Tú debes de ser Izzy.

Izzy se sentó en uno de los taburetes de la barra.

–Sí, la loca.

Mia limpió la encimera meticulosamente.

–Nunca le he oído a nadie decir algo así –respondió, y acto seguido escurrió la esponja y la dejó en su sitio para que se secara.

Izzy se quedó callada. Mia procedió a restregar el fregadero, y, terminada la tarea, encendió el horno. Luego cogió una rebanada de pan de molde de la panera, la untó de mantequilla y, después de espolvorearla con mucho azúcar, la calentó en el horno hasta que los granos se derritieron, formando una capa de caramelo dorada y burbujeante. Acto seguido colocó otra rebanada encima, cortó el sándwich en dos mitades y se lo puso delante a Izzy: una sugerencia, no una orden. Con Pearl hacía lo mismo a veces, cuando ella tenía lo que Mia llamaba un día de bajón. Izzy, que había estado observándola en silencio, pero con curiosidad, cogió el plato y, sin decir nada todavía, se puso a comer. Después de

tomarse el último trozo se chupó los dedos, que tenía pringados de mantequilla, y levantó la vista.

—¿Quieres saber lo que pasó? —preguntó, y enseguida empezó a contarle toda la historia.

La profesora de música, la señora Peters, caía mal a todo el mundo. Era alta y desagradablemente flaca, y llevaba el pelo teñido de rubio y cortado como Dorothy Hamill, la patinadora. A Izzy le parecía una «nulidad» como directora de orquesta: los músicos tenían la sensatez de fijarse en el primer violín, Kerri Schulman, para pillar el ritmo. Por lo demás, se decía —y el rumor era tan persistente que la gente ya lo daba por cierto— que tenía problemas con la bebida. Izzy no se lo había creído del todo hasta que un día la señora Peters le pidió prestado el violín para demostrar a los alumnos cierto golpe de arco. Cuando se lo devolvió, la barbada estaba húmeda por el sudor, e Izzy notó, además, un inconfundible olor a whisky. Se decía también que, cuando la señora Peters llevaba a clase uno de esos grandes termos con café, eso significaba que se había ido de borrachera la noche anterior. Para colmo solía mostrarse mordaz con los segundos violines, y en especial con los «bienaventurados por su pigmento», como decía uno de los violonchelos. Izzy estaba al tanto de todos los chismes desde hacía años.

A la pequeña de los Richardson, que llevaba tocando desde los cuatro, le habían ofrecido el puesto de segundo violín a pesar de estar en primer año. Sin embargo, no tenía nada que temer: «No te preocupes; lo harás bien», le había dicho la violonchelista mientras observaba sus rizos rubios... o el peinado de diente de león, como lo llamaba Lexie. Si Izzy hubiese intentado pasar inadvertida, la señora Peters seguramente no le habría dicho nada. Pero Izzy era todo menos discreta.

La mañana en que la expulsaron estaba en su sitio, practicando un *pizzicato* especialmente difícil con la cuerda de mi para una pieza de Saint-Saëns que había probado a interpretar en sus clases particulares. Las violas y las violonchelistas, que andaban afinando los instrumentos, se pararon de pronto, y la señora Peters entró en la sala como un huracán. Llevaba varios termos en la mano, y era obvio que estaba de pésimo humor. A Shanita Grimes le ordenó que

se sacara el chicle de la boca. A Jessie Leibovitz, que acababa de romper la cuerda de la y estaba buscando un repuesto en su estuche, se puso a chillarle. «Está de resaca», susurró Kerri Schulman, e Izzy asintió con aire serio. No tenía más que una vaga idea de lo que quería decir (Trip a veces iba a las fiestas del equipo de hockey, y, cuando se levantaba por la mañana, Izzy lo notaba muy atontado, incluso tratándose de él), pero sabía que la palabra implicaba dolores de cabeza y mal humor. Entonces se puso a tocar la punta del arco con las botas.

En el podio, la señora Peters cogió la taza de café y se tomó un trago largo.

—¡Offenbach! —gritó mientras levantaba la mano derecha. Las estudiantes revolvieron las partituras. Cuando llevaban doce compases del *Orfeo*, la señora Peters se puso a bracear—. Alguien está desafinando —dijo, y a continuación señaló con el arco a Deja Johnson, que estaba detrás de los segundos violines—. Toca el sexto compás, Deja.

La chica, conocida por su extraordinaria timidez, levantó los ojos como una coneja asustada y empezó a tocar. Todo el mundo notó el leve temblor en la mano. La señora Peters movió la cabeza con gesto impaciente y golpeó el atril con el arco.

—¡No, así no! Abajo, arriba arriba, abajo, arriba. Otra vez.

Deja interpretó la pieza con la misma impericia. Sus compañeras hervían de rabia, pero ninguna dijo nada.

La señora Peters tomó otro largo sorbo de café.

—Ponte de pie, Deja. Ahora toca bien alto para que sepan todas lo que no hay que hacer. —Deja, a la que le temblaban los labios como si fuera a llorar, colocó el arco sobre la cuerda y empezó de nuevo. La profesora la reprendió una vez más con su voz chillona—: Así no, Deja. Abajo, arriba arriba, abajo, arriba. ¿Es que no me has entendido? ¿En qué idioma te lo tengo que decir?

Fue en ese instante cuando Izzy se levantó de un salto y le quitó el arco.

Ni siquiera ahora, al contárselo a Mia, sabía bien por qué había reaccionado con semejante furia. Quizá había influido la eterna mirada de susto que tenía Deja Johnson, como si siempre se temiese lo peor. Se sabía que su madre trabajaba de asistente médica, concretamente para la madre de Serena Wong, en la Clínica de Cleveland. Su padre administraba un almacén en la zona oeste de la ciudad. Había pocas chicas negras en la orquesta, así que, cuando iban a los

conciertos, los padres de Deja se sentaban solos en la última fila y no charlaban nunca con los otros padres sobre jardinería, ni sobre las obras de la casa, ni sobre los planes que tenían para las vacaciones de primavera. Deja había vivido toda su vida con ellos en el extremo sur de Shaker Heights, en una casa pequeña pero confortable, y en esta ciudad había ido a la guardería y luego al colegio. La gente decía bromeando que nunca había pronunciado más de diez palabras por curso.

Al contrario que casi todas las demás violinistas, a las que molestaba mucho que Izzy, estando en primer año, fuese ya segundo violín, Deja no se reía con los comentarios sarcásticos ni la llamaba «la de primer año». Un día de la primera semana de curso, cuando salían del aula de música, había observado que Izzy llevaba abierto uno de los compartimentos del bolso, dejando al descubierto la ropa del gimnasio, y se había agachado para cerrar la cremallera. Unas semanas después, cuando la vio revolver desesperada en el bolso buscando un tampón, se había inclinado hacia ella a través del pasillo y le había tendido una mano. «Toma», le había dicho, y, aunque la tenía cerrada, Izzy había adivinado lo que era aun antes de sentir el envoltorio de plástico arrugado en la palma de la mano.

Ver a la señora Peters ensañarse con Deja era como ver a alguien atizar a un gatito con un ladrillo en medio de la calle: Izzy no lo pudo soportar más. Le dio con el arco en la rodilla sin pensarlo, y le lanzó los pedazos. La señora Peters gritó sorprendida cuando las dos mitades astilladas –que seguían unidas por las cerdas– le golpearon la cara, y luego soltó un chillido agudo cuando los termos se le escurrieron de las manos y el café humeante se le vertió por la pechera. Las alumnas prorrumpieron en carcajadas y silbidos. Entonces la señora Peters –con los tendones del cuello chorreando café– cogió a su agresora del brazo y la sacó del aula. Más tarde, en el despacho del director, mientras esperaba a que llegase su madre, Izzy se preguntó si su reacción habría complacido o avergonzado a Deja, y lamentó no haberle visto la cara.

Ahora no estaba segura de que Mia fuera a entenderla del todo: le faltaban palabras para expresar con precisión lo que sentía.

–La señora Peters es una hija de puta –se limitó a decir–. No tenía derecho a hablarle así a Deja.

–¿Y bien? –respondió Mia–. ¿Qué piensas hacer?

A Izzy nunca le habían hecho esa pregunta. Toda su vida había estado

dominada por una ira silenciosa e inútil. En su primera semana de colegio, después de leer a T. S. Eliot, había puesto con chinchetas en todos los tablones de anuncios letreros que decían: HE MEDIDO MI VIDA CON CUCHARILLAS DE CAFÉ y ¿ME ATREVERÉ A COMER UN MELOCOTÓN? y ¿ME ATREVERÉ A PERTURBAR EL UNIVERSO? El poema le hacía pensar en su madre, que solía verter la cantidad exacta de leche en polvo con una cucharilla de té y hablar, histérica, de pesticidas cuando Izzy mordía una manzana sin haberla lavado antes: siempre le imponía reglas estrictas para todo. Leyendo los versos de Eliot, también se acordaba de sus hermanos mayores, Lexie y Trip, y de toda la gente parecida, que para Izzy era como decir el resto del mundo. Cómo les preocupaba llevar la ropa correcta, decir las cosas correctas, tener los amigos correctos. Se había imaginado a los estudiantes reparando en los carteles, susurrando en los pasillos («¿Los has visto? ¿Quién los ha puesto ahí? ¿Qué quieren decir?»), pensando en lo que decían, despertando de una vez. Sin embargo, justo antes de la primera clase, todos habían pasado de largo: tan ocupados estaban pasándose apuntes y repasando apresuradamente para los exámenes que subían y bajaban las escaleras sin fijarse siquiera en los tablones de anuncios. Después de la segunda clase, Izzy se enteró de que un guardia de seguridad, sin duda desconcertado por los letreros, los había arrancado todos, dejando solamente en los paneles los anuncios de Jóvenes Contra el Hambre y Modelo de Naciones Unidas y del Club Francés. En la segunda semana de colegio, la señora Bellamy había pedido a los alumnos que se aprendieran de memoria un poema y lo recitaran delante de sus compañeros. Izzy había escogido «Sea este el verso», de Philip Larkin, porque a su juicio (basado en catorce años y medio de experiencia) resumía muy bien lo que es la vida. La profesora no la había dejado pasar del primer verso: nada más oírle decir «Te joden, tu mamá y tu papá», le había ordenado que se sentara y le había puesto un cero.

¿Qué pensaba hacer? La sola idea de que *pudiese* hacer algo le asombraba.

En ese instante, el coche de Lexie se paró en el camino de entrada, y la hermana de Izzy entró en la cocina con el bolso de los libros colgado del hombro. Olía a tabaco y ck one.

—Aquí está. Menos mal —dijo mientras cogía la billetera del borde de la encimera. La señora Richardson solía decir que Lexie se dejaría la cabeza en casa

si no la llevara unida al resto del cuerpo—. ¿Qué tal? ¿Disfrutando de tu día libre? —le preguntó a su hermana, y Mia vio una luz apagarse en el interior de Izzy.

—Gracias por el sándwich —dijo, y acto seguido se bajó del taburete y subió al piso de arriba.

—¡Madre mía! —exclamó Lexie, poniendo los ojos en blanco—. Jamás entenderé a esta chica.

Miró a Mia esperando un gesto de aprobación, pero no lo hubo.

—Conduce con cuidado —se limitó a decir.

Lexie salió de la cocina con paso enérgico, la billetera en la mano, y al cabo de un instante se la oyó arrancar el Explorer.

Izzy tenía corazón de revolucionaria, pero la experiencia de una chica de catorce años que vivía en un suburbio del Midwest. Dicho de otro modo: pensaba en diferentes maneras de vengarse del mundo (estampar huevos contra las ventanas, quemar bolsas de excrementos de perro...) y escogía lo mejor de su limitado repertorio.

Dos días después, por la tarde, Pearl y Moody estaban en el salón viendo el programa de Ricki Lake, e Izzy atravesó de pronto el vestíbulo con aire tranquilo pero decidido. Llevaba un paquete de seis rollos de papel higiénico debajo de cada brazo. Los dos amigos intercambiaron una mirada rápida, y sin decirse nada salieron detrás de ella.

—Eres gilipollas —dijo Moody una vez que se le pusieron delante, impidiendo que pasara a la cocina—. ¿Vas a adornar su casa con papel higiénico?

—Luego es muy difícil quitarlo todo —dijo Izzy—. Le va a joder, pero se lo merece.

—Sabrá que has sido tú. La chica a la que acaba de expulsar. —Moody tiró los rollos debajo de la mesa—. Si es que no te pilla haciéndolo, lo cual es muy probable.

Izzy frunció el ceño.

—¿Por qué solo de la señora Peters? —soltó Mia. Los tres chicos la miraron estupefactos. Se habían olvidado momentáneamente de que estaba allí, cortando un pimiento para la cena. El comentario era de lo más atípico: a ninguna de las madres que conocían se le habría ocurrido decir algo así—. Tienes que vengarte

de todo el mundo –prosiguió.

Más tarde se darían cuenta de que sus palabras habían sido el primer indicio de que tenía un lado oculto. Pero en ese instante supieron por el brillo de sus ojos que hablaba en serio, y que era mucho más sabia de lo que habían imaginado.

La ira de Izzy había crecido desmesuradamente, y ahora abarcaba a la señora Peters, el director que la había contratado, el subdirector que había expulsado a Izzy, y todos los profesores –y adultos en general– que alguna vez se habían ensañado con un estudiante, ejerciendo arbitrariamente un poder del que no eran dignos.

–Solo quiero joderla –explicó–. Quiero joder a todo el mundo.

–Mmm...

Mia pensó en su juventud, en las trastadas que había hecho y que le habían hecho. Pearl, que no paraba de observarla, notó, alarmada, el leve cambio de expresión, cómo su madre entrecerraba los ojos y levantaba ligeramente una ceja. De pronto adivinó su capacidad para hacer daño a otras personas (incluso sembrar el caos), y también para disfrutarlo: un aspecto de su personalidad que no había visto nunca.

Un palillo de dientes puede hacer maravillas. Cuando se mete por el ojo de una cerradura normal y se parte por dentro, no daña el mecanismo, pero hace imposible introducir ninguna llave, bloqueando así la puerta. Es difícil sacarlo a no ser con unas pinzas de punta, instrumento que no se suele tener a mano y que lleva tiempo encontrar. Si alguien se impacienta y forcejea con una llave, esta se atascará más: el palillo se aferrará con más fuerza a la cerradura y luego costará más extraerlo, incluso con la herramienta indicada. Un joven habilidoso es capaz de meter el palillo y partirlo en unos tres segundos. Un equipo de tres puede paralizar así un colegio con ciento veintiséis puertas en menos de diez minutos, atrancando las cerraduras lo bastante rápido para no llamar la atención.

Cuando los primeros profesores se dieron cuenta de que las puertas estaban bloqueadas, ya eran las siete y veintisiete. A las siete y cuarenta, casi todos se habían encontrado con que era imposible acceder a las aulas, y el bedel, el señor Wrigley, estaba en la zona de ciencias, en el piso de arriba, intentando sacar el palillo de la cerradura del laboratorio de química con la punta de su navaja. A las siete y cuarenta y cinco, cuando volvió a su cuarto en busca de las pinzas que

tenía en su caja de herramientas, vio a un montón de profesores apiñados en el pasillo, vociferando. En medio del alboroto, alguien quitó sin querer el tope de la puerta, que se cerró de golpe, y el señor Wrigley reparó por fin en el palillo que Izzy había metido con cuidado en la cerradura hacía un buen rato, aprovechando que el bedel había salido por un café.

Los estudiantes habían ido apareciendo poco a poco: primero los más madrugadores, que llegaban a las siete y cuarto para poder dejar el coche en el aparcamiento ovalado que rodeaba el colegio; y después aquellos a los que traían sus padres o que llegaban andando. A las siete y cincuenta y dos, cuando entraron los más rezagados y sonó la campana para la primera clase, los pasillos ya estaban llenos de jóvenes eufóricos, secretarias desconcertadas y profesores furiosos.

Veinte minutos más tarde, el señor Wrigley volvió de su camioneta después de haber rebuscado en la caja de herramientas del maletero y encontrado, para gran alivio suyo, otro par de pinzas. Luego tardó diez minutos en sacar el primer palillo de dientes, y el profesor de química pudo sentarse por fin en su mesa. Los altavoces dejaron de difundir los anuncios rutinarios para dictar una orden perentoria (los estudiantes tenían que colocarse en fila delante del aula donde se fuera a impartir la primera clase), pero nadie la oyó. En todos los pasillos había un ambiente alegre: parecía como si todos y cada uno de los estudiantes se hubieran encontrado con una fiesta sorpresa en la que no se veía al organizador por ninguna parte. De pronto alguien sacó un radiocasete de su taquilla, y Andre Williams, el pateador del equipo de fútbol, lo cogió, se lo puso en el hombro y sintonizó la WMMS, conocida como The Buzzard: así empezó un guateque improvisado con música de The Mighty Mighty Bosstones; pero la señora Allerton, profesora de historia de Estados Unidos, llegó enseguida y ordenó a Williams que la apagara. Mientras tanto, el señor Wrigley iba puerta por puerta, sacando astillas de madera de las cerraduras Yale y recogéndolas en sus manos encallecidas.

En la zona de arte, la señora Peters, que tenía un dolor de cabeza atroz y varios termos extra grandes para aliviarlo, se puso a andar de un lado para otro. El aula de música estaba lejos de la zona de ciencias, donde el señor Wrigley avanzaba

poco a poco: su puerta iba a ser una de las últimas, o quizá la última que desatascara. Le había preguntado repetidamente si no podía ocuparse de ella primero o por lo menos trabajar más rápido. La tercera vez, el bedel la miró de frente y le enseñó un fragmento de madera que sujetaba con las pinzas. «No puedo ir más deprisa, señora Peters, no puedo ir más deprisa –le dijo–. Cada uno tiene que esperar su turno.» Entonces se dio la vuelta y continuó trabajando en la puerta que había intentado abrir el señor Desanti: el profesor de matemáticas del noveno curso había metido su llave en la cerradura, pero no había conseguido más que astillar el palillo y empujarlo más hacia dentro. «Todo el mundo quiere ser el primero –dijo entre dientes, pero lo bastante alto para que le oyera la señora Peters–. Todo el mundo se cree muy importante. Pero el tipo con las pinzas dice que cada uno espere su turno.» Acto seguido introdujo de nuevo las pinzas en la cerradura, y la señora Peters se alejó.

Ya había transcurrido una hora y media, y la profesora de música sospechaba acertadamente que el señor Wrigley quería castigarla dejando su aula para el final. Está bien, pensó. Pero ¿no podía por lo menos abrir la sala de profesores? Había pasado tres veces por allí, y la puerta seguía atascada. Cada vez pensaba más en los termos de café que se había bebido enteros mientras esperaba. Los cuartos de baño de las chicas tenían puertas de vaivén, sin cerradura: esperaba no tener que utilizarlos, y que el bedel abriese la sala pronto, lo que le permitiría entrar en el lavabo unisex reservado para profesores. Cada minuto se iba impacientando más, y ya no solo con el señor Wrigley, sino también con el director y el mundo en general. ¿Es que no había nadie capaz de prever estas cosas, nadie que considerara las necesidades básicas de las personas? Se fue del aula de música y se puso a esperar delante de la sala de profesores, el bolso de mano apretado como un escudo contra el vientre. Le estaba costando digerir las cinco tazas de café. Pensó un instante en coger el coche y largarse. No tardaría más de veinticinco minutos en llegar a casa. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba de pie, más largos le parecían esos veinticinco minutos, y más convencida estaba de que, en el caso de sentarse, fuera en la postura que fuera, le ocurriría lo peor. En ese momento pasó a su lado el director.

–¡Señor Schwab! –le dijo–. ¿No le puede pedir al señor Wrigley que abra la puerta de la sala de profesores?

El señor Schwab estaba teniendo un día difícil. Eran las nueve y cuarenta, y la mitad de las puertas seguían bloqueadas. Aunque les había pedido a los profesores que reunieran a los estudiantes en las aulas que se iban abriendo y no les dejaran salir hasta que se hubieran desatascado todas las cerraduras, ochocientos chavales seguían deambulando por los pasillos. Unos cuantos se habían sentado en las escaleras; otros habían formado corrillos afuera, en el césped, y estaban riéndose, pateando pelotas y, en algunos casos, hasta fumando.

Se frotó la sien con un nudillo. El cuello de la camisa le empezaba a molestar, así que deslizó un dedo por debajo de la corbata.

–El señor Wrigley va lo más rápido que puede, Helen –respondió, armándose de paciencia–. Mientras tanto puedes pasar al lavabo de las chicas, al final del pasillo. Estoy seguro de que no te importará esta vez.

Se alejó, mientras hacía cálculos mentales a toda prisa. Si a las diez y media estuviesen todos de vuelta en las aulas –lo que parecía una previsión optimista–, podrían tener una jornada abreviada en la que las clases durasen treinta y cuatro minutos en lugar de cincuenta...

La señora Peters esperó un cuarto de hora más, y luego ya no pudo aguantarse. Apretó más fuerte las asas del bolso, como si eso pudiera servirle de algo, y se dirigió al lavabo de las chicas, que estaba en la intersección del pasillo principal con la escalera principal. Era el cuarto de baño más importante, y, si en un día normal había bastante gente, esa mañana estaba abarrotado. Fuera vio un corrillo de chicos que jugaban a partir manzanas con la frente, animándose los unos a los otros con ruidos guturales; y, apiñadas alrededor de una fuente, un grupo de chicas de las cuales la mitad fingía no hacerles caso y la otra mitad tonteaba descaradamente con ellos. El tiburón del mural les miraba a todos desde arriba, con la boca muy abierta. La juventud, frivolidad y desenvoltura de aquellos estudiantes irritaron momentáneamente a la señora Peters. En un día normal les habría dicho que se movieran, que no se quedaran allí; pero esta vez estaba tan apurada que le daba lo mismo lo que hiciesen.

–Permiso, permiso –dijo, abriéndose camino a codazos–. Chicos, chicas, la profesora tiene que pasar. –El lavabo estaba atestado de chicas que cuchicheaban, se acicalaban, se retocaban el pelo. La señora Peters cada vez tenía más prisa–. Permiso, chicas, permiso.

Todas levantaron la vista, sorprendidas por la llegada de la intrusa.

–Hola, señora Peters –dijo Lexie–. No sabía que las profesoras pudiesen usar este lavabo.

–La sala de profesores sigue cerrada –respondió, en un tono que esperaba circunspecto.

Notó que todas las chicas se habían callado. En circunstancias normales, esta muestra de respeto la habría complacido; ahora, sin embargo, prefería pasar inadvertida. Se dirigió al urinario que estaba más lejos, al lado de la ventana. Cuando llegó, vio que no tenía puerta.

–¿Qué ha pasado con la puerta? –preguntó estúpidamente.

–Lleva siglos así –dijo Lexie–. Desde la primera semana de curso. A ver si lo arreglan de una vez. Entrás aquí, y solo se pueden usar tres urinarios, y al final llegas tarde a clase.

La señora Peters no se molestó en escuchar el resto de la explicación. Abrió la puerta del urinario contiguo, la cerró de un portazo, y luego echó el pestillo y se bajó la falda con las manos temblorosas. Cuando vio la taza de porcelana blanca, su cuerpo –que llevaba esperando casi dos horas y media– ya no lo resistió más. La vejiga le estalló con furia, y un chorro caliente le bajó por las piernas y fue formando un charco cada vez mayor. El líquido se deslizó poco a poco por las baldosas hasta salirse del urinario.

La señora Peters oyó a alguien detrás del tabique decir: «Dios mío». Luego hubo un silencio atónito. Se quedó totalmente quieta, como si creyera, absurdamente, que las chicas iban a olvidarse de ella al cabo de un rato. Pero el silencio se prolongaba. La mancha húmeda que tenía en la falda y las medias se puso fría. Entonces empezaron las risas, que, de puro contenidas, se iban notando más. Las chicas cerraron las cremalleras de los bolsos y salieron al pasillo a toda prisa. La señora Peters oyó el vaivén de la puerta y, a continuación, las carcajadas que estallaron en el pasillo. Se quedó en el urinario un buen rato, hasta que el señor Schwab anunció por los altavoces que todas las puertas estaban desatascadas, por lo que los estudiantes tenían que volver a clase si no querían recibir un castigo. Cuando salió por fin, el cuarto de baño estaba vacío. Se tapó la mancha de la falda con el bolso y no quiso mirar el charco, que se iba extendiendo poco a poco de los lavabos al desagüe de la esquina.

En la segunda hora hubo ensayo de la orquesta. Si alguien notó que la señora Peters se había cambiado de ropa, no dijo nada: todas tocaron Offenbach y la sinfonía n.º 25 de Mozart con cara inexpresiva. Pero el rumor ya se había propagado. Unos días después, la profesora se paró justo antes de entrar en el aula y oyó a alguien llamarla «señora Pissers». Desde entonces, el mote y la historia se irían transmitiendo de un curso a otro hasta extinguirse al cabo de unos años, cuando la señora Peters (o Pissers) llevaba tiempo jubilada.

El incidente de los palillos de dientes tuvo gran repercusión en el colegio. No había cámaras de seguridad en los pasillos, y los vándalos no habían dejado huellas. Se habló de vigilar mejor a los estudiantes: varios profesores citaron como ejemplo la cercana ciudad de Euclid, que había sido noticia hacía poco por los detectores de metales que se habían instalado en la puerta de los colegios. Sin embargo, casi todos coincidieron en que Shaker Heights no necesitaba medidas así, y la dirección del colegio quitó importancia a lo ocurrido, tratándolo como una pequeña gamberrada. Para los estudiantes de Shaker, en cambio, el incidente tomó un cariz mítico. En los años siguientes se prohibirían los palillos de dientes en la semana «oficial» que los alumnos del último curso dedicaban a las gamberradas, amenazando con castigar a todo aquel que llevara uno al colegio.

Al día siguiente al célebre episodio, Izzy captó la atención de Deja Johnson y le sonrió: su compañera (que no imaginaba que todo aquello lo hubiesen hecho por ella, ni mucho menos que lo hubiese organizado Izzy Richardson) respondió con otra sonrisa. No llegaron a hacerse amigas, pero Izzy sentía que había un vínculo entre las dos, y todos los días, en clase de música, se acordaba de sonreírle. Además le alegró observar que la señora Peters ya no la humillaba nunca.

El incidente marcó a Izzy más que a nadie. Por lo pronto, Mia empezó a fascinarla. La hija pequeña de los Richardson no conocía a ningún otro adulto que aprobara las gamberradas, ni mucho menos que contribuyera a idearlas. Pero lo que más le asombraba era que Mia, además de adulta, fuese madre: no se parecía en nada a la suya, desde luego. Izzy reconoció en ella a un alma gemela, una llama subversiva como la que muchas veces sentía arder en su interior. Por las tardes, cuando Mia estaba en la cocina, Izzy se entretenía allí en vez de encerrarse en su cuarto: sus hermanos se reían mucho de esta nueva costumbre

suya, pero ella no les hacía caso. Mia le fascinaba tanto que le traía sin cuidado lo que dijese.

Una semana o dos más tarde llamaron a la puerta de la casa de Winslow Road y Mia fue a abrir. Era Izzy.

–Quiero ser tu ayudante –dijo.

–No necesito ayuda –respondió Mia–. Y no creo que a tu madre le hiciera gracia.

–Me da lo mismo. –Izzy apoyó la mano en el marco de la puerta, como para evitar que Mia cerrase de un portazo–. Solo quiero ver cómo trabajas y aprender. Podría ayudarte a mezclar las sustancias, ordenar las fotos, lo que sea. Cualquier cosa, me da igual.

Mia vaciló.

–No me puedo permitir una ayudante.

–No me tienes que pagar. Trabajaré gratis. Te lo ruego. –No estaba acostumbrada a pedir favores. Mia notó en su voz que aquello no era un capricho, sino una verdadera necesidad–. Lo que haya que hacer lo haré. Por favor.

Miró a Izzy: la muchacha fiera y díscola que ahora parecía desesperada y le hablaba en tono humilde. Curiosamente, le recordó a sí misma cuando tenía más o menos esa edad y se dedicaba a deambular por el barrio y trepar por las vallas y los muros en busca de la toma perfecta. Por aquel entonces se gastaba todo el dinero que le daba su madre en carretes. Pertinaz, casi obsesiva. Había algo en Izzy que sentía como propio.

–Está bien –dijo, y a continuación abrió la puerta de par en par para que pudiera pasar.

## Ocho

A IZZY LE IBA A DURAR MUCHO LA FASCINACIÓN POR MIA. Justo después de las clases, en vez de encerrarse en su cuarto con el violín, caminaba dos kilómetros y medio hasta la casa de Winslow Road, donde Mia estaba absorta en su trabajo, y luego la observaba durante horas, aprendiendo a encuadrar, imprimir y revelar. Pearl, por su parte, acompañaba a Moody a su casa para pasar la tarde ganduleando en el solárium con los tres hijos mayores de los Richardson. A las cinco, Izzy se sentaba en el asiento del copiloto del Rabbit y Mia conducía hasta la casa de Parkland Drive, donde la primera solía ponerse en el extremo de la barra de la cocina mientras la segunda hacía la cena y vigilaba a los demás (sobre todo a su hija), que estaban en la habitación contigua viendo el programa de Jerry Springer. Cuando Mia volvía a su casa (con Pearl en el asiento del copiloto), Izzy se unía por fin a sus hermanos en el cuarto de estar, repantigándose en el sofá de al lado. «¡Alguien se ha enamorado de Mia!», canturreaba, burlona, Lexie: Izzy ponía los ojos en blanco y subía a su cuarto.

Pero «enamorado» tal vez no fuese la palabra exacta. Izzy escuchaba atentamente todo lo que decía y le preguntaba su opinión sobre cualquier cosa. Además de los rudimentos de la fotografía, fue asimilando sus ideas estéticas. Cuando le preguntó cómo sabía qué imágenes componer, Mia negó con la cabeza.

–Nunca lo sé –confesó–. Esto... esto es lo que hago. –Señaló la navaja de precisión que había encima de la mesa y la foto que andaba recortando meticulosamente. Se veía una fila de coches cruzando el puente Lorain-Carnegie bajo la atenta mirada de las dos estatuas gigantescas talladas en sus pilares: Mia iba quitando cada coche con cuidado, dejando solo la sombra–. No sigo ningún plan, me temo –dijo, levantando la navaja–. En realidad nadie lo sigue, digan lo

que digan.

–Mi madre sí. Ella tiene un plan para todo.

–Estoy segura de que eso le hace sentirse mejor.

–Me odia.

–Venga, Izzy. Estoy segura de que no.

–Me odia, te lo digo yo. Por eso se mete conmigo y nunca con mis hermanos.

Mia había notado desde el principio la peculiar relación de Izzy con el resto de la familia, sobre todo con su madre. La señora Richardson era especialmente severa con ella: transigía menos con sus errores y defectos que con los de sus hermanos, y no paraba de reprenderla. Parecía exigirle más que a los otros, pero al mismo tiempo pasaba por alto sus éxitos. Izzy respondía –según observó Mia– pinchándola aún más, provocándola como solo saben hacerlo los niños.

–Te contaré un secreto, Izzy. A veces los padres no comprenden bien a los hijos. Tú tienes muchas cosas admirables.

Le apretó levemente el codo, y luego tiró unas cuantas sobras a la basura. Izzy sonrió radiante. En aquellas largas tardes, cuando estaban las dos solas, no le costaba nada imaginarse que Mia era su madre, que el cuarto que había al final del pasillo era el suyo, y que en esa casa se acostaría por la noche y se levantaría por la mañana. También le era fácil imaginarse que Pearl (que estaba a dos kilómetros y medio de allí, viendo la televisión con sus hermanos) no existía, que esa vida era suya y solo suya. Otras veces, cuando estaba en su verdadera casa, escuchando la música de jazz procedente del cuarto de Moody, la voz de Alanis Morissette, que gemía en el de Lexie, y, de fondo, el retumbar del estéreo de Trip, se veía a sí misma en el apartamento de Winslow Road, acurrucada en la cama, leyendo o quizá escribiendo un poema, y a Mia trabajando hasta las tantas en el cuarto de estar. A esta fantasía se llegaba por caminos tortuosos: a Pearl y a Izzy las habían cambiado por error al nacer, y sus padres no lo eran en realidad. Por eso parecía tan distinta de todos los Richardson y nadie de la familia daba la impresión de comprenderla. Ahora, en sus minuciosas ensoñaciones, se reunía con su verdadera madre. *Sabía que te iba a encontrar algún día*, le decía Mia.

En la familia Richardson, todos sin excepción notaron que Izzy se comportaba mejor. «Casi has conseguido que esté *agradable*», le dijo Lexie a Mia. Su adoración por la madre de Pearl era desmesurada, como todo lo que hacía: estaba

dispuesta a hacer cualquier cosa por ella. Y pronto creyó encontrar la manera perfecta de ayudarla.

A mediados de noviembre, Pearl, Moody y el resto de la clase de historia de Europa moderna fueron al museo de arte a ver las pinturas renacentistas. El guía de la pinacoteca era un hombre muy mayor, flaco y con aire cansino: parecía que le hubiesen metido una paja entre los labios –perpetuamente arrugados– y extraído toda la energía. Tenía especial aversión a los grupos de estudiantes de secundaria, porque los adolescentes no escuchaban nunca ni podían pensar en otra cosa que el sexo. Les enseñaré los cuadros de Velázquez, pensó; unos cuantos bodegones y quizá algo de Caravaggio. Nada de desnudos, por supuesto.

Les llevó por el camino largo hasta la sección de arte italiano, pasando por la sala principal, con los tapices y las armaduras expuestas en vitrinas. Los jóvenes, como de costumbre en las excursiones de estudios, apenas prestaban atención a nada. Andy Keen pellizcaba a Jessica Kleinman en la espalda y fingía que no había sido él. Clayton Booth y David Shearn hablaban de fútbol, discutiendo las posibilidades que tenían los Raiders de ganar el partido frente a St. Ignatius. Jennie Levi y Tanisha McDowell dejaron bien clara su indiferencia por Scott Graham y Dante Pierce, que se dedicaban a examinar y valorar los pechos desnudos en los que el guía intentaba evitar que se fijasen. Moody, gran aficionado al arte, se puso a observar a Pearl y soñó –no era la primera vez– con ser fotógrafo para poder captar el momento en que la luz que se filtraba por el cristal esmerilado del techo le dio en la cara y la hizo brillar.

Pearl trató de concentrarse en la insípida explicación del guía, pero estaba distraída. En cierto momento pasó a la siguiente sala, dedicada al tema de la Virgen y el Niño. Moody, que estaba escuchando los comentarios sobre un cuadro de Caravaggio y tomando notas diligentemente, la vio salir. Pasaron tres, cuatro, cinco minutos, pero su amiga no volvía, así que metió el lápiz en la espiral del cuaderno y fue a buscarla.

Era una sala pequeña, con apenas media docena de piezas que representaban a la Virgen con el Niño Jesús en su regazo. Había cuadros medievales en marcos dorados no mucho mayores que una caja de CD; bocetos de esculturas de la época renacentista; pinturas al óleo de gran tamaño; y un collage posmoderno con fotos procedentes de revistas de cotilleo, y en el que la Virgen tenía la cara de

Julia Roberts, y Jesús, la de Brad Pitt. Pero la obra que dejó petrificada a Pearl era una fotografía en blanco y negro de veinte por veinticinco centímetros en la que se veía a una mujer sentada en un sofá, sonriendo radiante al bebé que tenía en brazos. Era Mia, no cabía la menor duda.

—¿Cómo es posible? —dijo Moody.

—No lo sé.

Pasaron un buen rato mirando la foto en silencio. Moody, tan práctico como de costumbre, empezó a informarse. Según la ficha, la obra se titulaba *Virgen con Niño n.º 1* (1982) y Pauline Hawthorne era su autora. Apuntó los datos en el cuaderno, debajo de las notas sobre Caravaggio. Por lo demás, la ficha no ofrecía ningún comentario: solo mencionaba que la pieza había sido cedida por la galería Ellsworth de Los Ángeles.

Pearl, en cambio, se fijó en la imagen. Allí estaba su madre, un poco más joven, un poco más delgada, pero con los mismos pómulos salientes y la misma barbilla afilada. Reconoció el pequeño lunar que tenía justo debajo de un ojo; la cicatriz que le atravesaba como un hilo blanco la ceja izquierda; los brazos finísimos, que parecían a punto de quebrarse, y con los que la había visto, sin embargo, llevar más peso que a ninguna otra mujer. Hasta el peinado era idéntico: un moño descuidado en la coronilla. Mia estaba asombrosamente guapa. Su imagen resplandecía. No miraba a la cámara, porque estaba totalmente absorta en el bebé que tenía en brazos. En mí, pensó Pearl. Estaba convencida de que era ella. ¿Quién iba a ser si no? No había visto ninguna foto suya de niña, pero se reconoció en aquel bebé por el caballete de la nariz, las esquinas de los ojos y los puños apretados. Un gesto que había hecho hasta bien avanzada la infancia y que sin darse cuenta estaba haciendo ahora. ¿Dónde se había tomado la foto? El sofá podía ser de color canela o azul claro, o tal vez amarillo canario; la ventana que había detrás daba a unos edificios altos, aunque se veían borrosos. La fotografía debía de estar a apenas un metro de distancia, sentada en un sillón al lado del sofá. ¿Quién sería?

De pronto oyeron una voz detrás de ellos.

—Señorita Warren —dijo la señora Jacoby—. Señor Richardson. —Los dos se dieron la vuelta. La cara les picaba por el calor—. Si están listos seguimos. La clase entera les está esperando.

Todos sus compañeros, en efecto, se habían juntado fuera y ya tenían los cuadernos cerrados. Cuando aparecieron Moody y Pearl, se desataron las risas y los murmullos.

De vuelta al colegio, en el autobús, la gente empezó a bromear sobre la relación entre ellos. Moody se puso muy colorado y se repantigó en su asiento, fingiendo no oír nada. Pearl se puso a mirar por la ventanilla, indiferente, y no abrió la boca hasta que el autobús llegó al aparcamiento oval que rodeaba el colegio y los estudiantes se fueron bajando.

–Quiero volver –le dijo a Moody mientras se apeaban.

Pearl cumplió su deseo esa misma tarde, después de las clases. Lexie accedió a llevarles a los dos en coche al museo, porque si no era difícil llegar. Izzy insistió en acompañarlos, y al final la dejaron. Fue Moody quien convenció a su hermana mayor, a la que no mencionó, sin embargo, lo que querían ver. Cuando entraron en la sala, Lexie se quedó boquiabierta.

–¡Guau! –exclamó–. Esa de ahí es tu madre, Pearl.

Los cuatro examinaron la foto. Lexie se situó en el centro de la sala, como si tuviera que alejarse un poco para verla mejor. Moody se acercó tanto que casi la tocó con la nariz, como si la solución al enigma se ocultase entre los puntos blancos y negros. Pearl siguió escrutando la imagen, e Izzy se quedó embobada mirando a Mia, que brillaba como la luna llena en una noche despejada. *Virgen con Niño n.º 1*, leyó en la ficha, y se dio el gusto de imaginar un instante que el bebé era ella.

–Es increíble –dijo por fin Lexie–. Realmente increíble. ¿Qué hace tu madre en una foto en un museo? ¿Es famosa y no lo sabemos?

–La gente que sale en las fotos no es famosa –le corrigió Moody–. Lo es la gente que las hace.

–Bueno, se lo tendremos que preguntar –dijo Lexie–. Se lo tendremos que preguntar.

La abordaron nada más llegar a casa. Entraron de golpe en la cocina, donde Mia estaba condimentando un pollo para la cena.

–¿Dónde os habíais metido? –les preguntó–. Yo pensaba todo el rato que el reloj estaba mal: las tres y media, las cuatro, y seguíais sin aparecer.

–Hemos estado en el museo de arte –comenzó Pearl, pero enseguida vaciló.

Intuía que era un error contárselo: la misma sensación que tiene uno al pisar un escalón inseguro, justo antes de que ceda. Moody, Izzy y Lexie se apiñaron a su alrededor con aire expectante, la cara roja y los ojos muy abiertos. Pearl pensó en la impresión que debían de causarle a su madre.

Lexie le dio un codazo en la espalda.

–Pregúntaselo.

–¿Preguntarme qué? ¿Qué tenéis que preguntarme?

Mia metió el pollo en la cazuela y se dirigió al fregadero para lavarse las manos. Pearl tuvo la sensación de lanzarse desde un trampolín muy alto:

–Hay una foto tuya en el museo –le dijo–. Estás sentada en un sofá con un bebé en brazos.

Mia se estaba lavando las manos de espaldas a los chicos, pero los cuatro notaron cómo se ponía algo rígida. En vez de darse la vuelta siguió frotándose entre los dedos.

–¿Una foto en la que salgo yo? ¿En un museo? –respondió–. Será alguien que se parece a mí.

–Eras tú seguro –dijo Lexie–. Con ese pequeño lunar debajo del ojo y la cicatriz en la ceja.

Mia se tocó la ceja con un nudillo, como si se hubiese olvidado de que tenía la cicatriz. Una gota caliente le corrió por la sien. Se aclaró las manos y cerró el grifo.

–Puede que fuese yo, sí. –Se dio la vuelta por fin y empezó a secarse enérgicamente las manos con el paño de cocina. De pronto, y para sorpresa de Pearl, su expresión se endureció: era desconcertante, como ver cerrarse de golpe una puerta que siempre ha estado abierta–. Los fotógrafos siempre andan buscando modelos. Muchas estudiantes de arte aceptaban posar.

–Pero tú te acordarías –insistió Lexie–. Estabas sentada en un sofá en un piso muy mono. Y tenías a Pearl en el regazo. La fotógrafa era... –Se volvió hacia Moody–. ¿Cómo se llamaba?

–Hawthorne. Pauline Hawthorne.

–Pauline Hawthorne –repitió Lexie, aunque era imposible que Mia no lo hubiese oído–. Tienes que acordarte.

Mia sacudió el paño con un rápido movimiento de muñeca.

—Lexie, de verdad que no me acuerdo de todo lo que he hecho. Cuando andas apurada haces todo tipo de cosas para llegar a fin de mes. No sé si eres capaz de imaginarlo.

Se volvió hacia el fregadero y colgó el paño para que se secara. Pearl se dio cuenta de su desatino: no debió preguntárselo a su madre en la cocina de los Richardson, con sus encimeras de granito, su nevera de acero inoxidable y sus baldosas de terracota italiana, ni delante de los hermanos, con sus chaquetones North Face de colores brillantes, y desde luego no delante de Lexie, que todavía tenía en la mano las llaves del Explorer. Si hubiese esperado hasta que las dos estuviesen solas en la cocinita oscura de la «medio casa» de Winslow Road, sentadas en las sillas disparejas frente a la única hoja que quedaba de la mesa abatible, su madre posiblemente le habría contado toda la historia. Pearl comprendió que la foto era un asunto íntimo que habría debido quedar entre ellas: meter a los Richardson había sido una imprudencia por su parte. Ahora, observando a su madre —la mandíbula rígida, el gesto hierático—, llegó a la conclusión de que no tenía sentido hacerle más preguntas.

Lexie se dio por satisfecha con la explicación de Mia. «Tiene algo de irónico, ¿no?», dijo, encogiéndose de hombros, mientras salían de la cocina, y Pearl, que no quería hablar más del asunto, ni siquiera se molestó en aclararle que «irónico» significaba otra cosa. Mejor cambiar de tema. El resto de la tarde, Mia estuvo extrañamente callada. Su hija se arrepentía de haberle mencionado la foto: siempre había pensado en el dinero (era inevitable, dadas las circunstancias), pero nunca había imaginado lo que era subsistir a duras penas con una niña pequeña. ¿Qué otras cosas habría hecho Mia los primeros años para sobrevivir? Ese día, por primera vez, su madre no le dio un beso de buenas noches: se quedó en el cuarto de estar, sentada en medio de un círculo de luz, meditabunda y con la cara todavía inexpresiva. A la mañana siguiente, y para alivio suyo, Pearl se la encontró en la cocina haciendo tostadas como de costumbre. Parecía que la víspera no hubiese ocurrido nada.

Su madre, que ella supiera, nunca había puesto tanto empeño en ocultarle nada, por lo que el asunto de la foto seguía flotando en el ambiente como un mal olor. Pearl se guardó todas las preguntas que quería hacerle en el fondo de la mente, y prefirió no decirle nada más de momento.

—¿Hago té? —preguntó.

Izzy, sin embargo, estaba decidida a encontrar respuestas. Era obvio que la foto encerraba un enigma sobre Mia, así que se propuso desentrañarlo. Siendo estudiante de primer año, no tenía horas libres, pero en varias ocasiones dedicó la hora de la comida a buscar información sobre Pauline Hawthorne en el ordenador de la biblioteca, y llegó incluso a quedarse en el colegio después de las clases. Cuando miró su nombre en el fichero, encontró varios títulos de historia del arte. Al parecer había sido bastante famosa. Un libro la describía como «la precursora de la fotografía americana moderna»; otro, como «Cindy Sherman antes de que Cindy Sherman se convirtiera en Cindy Sherman». (Izzy dio un pequeño rodeo para informarse sobre Cindy Sherman, y pasó una tarde entera examinando sus fotos.)

Pauline Hawthorne era conocida por el intimismo y la fuerza expresiva de su obra, y también por interrogarse sobre la femineidad y la identidad personal. «Me allanó el camino a mí y a otras mujeres fotógrafas», decía Cindy Sherman en una semblanza de su colega. Izzy estudió las reproducciones de sus fotos. En una de ellas se veía a un ama de casa y su hija montadas en columpios: la niña se había impulsado tanto que las cadenas se arqueaban y el columpio parecía desafiar la gravedad; la mujer tenía los brazos extendidos, no estaba claro si para apartar a su hija de un empujón o atraerla hacia sí. A Izzy las fotos le suscitaban sentimientos que no sabía expresar bien, lo cual demostraba, pensó, su valor artístico.

Buscando en el fichero todas las referencias a Pauline Hawthorne, obtuvo la información esencial sobre su vida: nació en 1947 en Nueva Jersey, estudió en Garden State College, exhibió sus primeras obras en Nueva York en 1970, y tuvo su primera exposición individual en 1972. Al parecer, sus fotografías habían sido de las más codiciadas por los coleccionistas en los años 70: por una de ellas se había pagado un millón de dólares en 1978. El artículo de la enciclopedia incluía un retrato de la artista en el que se veía a una mujer delgada y con ojos grandes y oscuros y el pelo plateado y cortado a lo *garçon*. Parecía una profesora de matemáticas.

Izzy también averiguó que había muerto en 1982 de cáncer de mama. Se sentó

en uno de los dos ordenadores de la biblioteca, esperó a que se conectara el módem y, al escribir su nombre en AltaVista, dio con varias fotos más (el Museo Getty tenía una; el MoMA, tres), unos cuantos artículos que analizaban su obra, y una necrológica publicada en *The New York Times*. Eso era todo. En las dos bibliotecas públicas de Shaker encontró unos cuantos libros con fotos suyas y artículos en microficha, pero no le aportaron nada nuevo. ¿Qué relación había entre Pauline Hawthorne y Mia? Igual era verdad lo que decía la madre de Pearl y se había limitado a posar para ella. A Izzy, sin embargo, esta hipótesis le parecía inverosímil.

Finalmente recurrió a la única persona que pensó que podía ayudarla. Su madre trabajaba en un periódico y, aunque casi siempre daba noticias poco importantes, podía averiguar cosas: como todos los periodistas, tendría contactos, fuentes de información de las que no disponía cualquiera. Izzy se había empeñado desde muy pequeña en ser independiente: testaruda, siempre se negaba a pedir ayuda a nadie. Esta vez, sin embargo, el ansia de desentrañar el misterio de la foto la llevó a hacer una excepción.

—Mamá —dijo una tarde, varias semanas después de ver la foto por primera vez—, ¿me puedes ayudar con una cosa?

Como de costumbre, la señora Richardson no le prestó demasiada atención. Además tenía que entregar un artículo sobre la subasta anual de flores del Nature Center, y andaba apurada.

—Mira, Izzy, lo más probable es que la mujer de la foto no sea la madre de Pearl. Podría ser cualquiera. Alguien que se le parezca. Estoy convencida de que es una casualidad.

—No lo es —insistió—. Pearl reconoció a su madre y yo también. ¿Podrías hacer algunas pesquisas? Llamar al museo, no sé. Te lo ruego. —Nunca se le habían dado bien las lisonjas (para ella, adular a alguien era como mentir), pero tenía que convencerla como fuera—. Seguro que averiguas algo. Eres *reportera*.

La señora Richardson se rindió.

—Está bien —dijo—. Veré lo que hay. Pero antes tengo que terminar este artículo; es para mañana. Puede que no saque nada en limpio —añadió, mientras Izzy se dirigía a la puerta sin apenas contener su júbilo.

Las palabras de Izzy («Eres reportera») habían halagado la vanidad de su madre. La señora Richardson siempre había querido ser periodista. Esta vocación la había tenido clara mucho antes de hacer en el colegio los tests de aptitud para saber cuál era la carrera más indicada para ella. Una vez, en clase de inglés, se le pidió a los alumnos que hablaran de la profesión con la que soñaban. «El periodista cuenta lo que ocurre todos los días –explicó ella en su discurso–, revela cosas que la gente tiene derecho a saber, y deja un documento para la posteridad, de modo que las generaciones venideras puedan aprender de nuestros errores y progresar a partir de nuestros logros.» De niña le inculcaron el sentido del deber cívico: su madre, que pertenecía a comités que pedían más dinero público para las escuelas, mayor equidad y justicia social, siempre estaba yendo a reuniones, y solía llevar a Elena. «Los cambios no son espontáneos –le decía, repitiendo el lema de Shaker Heights–: hay que proyectarlos.» Cuando oyó en clase de historia la frase *noblesse oblige*, la entendió al instante. A su madre le gustaba recordar que había participado en la Marcha de 1963.<sup>10</sup> «Te llevé –le contaba–. Fuimos testigos de un acontecimiento histórico, no lo olvides nunca.» Para Elena, el periodismo era la mejor manera de atestiguar los hechos y un oficio muy noble, porque permitía hacer el bien desde dentro del sistema. Se imaginaba a sí misma como una mezcla de Nellie Bly y Lois Lane. Como llevaba cuatro años colaborando con el periódico del colegio (en el que había empezado a trabajar como parte de la asignatura de periodismo en el primer curso, y luego había ido ascendiendo hasta llegar a co-redactora en jefe en el último año), parecía verosímil y hasta inevitable que se convirtiera en alguien así.

Cuando se graduó con la segunda mejor nota de su clase, tenía varias universidades entre las que elegir: la habían admitido en todas las del estado de Ohio, desde Kenyon hasta Kent State, pasando por Wooster; además, Oberlin le ofrecía una beca completa, y Denison, una parcial. Su madre era partidaria de Oberlin; de hecho, la había animado a enviar la solicitud. Sin embargo, cuando visitó el campus, se sintió rara enseguida. Las residencias mixtas la desconcertaban: vio a todas esas chicas en albornoz y a los chicos en paños menores, y pensó en lo nerviosa que le pondría saber que en cualquier momento podía entrar uno de ellos en su habitación como si nada... o, peor aún, en el cuarto de baño. En las escaleras de entrada a uno de los edificios había tres

estudiantes melencidos que vestían *dashikis* y tocaban la flauta de émbolo; y, al otro lado del césped, unos cuantos protestaban en silencio con carteles que decían TIRAR BOMBAS PARA LOGRAR LA PAZ ES COMO FOLLAR PARA SER VIRGEN. EL PRESIDENTE ME LA SUDA. TIRAD LSD Y NO BOMBAS. Elena tenía la sensación de estar en un país extranjero donde no regía ninguna norma.

Así que aquel otoño se fue a estudiar a Denison con grandes ambiciones. El segundo día de curso conoció a Bill Richardson, un chico alto y apuesto, estilo Clark Kent; y al cabo de un mes ya tenían una relación seria. Castos todavía, empezaron a hacer planes: terminar la carrera, casarse de blanco y por la iglesia, buscar una casa en Shaker, tener muchos hijos. Él se matricularía en la facultad de derecho y ella haría sus pinitos como reportera. Lo cumplieron todo escrupulosamente.

Después de casarse alquilaron un dúplex en Shaker. Al poco tiempo, el señor Richardson empezó a estudiar derecho y la señora Richardson consiguió un trabajo de reportera en *The Sun Press*, un diario pequeño, centrado en noticias locales, así que no pagaban mucho. En todo caso era un buen comienzo, pensó: trabajaría allí un tiempo, y seguramente acabaría dando el salto a *The Plain Dealer*, el periódico «de verdad» que había en Cleveland, aunque no estaba dispuesta, desde luego, a abandonar Shaker, ni se imaginaba criando a sus hijos en otra ciudad.

En *The Sun Press* cubría diligentemente la política local, incluidas las ruedas de prensa de las autoridades, y explicaba las consecuencias regionales de las nuevas normas sobre puentes, plantación de árboles y otros muchos asuntos. Este trabajo lo hacía con el otro reportero novato, Dwight, un año más joven que ella. El periódico trataba bien a los empleados: a la señora Richardson le dieron seis meses de baja por maternidad cuando nacieron Lexie, Trip y Moody. Cuando llegó Izzy, todavía trabajaba allí y, a pesar de haber ascendido como reportera, seguía dando noticias menores. Dwight, en cambio, se había marchado a Chicago a trabajar para el *Tribune*. ¿Por qué se había estancado la señora Richardson en su profesión? Puede que fuera por el tiempo que había pasado de baja, o —según creía ahora— por su resistencia a investigar asuntos desagradables y contar tragedias. Nunca lo sabría con seguridad. En cualquier caso parecía cada vez más improbable que cambiara de periódico, y ya no estaba

claro qué había sido primero, si el huevo o la gallina. Ni *The Plain Dealer* ni ningún otro diario estaba dispuesto a contratar a una reportera de casi cuarenta años, con cuatro hijos, y que nunca había dado una noticia importante: daba lo mismo cuál fuera la causa y cuál el efecto.

Así que seguía en el mismo periódico, ofreciendo a los lectores noticias edificantes y artículos que celebraban el progreso: el nuevo plan de reciclaje, la remodelación de la biblioteca, la inauguración del parque infantil que había detrás. Contó la «solemne» ceremonia de jura del cargo del nuevo administrador municipal, el «alegre» desfile de Halloween, la inauguración en el Centro Van Aken de una librería que vendía los libros a mitad de precio (el nuevo establecimiento, dijo, «le hacía buena falta a la zona comercial de Shaker») y el «acalorado» debate sobre si convenía exterminar las polillas gitanas asiáticas. Hizo la crítica del montaje de *Grease* que había visto en la Iglesia Unitaria y del de *Guys and Dolls*, que había visto en el colegio: al primero lo calificó de «divertidísimo», y del segundo dijo que había provocado «una fuerte ovación». Era una periodista en la que se podía confiar: tenía fama de entregar artículos sin errores, pero también algo insulsos y melifluos (aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta). En una ciudad tan tranquila como Shaker Heights las noticias eran forzosamente aburridas. En el mundo exterior, los volcanes y los cohetes estallaban, los muros se derribaban, los gobiernos negociaban con terroristas la liberación de rehenes, entraban en crisis y caían: en Shaker, por el contrario, reinaba la calma, y las bombas, los terremotos y los disturbios se oían muy lejos. La señora Richardson tenía una casa grande, y sus hijos estaban contentos y seguros e iban a un buen colegio: esta era, pensó, más o menos la vida que había proyectado hacía muchos años.

Sin embargo, al pedirle aquel favor, Izzy había introducido una novedad. A su madre le intrigaba la foto. Puede que por fin hubiese encontrado algo que valía la pena investigar.

La señora Richardson cumplió su palabra, y nada más entregar el artículo empezó a hacer pesquisas. La semana siguiente aprovechó el descanso de la comida para ir al museo a ver la foto. Las dudas que tenía sobre Izzy se disiparon enseguida: era Mia, desde luego. ¿Por qué aparecía en una foto de Pauline Hawthorne? Naturalmente, había oído hablar de ella. ¿Cómo se conocerían? La

señora Richardson metió un billete de cinco dólares en la caja de donativos del museo y se dirigió al coche mientras daba vueltas en la cabeza a estos interrogantes. Estaba verdaderamente intrigada.

Empezó por llamar a la galería que había cedido la pieza al museo para la exposición. La dueña le contó que habían comprado la foto a una marchante de Nueva York en 1982, poco después de la muerte de Pauline. Era una obra desconocida suya: cuando salió a la venta se produjo un gran revuelo en el mundo del arte. Hubo una subasta muy reñida, y la galería acabó pagando cincuenta mil dólares: un chollo. Estaban entusiasmados. No, no cabía la menor duda de que Pauline era la autora, porque la marchante había vendido muchas obras suyas a lo largo de los años y, además, la foto (de la que no existía, al parecer, ninguna copia) llevaba su firma al dorso. No se sabía quién había sido el propietario, pero la galerista no tenía inconveniente en darle el nombre de la marchante. La señora Richardson lo apuntó –una tal Anita Rees–, y, cuando llamó al teléfono de información de Nueva York, enseguida le dieron el número de la galería Rees, en Manhattan.

Anita Rees era la típica neoyorquina: enérgica, de verbo ágil, imperturbable.

–¿Pauline Hawthorne? Sí, seguro que fui yo. La representé durante años.

Al otro lado de la línea, la señora Richardson oyó el débil ruido de una sirena que pasaba. Esa era la idea que tenía de Nueva York: un sitio donde no paraban de oírse cláxones, camiones, sirenas. Solo había estado allí una vez, siendo estudiante universitaria, en la época en que había que agarrar bien el bolso en el metro y uno no se atrevía a tocar ni las barras. Así seguía recordando la ciudad.

–Pero la foto a la que me refiero la vendió otra persona después de muerta Pauline. Sale una mujer con un bebé. *Virgen con Niño n.º 1*, se llama.

De pronto hubo un silencio total, y la señora Richardson pensó si no se habría cortado la llamada. Pero al cabo de un instante volvió a oír la voz de la marchante.

–Sí, me acuerdo de esa.

–¿Sería tan amable de darme el nombre de la persona que la vendió?

Anita Rees sonó recelosa:

–¿Desde dónde dice que llama?

–Soy Elena Richardson. –Vaciló un instante–. Trabajo de reportera en *The*

*Sun Press*, en Cleveland, y la foto guarda relación con un asunto que estoy investigando.

–Entiendo. –Otra pausa–. Lo lamento, pero el propietario original de la fotografía quería permanecer en el anonimato. No puedo darle el nombre del vendedor.

Irritada, la señora Richardson se puso a doblar una esquina del bloc.

–Lo comprendo. Pero lo que más me interesa es la foto misma. ¿No sabrá por casualidad quién es la modelo?

Hubo otro silencio, pero esta vez era obvio que sus palabras la habían sobresaltado. Finalmente respondió con cierta aspereza:

–Me temo que no puedo ayudarla. Buena suerte con el artículo.

Se cortó la comunicación con un suave clic. Como periodista, la señora Richardson estaba acostumbrada a que le colgaran el teléfono, aunque en esta ocasión le molestó más que de costumbre. Miró la pantalla del ordenador, donde le esperaba el borrador de un artículo sobre Al Gore y su próxima visita a Cleveland. Todavía iba por la mitad.

Los coleccionistas de arte suelen rehuir la publicidad, pensó. Son discretos sobre todo en lo tocante al dinero. Puede que Anita Rees no supiese nada de la foto. Igual se había limitado a cobrar la comisión del cincuenta por ciento.

En cualquier caso, ¿quién la había metido en este berenjenal? Izzy. Sí, la insensata de su hija, siempre tan impulsiva y tan susceptible. Se ponía furiosa por cualquier tontería.

El solo hecho de que se lo hubiese pedido ella indicaba lo peligroso que era investigar el asunto. La señora Richardson volvió a la hoja del bloc donde tenía las notas para el artículo sobre el vicepresidente, y empezó a teclear.

## Nueve

LA SEÑORA RICHARDSON SIGUIÓ MOLESTA CON IZZY el resto de la semana, aunque siempre lo estaba por una razón u otra. Esta actitud tenía raíces profundas y muy diversas. No se debía a que hubiese sido una hija no deseada: (como sospechaba la propia Izzy, y como le decía Lexie para pincharla cuando se ponía venenosa): era justo todo lo contrario.

Elena Richardson siempre había querido tener una familia numerosa. Hija única, en su niñez y juventud había echado en falta un hermano o una hermana y envidiado a amigas como Maureen O'Shaughnessy, que nunca se encontraba la casa vacía cuando volvía del colegio y siempre tenía a alguien con quien hablar. «No es ninguna maravilla –le aseguraba Maureen–, sobre todo si tienes un montón de hermanos varones.» Ella, la mayor, tenía quince años, y la más pequeña, Katie, dos: en medio había seis chicos. Sin embargo, Elena estaba convencida de que tener muchos hermanos era preferible a crecer sin ninguno. «Quiero un montón de niños –le había dicho al señor Richardson cuando se casaron–, por lo menos tres o cuatro, y muy seguidos.» Estaba pensando de nuevo en la familia de Maureen: en el colegio era raro el curso que no tenía algún hermano O'Shaughnessy. Eran la gran dinastía de Shaker Heights, un clan enorme que llamaba mucho la atención, y cuyos miembros eran todos guapísimos y siempre estaban bronceados, como los Kennedy. El señor Richardson, que tenía dos hermanos, estaba de acuerdo con su mujer.

En 1980 tuvieron a Lexie, al año siguiente a Trip, y dos años después a Moody. La señora Richardson estaba secretamente orgullosa de su fecundidad y resistencia física. Cuando iba por la calle empujando el carrito de Moody, con Lexie y Trip detrás, agarrados a la falda de su madre, la gente se extrañaba mucho de que una joven tan esbelta hubiese engendrado tres niños. Su vieja

amiga Linda, que llevaba años intentando tener uno, se moría de ganas de coger al bebé (quienquiera que fuese ese año) cada vez que se veían, y la señora Richardson se fijaba en sus ojos anhelantes y sentía mucha lástima de ella. ¡Tendré otro y te lo daré!, estuvo a punto de gritar una vez mientras Linda, entusiasmada, arrullaba a Moody. No llegó a decírselo, por supuesto, aunque en ese momento estaba embarazada de Izzy sin saberlo: tardaría varias semanas en enterarse. «Solo quiero uno más», le había dicho a su marido. Los dos estaban de acuerdo en tener a los niños pronto para que ella pudiese volver al trabajo. Le apetecía quedarse en casa cuidándolos, pero su madre siempre había despreciado a las mujeres que no trabajaban. «¡Qué manera de desperdiciar sus facultades! – decía displicente–. Tú tienes buena cabeza, Elena. No irás a quedarte en casa cosiendo, ¿no?» Según ella, una mujer moderna podía y debía *hacerlo todo*. Así, después de dar a luz, la señora Richardson se reincorporaba al periódico: escribía de nuevo los artículos edificantes exigidos por el director, y luego volvía a casa para hacerles carantoñas a los niños, esperando mientras tanto a que llegase el siguiente bebé.

La espléndida sucesión de hijos terminó con Izzy. Poco después de descubrir que estaba embarazada, la señora Richardson empezó a tener náuseas, mareos y vómitos, y, pasado el primer trimestre, las molestias persistieron y hasta se agravaron. Lexie tenía casi tres años; Trip, dos, y Moody, casi uno: había tres niños muy pequeños en casa y la señora Richardson estaba incapacitada, así que a la familia le hacía falta una asistenta. Este lujo se lo seguirían permitiendo hasta que los niños se hicieron adolescentes y apareció Mia. «Las molestias que cuenta son señal de un embarazo sano», aseguró el médico. Sin embargo, unas semanas después de contratar a la asistenta, la señora Richardson empezó a sangrar y tuvo que guardar cama. A pesar de las precauciones, Izzy se dio mucha prisa en nacer: su madre la parió once semanas antes de lo previsto y una hora después de llegar al hospital.

A la señora Richardson los meses siguientes se le aparecerían envueltos en una bruma aterradora. Apenas recordaba nada concreto. Estaba, sí, la imagen de Izzy acurrucada en una caja de cristal: una criatura inverosímilmente pequeña; una red de venas moradas que se extendían bajo la piel salmón. También se recordaba a sí misma observando al bebé por los portillos de la incubadora, con

la nariz casi apretada contra el cristal para cerciorarse de que respiraba, y yendo y viniendo de su casa al hospital a la hora del almuerzo y la de la siesta, a ratos sueltos y siempre que podía dejar a sus hijos mayores con la asistenta, a la que se le daban muy bien los niños. Las enfermeras a veces la dejaban mecer a Izzy: primero en las manos, luego entre los pechos, y finalmente, cuando su hija engordó y se hizo más fuerte y empezó a parecerse a un bebé, en brazos.

Izzy creció mucho, en efecto, y a pesar de ser prematura demostró una tenacidad que llamó la atención hasta a los médicos: tiraba del catéter y, cuando las enfermeras entraban a cambiarla, empezaba a dar pataditas y a berrear tan fuerte que los bebés de las incubadoras cercanas se despertaban y se ponían a imitarla. «Los pulmones los tiene bien», les comunicaron los médicos a los Richardson, aunque no descartaban una serie de trastornos. Problemas de vista y de oído, dijeron. Ictericia. Anemia. Retraso mental. Defectos cardíacos. Epilepsia. Parálisis cerebral. La señora Richardson volvió por fin a casa con Izzy, pero esa lista se le quedó grabada: sería de las pocas cosas que recordara del tiempo que la niña pasó en el hospital, y en los años siguientes la repasaría mentalmente cada vez que observaba a su hija. ¿Le costaba fijarse en los objetos, o es que se estaba quedando ciega? ¿Por qué no hacía caso a su madre cuando la hablaba? ¿Era por terquedad o porque se estaba quedando sorda? La piel se le estaba poniendo amarilla, ¿verdad? ¿No estaba algo pálida? Cuando extendía una mano y no acertaba a ponerle un anillo a la muñeca, la señora Richardson apretaba nerviosa los brazos de la silla. ¿Le temblaba a la niña la mano, o es que estaba aprendiendo el difícil arte de manejar los dedos?

Si la señora Richardson había conseguido olvidar gran parte de lo ocurrido en el hospital, su cuerpo lo recordaba todavía: le seguían entrando ansiedad y miedo cuando pensaba en Izzy. Se dedicaba a analizar minuciosamente todos sus gestos y acciones para ver si revelaban algún defecto. ¿Era su mala ortografía signo de discapacidad intelectual? ¿Y su mala letra? ¿Y su dificultad para la aritmética? ¿Eran normales sus rabietas, o indicaban algo peor? Con el tiempo fue pasando del miedo a la simple preocupación. A raíz del nacimiento de Izzy había descubierto que la vida era como un coche que circulaba por un carril seguro, pero de pronto podía derrapar espectacularmente. Cada vez que miraba a su hija le asaltaba esa sensación de perder el control de las cosas, como un músculo que

no supiese aflojar.

«Siéntate derecha, Izzy», le ordenaba en la cena: «Escoliosis. Parálisis cerebral», pensaba al mismo tiempo. «Cálmate, Izzy». Nunca llegó a decírselo con estas palabras, pero la preocupación dio paso al rencor y la rabia. En el hospital había un cartel que rezaba «La ira es el guardián del miedo», aunque ella no se había fijado nunca, porque estaba demasiado distraída pensando en cómo se habían torcido las cosas. «Con todos los disgustos que nos has dado...», decía a veces, cuando Izzy se portaba mal: jamás terminaba la frase, ni siquiera para sus adentros, pero la ansiedad la invadía de nuevo. Izzy solo recordaría a su madre diciendo: «No, Izzy, no. ¿Por qué no me escuchas? Compórtate, Izzy. Dios santo, Izzy, ¿estás loca o qué?». La señora Richardson establecía así los límites, y su hija los traspasaba como si fuera un reto.

En estas circunstancias, cualquier otra niña se habría vuelto medrosa o neurasténica. Izzy, sin embargo, había nacido para rebelarse. A la hija pequeña de los Richardson (que resultó tener muy buena vista, excelente oído y una extraordinaria agilidad mental, y no mostró síntoma alguno de parálisis ni de epilepsia) le fue molestando cada vez más que su madre estuviera tan pendiente de ella. Un día fue la familia a la piscina, y, si a Lexie, Trip y Moody les dejaron chapotear en la parte menos profunda, Izzy, que tenía cuatro años, tuvo que quedarse sentada en una toalla, embadurnada de crema solar y protegida por una sombrilla. Cuando volvieron una semana después, la pequeña se zambulló en la parte honda y el socorrista la rescató. Ese invierno montaron en trineo, y la señora Richardson no paró de aplaudir desde lo alto de la colina mientras Lexie, Trip y Moody bajaban gritando, a veces de espaldas, otras los tres juntos. En una ocasión, Trip llegó a ponerse de pie como un surfista. Luego, cuando le tocó a Izzy, el trineo se volcó a media cuesta, y su madre le prohibió montarse de nuevo. Esa noche, mientras todos dormían, la benjamina salió a la calle con el trineo de Moody, cruzó al estanque de los patos y se deslizó cuatro veces por el hielo, hasta que un vecino la vio y llamó a sus padres. Cuando tenía diez años se volvió melindrosa con la comida, y la señora Richardson empezó a temer que tuviese anemia: al verla preocupada, Izzy se declaró vegetariana. Más tarde le prohibieron quedarse a dormir en casa de sus amigas («¿Cómo vamos a confiar en ti, si no te portas bien ni en tu casa?»), así que se escapaba por la noche, y

luego volvía con piñas o manzanas silvestres u hojas de castaño y las dejaba en la cocina. «No sé de dónde pueden haber salido», decía por la mañana, cuando su madre se fijaba en el último regalo que había traído. Cuando estaba en octavo se dejó de lavar el pelo y empezó a hacer rastas. «¿Qué quieres, ser la Bob Marley rubia?», le preguntó Lexie, pero Izzy tardó casi un año en cortárselas y dejarse el pelo rizado otra vez. Todos los hermanos –incluida ella– intuían que su madre estaba decepcionada con Izzy, que le tenía rencor, no sabían bien por qué. Naturalmente, cuanto más la provocaba Izzy, más furiosa se ponía: la ira protegía, como una concha de caracol, la angustia que había sentido desde siempre. «¡Dios santo, Izzy! –le decía una y otra vez–. ¿Qué es lo que te pasa?»

El señor Richardson era más permisivo. A fin de cuentas era su mujer quien había cuidado a Izzy de niña y escuchado las alarmantes predicciones de los médicos: él se había licenciado en derecho hacía poco, y trabajaba muchas horas para convertirse en socio del bufete. Su hija pequeña le parecía algo testaruda, pero, teniendo en cuenta las terribles circunstancias de su nacimiento, le alegraba que hubiese salido así, con carácter fuerte. En el fondo admiraba mucho su inteligencia y su vigor. Le recordaba a su madre cuando era más joven: una mujer enérgica, que siempre sabía perfectamente lo que quería hacer, con las ideas muy claras y un fuerte sentido del bien y del mal. Estas cualidades, que tanto le habían seducido de niño, parecían haberse atenuado después de largos años de vida suburbial. «No te preocupes, Elena –le decía a su mujer–. No te preocupes. Déjala a su aire.» Pero a la señora Richardson le era imposible dejar a la niña a su aire, así que toda la familia se fue acostumbrando a las locuras que hacía Izzy para provocar a su madre, que intentaba en vano contenerla. Al cabo de un tiempo se olvidaron de cómo había empezado esta dinámica. Parecía existir desde siempre.

Una semana después del incidente de la foto, por el que la señora Richardson seguía molesta con Izzy, la familia fue a una fiesta de cumpleaños en casa de sus viejos amigos, los McCullough.

–¿Puede venir Pearl? –preguntó Moody–. No creo que les importe a los McCullough. Han invitado a todo el mundo.

Su madre abrió la boca para decir que sí, pero, en ese instante, Izzy metió baza

en la conversación:

–Así habrá alguien más haciéndole carantoñas al bebé. Para eso montan la fiesta, no nos engañemos.

La señora Richardson cerró la boca.

–Mira, Izzy –dijo por fin–, a veces puedes invitar a una amiga y otras no procede. Esta es una fiesta para las familias, y Pearl no es de la familia. –Cerró el bolso de golpe y se lo colgó al hombro–. Tienes que entender la diferencia. Venga, que llegamos tarde.

Así que fueron a la fiesta sin Pearl y en dos coches: en uno iban Lexie, Trip y Moody, y en el otro el señor y la señora Richardson, con Izzy en el asiento de atrás. La casa era muy fácil de encontrar: los coches de los invitados ocupaban los dos lados de la calle (los McCullough habían pedido a la policía de Shaker Heights que no aplicara las restricciones de aparcamiento) y llegaban hasta South Woodland Boulevard. Además había un montón de globos rosas y blancos suspendidos encima del buzón.

La casa ya estaba atestada de gente cuando llegaron. Había una fuente con tortillas y camareros sirviendo mimosas, mini quiches y huevos escalfados con salsa holandesa. También había una tarta rosa y blanca de tres pisos, cubierta de azúcar glasé y rematada por la figurita de un bebé que sostenía el número 1 en sus manos regordetas. Y, en todas partes, hileras de banderines rosas y blancos, que llegaban triunfales hasta la mesa de la cocina, donde Mirabelle McCullough, la niña del cumpleaños, estaba acurrucada en los brazos de su madre.

La señora Richardson ya conocía a la pequeña Mirabelle, por supuesto. La había visto por primera vez unos meses antes, cuando el bebé llegó a casa de los McCullough. Linda y ella eran amigas desde que se conocieran en el segundo curso, y se habían graduado en 1971. Después de crecer juntas habían seguido caminos hermosamente paralelos: las dos se habían marchado a estudiar la carrera y habían vuelto a Shaker para ejercer sus respectivas profesiones. Sin embargo, así como los Richardson habían tenido a Lexie al poco de casarse, y luego, muy seguidos, a Trip, Moody e Izzy, los McCullough habían intentado tener hijos más de diez años, y finalmente se habían decidido por la adopción: después habían pasado varios años en listas de espera –la demanda, por desgracia, superaba ampliamente la oferta– hasta que apareció Mirabelle.

–Es cosa de la providencia, como decía mi madre –le había dicho la señora Richardson a su marido cuando se enteró–. No hay otra palabra. Ya sabes lo mal que lo han pasado David y Linda: años y años intentándolo, y luego esperando para adoptar. Estoy segura de que habrían aceptado un bebé con la madre adicta al *crack*. El caso es que la asistente social les llama a las diez y media de la mañana para decirles que han encontrado un bebé oriental en un parque de bomberos, y a las cuatro de la tarde ya lo tienen en casa.

Al día siguiente había ido a conocer a la niña, y mientras la arrullaba había escuchado toda la historia. Linda le contó que nada más recibir la llamada se había acercado a Babies R Us para comprarlo todo: una cuna, pañales para seis meses y toda la ropa que iba a necesitar.

–Fundí la Visa –le había dicho riéndose–. David todavía estaba armando la cuna cuando llegó la asistente social con el bebé. Mira qué preciosidad. Mírala. ¿Te lo puedes creer?

Su amiga había bajado la vista para contemplar, con cara de asombro total, a la niña que tenía en brazos.

Ya habían pasado diez meses, y los McCullough habían avanzado mucho en el proceso de adopción. Esperaban tenerlo todo arreglado un mes o dos más tarde, según le contó Linda a la señora Richardson mientras le ofrecía una mimosa. La pequeña Mirabelle era, en efecto, una preciosidad, con su pelo oscuro coronado por una diadema rosa con lazo, su carita redonda y sus grandes ojos marrones, que miraban fijamente a los invitados. Las manos diminutas apretaban el collar de perlas de la señora McCullough.

–Es como una muñeca –suspiró Lexie.

Mirabelle apartó la cara, hundiéndola en el suéter de su madre.

–Esta es la primera gran fiesta que hemos montado desde que llegó –dijo la señora McCullough mientras le acariciaba la coronilla–, así que no está acostumbrada a ver a tanta gente, ¿verdad, Mimi? –Le besó la palma de la mano–. Pero su primer cumpleaños había que celebrarlo.

–¿Cómo sabes que es su cumpleaños? –preguntó Izzy–. La abandonaron, ¿no?

–No la abandonaron, Izzy –dijo la señora Richardson–. La dejaron en un parque de bomberos para que alguien la encontrara. Es muy distinto. Por eso tiene ahora este magnífico hogar.

–Pero en realidad no sabes cuándo cumple años, ¿no? –insistió Izzy–. ¿Escogisteis un día al azar?

La señora McCullough estrechó más fuerte al bebé.

–Cuando la adoptamos, los asistentes sociales calcularon que tenía dos meses, semana arriba, semana abajo. Fue el 19 de enero, así que decidimos celebrar su cumpleaños el 19 de noviembre. –Miró a Izzy con una sonrisa forzada–. Creemos que es una gran suerte poder darle un cumpleaños. El mismo día que Jodie Foster, por cierto. Y Meg Ryan.

–¿De verdad se llama Mirabelle? –preguntó Izzy.

La señora McCullough se puso tiesa.

–Una vez que hagamos todos los trámites, su nombre completo será Mirabelle Rose McCullough –respondió.

–Pero antes debía de tener otro. ¿No sabes cómo se llamaba?

Lo sabía, de hecho. Al bebé lo habían encontrado en una caja de cartón y resguardado del frío de enero con tres capas de ropa y cuatro sábanas, entre las que había una nota. La señora McCullough había convencido a la asistente de que le dejara leerla. «Esta niña se llama May Ling –decía–. Cójnala, por favor, y denle una vida mejor.» La primera noche, mientras el bebé dormía en su regazo, había pasado dos horas consultando con su marido el diccionario de nombres. Ninguno de los dos había lamentado nunca que la niña hubiese perdido el suyo original.

–Nos pareció que había que darle un nuevo nombre para celebrar el comienzo de su nueva vida –explicó–. Mirabelle quiere decir «belleza extraordinaria». ¿No es maravilloso?

En efecto: esa noche, cuando miraron al bebé, que estaba sumido en un sueño profundo y feliz, y vieron las largas pestañas y la boquita de pimpollo entreabierta, habían pensado que era el nombre más indicado.

–A nuestra gata no le cambiamos el nombre cuando nos la llevamos del refugio –dijo Izzy, y acto seguido se volvió hacia su madre–: ¿Te acuerdas? Miss Purrry.<sup>11</sup> Lexie dijo que le parecía estúpido, pero que había que seguir llamándola así para no confundirla.

–Compórtate, Izzy –dijo la señora Richardson, y luego, dirigiéndose a Linda McCullough–: Cuánto ha crecido Mirabelle en los últimos meses; ya casi no la

reconozco. Antes era menuda, y ahora mira qué gordita está, y qué buen color tiene. Oh, Lexie, mira esos deditos.

—¿La puedo coger? —preguntó Lexie, y luego se puso a mecer al bebé con la ayuda de la señora McCullough—. Fijaos en la piel. Es como tofe.

Mirabelle alargó la mano y le empezó a toquetear la melena. Izzy, mientras tanto, se alejó con aire hosco.

—No entiendo esta obsesión con los bebés —le susurró Moody a Trip. Los dos se habían refugiado en el rincón que había detrás de la isla de la cocina con sendos platos de papel, de los que iban cogiendo quiches y pastelitos—. Lo único que hacen es comer, dormir, cagar y llorar. Prefiero tener un perro.

—Pero a las chicas les encantan —le recordó Trip—. Seguro que si estuviese aquí Pearl no pararía de hacerle carantoñas.

Moody no sabía si Trip le estaba pinchando, o simplemente pensaba en Pearl. Tampoco sabía cuál de las dos posibilidades le molestaba más.

—¿Estabas escuchando en la clase de salud cuando explicaron las precauciones que había que tomar? —le preguntó—. Porque si no va a haber un montón de chicas con pequeños Trips. Da miedo pensarlo.

—Jaja. —Trip se llevó un trozo de huevo a la boca—. Tú ocúpate de lo tuyo. Ah, no, ahora que caigo, es imposible que dejes preñada a una chica si nadie quiere acostarse contigo —añadió, y a continuación tiró el plato vacío al cubo de la basura y se fue por una bebida, dejando a Moody en compañía del último trozo de quiche, que ya se había enfriado.

A petición de Lexie, la señora McCullough le enseñó la habitación de Mirabelle, que estaba pintada de rosa y verde claro. Encima de la cuna había una bandera cosida a mano con el nombre de la niña.

—Le encanta esta alfombra —dijo su madre mientras tocaba la piel de oveja—. La ponemos aquí después del baño, y ella se revuelca y no para de reírse.

Luego estaba el cuarto de juegos de Mirabelle, un espacio enorme solo para sus juguetes: bloques de madera con todos los colores del arco iris, un elefante de terciopelo para balancearse, una balda llena de muñecas.

—La habitación que hay en la parte delantera es mayor —explicó la señora McCullough—, pero esta es la más luminosa de la casa: da el sol toda la mañana y casi toda la tarde. Así que convertimos la otra en cuarto de invitados, y esta la

dejamos para Mirabelle.

Cuando bajaron, había aún más invitados, y Lexie les dejó el bebé de mala gana. Luego llegó el momento de cortar la tarta, pero la niña del cumpleaños estaba cansada de tanto alternar, así que su madre se la tuvo que llevar para darle el biberón y que descansara. Al final de la fiesta, cuando se marcharon los Richardson, Mirabelle seguía dormida, para gran disgusto de Lexie.

–Quería jugar con ella otra vez –se quejó mientras se dirigían a los coches.

–Es un bebé, Lex, no un juguete –le recordó Moody.

–A la señora McCullough seguro que le encantaría que hicieses de canguro –dijo la señora Richardson–. Conduce con cuidado, Lexie. Nos vemos en casa. –A Izzy la cogió del hombro y la empujó hacia el otro coche–. Y tú sé menos grosera la próxima vez que vayamos a una fiesta, o si no te quedas en casa. Linda McCullough te cuidó cuando eras pequeña: te cambió los pañales y te llevó al parque. Recuérdalo la próxima vez que la veas.

–Vale –dijo Izzy, cerrando bruscamente la puerta del coche.

Los días siguientes, Lexie no habló más que de Mirabelle McCullough.

–Le ha entrado la fiebre de los bebés –dijo Trip, y le dio un codazo a Brian–. Ten cuidado, tío.

El novio de Lexie soltó una risa nerviosa. Trip tenía razón: a su hermana mayor, de pronto, le había empezado a interesar mucho todo lo relacionado con los niños pequeños, hasta tal punto que fue a Dillard's a comprar dos vestidos –uno de volantes, y el otro, nada práctico, de color lavanda– para Mirabelle.

–Dios santo, Lexie. Cuando Moody e Izzy eran pequeños no te gustaban tanto los bebés, que yo recuerde –dijo su madre–. Ni tampoco las muñecas. De hecho... –la señora Richardson hizo memoria– una vez encerraste a Moody en el armario de las cacerolas.

Lexie puso los ojos en blanco.

–Solo tenía *tres* años.

El lunes seguía hablando del bebé, y, cuando llegó a casa y vio a Mia en la cocina, se alegró mucho de encontrar a alguien más que la escuchara.

–Tiene un pelo maravilloso –le contó entusiasmada–. Nunca he visto a un bebé que tenga tanto. Y qué suave es. Luego tiene unos ojos muy grandes que lo

observan todo. La encontraron en un parque de bomberos, ¿te lo puedes creer? Alguien la dejó allí.

Mia, que estaba en el otro extremo de la cocina limpiando la encimera, se quedó inmóvil de pronto.

–¿En un parque de bomberos? ¿Dónde está?

Lexie hizo un gesto de indiferencia con la mano.

–Ni idea. En el este de Cleveland, me parece.

Para ella, los detalles eran menos importantes que la dimensión dramática de la historia.

–¿Y cuándo fue?

–En enero. O febrero, no estoy segura. La señora McCullough cuenta que un bombero salió a fumar y se la encontró en una caja de cartón. Como una perrita abandonada.

–¿Y los McCullough se la quieren quedar?

–Creo que sí. –Lexie abrió el armario y sacó una barra Nutri Grain–. Siempre han querido un bebé, y Mirabelle es una ricura. La adoran. ¿Quién la va a criar mejor?

Le quitó el envoltorio a la barra de cereal, lo tiró a la basura y subió al piso de arriba. Mia se quedó absorta en sus pensamientos.

La madre de Pearl se había puesto de acuerdo con la señora Richardson para pagar el alquiler trabajando en su casa, pero también tenía que hacer dos turnos por semana en el Palacio de la Fortuna: el sueldo –además de las sobras del restaurante– les daba a ella y a Izzy lo justo para comer y pagar el gas y la electricidad. El establecimiento tenía un cocinero, un aprendiz de cocina, un ayudante de camarero y una camarera, Bebe, que trabajaba a tiempo completo y había empezado unos meses antes que Mia. Hacía dos años que había llegado a Estados Unidos desde Hong Kong, y, aunque su inglés no era muy bueno, le gustaba hablar con su compañera, que parecía entenderla y no le corregía nunca los errores gramaticales. En esas tardes tranquilas, mientras las dos envolvían los cubiertos en las servilletas y esperaban a que llegasen los pedidos para la cena, Bebe contaba bastantes cosas de su vida. Mia apenas contaba nada de la suya, por supuesto, pero con el tiempo había observado que, en conversaciones así, la otra persona no solía darse cuenta mientras uno la supiera escuchar o, lo que es

lo mismo, la animara a seguir hablando de sí misma. Así, en los últimos cuatro meses se había enterado de casi todo cuanto había que saber sobre Bebe, lo que explica que se sobresaltara al oír a Lexie hablar de la fiesta.

Un año antes, su compañera había tenido un bebé.

–Estaba muy asustada –le contó mientras toqueteaba la servilleta de satén rosa–. No tengo a nadie que me ayude. No puedo trabajar, no puedo dormir. Todo el día con el bebé en brazos y llorando.

–¿Y dónde estaba el padre? –preguntó Mia.

Se había marchado, al parecer.

–Le digo que estoy embarazada y dos semanas más tarde desaparece. Alguien me cuenta que ha vuelto a Guangzhou. Yo me vengo aquí por él, ¿lo sabes? Antes los dos vivimos en San Francisco, yo trabajo de recepcionista en una clínica dental, pagan bien, el jefe muy amable. Él encuentra trabajo aquí, en una fábrica de coches. Cleveland está bien, me dice, Cleveland es barato, San Francisco es muy caro. Nos mudamos a Cleveland, compramos una casa con jardín, y entonces... –Se quedó callada un instante, y luego, mientras dejaba en la pila una servilleta perfectamente doblada, con los palillos, el tenedor y el cuchillo envueltos, prosiguió–: Aquí nadie habla chino. Hago entrevistas para trabajar de recepcionista, me dicen que no hablo bien inglés. No encuentro trabajo en ningún sitio, no tengo a nadie que pueda cuidar al bebé.

Seguramente había tenido, como mínimo, una depresión posparto, pensó Mia, quizá hasta un brote psicótico. Al bebé ya no podía amamantarlo. Antes había trabajado en una fábrica metiendo vasos de poliestireno en cajas, pero la habían despedido cuando fue al hospital a dar a luz, así que ya no cobraba el salario mínimo ni tenía dinero para leche en polvo. Finalmente, desesperada, dejó a su hija en la puerta del parque de bomberos.

Unos días más tarde, dos policías encontraron a Bebe en un parque, tendida debajo de un banco. El hambre y la deshidratación le habían hecho perder el conocimiento. La llevaron a un refugio, donde la ducharon, le dieron de comer y le prescribieron antidepresivos. Cuando salió, tres semanas después, nadie supo decirle qué había sido del bebé. Un parque de bomberos, insistió, la había dejado en un parque de bomberos. No, no recordaba cuál. Había deambulado por la ciudad con la niña en brazos, sin saber qué hacer, pero aquella noche, cuando

pasó al lado del edificio y vio las ventanas iluminadas en medio de la oscuridad, se había decidido por fin. ¿Cuántos parques de bomberos podía haber en la ciudad? Nadie quiso ayudarla. Al abandonarla perdió usted sus derechos como madre, le dijo la policía. Lo sentimos, pero no podemos darle esa información.

Mia sabía que Bebe quería encontrar a su hija a toda costa. Llevaba buscándola desde que se recuperara, hacía ya unos meses. Ahora tenía un trabajo estable aunque mal pagado, vivía en un piso nuevo y estaba más entera. Pero de la niña no sabía nada. Era como si se la hubiera tragado la tierra.

—A veces me pregunto si estoy soñando —le dijo—. Pero ¿cuál es el sueño? —Se frotó los ojos—. ¿Que no encuentro a mi bebé o que tengo uno?

En los largos años de errancia, de vivir a salto de mata, Mia había seguido una única regla: no tomar apego a ningún sitio, a ninguna casa, a nada. Ni tampoco a nadie. Desde que nació Pearl, las dos habían vivido en cuarenta y seis ciudades, según sus cálculos, y sin más posesiones que las que cabían en el pequeño Volkswagen. Casi nunca se quedaban en ningún sitio el tiempo suficiente para hacer amistades: en los contadísimos casos en que las habían hecho, se habían marchado sin dejar señas y les habían perdido la pista. Cada vez que cambiaban de ciudad vendían o desechaban todo lo que podían, y Mia le enviaba a Anita obras suyas para que las vendiera: esas fotos ya no las volvía a ver.

Por lo demás, Mia evitaba meterse en los asuntos ajenos. Así era más fácil marcharse cuando se acababa el alquiler o cuando a Mia, harta de la ciudad, le entraban ganas de estar en otra parte. Pero en el caso de Bebe era distinto. Que a una mujer le quitasen a su hija... la idea le horrorizaba. Era como si alguien te clavara un cuchillo y, con un giro rápido, lograra vaciarte el cuerpo, dejando una cavidad llena de aire frío. En ese momento entró Pearl en la cocina por una bebida, y Mia abrazó al instante a su hija, como si estuvieran al borde de un precipicio, y la estrechó tan fuerte y tanto rato que Pearl acabó diciendo: «Mamá, ¿estás bien?».

A Mia no le cabía la menor duda de que los McCullough eran buena gente, como los Richardson. Pero eso era secundario. De pronto recordó que a veces, en el restaurante, cuando ya había pasado el ajetreo del almuerzo y el de la cena estaba por llegar, Bebe apoyaba los codos en la barra y se quedaba ensimismada: parecía estar en otra parte, y ahora Mia sabía exactamente dónde. Para una

madre, un hijo no era solo una persona, sino también un *lugar*: una especie de Narnia, un reino vasto y eterno en el que se confundían el pasado, el presente y el porvenir. Lo percibía cada vez que miraba al hijo, en cuyo rostro estaban el bebé que había sido, el niño que era ahora y el adulto que llegaría a ser: a los tres los veía simultáneamente, como una imagen tridimensional. Era turbador. En ese lugar podía la madre refugiarse, siempre y cuando supiese acceder a él. Y cada vez que lo abandonaba, cada vez que perdía de vista a su hijo, temía no regresar nunca.

Muchos años antes, cuando empezaron sus viajes, Mia se había tendido una noche en la cama improvisada en el asiento de atrás del Volkswagen Rabbit y se había puesto a observar a Pearl mientras dormía, acurrucada sobre su vientre, tan pegada a ella que sentía su cálido aliento en la mejilla. Esa criaturita le fascinaba. *Carne de mi carne, sangre de mi sangre*, pensó: su madre le había hecho ir a catequesis todos los domingos hasta los trece años. Entonces, como si las palabras bíblicas fueran un conjuro, vio rasgos suyos en la cara de la niña: la misma mandíbula que su abuela, y esa pequeña arruga que se le formaba en el entrecejo cuando tenía un sueño desconcertante. Mia llevaba tiempo sin pensar en su madre, y de pronto la echó mucho de menos. En ese instante, Pearl bostezó y se estiró, como si esa súbita añoranza la hubiese despertado. Mia la apretó contra el pecho, le acarició el pelo y apoyó los labios en su mejilla, sintiendo su inverosímil suavidad. *Carne de mi carne y sangre de mi sangre*, pensó mientras Pearl cerraba de nuevo los ojos. Estaba segura de que nadie querría nunca a esa niña más que ella.

–Estoy bien –le dijo ahora, y luego la soltó, aunque con gran esfuerzo–. Ya he terminado aquí. Nos vemos en casa, ¿vale?

Mia ya intuía las consecuencias de lo que iba a hacer, como si le llegara el fuerte olor a humo de una hoguera lejana. No sabía si Bebe acabaría recuperando a su hija. Lo único cierto era que no soportaba que otra persona se quedase con la niña. ¿Cómo podía ese matrimonio arrebatársela a su madre? Siguió pensándolo de camino a casa y cuando marcó el número de teléfono y esperó a que sonara la llamada. No, no era justo. A una madre jamás se le podía exigir que renunciase a su hija.

–Bebe –dijo al oír su voz al otro lado de la línea–. Soy Mia, del trabajo. Hay

algo que deberías saber.

## Diez

EL LUNES POR LA NOCHE, cuando Pearl y Mia estaban cenando, sonó el timbre, seguido por unos golpes muy fuertes. Mia fue a abrir. Pearl oyó murmullos y sollozos, y al cabo de un instante entró su madre en la cocina con una mujer oriental muy delgada que vestía camisa blanca y pantalones negros.

–Llamo a la puerta varias veces –contaba, llorosa, Bebe–. Toco el timbre y no me abren, y sigo llamando. Veo a una mujer dentro, espiándome detrás de una cortina para ver si me voy.

Mia la condujo a su silla. Delante había un plato con tallarines a medio comer.

–Pearl, dale un vaso de agua a Bebe. Y hazle un té, que puede que le venga bien. –Se sentó en la otra silla, y luego se inclinó hacia delante para cogerle la mano a Bebe–. No te deberías haber presentado en su casa sin avisar. No te iban a abrir así como así.

–¡La llamo antes! –Bebe se secó las lágrimas con el envés de la mano, y Mia cogió una servilleta de la mesa y se la ofreció. En realidad era un viejo pañuelo con estampado floral que había comprado en la tienda de artículos de segunda mano. Bebe se frotó los ojos–. Justo después de hablar contigo busco su número en la guía telefónica y les llamo, pero no lo cogen. Me sale el contestador. ¿Cómo voy a dejar un mensaje? Así que lo intento una vez y otra, toda la mañana llamando, hasta que por fin alguien contesta. Es ella.

Pearl puso la jarra eléctrica en el hornillo y lo encendió. No conocía a Bebe, pero su madre se la había mencionado alguna vez. Lo que no sabía era que fuese tan guapa (ojos grandes, pómulos salientes, pelo moreno y abundante, recogido en una coleta) y tan joven. Pearl, a la que cualquier persona de más de veinte años le parecía muy mayor, le calculó a Bebe unos veinticinco: era más joven que su madre, sin duda, pero en todo caso había algo casi infantil en su manera de

hablar y sus gestos: cuando la vio juntar remilgadamente los pies y las manos y mirar a Mia con aire desvalido, como si fuera su hija, pensó que parecía una adolescente. Sin embargo, no se daba cuenta de que su madre tenía una madurez, una sabiduría y un aplomo fuera de lo común para su edad, y tardaría bastante en descubrirlo.

–Le digo quién soy –contó Bebe–. Le digo: «¿Es Linda McCullough?». Y ella me contesta que sí. «Me llamo Bebe Chow y soy la madre de May Ling.» Entonces me cuelga el teléfono. –Mia movió disgustada la cabeza–. La vuelvo a llamar, lo coge y me cuelga. Llamo otra vez, pero está comunicando. –Se limpió la nariz con el pañuelo e hizo una pelota con él–. Así que me voy para allá. Cojo dos autobuses, le pregunto al conductor dónde me tengo que bajar, y luego camino un kilómetro y medio hasta su casa. Esas casas enormes... allí todo el mundo conduce, nadie va a trabajar en autobús. Toco el timbre y nadie me abre, pero ella me está espiando detrás de una cortina en el piso de arriba. Llamo una vez y otra, y le grito: «Señora McCullough, soy yo, Bebe. Solo quiero hablar con usted». Entonces ella corre la cortina, pero sigue allí, está esperando a que me vaya. ¿Cómo me voy a ir si mi niña está en la casa? Así que me siento en las escaleras y espero. Antes o después tendrá que salir a hablar conmigo. –Miró a Mia–. Yo solo quiero volver a ver mi bebé. Creo que si hablo con los McCullough me entenderán. Pero ella no quiere salir. Espero sentada una hora, y luego llega un Lexus con un coche de policía detrás. El marido se baja del coche y me dice: «Le ruego que se marche de mi casa». Va con dos agentes. Como guardaespaldas. Se lo trato de explicar: solo quiero ver a mi hija, les digo, pero me dicen que no tengo derecho a estar allí. Entonces uno de ellos me coge del brazo y me empuja hasta el bordillo. Me dicen que me vaya, que si no me llevarán a comisaría y me acusarán de violación de la propiedad.

–¡Oh, Bebe! –dijo Mia, y Pearl no supo si estaba disgustada u orgullosa de ella.

–Me vengo para acá. ¿Qué otra cosa voy a hacer? Tres cuartos de hora andando. ¿Quién me puede ayudar salvo tú? –Miró a las dos con furia, como si temiera que la fuesen a contradecir–. *Soy su madre.*

–Ellos lo saben –dijo Mia–. Lo saben muy bien. Si no no te habrían echado de esa manera. –Le alargó la tetera a Bebe (el té ya estaba templado)–. ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. ¿Qué puedo hacer? Si vuelvo a su casa llamarán a la policía y me detendrán.

—Te podrías buscar un abogado —sugirió Pearl, y Bebe la observó con aire lastimero.

—¿Cómo voy a pagarlo? —respondió. Se miró la ropa, y de pronto cayó Pearl en la cuenta de que ese era su uniforme de trabajo: Bebe no se había molestado en cambiarse cuando se marchó del restaurante—. Tengo seiscientos once dólares en el banco. ¿Crees que hay algún abogado dispuesto a trabajar por tan poco dinero?

—De acuerdo —dijo Mia, y acto seguido apartó los restos de la cena de Pearl, que estaban manchados con una fina capa de grasa. Había estado pensando todo el rato en lo que haría si estuviese en su lugar. De hecho, llevaba preguntándose desde que Lexie le mencionara al bebé—. Escúchame. ¿Quieres dar la batalla? Te explicaré lo que tienes que hacer.

Si Pearl o alguno de los hermanos Richardson hubiese prestado atención a los anuncios que se emitieron en el programa de Jerry Springer el martes por la tarde, quizá habrían visto el avance del informativo nocturno del Canal 3, en el que salió una imagen de la casa de los McCullough. En ese caso, posiblemente habrían avisado a la señora Richardson, que estaba en el periódico escribiendo un artículo sobre una propuesta de tasa escolar, y no volvería a casa a tiempo para ver las noticias... ni para avisar a la señora McCullough.

Sin embargo, cuando Jerry Springer dio paso a la publicidad, Lexie y Trip estaban discutiendo acaloradamente cuál de los dos invitados tenía el mejor peinado, si la *drag queen* o su exmujer, que tan dolida estaba con él: ninguno de los hermanos escuchó los anuncios, y Pearl y Moody, que seguían perplejos el debate, ni siquiera miraron a la pantalla. Lexie había interrumpido a Trip en medio de su alegato a favor de la *drag queen*. Izzy, por su parte, estaba en casa de Mia, en el cuarto oscuro, observando cómo la madre de Pearl sacaba una nueva copia del revelador y la ponía a secar. Por tanto, nadie vio el avance informativo ni las noticias de la noche. La señora McCullough no solía verlas, así que, cuando llamaron al timbre el miércoles por la mañana y fue a abrir con el bebé en brazos, creyendo que traían un paquete de su hermana, le sorprendió mucho encontrarse a Barbra Pierce (la periodista de investigación del Canal 9 que

llevaba el pelo abombado) en la puerta, con un micrófono en la mano.

–¡Señora McCullough! –exclamó la reportera como si se se hubieran tropezado en una fiesta y el encuentro fuera una agradable sorpresa. Tenía detrás a un cámara corpulento con parka, pero la señora McCullough no se fijó más que en la lente del aparato y la luz roja que parpadeaba como un ojo brillante. Mirabelle se echó a llorar–. Tenemos entendido que está en vías de adoptar a una niña. ¿Sabe usted que la madre reclama la custodia?

La señora McCullough le dio con la puerta en las narices, pero el equipo de noticias ya tenía lo que quería: apenas dos segundos y medio de vídeo, pero era suficiente. El informativo mostraría a una mujer blanca delgada en la puerta de una de esas espléndidas casas de ladrillo que había en Shaker, y la gente la vería sorprendida y asustada, y agarrando bien al bebé oriental que berreaba en sus brazos.

La señora McCullough miró el reloj con un vago presentimiento de desastre. Su marido estaba de camino al trabajo, en el centro de la ciudad, y tardaría por lo menos treinta y cinco minutos en llegar.

Llamó a varias amigas, pero ninguna había visto la noticia la noche anterior, así que se limitaron a darle ánimos: «No te preocupes –le dijeron todas–. No va a pasar nada. Barbra Pierce, que anda buscando el escándalo como de costumbre».

El señor McCullough llegó al edificio y subió en ascensor al séptimo piso, donde estaba la oficina de Rayburn Financial Services. Entró en su despacho, y, cuando acababa de sacarse el brazo del abrigo, Ted Rayburn apareció en la puerta.

–Escucha, Dave –dijo–. ¿Viste anoche las noticias del Canal 3? Tengo algo que comunicarte.

Cerró la puerta, y el señor McCullough se puso a escucharle con el abrigo apretado contra el pecho, como si fuese una toalla. Su compañero le contó lo que había visto la noche anterior en el mismo tono –mesurado, pero con una leve nota de preocupación– en que solía dirigirse a los clientes. El informativo había ofrecido imágenes del exterior de la casa de los McCullough, bañada en la luz difusa del atardecer. Sin embargo, Ted Rayburn la había reconocido enseguida por los años que llevaba acudiendo a las fiestas, los *brunches* y las barbacoas veraniegas organizadas por el matrimonio. «Adoptar significa ofrecer

un nuevo hogar a un niño que no tiene familia –había explicado el locutor en la introducción–. Pero ¿qué ocurre si el niño ya la tiene?» Luego habían entrevistado a la madre (Bee... algo: Ted, en su estupor, no había captado el nombre completo), que había suplicado que le devolviesen a la niña. «Cometí un error –había dicho, pronunciando con esmero cada sílaba–. Ahora tengo un buen trabajo y llevo una vida normal. Quiero recuperar a mi bebé. Los McCullough no tienen derecho a adoptarla. Un hijo tiene que estar con su madre.»

Ted Rayburn estaba a punto de terminar cuando sonó el teléfono. El señor McCullough, al ver el número, supo que era su mujer y por qué llamaba, y también lo que tendría que explicarle. Levantó el auricular.

–Voy para casa –le dijo, y nada más colgar cogió las llaves del coche.

Mia no tenía televisión, así que tampoco había visto el informativo. Sin embargo, el martes por la tarde, justo antes de que se emitiera, Bebe pasó por su casa para contarle cómo había ido la entrevista.

–La noticia les parece interesante –dijo. Llevaba pantalones negros y una camisa blanca con una mancha de soja descolorida en un puño: Mia dedujo que se iba a trabajar–. Hablamos casi una hora. Tienen un montón de preguntas. – En ese momento oyeron pisadas en la escalera. Era Izzy, que acababa de volver del colegio. Bebe y ella no se conocían, y las dos se quedaron calladas–. Será mejor que me vaya –dijo Bebe al cabo de un instante–. El autobús pasa a las tres y veinticuatro. –Antes de salir se arrimó a Mia y le susurró–: Dicen que la gente se va a poner de mi parte.

–¿Quién era? –preguntó Izzy cuando se hubo marchado.

–Nada, una amiga del trabajo.

Los realizadores del Canal 3 tenían olfato para las noticias. En las horas que siguieron a la emisión del informativo, la cadena recibió infinidad de llamadas de gente interesada en el caso de la niña... las suficientes para seguir cubriéndolo y para convencer al siempre competitivo Canal 9 de que había que enviar a Barbra Pierce a casa de los McCullough a primera hora de la mañana.

–Barbra Pierce –le dijo Linda McCullough a Elena Richardson el miércoles por la tarde–. Barbra Pierce se presenta en mi casa con sus tacones de aguja y su

peinado a lo Dolly Parton y me pone la cámara en la cara.

Las dos acababan de ver la crónica de la reportera y estaban acurrucadas en sus respectivos sofás con el teléfono inalámbrico en la oreja. Era extraño, pero la señora Richardson sintió de pronto como si tuvieran catorce años otra vez, como si hubieran vuelto a la época en que veían la serie *Green Acres* al mismo tiempo, y con el teléfono Princess descolgado en el regazo para que pudieran reírse juntas.

–Eso es lo que hace Barbra Pierce –respondió la señora Richardson–. Doña Primicia, con su traje de chaqueta. Le gusta ir por ahí intimidando a la gente con el cámara.

–El abogado dice que tenemos sólidos argumentos jurídicos –le contó la señora McCullough–, que al abandonar al bebé renunció a la custodia, y que el Estado nos la otorgó a nosotros, así que con quien tiene un conflicto es con el Estado, y no con nosotros. Dice también que hemos recorrido el ochenta por ciento del camino y que, dentro de un mes o dos, Mirabelle ya será nuestra para siempre, y esa mujer no podrá alegar nada.

Llevaban demasiado tiempo intentando tener un niño. De hecho, nada más casarse se había quedado embarazada: un bebé de luna de miel, lo habían llamado. Pero unas semanas más tarde empezó a sangrar, y aun antes de ir al médico supo que había perdido al niño. «Es muy común –le dijo el doctor para tranquilizarla–. La mitad de los embarazos se interrumpen espontáneamente en las primeras semanas. La mayoría de las mujeres ni siquiera saben que están embarazadas.» No era el caso de la señora McCullough, que al cabo de tres meses tendría otro aborto, y cuatro meses más tarde otro, y, cinco meses después de este, uno más: con cada desgracia llegaba la dolorosa conciencia de que una llama de vida había ardido en su interior y luego se había apagado, no sabía bien por qué.

Los médicos le dijeron que tuviese paciencia y prescribieron vitaminas y suplementos de hierro. Se volvió a quedar embarazada, pero esta vez transcurrieron casi diez semanas hasta que empezó a sangrar. Por las noches lloraba, y su marido también, mientras ella dormía. En tres años lo habían intentado cinco veces. «Espere seis meses –le aconsejaba el ginecólogo– deje que su cuerpo se recupere.» Pasado ese tiempo lo volvían a intentar: al cabo de dos meses estaba embarazada; al cabo de tres, ya no. Nunca le contaba nada a nadie,

creyendo que, si lo guardaba celosamente en su interior, el secreto subsistiría y crecería. Pero las cosas siguieron igual. Elena Richardson, que se había casado unos meses después que ella, ya tenía una niña y un niño y estaba esperando el tercer hijo. La llamaba cada dos por tres y, si su vieja amiga le hubiese revelado lo que le ocurría, la habría abrazado enseguida y la habría dejado llorar (como habían hecho a menudo la una con la otra cuando crecían, por las cosas importantes y también por las triviales). Sin embargo, la señora McCullough se sentía incapaz de confiarse a ella. Nunca le anunciaba sus embarazos, así que ¿cómo iba a decirle que había abortado? No habría sabido ni cómo empezar. *He perdido otro niño. Ha vuelto a pasar.* Cada vez que comían juntas, se quedaba mirando el vientre abultado de Elena. No podía evitarlo. Se sentía como una perversa, pero era difícil reprimir el impulso de tocarle la tripa, acariciársela y hasta besársela, como si fuese una reliquia. Lexie y Trip, mientras tanto, estaban al fondo, caminando a trompicones y balbuceando. Con el tiempo, sin embargo, le fue costando cada vez menos olvidarse de la buena suerte de su amiga. Por su parte, la señora Richardson notó que Linda ya no la llamaba apenas, y cuando lo hacía ella saltaba a menudo el contestador, y se oía la voz de la señora McCullough diciendo jovial: «¡Deja un mensaje para Linda y David, y te devolveremos la llamada!». Pero nunca se la devolvían.

Un año después de que naciera Izzy, la señora McCullough se quedó embarazada otra vez. Para entonces ya estaba cansada de todo el proceso: calcular el ciclo, esperar, llamar al médico. Hasta el sexo (que programaban para los días fértiles) se le empezaba a hacer pesado. Quién lo habría dicho, pensaba, recordando la época del instituto, cuando David y ella se manoseaban furiosos en el asiento de atrás del coche de él. El médico le ordenó reposo absoluto: no podía caminar ni estar de pie más de cuarenta minutos al día, incluidos los viajes al cuarto de baño, y estaba prohibido hacer el menor esfuerzo físico. Un día, cuando ya habían pasado casi cinco meses, se despertó a las dos de la mañana con una terrible sensación de quietud en el vientre, como el silencio que sigue al ruido de una campana. En el hospital, mientras yacía aturdida por los medicamentos, los médicos le sacaron el bebé del útero. «¿Quiere verla?», le preguntó después uno de ellos, y la enfermera, que tenía al bebé en las manos, envuelto en una sábana blanca, se lo alargó enseguida. A la madre le asombró lo

pequeña que era la niña, y el color rosado y la suavidad de su piel. Parecía de porcelana. Y estaba muy quieta. La señora McCullough asintió débilmente con la cabeza, cerró de nuevo los ojos y abrió las piernas para que los médicos le hicieran la sutura.

Desde entonces empezó a ir a la tienda por el camino más largo para no pasar junto al parque infantil ni la escuela de primaria ni la parada del autobús escolar. A las mujeres embarazadas les cogió odio. Tenía ganas de abofetearlas, tirarles cosas, agarrarlas por los hombros y morderlas. En el décimo aniversario de bodas, el señor McCullough la llevó a Giovanni's, el restaurante preferido de ella. Cuando llegaron, una mujer con un bombo enorme se acercó caminando como un pato para entrar detrás de ellos. El matrimonio llevaba diez años intentando tener un hijo. La señora McCullough abrió la puerta, pero no quiso sujetársela a la embarazada. Su marido se dio la vuelta para cogerla del brazo, y de pronto no reconoció a esa mujer tan cruel, tan distinta de la mujer dulce con la que se había casado y llevaba diez años viviendo.

Finalmente, después de una última consulta médica, en la que no pararon de oír frases desoladoras (como, «escasa motilidad de los espermatozoides», «útero inhóspito» y «concepción imposible»), decidieron adoptar un niño. El doctor les dijo que era probable que fallase incluso la fecundación in vitro: en su caso, lo mejor era intentar la adopción. Así que se apuntaron en todas las listas de espera que había, y de vez en cuando les llamaban los de la agencia para comunicarles que tenían posibilidades con un niño; pero al final todo se iba al traste por un motivo u otro: la madre había cambiado de idea; el padre o la prima o la abuela había aparecido por sorpresa; la agencia había encontrado otra pareja, más joven, que creían más indicada para el niño. Así pasaron tres años. Por lo visto, todo el mundo quería un bebé, y la demanda superaba ampliamente la oferta.

Aquella mañana de enero, cuando la asistente social llamó diciendo que habían encontrado a una niña, que una de las agencias de adopción le había dado su nombre, y que el bebé era suyo si lo querían, les pareció un milagro, algo irreal. ¡Si lo querían! Para sorpresa de la señora McCullough, todo el dolor y el sentimiento de culpa, además de los siete diminutos fantasmas (de los que no había olvidado uno solo), se encerraron en una caja en cuanto vio a la pequeña Mirabelle: un ser tan real, tan concreto, tan presente. Ahora, al enfrentarse a la

posibilidad de perder también a ese bebé, se dio cuenta de que ni la caja ni su contenido se habían esfumado: simplemente estaban guardados, esperando a que alguien levantara la tapa.

El informativo había dado paso a la publicidad. La señora Richardson oyó al otro lado de la línea el ruido del televisor de los McCullough: la musiquilla del anuncio del parque de atracciones Cedar Point sonó con una fracción de segundo de retraso respecto al suyo. Entonces vio a una anciana tropezarse y caer, y buscar el transmisor que llevaba alrededor del cuello. La voz en off de Barbra Pierce le seguía martilleando la cabeza: *Esta pareja quiere adoptar a la niña. Pero ella luchará para recuperar a su hija.*

—Este asunto se olvidará —le dijo a la señora McCullough—. A la gente dejará de interesarle.

La señora Richardson se equivocaba. Curiosamente, el caso de la niña levantó ampollas en la ciudad. No estaba pasando nada importante: una mujer había tenido septillizos; se había inaugurado en Los Ángeles el Centro Getty; *The New York Times* contaba muy serio que los osos eran los principales responsables de los asaltos a coches en Yosemite. Durante varias semanas, la noticia política más destacada fue que el presidente Clinton le iba a poner nombre a su nuevo perro. La ciudad de Cleveland estaba tan tranquila como aburrida, así que le apetecía mucho un escándalo, preferiblemente local.

El martes por la mañana se presentaron dos equipos de cámara más en casa de los McCullough, y esa noche, los informativos de los canales 5, 9 y 43 se ocuparon del asunto. Salió Bebe Chow enseñando una foto de May Ling con un mes y suplicando que le devolvieran a su bebé. Se mostraron imágenes de la casa de los McCullough con las cortinas corridas y la luz de la puerta apagada, y una foto publicada en las páginas de sociedad de *Shaker Magazine* el año anterior, en la que aparecía la pareja vestida de etiqueta en un acto benéfico a favor de la lucha contra la leucemia. También se vio el Lexus del señor McCullough saliendo del garaje y alejándose de la casa, y a un reportero corriendo al lado del coche y arrojando el micrófono a la ventanilla.

El viernes volvieron las cámaras. La señora McCullough estaba encerrada en casa con Mirabelle, y las secretarias de la consultora en la que trabajaba su marido tenían órdenes de despachar a cualquier periodista que llamase con un

«Sin comentarios». Todas las noches hablaban en las noticias de Mirabelle McCullough (o May Ling Chow, como preferían llamarla algunos), y siempre salían fotos, como la que Bebe le había hecho a May Ling cuando era muy pequeña, y los retratos, más recientes, que los McCullough habían encargado en el estudio fotografico que había en Dillard's, y en los que se veía a Mirabelle con un vestido amarillo de volantes y orejas de conejita de Pascua, y también una con un pelele rosa, posando al lado de un caballo balancín anticuado. La gente se iba dividiendo entre partidarios de Bebe Chow y los McCullough, y, el viernes por la noche, un abogado de la ciudad se ofreció a representar gratis a la primera y pleitear contra el Estado para que obtuviese la custodia.

—David y Linda han llamado esta tarde preguntando si estaría dispuesto a colaborar con su abogado —contó el señor Richardson el sábado en la cena—. Por lo visto no tiene mucha experiencia en los tribunales, y ellos creen que puedo servirle de apoyo.

Lexie se puso a mordisquear la lechuga.

—¿Y lo vas a hacer? —le preguntó.

—Esto que está pasando no es culpa suya. —Partió un trozo de pollo—. Solo quieren lo mejor para el bebé. Y la demanda no es contra ellos. Es contra el Estado. Pero les va a afectar, y a ellos más que a nadie.

—Exceptuando a Mirabelle —dijo Izzy.

La señora Richardson abrió la boca para reconvenir a su hija, pero el señor Richardson, que siempre había tenido más paciencia con Izzy, aplacó a su mujer con una mirada.

—Todo esto es por Mirabelle, Izzy —respondió él—. Lo único que buscamos todos es el bien de la niña. Pero aún no sabemos bien lo que hay que hacer.

*Buscamos, sabemos*, pensó Izzy: su padre ya andaba metido en este asunto. Se acordó de la imagen de Bebe Chow que siempre sacaba el periódico, y en la que se veía a la mujer de ojos tristes con la pequeña foto del bebé, May Ling, en la mano. El retrato tenía una esquina arrugada: Izzy supuso, acertadamente, que lo llevaba guardado en el bolsillo. Había reconocido enseguida a la mujer que había visto en la cocina de Mia, y que se había callado nada más entrar ella y la había mirado como asustada. «Nada, una amiga», había dicho Mia cuando le preguntó quién era. Si la madre de Pearl se fiaba de ella, estaba claro por quién había que

tomar partido.

–Ladrón de bebés –soltó Izzy.

Se hizo un silencio sepulcral, como si un mantel pesado hubiese caído sobre la mesa. Lexie, Trip y Moody, que estaban sentados enfrente de Izzy, se miraron inquietos, y a la vez nada sorprendidos por la salida de tono de su hermana.

–Discúlpate con tu padre, Izzy –dijo la señora Richardson.

–¿Por qué? A la niña prácticamente la están secuestrando. Y todo el mundo les deja. Papá es cómplice.

–Tranquiliémonos –dijo el señor Richardson, pero ya era demasiado tarde: Izzy solía sacar de quicio a su madre y, por lo demás, nunca estaba tranquila.

–Vete a tu cuarto, Izzy.

Izzy se volvió hacia su padre.

–Igual resolverían el asunto pagándole una compensación a la madre. ¿Cuánto puede valer un bebé? ¿Diez mil dólares?

–Isabelle Marie Richardson...

–Si regatean a lo mejor pueden bajar el precio a cinco mil.

Izzy soltó el tenedor, que hizo mucho ruido al golpear el plato, y se fue. Mia tiene que enterarse de esto, pensó mientras subía corriendo a su cuarto. Ella sabrá cómo arreglarlo. Sin embargo, después de levantar el auricular y tocar el teclado, cayó en la cuenta de que no sabía su número de teléfono. En ese momento, la risa de Lexie subió por el hueco de la escalera y atravesó el pasillo: al oírla, Izzy cerró de un portazo.

La señora Richardson se echó hacia atrás en la silla con las manos temblorosas. Estaba pensando en el castigo más indicado para Izzy, que no se le ocurriría, sin embargo, hasta la mañana siguiente, cuando decidió quitarle sus queridas botas Doc Martens y tirarlas a la basura. «Si te vistes como una macarra –le diría al abrir el cubo–, es normal que te comportes como una macarra.» Pero ahora se limitó a apretar los labios, y dejó los cubiertos en el plato de manera que formasen una X perfecta.

–¿Nos lo llamamos? –le preguntó a su marido–. Que vas a representar a los McCullough, quiero decir.

El señor Richardson dijo que no con la cabeza.

–Mañana lo contarán en el periódico –predijo acertadamente.

El domingo, *The Plain Dealer* publicó la noticia en la portada. La señora Richardson vio el titular justo debajo del pliegue: «Vecina de Cleveland lucha por la custodia de su hija». Una buena crónica, pensó mientras sorbía el café y la leía por encima con la perspicacia de una profesional. El periódico resumía el caso de la niña, y luego contaba que William Richardson, del bufete Kleinman, Richardson y Fish, iba a representar a los McCullough. Al final citaba unas declaraciones del abogado de Bebe Chow: «“Estamos convencidos de que el Estado acabará por devolver la custodia de May Ling Chow a su madre biológica”, ha declarado Edward Lim». Que *The Plain Dealer* diese un lugar tan destacado al caso indicaba que, desde ese momento, los periodistas iban a seguirlo más de cerca que nunca.

A la señora Richardson le llamó la atención una frase que aparecía al final de la crónica: «La señora Chow se enteró del paradero de su hija por una mujer que trabaja con ella en el Palacio de la Fortuna, un restaurante chino en Lee Road». El periódico se cuidaba mucho de dar el nombre de la compañera de trabajo, pero la señora Richardson cayó en la cuenta de quién era, y se sobresaltó. No, no podía ser una casualidad. La inquilina, esa mujer tan discreta y servicial: era ella quien había organizado ese embrollo, quien había decidido trastornar por completo la vida a los pobres McCullough.

La señora Richardson dobló el periódico con esmero y lo dejó en la mesa. Pensó de nuevo en lo fría que se había mostrado Mia cuando se ofreció a comprarle una foto, y en cómo se resistía a hablar de su pasado. Pensó, sí, en lo distante y reservada que seguía siendo, pese a trabajar varias horas al día en esa misma cocina. A esa mujer le pagaba el sueldo y rebajaba el alquiler, y su hija pasaba mucho tiempo en su casa. También se acordó de la foto del museo, que ahora cobraba un aire sospechoso y clandestino. Qué desfachatez por parte de Mia inmiscuirse en los asuntos ajenos: ella, que nunca quería contar nada de su vida. Pero esa conducta no era extraña en una mujer que no respetaba las reglas, que hasta sentía un placer perverso saltándoselas. Le parecía una injusticia atroz que alguien así le hiciese sufrir tanto a su querida amiga Linda.

El lunes, cuando los chicos ya se habían ido al colegio, la señora Richardson se entretuvo en casa, esperando a que llegase Mia para limpiar. No tenía claro lo que iba a hacer, pero en todo caso sentía la necesidad de verla, de mirarle a los

ojos.

–Oh, no esperaba encontrarte en casa –dijo Mia al entrar por la puerta de servicio–. ¿Quieres que vuelva más tarde?

La señora Richardson ladeó la cabeza y se puso a observar a la inquilina. El moño descuidado, como siempre. Los vaqueros y la camisa blanca por fuera. La mancha de pintura en la muñeca. Mia tenía una mano apoyada en el umbral de la puerta y sonreía tímidamente, esperando su respuesta. Un rostro dulce. Un rostro joven, pero no inocente. La señora Richardson se dio cuenta de que a Mia le traía sin cuidado lo que pensarán de ella, y esta indiferencia la hacía peligrosa. Pensó de pronto en la foto que había visto en su casa el primer día: la mujer convertida en arácnido, la maraña de brazos que se movían sigilosos. ¿Qué clase de persona era capaz de transformar una mujer en araña? ¿Qué clase de persona veía una mujer y pensaba en una araña?

–No te preocupes, ya me voy –dijo, y cogió el bolso de la encimera.

Más tarde, la señora Richardson no le reconocería a nadie, ni siquiera a sí misma, que las dos cosas estaban relacionadas, que si había escarbado en el pasado de Mia era como justo castigo por los problemas que había causado. Lo había hecho por Linda, diría una y otra vez: su amiga más antigua y querida había buscado el bien de la niña, y ahora estaba hecha polvo por culpa de Mia. No se lo merecía. Ella, Elena, no iba a tolerar que esa mujer destruyera la felicidad de su mejor amiga.

A la señora Richardson, que seguía sin soltar el periódico, le pareció que sus pensamientos no guardaban conexión con la noticia de la portada. Haría unas cuantas llamadas para ver si averiguaba algo.

## Once

LA SEÑORA RICHARDSON EMPEZÓ POR INDAGAR en la vida de Pauline Hawthorne. Al parecer, la fotógrafa había nacido en un pueblo de Maine, se había marchado a Manhattan con dieciocho años, y a mediados de la década de 1970, después de vivir un tiempo en Greenwich Village, había irrumpido en el mundo del arte. Todos los libros que consultó la ponían por las nubes, describiéndola como un genio autodidacta, la pionera de la fotografía feminista, una mujer generosa e incombustible.

Había oído hablar de ella, naturalmente. En la universidad había hecho unos cuantos cursos optativos de arte, y, por entonces, Pauline Hawthorne estaba muy de moda: los estudiantes de fotografía, aquellos chicos que iban por el campus con la cámara colgada del cuello como una insignia, discutían mucho sobre su obra y la imitaban. Ahora, examinando las fotografías, recordaba haberlas visto en aquella época. Una mujer que se miraba en el espejo de un salón de belleza y tenía la mitad del pelo recogido con rulos y la otra enredada en un remolino. Una mujer que se miraba en el retrovisor de un Chrysler y se retocaba el maquillaje, con un cigarrillo colgado de los labios. Una mujer con una bata de color esmeralda y zapatos de tacón, y que pasaba el aspirador por la alfombra amarilla dorada de su casa: los colores estaban tan saturados que parecían sangrar. Las fotos eran tan llamativas que aún ahora, muchos años después, se acordaba del día en que las había visto por primera vez: el aula estaba a oscuras, y de pronto aparecieron las imágenes proyectadas en la pantalla. La joven Elena Richardson contuvo la respiración unos instantes, mientras se sumergía en aquel fascinante mundo en technicolor.

De su vida personal no averiguó gran cosa. En un libro se contaba de pasada que había tenido un piso en el Upper West Side. Sin embargo, encontró un dato

interesante: Pauline Hawthorne había dado clase en la New York School of Fine Arts, y no porque necesitara dinero, al parecer. A los pocos años de empezar su carrera, sus obras ya se vendían por decenas de miles de dólares, sumas considerables para un fotógrafo en aquella época, sobre todo si era mujer. Después de su muerte, en 1982, los precios se dispararon, y el MoMA llegó a pagar casi dos millones por una fotografía que incorporó a su colección permanente.

Guiada por una intuición, la señora Richardson buscó el número de teléfono del secretario de admisiones de la New York School of Fine Arts. Cuando supo quién era y a qué se dedicaba, el tipo estuvo muy atento con ella. Le contó que Pauline Hawthorne había dado clases de fotografía avanzada muchos años, hasta su muerte. No, no figuraba ninguna Mia Warren en las listas de alumnos de los últimos cursos impartidos por la profesora Hawthorne, pero al del otoño de 1980 había asistido una Mia Wright. ¿No sería ella la persona que andaba buscando?

Ese trimestre, Mia Wright se había matriculado en la escuela por primera vez. Sin embargo, en la primavera de 1981 había pedido permiso para ausentarse el curso siguiente, y se lo habían dado. Luego no había vuelto a matricularse. La señora Richardson hizo un cálculo rápido: suponiendo que Mia Wright fuera la Mia que conocía, esa primavera aún no estaba embarazada de Pearl. Entonces ¿por qué había pedido permiso para interrumpir los estudios?

Como era de esperar, el secretario se resistía a dar las señas de ningún estudiante, aunque ya hubiesen pasado quince años. Pero la señora Richardson le acabó sonsacando que en la ficha de Mia Wright constaba una dirección de Nueva York, y que no figuraban los padres.

Así que tendría que seguir el otro camino. Felizmente, no tardó en presentársele una oportunidad. Fue el día que llegó una carta largamente esperada. Desde el Día de Acción de Gracias, Lexie tenía la costumbre de mirar el correo nada más volver a casa, y por fin, a mediados de diciembre, encontró en el buzón un sobre grande con el escudo de Yale en una esquina. Su madre llamó por teléfono a todos los familiares para darles la buena nueva, y su padre se presentó con una tarta. Antes de acostarse, mientras se lavaba la cara, se le ocurrió una idea a la señora Richardson.

Al día siguiente entró por la tarde en el solárium buscando a Lexie. Normalmente dejaba a los chicos solos, porque entendía que los adolescentes tienen que tener cierta privacidad; pero esta vez quería ver a sus dos hijas y a Pearl. Trip se había ido a entrenar con el equipo de hockey. Lexie, Pearl y Moody estaban repanchigados en el sofá, medio hundidos entre los cojines, e Izzy, echada boca abajo en el sillón, con la barbilla apoyada en uno de los reposabrazos y las pantorrillas levantadas sobre el otro.

–Lexie. Escucha, cariño –dijo la señora Richardson–. Estaba pensando que deberíamos hacer algo especial para celebrarlo. A una no la admiten todos los días en Yale. –Se sentó con cuidado en el brazo del sofá, al lado de Pearl–. ¿Por qué no salimos las chicas a tomar un buen *brunch* y nos divertimos un poco? Solo las chicas. ¿Qué te parece? –Entonces se volvió hacia Pearl–. Pearl, ¿por qué no te vienes tú también? –preguntó, como si se le acabara de ocurrir–. A Lexie la ayudaste con la redacción. Seguro que te apetece una buena comida.

–¿Y yo qué? –dijo Moody–. ¿Me tengo que quedar en casa comiendo cereales?

–Ha dicho que solo chicas –replicó Lexie, riéndose. Moody frunció el ceño–. ¿Quieres divertirte como una chica más?

–Mira, Moody –dijo la señora Richardson–. Tiene razón Lexie. Se trata de celebrar su éxito. Las chicas nos pondremos elegantes y saldremos a pasar la mañana juntas.

–¿Y yo? –preguntó Izzy, incorporándose de pronto–. ¿Estoy invitada?

La señora Richardson no había pensado en ella. Pero Lexie ya estaba muy animada, hablando del sitio al que le apetecía ir, así que era demasiado tarde para decirle que no a la hermana pequeña.

Cuando llegaron al restaurante, las cuatro se sentaron en una esquina: Pearl, al lado de Lexie, y, al otro lado de la mesa de madera, la señora Richardson y la malhumorada Izzy. Lexie había escogido el 100th Bombers Club,<sup>12</sup> que estaba cerca del aeropuerto, y donde la familia solía comer en ocasiones muy especiales. La última vez había sido para celebrar el cuarenta y cinco cumpleaños del señor Richardson.

Ese día había gran ajetreo de clientes. El restaurante tenía un bufé abrumador que atravesaba la sala, con una mesa de trinchado de carne donde un tipo corpulento con un delantal blanco immaculado cortaba tajadas de rosbif de una

enorme pata trasera, y otra mesa en la que varios chefs echaban chorros dorados y espumosos de huevos en sartenes pequeñas y hacían tortillas mullidas con el relleno que uno quisiera. A Pearl nunca se le había ocurrido que pudieran meterse setas, espárragos y trozos de langosta en una tortilla.

Las paredes estaban llenas de recuerdos de la 100.<sup>a</sup> División de Bombarderos: mapas de las grandes batallas contra los nazis, medallas, placas de identificación, cartas a las novias que esperaban en casa, fotos de los aviones y de los soldados, que estaban muy guapos con sus uniformes y sus sombreros. Se veía a alguno que otro con bigote.

–Fíjate en este –dijo Lexie, dando golpecitos en la foto que Pearl tenía justo detrás de la oreja–. Capitán John C. Sinclair. ¿No te encantaría conocerlo?

–¿No te das cuenta de que, si está vivo, tendrá noventa y cuatro años o así? –replicó Izzy–. Seguramente irá con andador.

–Quiero decir que si no te habría gustado conocerlo de haber vivido en aquella época. Qué manera de rizar el rizo, Izzy.

–Seguramente bombardeó ciudades y mató a muchas personas inocentes. Puede que todos estos tíos se dedicaran a eso –añadió, haciendo un gesto con la mano que abarcaba todas las fotos que había alrededor.

–Izzy, dejemos la clase de historia para otra ocasión –le cortó la señora Richardson–. Hemos venido a celebrar el éxito de Lexie. –Sonrió, radiante, a su hija mayor y, de paso, a Pearl, que estaba al lado–. Brindo por Lexie –dijo, levantando el Bloody Mary, y Lexie y Pearl hicieron lo mismo con los vasos de zumo de naranja, que relucían al sol.

–Brindo por Lexie –repitió Izzy–. Seguro que lo único que has querido en la vida es ir a Yale.

Cogió el vaso de agua y bebió un trago largo, como si deseara algo más fuerte. En la mesa de al lado, un bebé golpeó el mantel con sus manos regordetas, y los cubiertos saltaron con estrépito.

–Dios mío –dijo Lexie con arrobo. Se inclinó a través del pasillo para arrimarse al bebé–. Qué mona eres. Eres el bebé más mono del mundo.

Izzy puso los ojos en blanco y se levantó.

–Vigiladla –les dijo a los padres de la niña–. Os la pueden robar en cualquier momento –añadió, y antes de que nadie pudiera contestar atravesó la sala en

dirección al bufé.

–Les ruego que disculpen a mi hija –terció la señora Richardson–. Está en una edad difícil. –Sonrió al bebé, que estaba tratando de meterse la cuchara en la boca–. Lexie, Pearl, ¿por qué no vais vosotras también y os servís algo? Yo espero aquí.

Cuando las chicas volvieron con los platos llenos, la señora Richardson emprendió la delicada tarea de llevar la conversación a donde pretendía. Pero fue más fácil de lo que pensaba. Empezó con un tema socorrido: el tiempo. Esperaba, dijo, que Lexie no pasase mucho frío en New Haven: iban a tener que encargar un abrigo más grueso en L. L. Bean, y también un edredón nórdico. Entonces se volvió hacia Pearl.

–¿Y tú, Pearl? ¿Has estado alguna vez en New Haven?

Pearl se tragó un trozo de tortilla, y luego dijo que no con la cabeza.

–No, nunca. A mi madre no le gusta mucho la costa Este.

–¿De verdad? –dijo la señora Richardson, y acto seguido partió un huevo con la punta del cuchillo: la yema se esparció por el plato formando un charco dorado–. Qué lastima que no hayas estado. ¡Hay tantas cosas que ver! Es una zona muy rica culturalmente. Hace años estuvimos allí, ¿os acordáis, chicas? Boston, el Freedom Trail, y la casa de Paul Revere. Y luego está Nueva York, claro. Cantidad de sitios que visitar. –Le sonrió a Pearl con aire benévolo–. Ojalá lo conozcas algún día. Estoy convencida de que para una persona joven no hay nada tan enriquecedor como viajar.

Pearl se picó, como esperaba la señora Richardson.

–Oh, ¡pero si hemos viajado mucho! Hemos estado en un montón de sitios. Illinois, Nevada, Kansas, Nebraska... –Hizo una pausa, intentando recordar otro más atractivo–. Hasta en California. Varias veces.

–¡Qué maravilla! –La señora Richardson cogió la garrafa de zumo y le volvió a llenar el vaso a Pearl–. Habéis estado en todas partes. ¿Y te gusta viajar tanto?

–No está mal. –Pinchó el huevo con el tenedor–. Nos mudamos cada vez que mi madre termina un proyecto. Cambiando de aires se le ocurren nuevas ideas.

–Te estás convirtiendo en una ciudadana del mundo –dijo la señora Richardson, y Pearl se sonrojó a su pesar–. Seguramente conoces este país mejor que ninguna otra adolescente. Lexie e Izzy no conocen más que unos cuantos

estados, y eso que hemos viajado bastante. –Luego, sin dar, aparentemente, demasiada importancia al asunto, preguntó–: ¿Dónde habéis vivido más tiempo? Me imagino que donde naciste, ¿no?

–Bueno... –Se tragó el huevo–. Yo nací en San Francisco, pero nos marchamos cuando todavía era un bebé. Así que no me acuerdo de nada. Nunca pasamos mucho tiempo en ningún sitio.

La señora Richardson archivó este dato en la cabeza.

–Tendréis que volver algún día –dijo–. Me parece muy importante conocer tus raíces. Influyen mucho en tu identidad. Yo nací aquí, en Shaker, ¿lo sabías?

–A Pearl no le interesa toda esa historia, mamá –le cortó Izzy–. Ni a Pearl ni a nadie.

La señora Richardson no le hizo caso.

–Mis abuelos fueron de las primeras personas en establecerse aquí. Esta zona se consideraba rural, ¿te lo puedes creer? Había cuerdas y cocheras y la gente salía a pasear a caballo los fines de semana. –Se volvió hacia Lexie e Izzy–. Vosotras no os acordaréis de mis abuelos. Me parece que Lexie todavía era un bebé cuando murieron. El caso es que vinieron aquí y se quedaron. Creían firmemente en la filosofía de Shaker, en los valores de los primeros Shakers.

–Eran célibes y comunistas, ¿no? –preguntó Izzy, y se puso a sorber el zumo de naranja.

Su madre la fulminó con la mirada.

–El afán de proyectarlo todo minuciosamente, la fe en la igualdad y la diversidad. Tratar a todos los demás como a iguales. Esos valores se los transmitieron a mi madre, y luego ella a mí. –Se dirigió otra vez a Pearl–: ¿Dónde creció tu madre?

Pearl se puso nerviosa.

–No estoy segura. En California, me parece. –Empezó a jugar con el cubierto y la tortilla, que se había puesto gomosa–. No habla mucho de eso. Creo que ya no le queda ningún pariente.

A su madre no se había atrevido a hacerle más que preguntas indirectas sobre sus orígenes, y Mia siempre las había esquivado con facilidad. «Somos nómadas –le explicaba a Pearl–. Como los gitanos de antes. Nunca estamos en ningún sitio más de una vez.» «Descendemos de gente de circo –le había dicho una vez–.

La vida errante la llevamos en la sangre.»

–Deberías hacer pesquisas –dijo Lexie–. Podríamos preguntarle a tu madre y luego consultar uno de esos libros de genealogía. El señor Mitchell nos ha hablado de ellos en clase de historia. Hay un montón de información disponible: listas de pasajeros y cosas así. En Ellis Island, creo que dijo. Puedes averiguar en qué barco llegaron tus antepasados. ¿Crees que ella sabrá en qué año fue?

La señora Richardson intuyó que la conversación estaba entrando en un terreno peligroso.

–Eres una periodista en potencia, Lexie –le dijo con cierta aspereza–. Quizá deberías pensar en hacer periodismo cuando vayas a Yale.

Lexie lanzó un bufido.

–Nunca seré reportera. No pienso pasarme la vida en una de esas salas de redacción tan aburridas, muerta de calor, escribiendo artículos sobre el comité municipal para la poda de árboles.

–Lexie quiere ser la próxima Julia Roberts –le interrumpió Izzy antes de que su madre pudiera decir nada–. Hoy, Miss Adelaide;<sup>13</sup> mañana, la Novia de América.

–Cállate –dijo su hermana–. Julia Roberts seguramente empezó haciendo teatro en el instituto.

–A mí me gustaría –dijo Pearl de pronto.

Las tres se la quedaron mirando.

–¿Qué te gustaría? –preguntó Lexie.

–Ser reportera. Periodista, quiero decir. Te puedes enterar de todo. Hablas de lo que le pasa a la gente; averiguas la verdad y la cuentas. –Hablabas con la franqueza de la que solo es capaz una adolescente–. Cambias el mundo con palabras. Es maravilloso. –Miró a la señora Richardson, que por primera vez se fijó en lo grandes y francos que eran sus ojos–. A eso te dedicas tú. Me encantaría hacer lo mismo.

–¿Lo dices en serio? –respondió. Sus palabras la habían conmovido de veras, hasta tal punto que olvidó momentáneamente la razón por la que estaba con las chicas en el restaurante–. Me parece estupendo. Deberías escribir para *The Shakerite*: colaborar en el periódico del colegio es una buena manera de aprender los rudimentos del oficio. Luego, cuando estés preparada, te puedo ayudar a

encontrar unas prácticas. –En ese instante recordó de pronto el motivo por el que había invitado a Pearl, e hizo una pausa–. En fin, piénsatelo –concluyó, y acto seguido agitó enérgicamente su bebida con el tallo de apio–. Izzy, ¿no vas a comer nada más? ¿Solo tostada con mermelada? Eso te lo puedes tomar en casa.

La señora Richardson tuvo que hacer varias llamadas para conseguir el número de teléfono del registro civil de San Francisco, pero a partir de ahí todo fue como la seda. Al cabo de diez minutos, y sin hacerle ninguna pregunta, la funcionaria le mandó por fax el formulario de solicitud para obtener una partida de nacimiento. La señora Richardson marcó la casilla de «copia informativa» y puso el nombre y la fecha de nacimiento de Pearl, así como el nombre de la madre. También pedían el del padre: ese espacio lo dejó en blanco, evidentemente, pero la funcionaria le aseguró que aun así encontrarían el documento correspondiente, porque los archivos eran accesibles para todo el mundo. «Tardaremos entre dos y cuatro semanas... en el caso de tenerlo se lo enviaremos», le prometió. Finalmente, la señora Richardson escribió sus señas y mandó el sobre con un cheque adjunto de dieciocho dólares.

Cinco semanas más tarde, cuando encontró la partida de nacimiento en el buzón, se llevó un pequeño chasco. Debajo de «Padre» habían escrito a máquina «NINGUNO». La señora Richardson apretó disgustada los labios. No se le debía permitir a nadie, pensó, ocultar el nombre de su padre o madre. Tendría que ser ilegal. Resistirse a contar los orígenes de uno le parecía vergonzoso. Era como negarse a enseñar el libro de mantenimiento cuando uno vende un coche de segunda mano. ¿Acaso no tenía la gente derecho a saber de dónde viene uno para averiguar si es digno de confianza? ¿Acaso no lo tenía ella –como casera y empleadora– en el caso de Mia?

Por lo menos averiguó su ciudad natal: Bethel Park (Pensilvania), que figuraba en el documento al lado de su nombre, Mia Warren. Cuando llamó al teléfono de información del municipio, le dijeron que había cuarenta y cuatro vecinos con el apellido Warren. Después de pensárselo un poco llamó al registro civil, pero la funcionaria con la que habló no fue tan atenta como la del de San Francisco. No había ninguna Mia Warren, insistió.

–¿Y Mia Wright? –preguntó, guiada por un impulso, la señora Richardson.

Oyó el tecleo al otro lado de la línea, y, al poco rato, la mujer le contestó que sí, que en el registro figuraba una Mia Wright, nacida en Bethel Park en 1962. Ah, y también había un Warren Wright, nacido en 1964. ¿No habría mezclado los dos nombres?

La señora Richardson le dio las gracias y colgó.

Tardó varios días, pero finalmente, gracias a su pericia como reportera, encontró la clave de todo, la información que andaba buscando. El 17 de febrero de 1982, el diario *The Pittsburgh Post* había publicado la siguiente necrológica:

MUERE UN ESTUDIANTE DE SECUNDARIA

El funeral se celebrará el viernes

Las exequias de Warren Wright, de diecisiete años, se celebrarán el viernes 19 de enero a las once de la mañana en la funeraria Walter E. Griffith, en el número 5.636 de Brownsville Road. Al joven le sobreviven sus padres, George Wright y señora, vecinos de Bethel Park desde hace muchos años, así como una hermana mayor, Mia Wright, que terminó la secundaria en 1980 en un colegio de la ciudad. En vez de enviar ofrendas florales, la familia invita a quienes lo deseen a hacer un donativo al equipo de fútbol de Bethel Park High, al que Warren se honraba de pertenecer.

No puede ser una casualidad, pensó. Mia Wright. Warren Wright. Mia Warren. Llamó otra vez al teléfono de información de Bethel Park, y nada más colgar miró los datos que había apuntado en un papelito. George y Regina Wright, North Ridge Road, 175. Un código postal. Un número de teléfono.

Qué fácil es averiguar cosas sobre la gente, se dijo con cierto desdén. Toda la información estaba ahí; no había más que indagar un poco. Te ponías a rastrear cualquier dato, y lo acababas encontrando.

Cuando la señora Richardson dio con los padres de Mia, los medios de comunicación continuaban ocupándose del caso de la niña. De hecho, ahora le dedicaban más atención. Hacía un mes que el país seguía con interés morboso el escándalo sexual del presidente: no se hablaba más que de puros, del vestido azul con las manchas, y de lo que habría pasado debajo de la mesa del Despacho Oval. Era una historia escabrosa, desde luego, pero también algo cómica. En la ciudad, los comentarios iban desde «No afecta a su manera de gobernar el país»

hasta «Todos los presidentes tienen líos», pasando por un escueto «¿Qué más da?». Pero la gente –en especial los vecinos de Shaker Heights– le daba mucha importancia a la disputa por la custodia de Mirabelle McCullough: les parecía un asunto muy serio, al contrario que el de la becaria.

Casi todas las noches daban alguna noticia sobre el caso, que figuraba en el expediente judicial como «Chow contra el condado de Cuyahoga». Se acababa de fijar fecha para la vista, y ni en Shaker Heights ni en Cleveland había nadie que no tuviese una opinión al respecto. A todo el mundo, para empezar, le llamaba la atención que ocurriera algo así en Shaker, una comunidad que se consideraba a sí misma un ejemplo de cultura cívica para el área metropolitana de Cleveland. Una madre tiene derecho a criar a su hijo, decían algunos. Una madre que lo abandona no se merece una segunda oportunidad, decían otros. Una familia blanca apartaría a un niño chino de su cultura. El cariño de una familia es más importante que la raza de los padres. Los McCullough eran la única familia que había conocido Mirabelle. May Ling tenía derecho a conocer a su madre.

Los partidarios de los McCullough insistían en que el matrimonio había rescatado a Mirabelle, dando una vida mejor a una niña no deseada. Eran héroes que combatían el racismo adoptando un bebé de otra etnia. «Me parece estupendo lo que están haciendo –dijo una mujer cuando un reportero la entrevistó en la calle–. Ese es el futuro, ¿no? En el futuro sabremos superar las diferencias raciales.» «Salta a la vista que es una madre maravillosa –dijo una vecina de los McCullough unos minutos más tarde–. Cuando mira al bebé, se nota que no ve a un bebé chino, sino simplemente a un bebé.»

Ahí está el problema precisamente, insistían los partidarios de Bebe. «Es algo más que un bebé –objetó una señora que pasaba por Asia Plaza, considerada el Chinatown de Cleveland: el Canal 5 había enviado allí a una reportera para conocer el punto de vista de la comunidad asiática–. Es una niña china que va a crecer sin saber nada de su cultura. ¿Cómo va a saber quién es?» La madre de Serena Wong, que casualmente había ido esa mañana a la tienda de comestibles asiática, habló con gran vehemencia, lo que llenó a su hija de orgullo, pero también la ruborizó. «Decir que el bebé es solo un bebé, que no hay un elemento racial en esta historia, es faltar a la verdad –afirmó airada mientras Serena se

movía nerviosa en el borde de la pantalla—. No, no estoy exagerando la importancia de la raza. ¿Cree usted que nos estaríamos peleando tanto si el bebé fuera rubio?»

Después de discutirlo mucho con sus abogados, los McCullough concedieron una entrevista exclusiva al Canal 3. El señor Richardson pensaba que favorecería su imagen, así que la cadena envió a un equipo de cámara y a un realizador, que grabaron a los padres adoptivos en el cuarto de estar de su casa, sentados en el sofá modular, y a la niña jugando delante de la chimenea. Mientras tanto, el señor Richardson lo observaba todo fuera de pantalla.

—Por supuesto que entendemos cómo se siente la señora Chow —dijo la señora McCullough—, pero, en lo que lleva de vida, Mirabelle casi siempre ha estado con nosotros, y ya no recuerda a nadie más. La considero mi hija, y me parece que entró en mi vida por una buena razón.

—Nadie negará que Mirabelle está mejor en un hogar estable, con un padre y una madre —añadió su marido.

—Hay quienes sostienen que Mirabelle va a perder contacto con su cultura de origen —les recordó el realizador—. ¿Qué les diría?

La señora McCullough asintió con la cabeza.

—Somos conscientes de ello, y estamos poniendo mucho empeño en evitarlo. Como ve, vamos llenando las paredes de arte asiático. —Señaló con la mano las pinturas en tinta de montañas que había colgadas al lado de la chimenea y el caballo de cerámica vidriada que reposaba sobre la repisa—. Cuando crezca, estamos decididos a instruirla en su cultura de origen. Ya le encanta el arroz, por supuesto. De hecho fue el primer alimento sólido que probó.

—Por otro lado —dijo el señor McCullough— queremos que crezca como una típica niña estadounidense, que sepa que no es distinta de las demás.

La entrevista terminó con unas imágenes del matrimonio inclinándose sobre la cuna, mientras Mirabelle miraba el móvil y hacía gorgoritos.

El espinoso asunto de la niña dividió hasta a los hermanos Richardson. La madre era firme defensora de los McCullough, por supuesto, y Lexie también:

—¡Fijaos en cómo vive Mirabelle ahora! —exclamó el sábado en la cena—. Una casa enorme donde jugar. Un jardín. Dos habitaciones llenas de juguetes. Su madre no le puede dar nada de eso.

La señora Richardson estaba de acuerdo.

–¡La quieren tanto! Y la llevan criando desde que era una recién nacida. A estas alturas ya no se acordará de su madre. David y Linda son los únicos padres que ha conocido. Sería cruel quitársela, cuando son los padres perfectos. Les haría mucho daño a ellos y a la niña.

En cambio, Moody e Izzy se inclinaban por defender a Bebe.

–Cometió un solo error –insistió el primero–. Pensó que no iba a poder criar a la niña, pero luego las cosas cambiaron. Sería injusto quitársela para siempre.

Izzy fue más concisa:

–La madre es ella. Esos no son sus padres.

Había algo en el caso de Mirabelle que la conmovía profundamente, pero aún no sabía bien lo que era, y tardaría mucho en verbalizarlo.

–Cliff y Clair se pelearon anoche por lo del bebé –le contó Brian a Lexie una tarde. Estaban tumbados en la cama medio desnudos. Él había faltado al entrenamiento de lacrosse, y ella, al de hockey sobre hierba: se trataba de hacer otra clase de ejercicio–. Y Cliff y Clair no se pelean nunca. –La discusión había estallado en la cena, y luego se habían acostado enfurruñados y sin dirigirse la palabra–. Mi padre cree que la niña está mejor con los McCullough y que con Bebe no tiene futuro. Dice que son las madres como ella las que perpetúan el ciclo de la pobreza.

–¿Y tú que piensas? –preguntó Lexie.

Para sorpresa de Brian, su madre había interrumpido el sermón de su padre, cosa que hacía a menudo, pero no con tanta vehemencia. «¿Y qué me dices de todos esos niños negros que se acaban criando con familias blancas? –había objetado–. ¿Crees que así se rompe el ciclo de la pobreza? –Dejó caer una cazuela en el fregadero y abrió el grifo. Se levantó, silbante, una nube de vapor–. Si quieren ayudar a la comunidad negra, ¿por qué no reforman el sistema?» A Brian le parecía totalmente razonable el argumento de su padre: el bebé estaba en un hogar seguro, con unos padres que le cuidaban bien y le adoraban, e iba a tener todas las oportunidades del mundo. Pero por otro lado pensaba en ese cuerpecito oscuro acurrucado en los brazos largos y pálidos de la señora McCullough, y la imagen le incomodaba tanto como a su madre. Le daba rabia que Bebe hubiese puesto a la niña en esa situación.

–Todo esto se habría podido evitar si ella hubiese sido más precavida –dijo con frialdad–. ¡Haberle puesto un condón! No es tan difícil. Si hubiese pagado un dólar en la farmacia no estaría pasando esto.

–No entiendes nada, Bry –dijo Lexie, y acto seguido cogió los vaqueros del suelo.

Con la ayuda de Ed Lim, Bebe había presentado una instancia solicitando ver a su hija, y el juez la había autorizado a visitar a la niña dos horas por semana. Los McCullough conservaban la custodia de momento.

Ninguna de las partes estaba satisfecha con el régimen de visitas.

–Solo me dejan verla en la biblioteca u otro «lugar público» –le contó Bebe a Mia, disgustada–. Ni siquiera puede venir a casa. Tengo que coger a mi hija en la biblioteca, piénsalo. Y con la asistente social delante, observándome todo el rato como si fuera una delincuente, como si fuera a hacerle daño a mi bebé. Los McCullough dicen que puedo visitarla en su casa. ¿Creen que voy a sentarme allí sonriente y dejar que me roben a la niña? ¿Creen que voy a sentarme al lado de la chimenea y mirar las fotos de mi hija en brazos de otra mujer?

Los McCullough tampoco estaban contentos.

–No tienes idea de lo que es –le dijo ella por teléfono a la señora Richardson–. Entregarle tu bebé a una desconocida. Ver a esa mujer alejarse con la niña. Me pongo mala cuando oigo el timbre, Elena. Y cuando se marchan me pongo de rodillas literalmente y rezo para que vuelva la niña enseguida, como debe ser. La noche anterior tomo somníferos. –La señora Richardson, compasiva, chasqueó la lengua–. Además, nunca es el mismo día. Todas las semanas pido un día y una hora fijos: así por lo menos sé cuándo van a venir y tengo tiempo para prepararme. Pero no, ella nunca avisa a la asistente social hasta el día anterior. Dice que no sabe cuándo le toca trabajar hasta ese momento. El caso es que me llaman por la tarde: «Pasamos por su casa mañana a las diez». ¡Con menos de medio día de antelación! Me pongo nerviosísima.

–No queda mucho, Linda –dijo su amiga en tono tranquilizador–. La vista es dentro de un mes, y el Estado decidirá que el bebé tiene que quedarse contigo, eso por descontado.

–Ojalá tengas razón. Pero ¿qué pasa si deciden...? –Le temblaba la voz. Hizo

una pausa y respiró hondo—. No quiero ni pensarlo. —De pronto habló en tono airado—: Si no tiene un horario fijo de trabajo, ¿cómo piensa criar a una niña? No es una vida estable.

—Ya pasará todo esto —dijo la señora Richardson.

Su tono sereno no se correspondía con sus sentimientos. Cuanto más pensaba en Mia, más se enfadaba, y más difícil le era quitársela de la cabeza.

Había pasado toda su vida en Shaker Heights, y la ciudad la había marcado profundamente. Sus recuerdos de la niñez (grandes extensiones de césped, árboles altos: el espléndido verdor que acompaña a la opulencia) se asemejaban a las imágenes de los folletos que se habían publicado durante decenios para animar a la gente correcta a establecerse en Shaker. Era lógico: sus abuelos habían llegado a la ciudad poco después de que se fundase, en 1927, cuando todavía era, en rigor, un pueblo, aunque ya se la consideraba una de las mejores zonas residenciales del mundo. Su abuelo había crecido en el centro de Cleveland, en lo que se conocía como la calle de los millonarios: la familia vivía en una casa almenada, como una tarta nupcial, al lado de la mansión de los Rockefeller, la del magnate de los telégrafos y la del secretario de Estado del gobierno McKinley. Sin embargo, cuando su abuelo se preparaba para traer a casa a su prometida, el centro se había vuelto demasiado bullicioso. El aire estaba cargado de hollín y a las damas se les ensuciaba el vestido. Así que lo mejor, pensó, sería irse a vivir al campo. A sus amigos les parecía un disparate alejarse tanto de la ciudad, pero a él le gustaba estar al aire libre, y su prometida era una apasionada de la equitación: en Shaker Heights había tres caminos de herradura y riachuelos para pescar, y, sobre todo, se respiraba aire fresco. Además se había inaugurado hacía poco una línea de tren ligero que llevaba a los hombres de negocios directamente al centro de la ciudad desde Shaker. El caso es que los recién casados se compraron una casa en Sedgewick Road, contrataron a una criada y se hicieron socios del club de campo. La abuela de la señora Richardson ingresó además en uno de jardinería, el Flowerpot Garden Club, y encontró una cuadra para su caballo, Jackson.

En 1931, cuando nació Caroline, la madre de la señora Richardson, Shaker Heights era menos campestre pero igual de idílico. Ya se lo consideraba oficialmente una ciudad: había nueve escuelas de primaria, y hacía poco que se

había terminado de construir en ladrillo rojo otra de secundaria. En todas partes se iban levantando casas suntuosas que cumplían estrictas normas estilísticas y cromáticas, y existía una ley que estaría vigente noventa y nueve años, y que prohibía revender ninguna vivienda a nadie que no contara con la aprobación de los vecinos. Las normas y los reglamentos se consideraban imprescindibles para mantener unida a la comunidad y salvaguardar la belleza de Shaker Heights.

La ciudad era preciosa, en efecto. Había jardines por doquier, y los vecinos se comprometían a podarlos y plantar únicamente flores: las hortalizas estaban vedadas. A quienes tenían la suerte de vivir en Shaker no les cabía la menor duda de que su comunidad era la más ejemplar de Estados Unidos. Shaker era una de esas ciudades donde, si a uno, despejando de nieve el camino de entrada a su casa, se le caía un anillo de bodas de mil dólares, un equipo del ayuntamiento quitaba toda la nieve, la llevaba a un garaje y la derretía con lámparas de infrarrojos para recuperar la joya. (Esto le ocurrió realmente a un vecino.) De niña, Caroline hacía pícnicos en verano a orillas de los lagos, patinaba en invierno por las pistas de hielo y cantaba villancicos en Navidad. Luego estaban las películas: en el cine de Shaker Square vio *Canción del sur* y *Ana y el rey de Siam*. En ocasiones especiales –como su cumpleaños– su padre la llevaba al restaurante Stouffer's a comer langosta. De adolescente fue la *majorette* que desfilaba tocando el tambor con la banda de música del colegio. En esa época ya salía con el chico que años más tarde se convertiría en su marido: solían aparcar el coche al lado del Canoe Club para estar solos.

Como todos los habitantes de Shaker Heights, Caroline era consciente de llevar una vida perfecta en un lugar perfecto. Pero el mundo exterior estaba lejos de serlo, y, cuando esta realidad se hizo evidente (cuando estallaron las protestas por la sentencia del *caso Brown contra el Consejo de Educación*, y se produjo el boicot contra los autobuses de Montgomery, y los nueve estudiantes negros de Little Rock fueron a clase entre insultos y escupitajos), los vecinos, incluida Caroline, se propusieron dar ejemplo. Al fin y al cabo, ¿no eran ellos los más inteligentes, los más sabios, los más ricos y los más progresistas? Como miembros de la élite ¿no tenían acaso el deber de guiar a los demás con sus acciones y compartir su bienestar con los menos afortunados? La madre de Caroline había enseñado a su hija a pensar en los débiles: organizaba colectas de juguetes en

Navidad y formaba parte de la rama local de The Children's Guild, organización para la que llegó a supervisar la edición de un libro de cocina con fines benéficos, y al que aportó su receta de galletas de melaza. Cuando las convulsiones del mundo exterior llegaron a Shaker Heights (alguien puso una bomba en la casa de un médico de color), los vecinos se sintieron en el deber de demostrar que tenían otros valores. Así, se creó una asociación de barrio para fomentar la integración racial por medios originales: se trataba de impulsar la concesión de créditos a las familias blancas que se mudasen a barrios negros y a las familias negras que se mudasen a barrios blancos. También se dictó una ley que prohibía los carteles de «Se vende», evitando así que huyeran los vecinos blancos. Esta norma estaría vigente cincuenta años. Caroline, que ya tenía una casa y una hija de un año, la futura señora Richardson, se hizo miembro de la asociación enseguida. Unos años más tarde cogió el coche y condujo cinco horas y media para participar con su hija en la Marcha sobre Washington. La señora Richardson siempre recordaría ese día: el fulgor del sol, que le hacía entrecerrar los ojos; los manifestantes tan apretados que los muslos casi se tocaban; el calor y el olor a sudor; y el Monumento a Washington que se erguía a lo lejos, por encima de la multitud, como una estaca que horadase las nubes. Le aterraba que la marea humana se pudiera llevar por delante a su madre, así que le cogió la mano con fuerza. «¿No es extraordinario? –le dijo Caroline a la pequeña sin mirarla—. Acuérdate de este momento, Elena.» Y Elena recordaría los ojos de su madre, su ansia de mejorar el mundo, acercarlo a la perfección (como quien gira la clavija del violín para afinarlo), y su convicción de que no era imposible, porque con esfuerzo se podía lograr todo.

Sin embargo, nunca llegaría a conciliar del todo este afán de cambiar las cosas con el respeto a las reglas y el aprecio por el orden y el decoro, la herencia de tres generaciones que habían vivido imbuidas de la cultura de Shaker. En 1968 Elena tenía quince años, y cuando ponía la televisión veía el caos estallar como un incendio en todo el país. Martin Luther King, luego Bobby Kennedy. Las revueltas de estudiantes en la Universidad de Columbia. Los disturbios en Chicago, Memphis, Baltimore, Washington. Todo se estaba desmoronando. En el fondo de su alma se encendió una chispa, la misma que años más tarde animaría a Izzy. Sabía, por supuesto, que esa gente luchaba por reparar las

injusticias. Pero las imágenes borrosas emitidas en el televisor la sobrecogían: los supermercados ardiendo, la humareda que subía por encima de los tejados, los muros reducidos a su esqueleto por las llamas. Los cristales rotos, cuyas aristas destellaban como colmillos en la oscuridad de la noche. Los soldados con fusiles que pasaban junto a las lavanderías y las tiendas de comestibles. Las intersecciones de las calles cortadas por jeeps, y los semáforos apagados. ¿Había que arrasar lo viejo para construir lo nuevo? Elena sintió la suavidad de la alfombra que tenía a los pies y se fijó en el estampado floral del sofá en el que estaba sentada. Afuera oyó a una paloma zurear en el comedero y vio un Cadillac pararse, majestuoso, en la esquina de la calle. Entonces se preguntó cuál de los dos mundos era el real, si el que observaba ahora o el que aparecía en la televisión.

La primavera siguiente, cuando estallaron las protestas contra la guerra, habría podido coger el coche e irse a alguna manifestación; pero prefirió quedarse en casa. Lo que sí hizo fue escribir apasionadas cartas al director y firmar manifiestos pidiendo el fin del reclutamiento. También cosió el símbolo de la paz en su mochila y se puso flores en el pelo.

No es que tuviera miedo. Shaker Heights era una ciudad idealista, pero también pragmática, y Elena estaba cortada por el mismo patrón. La costumbre de pensar en su comodidad y en las cuestiones prácticas se superpuso como un manto grueso a esa chispa que tenía dentro. Si se marchaba a Washington a participar en las protestas, ¿dónde dormiría? ¿Correría algún peligro? ¿Qué pasaría con las clases? ¿La expulsarían del colegio? ¿Podría graduarse e ir a la universidad? Esa misma primavera, un compañero suyo, Jamie Reese, se la había llevado aparte un día después de la clase de historia. «Voy a dejar el colegio —le había anunciado—. Me marcho a California. Vente conmigo.» A Jamie le adoraba desde el séptimo curso, concretamente desde que elogiase un soneto que ella había escrito para la clase de lengua y literatura. Ahora, con cerca de diecinueve años, llevaba melena y una barba descuidada, sentía aversión por la autoridad y tenía una furgoneta Volkswagen donde, según él, podían dormir los dos: «Sería como ir de camping, solo que nos podríamos largar a cualquier sitio». Ella se moría de ganas de irse con Jamie a cualquier sitio, como decía, y besar esa sonrisa tímida. Pero ¿cómo pagarían la comida? ¿Dónde se lavarían y harían la colada?

¿Y qué dirían sus padres, sus vecinos, sus profesores y sus amigos? Cuando se marchó, Elena le dio un beso en la mejilla, y más tarde, una vez a solas, se echó a llorar.

Ese otoño se fue a estudiar a Denison mientras las protestas arreciaban en Washington. Un día estaba con varios compañeros suyos viendo en directo el sorteo de reclutamiento en el pequeño televisor de la sala de estudiantes. El día de nacimiento de Jamie (24 de abril) había salido en la segunda vuelta: estaría entre los primeros en ser llamados a filas. Se preguntó dónde andaría, si sabría lo que le esperaba, y si se presentaría para el servicio o se fugaría. Billy Richardson le apretó la mano. Su día de nacimiento, el 29 de marzo, fue de los últimos en salir (el número 362), y además le habían concedido una prórroga como estudiante. Así que se sentía a salvo. Unos años después terminaría la guerra, y los dos se licenciarían, se casarían, comprarían una casa y empezarían una vida juntos. Ella no se arrepentía de nada.

Siempre había sabido lo peligroso que era el fuego, la asombrosa facilidad con que se propagaba, subiendo veloz por los muros y las zanjas. La chispa saltaba como una pulga, y luego las llamas podían recorrer kilómetros y kilómetros impulsadas por la brisa. Así que más valía vigilar la chispa, pasándola con cuidado de una generación a otra como una antorcha olímpica. O quizá se tratara más bien de salvaguardarla celosamente como recuerdo del bien que anida en el ser humano: una llama eterna que nunca debía quemar nada. Controlada. Dominada. Felizmente cautiva. Lo fundamental era evitar el incendio.

Esta filosofía la había observado toda su vida y siempre le había parecido beneficiosa. Había tenido que renunciar a unas cuantas cosas, por supuesto; pero tenía una casa muy bonita, un trabajo estable, un marido que la amaba y cuatro hijos sanos y felices: no cabía duda de que los sacrificios, cualesquiera que fuesen, habían valido la pena. Las reglas existían por una razón muy sencilla: si las seguías, te iba bien en la vida; en caso contrario, corrías el peligro de incendiar el mundo.

Allí estaba Mia, la mujer que nunca hacía lo que debía: errabunda, sin marido ni apenas dinero, llevando a su hija de un sitio a otro y ganándose malamente la vida con trabajos de poca monta. Y todo lo justificaba –ante los demás y ante sí

misma— diciendo que estaba creando Arte. A la pobre Linda le había causado un trauma, como si no hubiese sufrido ya bastante, y como si Mia pudiese dar lecciones de maternidad a nadie. Se dedicaba, sí, a hurgar en los asuntos ajenos con sus manos mugrientas, creando problemas, lanzando chispas atolondradamente. La señora Richardson estaba furiosa. De pronto la irritación que sufría estalló. Mia hacía lo que quería, pensó, ¿y cuál era el resultado? Hacía sufrir a su mejor amiga y trastornaba la vida a todo el mundo. *No puedes ir por ahí haciendo lo que te venga en gana.* ¿Por qué iba a tener ella derecho y los demás no?

Aunque no supo verlo con claridad (aunque se decía que actuaba así por lealtad a los McCullough y porque quería que se hiciese justicia), esa indignación fue la que la llevó a escarbar aún más en el pasado de Mia y finalmente a rebasar todos los límites viajando a Pensilvania para visitar a sus padres: tenía que averiguar de una vez por todas quién era esa mujer.

## Doce

LA SEÑORA RICHARDSON DECIDIÓ IRSE A PITTSBURGH en el momento perfecto para Lexie. Desde la fiesta de Halloween, su hija mayor y Brian se escapaban para retozar cada dos por tres: después de los entrenamientos; al final de las citas de fin de semana y a veces al principio... siempre que podían. Un día, en plena semana de exámenes, habían aprovechado el intervalo entre la prueba de física de Lexie y la de español de Brian. «Estás enganchada», bromeaba Serena. A Lexie, sin embargo, le disgustaba mucho que, cuando más les apetecía estar solos, siempre hubiera alguien en su casa. En la de los Avery solían tener más libertad, porque el padre de Brian estaba de guardia a menudo y su madre trabajaba hasta tarde. A veces tenían que conformarse con el coche de Lexie: lo dejaban en un aparcamiento desierto y luego se echaban en el asiento de atrás, debajo de un edredón viejo que ella tenía preparado por si acaso.

A Lexie el mundo le parecía casi perfecto, y sus fantasías eran como la vida real, pero con los colores más intensos. Al final de sus citas con Brian, los dos se separaban de mala gana, y luego, una vez en casa, ella se acurrucaba en la cama, recordando todavía el calor de su cuerpo, y empezaba a imaginar el futuro, la vida que llevarían juntos. Será como estar en el cielo, pensaba: dormirse en sus brazos, despertar a su lado. No podía concebir nada más placentero: solo pensarlo la llenaba de una felicidad casi poscoital. Al principio tendrían una casa pequeña con un jardín en la parte de atrás donde ella tomaría el sol, y una canasta justo encima de la puerta del garaje para que Brian pudiera jugar al baloncesto. Habría un jarrón con lilas en el tocador y sábanas de lino a rayas en la cama. Y un día (en ese instante su fantasía empezaba a dar vueltas y centellear como los fuegos artificiales en el cielo nocturno) tendrían un bebé, que sería clavado al de la foto que la madre de Brian había puesto en la repisa de la

chimenea. Era él con un año: el pelito rizado, unos mofletes sanos y unos ojos marrones tan grandes y brillantes que uno tenía la sensación de derretirse al mirarlos. Brian mecería a su hijo (o hija) en la cadera y lo lanzaría hacia arriba. Los tres se irían de pícnic al parque, y el bebé se revolcaría en la hierba y se reiría cuando las briznas le acariciasen los pies. Por las noches dormirían con el bebé acurrucado entre los dos: un bultito suave, cálido y con olor a leche.

Lexie anhelaba tanto esta vida que a veces se quedaba despierta por la noche imaginándola. Era como una promesa, como si alguien le hubiera enseñado un regalo y luego lo hubiera guardado en el estante más alto de un armario para dárselo más tarde. ¿Por qué no disfrutarlo ahora? Lo iba a tener antes o después. Más de una vez, al revolver en el bolso, había encontrado una caja de condones Trojan vacía, pero este contratiempo no les desanimaba. «No pasa nada –le susurraba a Brian—. Vamos a...»

En Shaker Heights, todos los estudiantes recibían educación sexual no una, sino cinco veces. En el quinto y sexto cursos se les ofrecía lo que la junta educativa llamaba «orientación temprana». La instrucción proseguía en séptimo y octavo, considerados los «años de mayor peligro», y terminaba en el décimo curso, en el que además adquirirían conocimientos básicos de nutrición, entablaban conversaciones sobre la autoestima y recibían consejos para buscar trabajo. Pero, a fin de cuentas, Lexie y Brian eran adolescentes, por lo que no sabían bien calcular las posibilidades y menos aún calibrar los riesgos. Estaban seguros de amarse, eso sí, y les deslumbraba la imagen del futuro que pensaban compartir.

Un día de la primera semana de enero, Lexie estaba en la farmacia mirando la balda de los tests de embarazo.

Cogió un pack de detección precoz, lo escondió debajo del bolso y se dirigió a la caja. La dependienta era joven –unos treinta o treinta y cinco años–, pero tenía los labios rodeados de arrugas, por lo que daba la impresión de apretar todo el tiempo la boca. No me hagas preguntas, por favor, dijo Lexie para sus adentros.

–Recuerdo cuando me enteré de que estaba embarazada de mi primer hijo –dijo de pronto la mujer–. Me hice el test cuando estaba en el trabajo. Me puse tan nerviosa que acabé vomitando. –Metió el pack en una bolsa de plástico y se

la entregó—. Buena suerte, cariño.

Para sorpresa de Lexie, este inesperado momento de ternura casi la hizo llorar. Cogió la bolsa y se marchó enseguida, sin despedirse siquiera de la dependienta.

Una vez en casa, se encerró en el cuarto de baño y abrió la caja. Las instrucciones eran sencillas. Una línea quería decir que no; dos que sí. Dejó el palo mojado en el lavabo y se inclinó para mirarlo. Era como la bola mágica número ocho, pensó, aunque esto no era un juego ni mucho menos. Su reloj no tenía segundero, pero casi inmediatamente después de depositar el test vio cómo se formaban dos líneas de color rosa brillante.

En ese instante llamaron a la puerta.

—Un segundo —dijo, y acto seguido envolvió a toda prisa el palo en papel higiénico, utilizando casi medio rollo, y lo dejó en el fondo de la papelería.

Tiró de la cadena y se lavó las manos. Cuando por fin abrió la puerta, Izzy seguía esperando en el pasillo.

—¿Por qué has tardado tanto?

Su hermana miró hacia el interior del cuarto de baño, como si pudiera haber alguien escondido allí.

—Algunas nos tomamos un minuto para peinarnos —dijo Lexie—. Algunas cuidamos nuestro aspecto, Izzy.

Se alejó con paso enérgico y fue a su cuarto. Nada más cerrar la puerta se acurrucó en la cama y se puso a pensar en lo que iba a hacer.

Durante un rato creyó que podían criarlo. Ya se las arreglarían. El bebé nacería, contó los meses con los dedos, en julio o agosto. Igual pediría una prórroga a la Universidad de Yale; con suerte le dejarían empezar la carrera un semestre o dos más tarde. Otra posibilidad era que el bebé viviese con sus padres mientras ella estudiaba fuera: naturalmente, volvería a casa en vacaciones para verlo. O a lo mejor, y esto es lo que más ilusión le hacía, Brian se cambiaría a Yale, o ella a Princeton. Podían alquilar una casa pequeña: sería casi como si estuviesen casados. Se apretó el vientre, que seguía tan plano como siempre, e imaginó una célula vibrando y dividiéndose dentro del cuerpo, como las que había visto en los vídeos que ponían en clase de biología. Llevaba en su interior un minúsculo fragmento de Brian, una chispa que saltaba y giraba sin parar. La idea le

maravillaba.

Decidió plantear el asunto con mucho tiento. Empezó hablándole de Mirabelle, como venía haciendo desde hacía meses:

–No te imaginas, Bry, lo pequeñas que son sus manos –le decía–. Esas uñas diminutas. Parece una muñeca. ¡Y cómo se te derrite en los brazos cuando la coges!

Luego pasó a otros bebés que había visto hacía poco en la revista *People*. Apoyó la cabeza en su hombro y fue pasando las páginas y ordenando a los niños de mayor a menor guapura, y de vez en cuando le pedía su opinión.

–¿Sabes quiénes tendrían los bebés más monos? –le dijo de pronto. El corazón le latía fuerte–. Nosotros. Sí, nosotros. Serían preciosos, ¿no crees? Como todos los niños mestizos. A lo mejor es porque nuestros genes son tan distintos. –Hojeó de nuevo la revista–. ¡Hasta el bebé de Michael Jackson es una ricura! Y eso que el padre da miedo. La clave está en la mezcla de razas.

Brian manoseó una página de su libro.

–Michael Jackson tiene poco de negro, créeme. Y ese bebé me parece muy blanco.

Lexie se le apretó contra el brazo y miró más de cerca la foto, en la que se veía al cantante sentado en un trono dorado con un niño en brazos.

–Pero fíjate en lo mono que es. –Hizo una pausa–. ¿No te gustaría que tuviésemos uno ahora mismo?

Brian se incorporó con tal brusquedad que Lexie estuvo a punto de caerse al suelo.

–Estás loca –contestó–. Ese es el mayor disparate que he oído nunca. –Movié la cabeza con gesto de disgusto–. No se te ocurra volver a decir algo así.

–Solo me lo estaba imaginando. Por Dios, Bry, ¡cómo te pones!

A Lexie se le hizo un nudo en la garganta.

–Tú te imaginas a un bebé, y yo me imagino a Cliff y a Clair matándome. No tendrían ni que tocarme: les bastaría con esa mirada. Sería una muerte instantánea. –Se pasó la mano por el pelo–. ¿Sabes lo que dirían? «¿De qué ha servido la educación que te hemos dado?»

–¿De verdad te horroriza tanto que estemos juntos y que tengamos un bebé? –Tocó el borde de la revista con las uñas–. Pensaba que querías que estuviésemos

juntos para siempre.

–Y es verdad. Mira, Lexie, tenemos dieciocho años. ¿Sabes lo que diría la gente? Todo el mundo diría, oh, mira, otro chaval negro que deja preñada a una chica, y ni siquiera se ha graduado todavía. Dos papás adolescentes más. Seguramente dejarán los estudios. Eso diría todo el mundo. –Cerró el libro y lo lanzó sobre la mesa–. No pienso ser ese chaval. De ninguna manera.

–Está bien. –Lexie cerró los ojos, confiando en que él no lo notara–. Yo no quería decir que tuviésemos un hijo justo ahora. Solo estaba imaginando el futuro, nada más.

Sabía que Brian llevaba razón, aunque le costara reconocerlo. En Shaker Heights, los estudiantes de secundaria no tenían hijos. Lo que hacían era sacar buenas notas, graduarse e ir a la universidad. En el octavo curso, todo el mundo había estado convencido de que Carrie Wilson se había quedado embarazada: era bien sabido que su novio, un chico de Cleveland Heights, tenía diecisiete años y había dejado los estudios, y, por lo demás, la mejor amiga de Carrie, Tiana Jones, se lo había confirmado a varias personas. Durante varias semanas, Carrie fue por el colegio con aire altivo y misterioso, pasándose de vez en cuando la mano por la tripa. Finalmente, el subdirector, el señor Avengard, reunió a todo el curso. «Tengo entendido que circulan ciertos rumores», dijo, mirando con furia a los alumnos. Qué jóvenes le parecían, con sus ortodoncias, sus granos y sus barbas incipientes. Estos críos se lo toman a broma, pensó. «No hay ninguna estudiante embarazada –les informó–. Sé que ninguno de ustedes sería tan irresponsable.» Pasaron las semanas, y Carrie Wilson seguía, en efecto, con el vientre plano. La gente acabó olvidándose por completo del asunto. Una de dos: o las adolescentes de Shaker Heights nunca se quedaban embarazadas o lo ocultaban extraordinariamente bien. ¿Qué diría la gente de Lexie? En el colegio la llamarían *putón*, a pesar de que llevaba más de un año saliendo con Brian. ¿Y los vecinos? Seguramente no le dirían nada cuando se cruzaran con ella y la vieran con el vientre abultado o empujando un carrito; pero nada más perderla de vista empezarían todos a largar. Su madre sufriría lo indecible. Sentiría vergüenza y lástima, y Lexie no iba a poder soportar ninguna de las dos cosas.

Así que no quedaba otra opción. Lexie se acurrucó en la cama y dejó volar la imaginación como un globo que se eleva y acaba estallando.

Esa noche, en la cena, la señora Richardson anunció que se iba a Pittsburgh.

–Tengo que hacer unas cuantas averiguaciones para un artículo sobre los mejillones cebra del lago Erie, y ya sabéis que Pittsburgh ha sufrido plagas... –le explicó a toda la familia.

Había pasado un buen rato pensando en una excusa verosímil, y finalmente se le había ocurrido un tema sobre el que nadie le haría ninguna pregunta. Sus expectativas se cumplieron: la familia no le prestó mucha atención exceptuando a Lexie, que cerró un instante los ojos y dio en silencio las gracias a la divinidad –cualquiera que fuese– que le había facilitado así las cosas. A la mañana siguiente fingió llegar tarde al colegio, y, una vez que se habían marchado todos, dio una vuelta por la casa para comprobar que no había nadie y marcó el número de teléfono de Planned Parenthood, que había buscado la noche anterior.

–El día 5 o el 6 –dijo–. Tiene que ser uno de esos dos días.

La víspera de la partida de su madre llamó a Pearl por la noche.

–Me tienes que hacer un favor.

En mitad de la frase había empezado a susurrar, aunque estaba utilizando la línea privada que compartía con Trip, y su hermano se había ido a jugar al hockey.

Pearl, que estaba recelosa desde la fiesta de Halloween, suspiró.

–¿Qué?

Repasó mentalmente la lista de las cosas que Lexie podía querer. Había que descartar todas las normales. ¿Cogerle prestado un top? ¿Un pintalabios? Pearl no tenía nada que le pudiera servir a Lexie Richardson. ¿Pedirle consejo? Lexie nunca se lo pedía a nadie. Era ella la que daba consejos, aunque no se los hubieran pedido.

–Necesito que me acompañes mañana a Planned Parenthood. Voy a abortar.

Hubo un largo silencio. Pearl estaba tratando de asimilar lo que había oído. ¿Embarazada, Lexie? ¿Y quería abortar? Ella, que tan loca estaba por los bebés. Ella, que se creía una autoridad moral y juzgaba con tanta facilidad a los demás.

–¿Por qué no se lo has pedido a Serena? –preguntó por fin.

Lexie vaciló.

–No quiero que sea Serena. Prefiero que seas tú. –Suspiró–. No sé; pensaba que serías más comprensiva, que no me juzgarías.

Pearl se sintió halagada a pesar de todo.

–No te estoy juzgando –le dijo–. Me ha sorprendido, nada más.

–Mira, te necesito. ¿Me vas a ayudar o no?

A las siete de la mañana, Lexie paró el coche delante de la casa de Winslow Road. Pearl cumplió su promesa: estaba esperando en la acera con aire taciturno. A su madre le había dicho que Lexie la iba a llevar en coche al colegio.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? –le preguntó.

Lexie siguió con la mirada fija en el parabrisas.

–Estoy segura.

–Es una decisión muy seria, y no hay vuelta atrás. No es como comprarse un suéter.

–Lo sé.

Lexie redujo la velocidad al aproximarse a un semáforo. Pearl observó para su sorpresa que tenía ojeras. Nunca la había visto tan cansada ni tan seria.

–¿No se lo habrás contado a nadie? –preguntó mientras reanudaba la marcha.

–Por supuesto que no.

–¿Ni siquiera a Moody?

Pearl pensó en la mentira que le había contado la noche anterior: que no podía ir caminando al colegio con él como de costumbre, porque tenía cita con el dentista por la mañana. Moody no le había parecido receloso, y la impresión era acertada: nunca le había pasado por la cabeza que Pearl pudiese mentir. Ella se había sentido aliviada, pero al mismo tiempo le había ofendido un poco que se tragara el cuento enseguida, que la creyera incapaz de engañar a nadie.

Cuando llegaron a la clínica, Lexie cerró las puertas del coche y le dio las llaves a Pearl.

–Toma –le dijo–. A la vuelta tendrás que conducir tú. ¿Llevas el carné provisional?

Pearl asintió con la cabeza y se abstuvo de recordarle que ese permiso la facultaba únicamente para conducir en compañía de una persona de más de veintiún años que tuviese carné.

Lexie tenía los dedos fríos y muy blancos. Pearl le apretó la mano impulsivamente.

–Todo irá bien, ya verás.

Entraron juntas en la clínica. Las puertas automáticas se abrieron enseguida, como si ya estuviesen esperando a las dos adolescentes.

La enfermera de la recepción, una señora gorda con el pelo pajizo, las miró con aire benévolo. Debe de estar acostumbrada a esto, pensó Pearl: todos los días verá entrar a pacientes así, chicas que piensan aterradas en lo que está a punto de ocurrir, y también en lo que ocurriría si no lo hiciesen.

–¿Tienes cita, cariño? –preguntó, mirando alternativamente a Pearl y a Lexie.

–Sí, a las nueve –contestó Lexie.

La enfermera se puso a teclear.

–¿Cómo te llamas?

–Pearl Warren –dijo Lexie en voz baja, como si ese fuera su nombre verdadero y le diera vergüenza.

Pearl casi se quedó boquiabierta. Durante unos minutos, Lexie se cuidó mucho de mirarla, mientras la mujer seguía tecleando.

–¿Tienes a alguien que te pueda llevar a casa después?

–Sí –respondió, señalando a Pearl con la cabeza, pero sin mirarla todavía–. He venido con mi hermana.

Hermanas, pensó Pearl. No se parecían nada. ¿Quién se iba a creer que ella – bajita, con el pelo rizado– estaba emparentada con una chica alta y esbelta como Lexie? Era como decir que un terrier escocés y un galgo formaban parte de la misma camada. La mujer les echó un vistazo, y al cabo de un instante dio la impresión de creerse el cuento, o por lo menos lo fingió.

–Rellénalos, si no te importa –dijo, entegándole a Lexie un sujetapapeles con varios impresos de color rosa–. Te atenderán dentro de unos minutos.

Las dos se sentaron en las sillas que estaban más lejos del mostrador. Pearl se inclinó enseguida sobre el sujetapapeles.

–No me creo que hayas dado mi nombre –dijo furiosa.

Para su sorpresa, Lexie se arrellanó en el asiento.

–Me entró el pánico –explicó–. Cuando llamé por teléfono me pidieron el nombre, y me acordé de que la directora es amiga de mi madre. Ten en cuenta que mi padre ha salido en las noticias por el caso de los McCullough. No quería que me relacionaran con ellos, así que di el primer nombre que se me ocurrió. Pensé en el tuyo.

Sus palabras no aplacaron a Pearl.

–Ahora todo el mundo creerá que soy yo la que ha abortado.

–No es más que un nombre –dijo Lexie–. Soy yo la que está metida en un lío, aunque no sepan cómo me llamo en realidad. –Respiró hondo. Pearl se fijó en su pelo, que estaba lacio y le caía sobre la frente, tapándole un ojo–. Tú podrías ser cualquiera.

–¡Por Dios! Venga, dame eso.

Pearl le quitó el sujetapapeles del regazo y se puso a rellenar los impresos. Empezó escribiendo su nombre: Pearl Warren.

Estaba a punto de terminar cuando se abrió la puerta que había al fondo de la sala de espera y apareció una enfermera con uniforme blanco.

–¿Pearl? –preguntó mientras miraba la carpeta que tenía en las manos–. Estamos listos.

En «Persona de contacto», Pearl puso el nombre de su madre y el teléfono de su casa.

–Toma –le dijo a Lexie, pasándole bruscamente el sujetapapeles–. Ya está.

Lexie se levantó despacio, como si estuviera en un sueño. Las dos se quedaron un instante de pie, sin moverse, cada una con un extremo del sujetapapeles en la mano. Pearl creyó sentir los latidos del corazón de Lexie en la punta de sus dedos y hasta en la madera de la tablilla.

–Buena suerte –le dijo en voz baja.

Lexie asintió con la cabeza, cogió los impresos y se dirigió a la puerta. Cuando llegó al umbral se paró y se dio la vuelta, como para asegurarse de que Pearl no se hubiese marchado. «No sé lo que estoy haciendo –parecían decir sus ojos–. No te vayas, por favor. Quiero que estés aquí cuando vuelva.» Pearl sintió ganas de ir corriendo a cogerle la mano y luego seguirla por el pasillo como si fueran hermanas, es decir, esas chicas que se ayudaban mutuamente a superar malos tragos como el que estaba pasando Lexie, y que años más tarde se cogerían de la mano la una a la otra cuando pariesen. Dos amigas que compartían momentos de dolor y de flaqueza y que no se ocultaban nada.

–Buena suerte –repitió, esta vez más alto, y Lexie asintió con la cabeza y cruzó el umbral detrás de la enfermera.

En el preciso instante en que su hija se estaba poniendo la bata de hospital, la señora Richardson llamó al timbre de la casa de los Wright. Tres horas antes había salido en coche para Pittsburgh, y el viaje lo había hecho de un tirón, sin pararse siquiera para ir al servicio ni estirar las piernas. Aún no sabía bien lo que iba a decirles, ni tampoco lo que quería que le contaran; pero sospechaba que había un misterio que desentrañar, y que ellos tenían la clave.

Todavía no estaba segura de haber dado con la familia acertada, pero sus dudas se disiparon en cuanto se abrió la puerta. La señora Wright guardaba un asombroso parecido con Mia: el pelo lo tenía más corto y más claro, pero los ojos y las facciones eran idénticos, hasta tal punto que la señora Richardson entrevió a Mia con veinte años más.

–¿Señora Wright? Soy Elena Richardson. Quisiera hablar con usted de su hijo. Hubo un largo silencio.

–Está bien –dijo finalmente–. Pase.

No había pensado de antemano más que en esas palabras preliminares, pero confiaba en que su instinto periodístico le permitiera llevar la conversación por el camino que quería. Con el tiempo había observado que sonsacar cosas a los entrevistados era como ir a lomos de una vaca enorme y remolona: se trataba de conducirla por la senda correcta, y al mismo tiempo hacerle creer que era ella la que conducía. Sin embargo, y para sorpresa suya, los Wright fueron muy fáciles de entrevistar. Mientras los tres tomaban café y galletas Pepperidge Farm, el matrimonio le fue contando a la señora Richardson la historia de Warren. Parecían casi deseosos de hablar de él.

–Estoy escribiendo un artículo sobre deportistas prometedores que vieron su carrera truncada demasiado pronto –les había dicho: a partir de ahí recibió tal cantidad de información que le costó apuntarlo todo.

Warren había sido delantero en el equipo de hockey y *running back* en el de fútbol. Había empezado jugando en la liga infantil con apenas siete u ocho años, ¿quería ver las fotos? Tenía un talento extraordinario para los deportes; no, no le habían enseñado nada. Al señor Wright nunca se le habían dado bien: era más bien espectador. Pero Warren... Warren era un deportista nato, y su entrenador decía que, de prepararse bien, podía conseguir una beca para una universidad de la División I.<sup>14</sup> Si no hubiera sido por el accidente...

En ese instante, los Wright se quedaron callados, y la señora Richardson, que quería saber más, sintió de pronto mucha lástima de ellos. Miró la foto de Warren Wright con el uniforme de hockey que su madre había cogido de la repisa de la chimenea. Debía de tener diecisiete años, justo la misma edad que su hijo mayor. Los dos muchachos no se parecían mucho, pero la inclinación de la cabeza y la sonrisa pícaro que se esbozaba en sus labios le recordaron a Trip.

–Era todo un rompecorazones –susurró la señora Wright, y su marido asintió con la cabeza.

–Me gustaría hablar también con la hermana de Warren –dijo la señora Richardson, y acto seguido fingió consultar sus notas–. Mia. ¿Les importaría darme su número de teléfono?

Los Wright se miraron nerviosos, como había previsto.

–Lo lamento, pero hace tiempo que no sabemos nada de nuestra hija –dijo ella.

–Oh, cuánto lo siento. –La señora Richardson miró alternativamente a los dos–. Espero no haber tocado un tema tabú.

Se hizo un silencio tenso, y la señora Richardson dejó que se prolongara. Sabía por experiencia que nadie podía soportarlo mucho rato: el entrevistado acababa hablando, y muchas veces le brindaba al periodista la oportunidad de hacer más preguntas y finalmente sonsacarle lo que quería.

–No es eso –respondió la señora Wright al cabo de unos instantes–. Dejamos de hablarnos poco después de que muriera Warren.

–Qué pena. Suele ocurrir cuando hay una desgracia así. A un pariente le afecta tanto que pierde el contacto con la familia.

–Pero el caso de Mia es muy distinto al de Warren –le interrumpió la señora Wright–. Warren tuvo un accidente. Hizo una locura, como tantos jóvenes. O quizá fue la nieve, no lo sé. Lo de Mia no tiene nada que ver. Ella ya era una adulta que tomaba sus propias decisiones. George y yo...

Los ojos se le llenaron de lágrimas, para sorpresa de la señora Richardson.

–Acabamos peleados –dijo el señor Wright.

–Cuánto lo siento. –Se arrimó a la pareja–. Debió de ser muy duro para ustedes perder de golpe a los dos hijos.

–¡No nos dejó otra opción! –estalló la señora Wright–. Cuando se presentó en

ese estado...

–Regina... –dijo el señor Wright, pero su mujer no se detuvo.

–Mira que se lo advertí. Me traía sin cuidado lo amable que fuese esa gente, los Reed; me parecía mal vender a un hijo.

El lápiz de la señora Richardson se paró antes de tocar el papel.

–¿Cómo dice?

La señora Wright movió la cabeza con gesto de disgusto.

–Creyó que podía renunciar al bebé y seguir con su vida como si nada. Yo tenía dos hijos: sabía de lo que hablaba. Incluso antes de perder a Warren. –Se tocó el caballete, como si tuviera allí una mancha y quisiera quitársela–. Despedirse de un hijo... ni siquiera eso lo superas. Da lo mismo cómo ocurra. Es carne de tu carne y sangre de tu sangre.

Aturdida, la señora Richardson dejó el lápiz.

–No sé si lo he entendido bien. ¿Mia estaba embarazada y quería dar al niño en adopción a esa pareja, los Reed?

Los Wright se miraron de nuevo. A la señora Richardson su experiencia como periodista le indicaba con claridad que el matrimonio quería contarle la historia, y que posiblemente llevaba mucho tiempo con ganas de contársela a alguien.

–No exactamente –contestó la señora Wright, y después de una pausa larga se lo explicó–: el bebé también era de ellos, pero no podían tenerlo. Así que Mia lo llevó en su cuerpo.

## Trece

EN EL OTOÑO DE 1980, MIA WRIGHT, que acababa de cumplir dieciocho años y nunca había salido de Pensilvania, abandonó la casa amarilla de Bethel Park para irse a estudiar a la New York School of Fine Arts. Se marchó con dos maletas y el amor de su hermano, pero sin la bendición de sus padres, a quienes no les había contado que quería matricularse en una escuela de arte hasta que llegó la carta de admisión. Al matrimonio Wright no le sorprendió mucho la noticia, y estaba claro por qué: a Mia, de pequeña, le habían fascinado ciertas cosas en las que, para desconcierto suyo, nadie más parecía pensar ni fijarse siquiera. «Te distraías con cualquier tontería –le contaba su madre–. Te quedabas en la sillita mirando fijamente el césped. En la bañera disfrutabas vertiendo agua de una taza a otra, y podías pasarte una hora así.» Mia recordaba cómo las briznas de hierba se mecían con la brisa e iban cambiando de tono, pasando de claras a oscuras como la pelusa del terciopelo cuando la frotaba; y cómo el chorro de agua se esparcía en gotitas al chocar contra el borde de la taza. De niña no había tardado en darse cuenta de que todo podía metamorfosearse. Así, había observado a veces cómo el primer sol de la mañana convertía en plata los dos cantos rodados que había en el jardín trasero. En los cuentos que leía, los riachuelos podían ser divinidades fluviales; los árboles, dríades disfrazadas; las ancianas, hadas poderosas; los guijarros, almas encantadas. No había nada que no pudiera trocarse en otra cosa, y en esta capacidad transformadora radicaba para Mia la esencia del arte.

Nadie parecía captar, como ella, la dimensión oculta de las cosas a excepción de su hermano. Los dos se habían entendido bien aun antes de que él naciera: «Mi bebé», le decía Mia a quienquiera que la escuchase mientras le tocaba el vientre a su madre; y Warren respondía con una patadita. «Mi bebé. Aquí dentro», les informaba a los desconocidos en el supermercado. En cuanto llegó el

niño a casa desde el hospital, Mia lo declaró hijo suyo. «Mi Wren», le llamaba: Warren era muy largo de pronunciar, y, además, la forma abreviada le pegaba. Ya entonces parecía muy observador, pendiente siempre de lo que ocurría en su entorno, con la cabeza ladeada y esos ojos tan brillantes que se fijaban en todo y buscaban a su hermana por la habitación. Cuando lloraba, Mia sabía con qué juguete calmarlo. Cuando no se dormía, ella se echaba a su lado en medio de la cama de sus padres, con las mantas amontonadas a su alrededor de manera que formaran un nido de felpilla, y le cantaba canciones y daba palmaditas en la mejilla hasta que se adormilaba. Un día se cayó jugando en el parque y empezó a llorar, y enseguida fue corriendo a buscar a su hermana, que desinfectó con yodo la herida de la sien y le puso una tirita.

«Parece ella la madre», comentó una vez la señora Wright en tono medio quejoso, medio admirativo.

Los dos hermanos ponían sus propios nombres a las cosas, y así fueron creando una jerga oscura y desconcertante. A la mantequilla la llamaban queso por razones que ni ellos mismos recordaban; y los estorninos que se posaban en las copas de los árboles eran canarios. Este lenguaje peculiar era como una fronda que les ocultaba de los demás. «No se lo cuentes a nadie de Francia», solía decir Mia, y luego le susurraba un secreto: «Ni los elefantes salvajes me harían hablar», contestaba Warren indefectiblemente.

Cuando tenía casi doce años, Mia se apasionó por la fotografía.

Warren, que acababa de cumplir diez, se aficionó a los deportes y descubrió que se le daban bien. Jugaba al béisbol en verano, al fútbol en otoño, al hockey en invierno, y al baloncesto todo el año. Los hermanos todavía tenían una relación muy estrecha, pero él pasaba muchas tardes en el campo de béisbol del parque o practicando pases y dejadas. Así que era normal que Mia tuviera su pasión particular.

Un día fue a la tienda de artículos de segunda mano que había en la ciudad, y en una esquina del escaparate vio una vieja Brownie Starflex. La cámara no tenía flash ni correa, pero el dueño le aseguró que funcionaba bien. En cuanto quitó la funda plateada y observó el borroso reflejo de la tienda en la lente, le entraron muchas ganas de tener la máquina, así que luego, en casa, hurgó en la hucha con forma de gato donde guardaba la paga. Después de comprar la cámara empezó a

llevarla a todas partes. El manual animaba al usuario a escribir a Kodak solicitando el librito *Cómo hacer buenas fotos*, pero Mia no hizo caso: prefería guiarse únicamente por la intuición. Cogió dos de las viejas bufandas de seda de su madre, se las anudó al cuello, colgó la cámara y comenzó a manejarla. Aquellas primeras fotos les parecieron raras a sus padres: en ellas se veían coches abandonados, casas en ruinas, objetos desechados que se acumulaban al lado de una carretera. «Es extraño que fotografíes algo así», le dijo un día el dependiente de Fotomat al entregarle un sobre con copias: la serie constaba de tres imágenes captadas en diferentes días del cadáver de un pájaro que se descomponía en una acera. El tipo se preguntó brevemente –y no era la primera vez– si la niña de los Wright no estaría mal de la cabeza.

Para Mia, sin embargo, las fotos no acertaban a expresar lo que quería, por lo que empezó a alterar las copias (marcándolas con rotulador, salpicándolas de lejía, y con muchos otros métodos), y luego pasó a experimentar con la cámara misma, aprovechando al máximo las limitadas posibilidades que ofrecía. La Starflex, como todas las máquinas modelo Brownie de Kodak, permitía hacer tomas desenfocadas. El obturador se disparaba automáticamente para evitar la doble exposición, lo que el manual presentaba como una ventaja para el aficionado. Lo único que había que hacer era lo único que se podía hacer: mirar el visor y apretar el obturador. En vez de sostener la cámara recta contra el pecho, como indicaba el manual, Mia la inclinaba con diferentes ángulos y subía y bajaba el sucedáneo de correa haciendo nudos. Además cubría la lente con bufandas de seda y papel *film* y probaba a hacer fotos en medio de la niebla, bajo un chaparrón, y en el bar de la bolera, con su atmósfera cargada de humo.

–Esto es tirar el dinero –dijo la señora Wright, resoplando, cuando Mia trajo a casa otro sobre con fotos borrosas.

Sin embargo, con cada rollo de película iba aprendiendo a componer una toma y sacarle el mayor partido posible, adoptando así las técnicas de la fotografía que llegaría a ser, aunque no lo supiese todavía. Como los rollos eran de apenas doce fotos, se acostumbró a poner mucho esmero en la composición. Por lo demás, la falta de foco y control de apertura la forzó a manejar la cámara y disponer la escena con ingenio.

En ese momento de su trayectoria como fotógrafa apareció por casualidad el

señor Wilkinson, vecino de los Wright. Vivía en lo alto de la cuesta, y hacía semanas que veía a Mia deambular por el barrio con la Brownie, fotografiando objetos diversos. Lo único que Mia y Warren sabían de él era que trabajaba como representante de una empresa de juguetes, por lo que viajaba muy a menudo para asistir a las ferias: después de examinar los artículos mandaba un informe a la sede indicando cuáles había que comprar. Cada tantos meses, la señora Wilkinson reunía a los niños del barrio y les repartía los juguetes de muestra que su marido había ido acumulando: maravillas como una serie de moldes que se llenaban de yeso para crear adornos navideños; una pelota con la forma de Saturno sobre la que se podía botar; una cabeza de muñeca gigantesca con el pelo dorado; y una caja llena de perfumes para mezclar y frasquitos para guardar los compuestos. «Quiero que me devuelvan mi sótano», decía riéndose la mujer, y se aseguraba de que todos los niños se llevasen algo, aunque solo fuese un yoyó. El hijo de los Wilkinson, que al parecer vivía en Maryland, ya era demasiado mayor para andar con juguetes.

Durante mucho tiempo, el señor Wilkinson no fue para Mia más que eso: un hombre misterioso, mezcla de Marco Polo y Papá Noel, que llenaba su casa de juguetes. Pero una tarde, poco después de su decimotercer cumpleaños, él la llamó con aire serio desde el porche delantero.

—Hace un año que te veo dar vueltas por el barrio —le dijo—. Me gustaría saber lo que haces.

Aterrada, Mia reunió un montón de fotos, y a la mañana siguiente las llevó a casa de los Wilkinson. Nunca se las había enseñado a nadie más que a Warren, quien, por supuesto, se limitaba a lanzar exclamaciones admirativas. En cambio, el señor Wilkinson era un adulto al que apenas conocía, así que estaba en condiciones de juzgarlas con objetividad.

Cuando llamó al timbre, le abrió la señora Wilkinson, que acto seguido la condujo a la guarida de su marido. El señor Wilkinson estaba tecleando en una máquina de escribir de color crema, y, nada más entrar Mia, se dio la vuelta en la silla giratoria y quitó la máquina del tablero, que plegó y metió en un cajón de la mesa con una habilidad admirable.

—Qué hay —dijo, y a continuación desdobló las gafas de media luna que llevaba colgadas al cuello y se las colocó en la nariz—. Echemos un vistazo.

Resultó que el señor Wilkinson tenía afición por la fotografía, aunque lo suyo eran los paisajes.

—No me gusta retratar a gente —le contó a Mia—. Prefiero mil veces un árbol a una persona.

Cuando se iba de viaje siempre cogía la cámara, y reservaba la mitad de la jornada para explorar el terreno, buscando algo que fotografiar.

Sacó un montón de fotos de una carpeta y se las enseñó. En ellas se veía un bosque de secuoyas al amanecer, un riachuelo que serpenteaba por un campo cubierto de rocío, y un lago en el que el reflejo del sol era un triángulo radiante que apuntaba al bosque que había más allá. Mia cayó en la cuenta de que las fotos que había colgadas por todo el pasillo también eran suyas.

—Tienes buen ojo —dijo por fin el señor Wilkinson—. Buen ojo, y también instinto. Fíjate en esta de aquí. —Tocó la foto de arriba, en la que se veía a Warren de espaldas y encaramado a la rama más baja de un sicomoro, su silueta recortándose contra el cielo—. Está muy bien. ¿Cómo supiste encuadrarla?

—No tengo ni idea —reconoció ella—. Por intuición, supongo.

Él examinó otra foto con los ojos entrecerrados.

—Bien. Sigue guiándote por ella. Fíate de tus ojos. Saben mirar. —Sacó otra—. Pero fíjate en esta. Querías que se viese bien la ardilla, ¿verdad?

Mia asintió con la cabeza. Había observado cómo corría el animal por lo alto de una valla, y le había fascinado el arco ondulante que describían el cuerpo y la cola. Es como ver botar una pelota, pensó al disparar el obturador. Sin embargo, la foto había salido borrosa, y solamente se distinguía la valla: la ardilla era apenas una mancha. Mia se preguntó cómo lo habría adivinado el señor Wilkinson.

—Lo sospechaba —dijo él—. Necesitas una cámara mejor. Esta está bien para un principiante o para hacer fotos en fiestas de cumpleaños y en Navidad. A ti no te vale. —Se dirigió al armario y empezó a revolver al fondo, entre los abrigos viejos y los vestidos envueltos en fundas. Su voz llegó apagada—: Tienes que hacer fotos de verdad. —Al cabo de un instante volvió con una caja pequeña—. Para eso te hace falta una cámara de verdad, no un juguete.

Era una máquina negra y plateada. Una Nikon F. Mia pasó los dedos por la caja y la notó rugosa.

–No puedo aceptarla.

–No es un regalo. Te la estoy prestando. ¿La quieres o no? –Antes de que respondiera, el señor Wilkinson abrió un cajón de su mesa–. Yo ya no la uso, así que mejor que la aproveche alguien. –Sacó una latita negra de película y se la lanzó a Mia–. Además tengo ganas de ver cómo la manejas.

Cuando volvió a casa esa tarde, Mia ya sabía enrollar la película en el carrete, enfocar la cámara y ajustar la lente. *Número f, abertura*: no paraba de pensar en los términos fascinantes que acababa de aprender. Levantó repetidamente la máquina hasta el ojo y miró por la ventanita que tenía arriba. A través del visor, por debajo de la cruz finísima que había en el centro, todo se transformaba.

El señor Wilkinson la enseñó a extraer la película del carrete y revelarla, y ella empezó a disfrutar con el picor del revelador, y también esperando a que apareciera en la superficie de la película ese brillo plateado que indicaba que ya se podía sacar. Como el piloto que hace al avión entrar en barrena para ver si es capaz de remontar el vuelo, Mia desenfocaba las fotos a propósito, errando el tiempo de exposición o la sensibilidad ISO. Como el músico que va descubriendo los secretos de su instrumento, aprendió a controlar la luz y la cámara para crear los efectos que deseaba.

–Pero ¿cómo se puede...? –solía preguntar mientras veía dibujarse la imagen en el papel y la comparaba con la que tenía en la cabeza.

Al principio, el señor Wilkinson tenía la respuesta: «Disminuye la exposición», «Difumina los brillos», «Probemos a desacoplar el objetivo». Pero las preguntas no tardaron en hacerse más difíciles, y él empezó a consultar el ejemplar de *Técnicas fotográficas* que tenía en la estantería.

–La señorita quiere mayor profundidad de campo –dijo una tarde. Mia ya tenía quince años–. A la señorita le hace falta una cámara de fuelle.

Mia no había oído hablar de este tipo de máquina, pero enseguida empezó a ahorrar todo el dinero que cobraba como dependienta en la farmacia Dickson's y camarera en Eat'n Park para comprarse una cámara nueva. Quería escoger el modelo justo, así que se pasaba horas estudiando los catálogos y las revistas de fotografía del señor Wilkinson.

–Dedicas más tiempo a leer esas cosas que a hacer fotos –decía él para pincharla.

Finalmente se decidió por la Graphic View II, y ni el señor Wilkinson le puso pegás:

–Es una máquina excelente. Tiene una buena relación calidad-precio. Si la cuidas bien te durará toda la vida.

Cuando llegó la cámara, que había comprado de segunda mano después de ver un anuncio por palabras, Mia observó el aspecto que tenía de haber sido manejada con cariño por su anterior dueño, así como el estuche que la contenía como un violín caro. Entonces supo que el señor Wilkinson tenía razón.

A sus padres les gustó menos. «¿Cuánto te has gastado en ese trasto?», le preguntó la señora Wright, mientras su marido movía la cabeza en un gesto de desaprobación. Aquel armatoste, con el largo trípode, el fuelle y la tela negra, les parecía salido de la época victoriana. Mia trató de explicarles cómo funcionaba, pero en cuanto la oyeron mencionar las inclinaciones y el efecto *shift* dejaron de prestar atención. Hasta su querido Warren desistió de entenderla: «No necesito saber cómo funciona, Mi. Solo quiero ver lo que haces con ella». Mia se dio cuenta de que acababa de cruzar la frontera de un territorio que tendría que explorar sola.

Hacía fotos de farolas por la noche y de las barras de mono que había en el parque infantil del barrio; y un día captó a unos obreros municipales cuando talaban un roble que había sido alcanzado por un rayo. También se llevaba la cámara al centro de la ciudad para fotografiar un puente oxidado en el punto donde se cruzaban los tres ríos; y en cierta ocasión fue a un partido de fútbol en el que participaba Warren: después de jugar con el encuadre sacó una foto de los jugadores, que desde las gradas se veían muy pequeños, como figuritas de un tren de juguete. Su hermano se fijó en la que estaba al fondo de la zona de anotación esperando que le pasaran la pelota. «¿Este soy yo?», preguntó. «Ese eres tú, Warren», dijo Mia, que de pronto se vio a sí misma como una especie de hechicera a la que le bastaba extender la mano por encima del campo para transformar a los jugadores en muñecos de plástico del tamaño de un guisante.

Al día siguiente fue con la foto a casa del señor Wilkinson, y en la puerta se encontró con una desconocida. Resultó que era su nuera. «Della falleció mientras dormía –anunció, y se puso a observar a Mia, que tenía la cámara colgada al cuello y la foto en la mano–. ¿Qué decías que querías?» Después del entierro, el

hijo y la nuera convencieron al señor Wilkinson de que se fuera a vivir más cerca de ellos, en una residencia de ancianos que había en Harrisburg. Todo sucedió tan rápido que Mia no pudo despedirse de él, ni mucho menos enseñarle la foto. Se volvió a quedar sola con la cámara.

En el otoño de 1979, cuando estaba en el último año de secundaria, envió una solicitud de admisión a la New York School of Art, adjuntando una serie de fotos de edificios en ruinas que había visto en sus paseos por la ciudad. Había aplicado un paño mojado a las copias y luego, una vez seca la emulsión, raspado la imagen con la punta de una aguja, trazando una línea blanca finísima. Los resultados parecían tallas de marfil: la figura espectral de un trabajador tumbado en las escaleras que daban a una fábrica abandonada; la silueta de un sedán estacionado en el ascensor hidráulico del taller Jamison; dos niños fantasmales que trepaban cogidos de la mano por una montaña de chatarra. Cuando vio esta última imagen, su hermano había entrecerrado los ojos, y al mirarla más de cerca había reconocido a los niños: el pelo de la coronilla de Warren era inconfundible, lo mismo que la bufanda de seda que Mia llevaba anudada al cuello, y su manera de ladear el cuerpo por el peso de la cámara. En realidad no existían fotos que inmortalizaran a los hermanos en un momento así, pero a los dos les parecía haber pasado toda la infancia escalando las montañas de chatarra que había al lado del parque. Observando la imagen, Warren tuvo la impresión de que Mia había retratado a los fantasmas de los niños que habían sido cuando estaban a punto de esfumarse para siempre. «¿Me la puedo quedar cuando te la devuelvan?», le preguntó.

A sus padres las fotos –y la obra de Mia en general– no les impresionaron tanto. Para empezar, no se les ocurría llamarlas «trabajos» ni «arte», palabra de la que, en cualquier caso, no tenían una idea favorable. Los Wright eran un matrimonio de clase media y habían vivido toda su vida de casados en una casa amarilla de estilo rancho en una apacible ciudad para gente de clase media. Para ellos, trabajar significaba arreglar cosas o fabricar algo útil: si un objeto no cumplía ninguna función práctica, les parecía absurdo crearlo. Arte era lo que hacía la gente a la que le sobraban tiempo y dinero. ¿Se les podía reprochar que pensaran así? El padre de Mia era el fundador y único propietario del establecimiento Wright's Repair, un manitas al que encargaban toda clase de

trabajos: así, un día iba a la iglesia a reparar unos aleros rotos por los que se había colado una familia de ardillas (los roedores habían llegado hasta la nave central); otro día, a casa de un vecino a limpiar los desagües o reponer el sifón del fregadero, que se había oxidado. La madre trabajaba de enfermera en el hospital, contando pastillas, sacando sangre a los enfermos y cambiándoles la cuña, y muchas veces tenía que quedarse por la noche o hacer turnos dobles. Así que los Wright trabajaban con las manos y muchas horas, y ahorran todo lo que podían. El dinero iba para la casa, los dos Buicks y los dos hijos, de los que el matrimonio podía decir con orgullo que no les faltaba nada, aunque sabían lo que costaban las cosas: no les había malcriado.

Sin embargo, ahora les costaba entender a Mia. Su hija se pasaba horas sentada en el suelo, y después de hacerle una buena foto a Warren recortaba su figura como si fuera un muñeco de papel y la colocaba en una vieja caja de zapatos llena de hojas, creando así un diorama en el que su hermano parecía un duendecillo rodeado de bellotas gigantes. Era una obra ingeniosa, pero no les parecía que compensase el tiempo que Mia le dedicaba. Nada más volver su padre a casa, cuando acababa de quitarse los zapatos y aún tenía las manos manchadas de grasa, Mia le suplicaba que le diese dos dólares para comprar película; y le prometía devolvérselos, pero casi nunca lo hacía. Cuando su madre le daba dinero para ropa, remendaba los vaqueros viejos y se lo gastaba todo en carretes: seguía haciendo fotos, pero las faldas se le habían quedado cortas y las camisas las tenía desteñidas y ajadas. Cuando encontró un trabajo de camarera en Eat'n Park, en vez de gastar el sueldo en comida o un coche fue ahorrando y acabó por comprarse esa máquina pesada con un fuelle que se pasaba media hora manipulando antes de hacer una foto. Para colmo era la única que sabía utilizar la cámara (una vez había intentado explicarles los movimientos, la distancia focal y el número f, y los tres se habían distraído enseguida), pero cuando estaba en el último año de secundaria hizo una foto de familia, que su madre enmarcó y colgó en la pared del salón. Una vez plegada, la máquina se guardaba en una caja del tamaño de un maletín: a sus padres les disgustaba que ese trasto en el que se había gastado un dineral cupiera en un receptáculo tan pequeño.

¿Cómo reprocharles que no entendieran a su hija? Habían nacido en plena guerra, y sus padres (los abuelos de Mia), que se habían hecho adultos en la

época de la Gran Depresión, nunca desperdiciaban nada, ni siquiera la comida mohosa. Los Wright eran lo bastante mayores para recordar cómo los trapos se convertían en fieltro como parte del esfuerzo bélico, y las latas y la chatarra podían trocarse en balas y latas de explosivos plásticos. Llevaban el pragmatismo en la sangre. No malgastaban nada y, ante todo, no perdían el tiempo.

Así que habían dado por supuesto que Mia elegiría una universidad para gente práctica, como la de Pittsburgh o la Estatal de Pensilvania, y una carrera igualmente práctica, como administración de empresas o gestión hotelera. La fotografía, pensaban, era una manía pasajera de adolescente, como andar detrás de los chicos o hacerse vegetariana. ¿Para qué se habían deslomado tantos años? ¿Para que Mia tirara el dinero estudiando en una escuela de arte? Si tanto deseaba estudiar en un sitio así, tendría que costearse la carrera ella sola. No, no era tacañería. Era pragmatismo. No pensaban prohibirle nada y no, no estaban enfadados ni mucho menos; pero, cuando se sentaron con ella en el cuarto de estar para hablarle seriamente, se lo dijeron sin rodeos: eso del arte es una pérdida de tiempo. Estaban algo decepcionados y, desde luego, no iban a pagarle la carrera. «Te educamos para que fueses más sensata», dijo su madre en tono disgustado.

Mia estaba triste, pero no sorprendida: había sospechado que sus padres se opondrían. Siempre habían transigido con su afición, pero ahora ya tenía dieciocho años: sabía que las cosas no iban a seguir igual, porque a esa edad se suponía que uno ya era adulto y tenía que olvidarse de las manías juveniles, no aferrarse a ellas obstinadamente. Así que había hecho una serie de cálculos, y le habría extrañado mucho que sus padres hubiesen aceptado ayudarla económicamente. A la escuela de arte le gustaban tanto sus fotos que le habían ofrecido una beca. El alojamiento y la comida se los podría costear con un trabajo de media jornada. Sus padres se miraron: daban la impresión de haber sabido desde el principio que las amenazas serían inútiles. Luego digirieron la noticia en silencio.

Un día, cuando faltaba una semana para que se marchase, Mia estaba en su cuarto y de pronto apareció Warren en el umbral de la puerta.

—Mi, lo he estado pensando, y creo que deberías llevarte esto. —Lo dijo tan serio que a ella por poco le da la risa; pero, en ese instante, su hermano sacó del

bolsillo de atrás un fajo de billetes doblados—. No te dará para pagar todos los demás gastos, pero sí la mayor parte.

—¿Y el coche, Warren? —preguntó Mia.

Él había estado ahorrando para comprarse uno, y ya sabía hasta el modelo: después de investigar mucho había elegido el Volkswagen Rabbit. Su decisión la había extrañado, porque a Warren le pegaba más un Pontiac Trans Am o un Ford Thunderbird, algo más vistoso y alegre. Pero el Rabbit era de los pocos coches que podía permitirse, y además recorría, según los anuncios, 60 kilómetros por galón de gasolina, que en ese momento estaba a 1,10 dólares. A Mia le había sorprendido descubrir el lado práctico de su hermano, y que asomara justamente a la hora de elegir coche.

Warren tenía los billetes en la mano, pero Mia se la cerró y la apartó con suavidad.

—Cómprate ese coche, Wren —le dijo—. Cómpratelo y prométeme que me recogerás en la estación de autobuses cada vez que venga a casa.

Mia fue a Filadelfia en un autobús de la línea Greyhound, y allí cogió otro para Nueva York. Llevaba dos maletas: una con toda la ropa, y la otra con sus dos cámaras. Más tarde, una vez en la ciudad, vio anunciado en un tablón un piso para compartir con otras dos estudiantes de la escuela en Greenwich Village, no muy lejos del campus. También encontró un trabajo de camarera en un pequeño *diner* cerca de la estación Grand Central, y otro de dependienta en el Dick Blick<sup>15</sup> de la calle Houston oeste, donde se gastó lo que le quedaba de sus ahorros en material de trabajo, comprándolo con el veinte por ciento de descuento que se les ofrecía a los empleados.

Empezó a ir a clase. Tenía cinco asignaturas: Dibujo de la figura humana I, Luz y color I, Panorama del Arte I, Introducción a la teoría crítica y Fotografía I. Esta última, impartida por la célebre Pauline Hawthorne, era la que más ilusión le hacía.

Resultó que sus padres, sin pretenderlo, la habían preparado extraordinariamente bien para la vida universitaria.

Todas las mañanas se levantaba a las cuatro y media y se iba al *diner* a servir café a hombres de negocios que estaban a punto de coger el metro. Los platos calientes que cogía de la cocina le dejaban marcas con forma de arco en los

antebrazos. En el hospital, su madre siempre era agradable con los enfermos, incluso cuando tenía turno doble: se ponía a charlar con ellos sobre el recital de danza de una hija o los problemas que un hermano había tenido hacía poco con su coche, y les preguntaba por sus mascotas. A base de observarla durante años, Mia había adquirido la misma habilidad, por lo que ahora se acordaba de qué clientes querían nata y azúcar y cuáles se tomaban los huevos con ketchup y solían dejar la corteza del pan en el borde del plato: la siguiente vez, estos últimos veían, complacidos, que Mia ya la había quitado en la cocina. Estaba pendiente de las necesidades de todos: del mismo modo que su madre sabía exactamente cuándo había que administrar al enfermo una nueva dosis de morfina o cambiar la cuña, Mia aparecía con la cafetera en el momento justo en que el cliente vaciaba la taza, y estaba atenta a los pequeños gestos nerviosos y a los movimientos, que indicaban, respectivamente, que tenía prisa y había que darle la cuenta, o que estaba relajado e iba a tardar en marcharse. Por eso los hombres de negocios y los publicitarios solían sentarse en la zona de la cafetería donde ella servía, y casi siempre le dejaban un dólar (a veces cinco) de propina. En la cocina, cuando el encargado no estaba mirando, se comía los trozos de tostada que quedaban en los platos y los restos fríos de huevos revueltos. Ese era su desayuno.

Terminado el turno, se cambiaba de ropa en el pequeño lavabo para empleados, y antes de guardar el uniforme y el delantal en la mochila los enrollaba con esmero para que no se arrugaran: no tenía plancha, y de ese modo, tratando cuidadosamente la ropa, se evitaba ir a la lavandería durante una semana o dos. Luego iba a clase con vaqueros y camiseta.

Había aprendido a cambiar el aceite del coche observando a su padre, a conectar enchufes, cincelar y serrar; así que ahora manejaba con destreza sus herramientas de trabajo: sabía doblar un trozo de alambre o una lámina de metal sin que se quebrara, hacer pliegues limpios, abombar ligeramente los materiales, y torcer un tubo de cobre para que formase cualquier ángulo. Gracias a su madre sabía utilizar las telas (desde las más finas, como la gasa de las cortinas, hasta las más gruesas, como la lona), y su resistencia y hasta qué punto se podían estirar y cuánto peso soportaban. Además era capaz de limpiar cualquier herramienta de manera que no quedase la menor huella de los objetos con los que había estado

en contacto. En clase, cuando había que hacer una silla metálica, ella sabía soldar el material y fabricar un mueble sólido; y a la hora de trabajar con tejidos era igual de mañosa, convirtiendo, por ejemplo, trozos de pana y lino en un árbol de casi dos metros que asombraba hasta al profesor. Sabía hacer la pintura lo bastante fina para que fluyera en el lienzo y lo bastante gruesa para que cuajara como la arcilla, formando un grumo que podía convertirse en escultura. En clase de anatomía, cuando la modelo se desnudaba, dejando la bata tirada a sus pies, Mia era la única que no perdía el tiempo sonrojándose: enseguida empezaba a esbozar sus largas extremidades y la curva del pecho. Más de una vez había ayudado a su madre en el hospital, así que ya había visto demasiados cuerpos desnudos para andarse con remilgos.

A las tres de la tarde, después de las clases, se iba a trabajar otra vez. Tenía dos turnos por semana en el Dick Blick, donde vendía material de bellas artes a otros alumnos de la escuela y reponía existencias en el almacén. Además hablaba de arte con los estudiantes más veteranos, que se entretenían explicándole en qué andaban trabajando, y por qué preferían la espátula al pincel, el acrílico al óleo, o Fujicolor a Kodachrome. En el cuarto de atrás, su jefa (que sentía debilidad por ella, porque tenía una hija más o menos de su edad, y también porque le impresionaba que se hubiera buscado tres trabajos para pagar el alquiler) le dejaba quedarse con los lápices y pasteles que se habían roto de camino a la tienda, los tubos de pintura con agujeros y los pinceles y lienzos que llegaban abollados o se habían soltado. Mia se llevaba a casa todos los materiales que no podían venderse y luego los arreglaba, alisando los lienzos y poniéndoles cinta adhesiva por detrás, lijando los mangos desportillados de los pinceles y sacando punta a los lápices rotos. Así conseguía gratis la mayor parte de las herramientas que le hacían falta.

Tres noches por semana cogía la línea 1-9 de metro, se bajaba en la calle 116, y luego se ponía otro uniforme para trabajar en un bar que había cerca de la Universidad de Columbia. Los estudiantes a los que atendía solían ser engreídos o rijosos: gente desagradable en cualquier caso, y con el paso de las horas cada vez más; pero siempre dejaban propina. En una buena noche, Mia podía acumular hasta treinta o cuarenta dólares en el bolsillo del delantal. Se tomaba para cenar los restos de hamburguesa y pepinillos y las patatas fritas que

quedaban en los platos, y las propinas se las guardaba en los vaqueros.

Así fue sobreviviendo el primer año, y después de pagar el alquiler le quedaba algo de dinero. A veces, cuando llamaba a casa (sí, seguía en contacto con su familia: tanto Mia como sus padres insistían en que no había rencores, y ellos le preguntaban educadamente cómo le iba en los estudios y la escuchaban con interés, o por lo menos lo fingían), Warren le preguntaba si valía la pena lo que estaba haciendo. De los dos hermanos, él siempre había sido el vivalavirgen, y ella, la ambiciosa, la que tenía proyectos.

«Sí, vale la pena», le aseguraba, y a continuación le describía las clases y los cuadros que había estudiado esa semana. Pero de lo que más le gustaba hablar era de fotografía: esta asignatura era la verdadera razón por la que se levantaba todas las mañanas a las cuatro y media y luego trasnochaba.

De Pauline Hawthorne hablaba con un tono en el que se mezclaban el fervor de una colegiala enamorada y la devoción por una santa. Al principio no había estado claro que las cosas fueran a suceder así. En la primera clase de fotografía, los alumnos se habían sentado muy tiesos en los pupitres, con una cámara de 35 milímetros y dos cuadernos en las manos (este era el material indicado en la lista). Nada más llegar, Pauline se dirigió al fondo del aula, apagó las luces y, sin presentarse a la clase, encendió el proyector de diapositivas. De pronto apareció en la pantalla una foto de Man Ray: el retrato de una mujer voluptuosa con dos eses largas pintadas en la espalda, de manera que parece un violonchelo. Se hizo un silencio total. Al cabo de cinco minutos, Pauline movió el pulgar, y a la mujer-violonchelo sucedió un paisaje de Ansel Adams: el monte McKinley alzándose sobre un lago de aguas cristalinas. Los alumnos seguían sin decir nada. Se oyó otro clic, y a continuación apareció la famoso foto que Dorothea Lange había hecho en la época de la Dust Bowl<sup>16</sup>: una mujer con el pelo oscuro peinado con una raya profunda al lado, y un levísimo esbozo de sonrisa dibujándosele en la esquina de los labios. Así, en las dos horas que duró la clase, se fueron proyectando una serie de fotos que todos reconocían, pero nadie había mirado nunca largo rato (y Pauline debió de notar lo). Mia, que ya las había visto en la biblioteca, descubrió que, cuando las observaba detenidamente, adquirían rasgos desconocidos, como los rostros de las personas que amaba.

Al cabo de dos horas, Pauline apagó el proyector. Las luces se encendieron de

pronto, y los estudiantes parpadearon.

–La próxima vez quiero que traigáis la foto de la que estéis más orgullosos – dijo Pauline, y acto seguido se marchó.

Esas fueron las únicas palabras que pronunció en toda la clase.

Después de pensarlo mucho, Mia eligió una de las fotos que había hecho con la cámara grande. En la asignatura de introducción a la fotografía estudiaban únicamente las máquinas que se cogían con las manos; pero Pauline había dicho «la foto de la que estéis más orgullosos». Mia había subido a lo alto de la colina que había detrás de la casa de Pittsburgh y fotografiado a su hermano jugando al hockey en el jardín. La casa y el resto del barrio se veían diminutos.

Al entrar en el aula, los estudiantes vieron fichas con sus nombres pinchadas en las paredes. Cada tarjeta tenía un clip en la parte de abajo para sujetar la foto. Pauline llegó con dos minutos de retraso, y esta vez tampoco se presentó. Luego se fueron juntando todos delante de cada foto: la profesora comentaba la composición o las técnicas utilizadas, y los alumnos contestaban con timidez a las preguntas que les hacía sobre el punto de vista y el color. En algunas fotos se había construido la escena cuidadosamente; en otras se notaba que el estudiante nunca había estudiado fotografía, porque eran simples retratos de familia. También había una o dos con pretensiones artísticas: la silueta de una chica a contraluz, con una pantalla de cine enorme al fondo; un primer plano del cordón de un teléfono enrollado alrededor del auricular.

Mia, como todos sus compañeros, se había preparado para las preguntas. Desde la primera clase estaban, en efecto, convencidos de que Pauline era uno de los «dragones», como llamaban a los profesores más temibles, los que disfrutaban poniendo en evidencia a los alumnos, porque creían que la mejor manera de espabilarlos era criticar despiadadamente su trabajo. Para sorpresa de Mia, esta impresión resultó errónea: Pauline era seca, sí, pero en todas las fotos encontraba algo digno de resaltar y elogiar. «Observad cómo se ríe la hermana pequeña –dijo señalando uno de los retratos familiares–. Es la única que no mira a la cámara, y por eso da la sensación de que hay algo fuera de campo. ¿Es una rebelde? ¿O acaso se adivina en ese detalle el talante de toda la familia?» A propósito de otra foto comentó: «Fijaos en el rascacielos. Parece a punto de atravesar la luna. La perspectiva aquí está bien pensada». Hasta las críticas (tan frecuentes como los

elogios) sorprendieron a Mia. «El agua es dura –dijo lacónica cuando alguien observó lo borrosa que estaba una foto de una cascada–. Supongamos que lo hizo a propósito. ¿Qué efecto produce?»

La última foto era la de Mia. Una vez reunidos todos delante, Pauline se paró un momento, como desconcertada, y luego la miró detenidamente. Pasaron dos, tres, cuatro, cinco minutos, y el silencio se fue haciendo cada vez más tenso. «¿Quién es Mia Wright?», preguntó por fin, y Mia dio un paso hacia delante. Todos sus compañeros retrocedieron, como para evitar que el rayo les alcanzara. Pauline empezó a hacerle preguntas. ¿Por qué hiciste esto tan pequeño? ¿Por qué va esta línea de derecha a izquierda? ¿Por qué moviste la cámara así? ¿Por qué enfocaste el palo de hockey y no la red? Mia respondió lo mejor que pudo: había pretendido, dijo, mostrar lo pequeños que eran la casa y el jardín en comparación con las colinas que había más allá; y también la textura de la hierba y el modo en que las botas de su hermano la aplastaban. Sin embargo, cuando las preguntas de Pauline se hicieron más técnicas, se puso nerviosa y empezó a titubear. No sabía explicar bien por qué, pero esa línea le había parecido la acertada, lo mismo que el movimiento de cámara y la profundidad de campo. Por fin terminó la clase, y Pauline asintió con la cabeza y se alejó.

«La próxima vez traed la cámara –dijo–. Vamos a empezar a hacer fotos.» Entonces cogió el bolso y se marchó. Mia se quedó con la duda de si había superado la prueba o, por el contrario, fracasado estrepitosamente.

Las semanas siguientes, Pauline la trató como una alumna más. La clase aprendió a enrollar y desenrollar el carrete, componer la foto y calcular la apertura y amplitud justas. Mia sabía hacer todo esto gracias al señor Wilkinson y porque llevaba años experimentando con la cámara. Sin embargo, las clases le sirvieron para componer una toma de manera menos intuitiva y más metódica, por utilizar las palabras de Pauline. Ahora ya sabía explicar las razones por las que había elegido una apertura de diafragma determinada. Se trataba de hacer los ajustes acertados, y también de precisar por qué lo eran.

Un día, cuando llevaban tres semanas de curso y ya habían empezado a hacer copias, Pauline se paró delante de la mesa de Mia en el cuarto oscuro. En aquel resplandor rojo parecía tallada como un rubí gigante.

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando con la cámara de fuelle? –le preguntó, y

después de oír su respuesta dijo—: ¿Quieres enseñarme más fotos?

El sábado siguiente, Mia se presentó en el apartamento de Pauline con un sobre lleno de fotos en la mano. El edificio tenía portero: ella nunca había visto ninguno, así que, cuando el tipo preguntó a qué piso iba, no le oyó de puro obnubilada, y luego fue apretando uno a uno los botones del ascensor y bajándose en cada piso para mirar el nombre que figuraba en la puerta. Cuando llegó al sexto vio a Pauline esperándola en el umbral.

—Por fin. El portero llamó hace diez minutos para avisar de que habías llegado. Me empezaba a preocupar.

Estaba descalza, pero, por lo demás, tenía el mismo aspecto que en clase: camiseta negra, falda larga del mismo color, y pendientes con abalorios que tintineaban como campanillas cuando caminaba. Mia, ruborizada, la siguió hasta una habitación grande, blanca e iluminada por el sol. Todo parecía brillar. Ella había supuesto que la casa de una fotógrafa estaría llena de fotos, pero no había nada en las paredes. Más tarde supo que Pauline tenía el estudio en el piso de arriba y que nunca colgaba fotos, porque, cuando no estaba trabajando, le gustaba moverse por habitaciones blancas y desnudas. Es para refrescar el paladar, le explicó.

Se sentaron en un sofá Chester gris y fueron colocando las fotos en la mesita que había delante. Pauline tenía, como el segundo día de clase, infinidad de preguntas que hacerle. ¿Por qué colocaste la cámara tan baja en esta foto? ¿Por qué te acercaste tanto en esta otra? ¿No se te ocurrió cambiar la inclinación? ¿En qué estabas pensando cuando hiciste esta toma? Mia fue perdiendo la timidez a medida que hablaba. De pronto entró una mujer con dos tazas de café y las dejó en las mesillas de los extremos del sofá: Mia estaba tan enfrascada en las fotos que dio un respingo.

—Mal —dijo Pauline. Señaló a Mia con aire indiferente—: Mal, te presento a Mia Wright. Es alumna mía.

Mal era delgada y tenía el pelo largo, castaño y rizado. Llevaba vaqueros y una blusa verde y estaba descalza, como Pauline.

—Pensé que os apetecería un café. Encantada de conocerte, Mia.

Besó a Pauline en la coronilla y se fue.

Mia pasó toda la tarde allí, y luego tuvo que marcharse, porque tenía turno en

el bar. Pauline y Mal insistieron en que se quedara a cenar: finalmente les confesó que tenía que irse a trabajar.

–La semana que viene entonces –propuso Pauline–; cuando tengas el día libre.

En los meses siguientes las visitó con frecuencia. Además de hablar con Pauline de fotografía la veía trabajar en su estudio y la oía reflexionar en voz alta sobre lo que estaba haciendo.

–Me ha dado por leer libros sobre el Antiguo Egipto –le contaba mientras abría uno–. Dime qué te parece esto.

En la cena probaba cosas nuevas: alcachofas, aceitunas, *brie*. Resultó que Mal era poeta y había publicado varios libros.

–La poesía no le interesa a nadie –le dijo una vez, riéndose con tristeza.

Le prestaba montones de poemarios: Elizabeth Bishop, Anne Sexton, Adrienne Rich.

Cuando llegó el invierno, Mia empezó a enseñarle fotos suyas a Pauline casi todas las semanas. Hablaban de ellas, y Pauline la forzaba a expresar con claridad lo que había hecho y por qué. Hasta entonces, Mia se había guiado por la intuición a la hora de trabajar: su profesora la animó a pensar con detenimiento antes de hacer fotos, prepararlas minuciosamente y comunicar algo en cada una, por sencilla que pareciese. «Nada es casual», le recordaba una y otra vez: era su frase preferida, y Mia se enteró de que la aplicaba no solo a la fotografía, sino a la vida en general. Nada era simple en aquella casa. En la de sus padres, las cosas eran buenas o malas, correctas o equivocadas, provechosas o inútiles: no había término medio. Para Pauline y Mal, en cambio, existían los matices, y todo tenía un lado oculto. Siempre valía la pena examinar las cosas, mirarlas de cerca.

Después de aquellas sesiones, Pauline y Mal se empeñaban en que Mia se quedase a comer. Ya sabían que tenía tres trabajos: en la cena, Mal insistía en que repitiera, y luego le daba fiambreras con las sobras para que se las llevara a casa. La siguiente vez, Mia le devolvía los recipientes. De hecho, le habrían ofrecido uno de los cuartos de invitados para que se quedara a dormir, y hasta la habrían animado a instalarse en su casa, si a alguna de las dos se le hubieran ocurrido las palabras justas.

Era obvio, en efecto, que Mia tenía su orgullo. Aceptaba su hospitalidad y se la agradecía de veras; pero después de la primera visita empezó a hacerles pequeños

regalos que había elaborado ella misma. Siempre se acordaba de llevarles algo: un montón de hojas recogidas en Central Park y atadas con un lazo en un ramillete; una cestita del tamaño de un dedo pulgar fabricada con hierba; un dibujo de las dos que había hecho con tinta; y hasta un puñado de pequeños guijarros blancos (Pauline le comentó que había emprendido un nuevo proyecto con las piedras como *leitmotiv*). A Mia le daba apuro la generosidad que sus anfitrionas le mostraban ofreciéndole su comida, sus conocimientos, su afecto: Pauline y Mal sabían que esos regalos la hacían sentirse menos incómoda, y que, de no ser por ellos, su amor propio le impediría visitarlas de nuevo.

Las dos siempre tenían ganas de que volviera. En Navidades ya estaba claro para todo el mundo (para Pauline, Mal, los otros profesores y sus compañeros) que Mia tenía un talento extraordinario.

–Vas a ser famosa; lo sabes, ¿no? –le dijo su hermano una tarde.

Ella había regresado a casa para las vacaciones, y Warren había cumplido su promesa yendo a recogerla a la estación de autobuses en el Volkswagen Rabbit de color canela que había comprado en el otoño. Ahora, cinco días después del de Navidad, la llevaba de vuelta a la estación por carreteras secundarias con muchos recodos: sin apenas discutirlo, los dos habían convenido en dar un rodeo para retrasar la despedida. Él ya había empezado la secundaria, y su hermana le encontró cambiado: no más alto, pero sí más maduro, con la voz grave y el cuerpo más ancho, en armonía con las manos, los dedos y los pies, que durante años habían sido desproporcionadamente grandes. Aunque apenas se veían en la luz declinante del atardecer, Mia distinguió los primeros pelos de la barba.

–Ya veremos –contestó–. ¿Y tú? ¿Qué quieres ser de mayor?

Cuando Warren tenía cinco años, una profesora de la guardería le había hecho la misma pregunta, y él había respondido contándole lo que iba a hacer esa tarde: su imaginación infantil no llegaba más lejos. Desde entonces, «¿Qué quieres ser de mayor hoy?» significaba para los hermanos «¿Qué planes tienes para hoy?». Aún hoy, Mia le tomaba el pelo a Warren, que nunca parecía capaz de proyectar nada con más de una semana o dos de antelación.

–El viernes me voy de caza con Tommy Flaherty –le dijo a su hermana–. Queremos hacer una última excursión antes de que empiecen las clases.

Mia hizo una mueca. La caza siempre le había parecido un pasatiempo

reprobable, aunque todos los vecinos tenían en casa por lo menos una cabeza de ciervo.

–Te llamaré cuando llegue –dijo Mia, y le dio un beso en la mejilla.

Le impresionó de nuevo su cambio físico, lo esbelto y lo fuerte que se había puesto. Pensó si no estaría saliendo con alguna chica. ¿Qué aspecto tendría la siguiente vez que se vieran? ¿Y cuándo sería? En verano, quizá, a menos que ella estuviese trabajando. Había tantas cosas que hacer. Llevaba apenas unos meses en Nueva York, y sin embargo ya había madurado como artista: las largas horas que pasaba hablando con Pauline y estudiando lo que creaban sus compañeros, e incluso sus múltiples trabajos, en los que no paraba de conocer gente nueva, la habían enriquecido mucho. Se había vuelto más perspicaz y metódica, y sus fotografías, más audaces y complejas desde el punto de vista técnico. Todo el mundo (incluidos Mia y Warren, que en ese momento se asomó a la ventanilla del copiloto para despedirse de ella) estaba convencido de que llegaría lejos. Nada la iba a distraer de su trabajo artístico, se dijo. La fotografía era lo único que importaba: no iba a permitirse pensar en otra cosa.

Estaba tan centrada en el trabajo que, cuando aquel día de marzo el hombre del maletín se la quedó mirando, tardó un rato en darse cuenta. A media tarde cogió el metro en la calle Houston para ir a trabajar al bar que había cerca de la Universidad de Columbia. El tren 9 estaba sorprendentemente tranquilo: no había más que unos cuantos pasajeros. Mia iba pensando en el trabajo que había propuesto Pauline (se trataba de «mostrar cómo se va transformando algo a lo largo del tiempo») cuando de pronto notó en la piel ese hormigueo que indicaba que alguien la estaba observando. Se había acostumbrado a las miradas de los hombres (era Nueva York, a fin de cuentas) y, como todas las mujeres, había aprendido a ignorarlas, lo mismo que los silbidos que a veces las acompañaban. Pero de ese hombre no sabía qué pensar. Parecía respetable: traje a rayas bien cortado, pelo oscuro, el maletín apretado entre las piernas. Wall Street, pensó. Su mirada no era lasciva, ni siquiera pícara; pero había algo, una extraña mezcla de reconocimiento y hambre, que la inquietaba. Tres paradas después, el tipo seguía observándola, así que Mia recogió sus cosas y se bajó en Columbus Circle.

Al principio pensó que había desaparecido. El tren se alejó, y ella se sentó en un banco mugriento para esperar al siguiente mientras los otros pasajeros iban

abandonando la estación. Entonces le vio de nuevo: esta vez tenía el maletín en la mano y estaba explorando el andén con la mirada. Buscando a Mia, sin duda. Antes de que el tipo la viese, ella giró la cabeza y se dirigió a las escaleras que había al final del andén, y luego atravesó el túnel en dirección al andén donde se cogía el tren C. Caminaba deprisa, aunque procuró no llamar la atención. Ya sabía que iba a llegar tarde al trabajo, pero daba lo mismo. Se bajaría en la siguiente parada o quizá en la otra, y luego, una vez que hubiese dado esquinazo al hombre del maletín, iría andando hasta Broadway para coger el tren correcto.

Cuando llegó el tren C, Mia entró en uno de los vagones centrales y echó un vistazo a los asientos. El vagón estaba medio lleno: había suficientes pasajeros para permitirle pedir ayuda si fuese necesario, pero tampoco demasiados: no quería que el tipo aprovecharse el apelotonamiento para intentar hacerle algo. Se sentó en uno de los asientos del centro. Cuando el tren se paró en la calle 72, aún no había rastro de él. Más tarde, en el preciso instante en que Mia se levantaba para bajarse en la calle 81, se abrió la puerta que había al final del vagón y apareció con su maletín. Estaba algo despeinado, con varios mechones cayéndole sobre la frente: daba la impresión de haber corrido por los vagones en busca de Mia. Sus miradas se cruzaron, y ella ya no podía fingir que no le había visto. A su compañera de piso la habían asaltado dos veces cuando volvía a casa por la noche, y una compañera de clase, Sandra, le había contado cómo, en cierta ocasión, un hombre la había agarrado de la coleta y empujado hasta un callejón que daba a la calle Christopher: al final se había desembarazado de él, aunque había perdido un mechón de pelo en el forcejeo (Mia le había visto la calva). Estaba claro que el tipo iba a abordarla ahora: daba lo mismo que ella se quedara en el tren o se bajara.

Finalmente salió del vagón, y él la siguió. En el andén, los dos se quedaron quietos un instante. No había ningún conductor ni ningún policía a la vista: solamente una anciana con andador que se dirigía a las escaleras, y, al final del andén, un mendigo con unas deportivas rotas que se había quedado dormido. Si salía corriendo, pensó ella, tal vez llegaría a las escaleras sin que él la atrapara.

–¡Espera! –dijo el hombre mientras el tren se alejaba–. Solo quiero hablar contigo. Por favor.

Se paró y levantó las manos. Era más joven de lo que ella había creído –

cuarenta y pico años, quizá—, y también más delgado. El traje era de lana y estaba bordado con hilo de plata: le habría costado un dineral, lo mismo que los zapatos de cordobán con borlas y suelas de cuero. No era, desde luego, el tipo de calzado que llevaría un hombre que estuviese acostumbrado a correr.

—Escúchame, por favor —prosiguió—. Siento haberte seguido y haberme quedado mirándote. Debiste de pensar... —Movi6 la cabeza pesaroso—. Lo comprendo. No me gusta que mi mujer coja el metro, porque temo que un desconocido la siga.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo Mia con voz ronca.

No se había dado cuenta de lo seca que tenía la garganta. Apretó las llaves que llevaba en el bolsillo de atrás. *Parece que no es mucho*, pero duele, le había dicho Sandra.

—Deja que te explique —dijo el hombre—. Descuida, que no me muevo de aquí. No me acercaré ni un milímetro. —Colocó el maletín entre las piernas, y Mia se relajó un poco: en el caso de abalanzarse sobre ella, el tipo se tropezaría.

Se llamaba Joseph Reed («Joey», se corrigió enseguida) y trabajaba en Wall Street, como ella había supuesto. Soltó una serie de apellidos: Mia se acordó de que era uno de los grandes bancos de inversión. Vivía con su mujer en Riverside Drive, y ahora se dirigía a su casa. Habían sido novios en el instituto, llevaban casados nueve años y no tenían hijos.

—No podemos —explicó—. Ella no puede tener hijos y... —Se detuvo, la miró implorante, y luego se pasó una mano por el pelo y respiró hondo, como quien se sabe a punto de decir un disparate—. Buscamos a alguien que pueda gestar al bebé. La persona indicada. Pagaríamos generosamente.

Mia estaba aturdida. Se clavó la punta de la llave en el pulpejo, esta vez para asegurarse de que no estaba soñando.

—Lo que usted quiere... —dijo finalmente—. ¿Por qué yo?

Después de revolver en el bolsillo, Joseph Reed sacó una tarjeta de presentación.

—Cógela, por favor. Solo te pido que vengas a hablar con nosotros. ¿Qué tal mañana a la hora de comer? Te invitamos, por supuesto.

Mia dijo que no con la cabeza.

—Tengo que trabajar. No puedo...

—¿Cenamos juntos entonces? Mi mujer y yo te lo explicaremos todo. Mira... quedamos en el Four Seasons. ¿A las siete te viene bien? Por lo menos te puedo asegurar que comerás estupendamente. —Meneó la cabeza como un colegial aplicado y cogió el maletín—. Si no vienes lo entenderé —añadió—. Me imagino lo raro que debe de ser que un desconocido te proponga algo así. Y además en un andén del metro. Pero piénsatelo, te lo ruego. Nos harías un favor enorme. Nos cambiarías la vida.

Se dio la vuelta y subió por las escaleras. Mia se quedó de pie en el andén con la tarjeta en la mano.

Mia nunca dejaría de preguntarse cómo habría sido su vida si ese día no hubiese ido al restaurante. Al principio le había parecido casi una broma: tenía cierta curiosidad por escuchar al matrimonio, y además iba a comer bien. Más tarde, por supuesto, se daría cuenta de que su encuentro con los Reed lo había cambiado todo para siempre.

Esa tarde, cuando entró en el vestíbulo del hotel Four Seasons desde la acera de la calle 52, llevaba el vestido más elegante que tenía: el que se había puesto para la boda de su prima Debbie el año anterior. Ahora le quedaba corto y un poco ajustado, pero, aunque le hubiese estado bien, habría seguido desentonando en aquel hall tan lujoso, con su gigantesca araña, su espléndida alfombra y sus exuberantes plantas. Hasta la atmósfera era espesa y opulenta, como de terciopelo: apenas oía el taconeo de las mujeres y la cháchara de los hombres con traje, que parecían pasar sigilosos, como barcos que se deslizan por el océano. Joseph Reed no le había indicado el punto de encuentro, así que se quedó esperando a un lado, incómoda, fingiendo admirar el cuadro que cubría una de las enormes paredes. Procuró no llamar la atención del *maître*, que rondaba como un fantasma solícito la puerta del comedor.

Esperaré cinco minutos más, pensó, y si no han llegado para entonces me voy. Entonces se percató de que no llevaba reloj, así que empezó a contar despacio, como cuando jugaba de niña al escondite con Warren. Contaría hasta trescientos, y luego se marcharía a casa y se olvidaría de todo ese disparate. De pronto, cuando iba por ciento noventa y ocho, Joseph Reed apareció discretamente a su lado, como un camarero.

–Picasso –dijo.

–¿Cómo?

–El tapiz. –Allí, en el vestíbulo, parecía casi tímido: Mia estuvo a punto de olvidarse del miedo que había pasado el día anterior—. Bueno, en realidad no es un tapiz. Lo pintó en una cortina. Le habían encargado un cuadro, pero, como no tenía tiempo, les dio eso. Siempre me ha gustado.

–Pensé que vendría con su mujer –dijo Mia.

–Está esperando en la mesa.

Hizo ademán de cogerla del brazo, pero luego lo pensó mejor y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Su caballerosidad era casi cómica, pensó Mia mientras le seguía por el pasillo.

Una sala blanca enorme y, en el centro (Mia parpadeó), un estanque esmeralda. Árboles de rosas adornados con luces. Era como un bosque feérico oculto en un edificio de oficinas de Nueva York. En todas partes se oía el rumor de las conversaciones. En la ventana ondulaban, a pesar de que no había brisa, unas cortinas de gasa con estampado de cadenas. Entonces ocurrió algo extraño. Mientras atravesaba el comedor detrás de Joseph Reed, que se dirigía a la mesa de la esquina, Mia se vio a sí misma sentada allí, con un vestido azul marino y un cóctel en la mano. Le pareció acercarse a un espejo, y al llegar a la mesa se paró desconcertada. La mujer se levantó e inclinó hacia delante para estrecharle la mano.

–Soy Madeleine –dijo, y Mia tuvo la inquietante sensación de tocar su reflejo en un estanque.

El resto de la noche fue como un sueño. Cada vez que miraba a aquella mujer, Mia se veía a sí misma: Madeleine Reed tenía el pelo oscuro y rizado como ella, y facciones parecidas a las suyas, y hasta algunos de los mismos gestos: ella también se mordía el labio inferior y se tiraba distraídamente de los rizos hasta que tocaban el lóbulo de la oreja, y luego los dejaba retroceder como un muelle. No eran idénticas (Madeleine tenía el mentón algo más afilado, la nariz un poco más estrecha y la voz más grave y expresiva, casi bronca) pero podían pasar por hermanas. Esa noche, mucho después de que el taxi la hubiese dejado en casa, Mia se quedó despierta pensando en lo que le habían contado.

A Madeleine, con diecisiete años, aún no le había llegado la regla: al examinarla, el médico descubrió que no tenía útero. Le ocurría a una de cada cinco mil mujeres: la enfermedad tenía un nombre alemán muy largo (MAyer... algo) que Mia no captó bien. El caso es que los Reed solo podían tener un hijo por gestación subrogada, es decir, con un vientre de alquiler. Era 1981, tres años antes de que los medios de comunicación anunciaran a bombo y platillo el nacimiento de Louise Brown, el primer bebé probeta; así que todavía parecía improbable que se llegara a aplicar con éxito este método de reproducción, y a la gente, por lo demás, le seguía inquietando la idea de crear un bebé en una placa de Petri. «Nosotros no queremos eso –había dicho Madeleine mientras sus finos dedos daban vueltas al tallo de la copa de vino–. Nada de Frankenbebés. No, gracias.» La pareja se había decidido por un método más antiguo: tan antiguo como la Biblia, comentó Joseph. El espermatozoide del padre y el óvulo de la mujer más idónea, que prestaría su vientre para gestar al bebé. Llevaban meses buscando (discretamente, añadió Madeleine) una madre sustituta con los rasgos indicados, y no habían encontrado ninguna. Pero el día anterior, cuando volvía en metro de un almuerzo de trabajo, Joseph Reed había visto un rostro familiar en el otro extremo del vagón. Parecía cosa del destino.

–Lo vemos como una oportunidad para ayudarnos el uno al otro –explicó él.

Se miraron, y Madeleine hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Entonces se pusieron un poco más derechos y se volvieron hacia Mia, que dejó el tenedor en el plato.

–No vayas a pensar que esta decisión la tomamos a la ligera –dijo Madeleine–. Llevamos mucho tiempo pensándolo y buscando a la mujer idónea. –Cogió la jarra de agua y le rellenó el vaso a Mia–. Creemos que eres tú.

Ahora, en su cuarto, Mia se puso a hacer cálculos. Le habían ofrecido diez mil dólares para que llevara un bebé sano en su vientre. Había sonado a oferta de trabajo, como si estuvieran exponiendo todas las ventajas económicas del puesto de la manera más persuasiva posible.

–Naturalmente, pagaríamos todos los gastos médicos –añadió Joseph.

Al final de la cena le pasó a Mia una hoja de papel doblada.

–Aquí tienes nuestro número de teléfono. Piénsatelo. Redactaremos un contrato para que le eches un vistazo. Esperamos tu llamada.

Ya había pagado la cuenta. Mia no había llegado a verla, pero estaba claro que la cena les había costado un dineral: habían tomado ostras y vino tinto, y un hombre con esmoquin les había preparado *steak tartare* en la mesa, colocando con destreza la yema de huevo sobre la carne roja.

Joseph le consiguió un taxi, y luego la ayudó a subirse.

–Esperamos tu llamada –repitió.

En ese instante, Mia miró detrás de él, hacia el cristal del vestíbulo, y vio a Madeleine abotonándose el cuello de piel del abrigo. Cuando ya había cerrado la puerta y el taxi había puesto rumbo a su pisito del centro, desdobló la hoja y vio la mareante cifra: 10.000 dólares. Debajo había escrito «por favor».

A la mañana siguiente se despertó con la sensación de haber vivido un sueño rarísimo, pero luego vio la hoja arrugada en el tocador. Qué locura, pensó. Su útero no era un piso en alquiler. No se imaginaba gestando un bebé, ni mucho menos cediéndolo a otra persona. En aquella mañana gris, lo ocurrido la noche anterior le pareció una fantasía infantil. Movié la cabeza en un gesto de incredulidad, guardó la hoja en el cajón del tocador y sacó el uniforme de trabajo.

Unas semanas más tarde, Mia supo que no le iban a renovar la beca. La noticia conmocionó a todo el mundo. Fue a ver a Pauline y Mal, y, cuando le abrieron la puerta, les dio la carta sin decir nada. Había abierto el sobre con el dedo.

Estimada señorita Wright:

Confiamos en que su primer año en la New York School of Fine Art le haya sido de provecho. Sin embargo, lamentamos informarla de que, por falta de fondos, nos es imposible mantener la ayuda económica de que es beneficiaria en el curso académico 1981-1982. Naturalmente, esperamos que prosiga sus estudios en la escuela el año próximo y...

–Son unos cretinos –dijo Pauline, lanzando la carta sobre la mesita del café–. No tienen idea del talento que están desperdiciando.

–Esto es cosa del estado –dijo Mal. Recuperó la carta y la metió en el sobre–. Cortan los fondos para que la escuela cubra más gastos, y adiós a las becas.

–No tiene importancia –dijo Mia–. Buscaré otro trabajo y ahorraré en verano.

Más tarde, sin embargo, cuando bajaba en el ascensor, apoyó la cabeza contra el espejo y trató de contener las lágrimas. Si trabajase más horas no le iba a

quedar tiempo para ir a clase. En cualquier caso, el dinero ya casi no le alcanzaba para vivir. Si trabajase todo el verano a jornada completa... Volvió a hacer cálculos mentales. A menos que encontrara un trabajo con el doble de salario, no podría permitirse seguir en la ciudad.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Se había abierto el ascensor y allí estaba el afable portero, mirándola a través de las gafas. Detrás de él, la alfombra de color vino llegaba hasta las puertas de vidrio grueso que aislaban el vestíbulo de la Quinta Avenida. Allí reinaba un silencio como de biblioteca, pero Mia sabía que fuera estaban las aceras agrietadas y el ruido y el ajetreo y la ferocidad de Nueva York.

—Sí, estoy bien —respondió.

Ya se conocían un poco, como tanta gente en Nueva York. Él se llamaba Martin, había crecido en Nueva Jersey, era hincha de los Mets (y no de los Yankees, le decía: *jamás* de los Yankees), y en casa tenía una perra salchicha, Rosie. Por su parte, Martin sabía cómo se llamaba ella, y que era protegida de Pauline y Mal, a las que se refería afectuosamente como las «damas artistas». Aunque Mia apenas le había contado nada más de su vida, su mirada experta había adivinado bastantes cosas por la cámara de fotos que le colgaba del cuello, el uniforme de colores blanco y negro que todavía vestía a veces, y las fiambreras que Mal solía insistir en que se llevara a casa. Tuvo ganas de darle una palmadita en el hombro, pero se contuvo.

—Que pase una buena noche —dijo mientras le abría la puerta con la mano enguantada.

Mia salió a la Quinta Avenida y dejó que la ciudad la devorara.

## Catorce

MIA NO LO CONSULTÓ CON SUS PADRES ni con sus compañeros, ni siquiera con Pauline y Mal: más tarde, volviendo la vista atrás, llegaría a la conclusión de que ya estaba decidida. Un día después de recibir la carta de la escuela le pidió al encargado de la cafetería una subida de sueldo. «Ojalá pudiera –le respondió–; pero, si os pago más a ti y a las otras chicas, tendré que subir los precios y perderé clientes.» La encargada del Dick Blick le dijo lo mismo, así que Mia ni siquiera se molestó en abordar al dueño del bar. Durante una semana, Pauline la invitó repetidamente a su casa a cenar, pero ella siempre buscaba alguna excusa para no ir: Mal (y seguramente la propia Pauline) enseguida notó que le pasaba algo. El domingo, en lugar de visitarlas como de costumbre, les mandó una nota diciendo que tenía gastroenteritis. Esa semana no pensó más que en las tasas de la matrícula... y en los Reed. Andaba tan distraída que echó a perder un rollo entero de película sacándolo de la lata cuando la luz estaba encendida: no le había ocurrido nunca. En otra ocasión se le cayó un plato con huevos en el *diner*, se cortó el dedo con una esquirra, y vio la sangre correr por la porcelana blanca. Durante el día no paraba de pasarse la mano por el vientre, como si allí dentro fuera a encontrar algo que la ayudase a ver las cosas con lucidez.

Una tarde, en un descanso del trabajo, se sacó del bolsillo la tarjeta de presentación de Joseph Reed (la que le había dado el primer día) y fue a coger el metro. Igual era un estafador. ¿Cómo podía estar segura de que los Reed fueran a pagarle lo prometido? Era posible, incluso, que le hubieran dado un apellido falso. En cualquier caso, la dirección que figuraba en la tarjeta era la de Dykman, Strauss, Tanner & Giroux, un reluciente edificio de vidrio en pleno Wall Street. Se quedó indecisa unos minutos delante del vestíbulo, observando cómo los reflejos de los transeúntes se deslizaban por el cristal, solapándose

momentáneamente con las sombras de la gente que había dentro. Por fin empujó la puerta giratoria y se dirigió a las cabinas telefónicas que atravesaban el vestíbulo. Después de meter una moneda de cuarto de dólar por la ranura marcó el número que figuraba en la tarjeta. Al cabo de un instante oyó una voz de mujer.

–Dykman, Strauss, Tanner & Giroux. Despacho de Joseph Reed.

Mia colgó, y acto seguido se puso la guía telefónica en el regazo. Joseph Reed: en Manhattan había seis personas con ese nombre, pero ninguna vivía en Riverside Drive. Soltó la guía, que se balanceó en la cadena, y revolvió en el bolsillo buscando otra moneda de un cuarto. Esta vez llamó al teléfono de información, y le dieron unas señas. Estaba a punto de empezar su turno en el bar, pero daba lo mismo: cogió el metro en dirección a la zona norte de la ciudad, y al cabo de un rato llegó a un edificio de ladrillo rojo construido antes de la guerra, con un toldo negro y un portero. Era obvio que quienquiera que viviese allí podía pagar diez mil dólares por un niño.

Al día siguiente, Madeleine Reed se fue a dar un paseo por la tarde, y Mia la siguió durante una hora, primero hasta la calle 86, luego por el parque, y finalmente de vuelta a su casa. Cuando salió del edificio, el portero le abrió la puerta: ella hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, y a continuación se paró en la acera y se dio la vuelta para decirle algo que le hizo sonreír. Después de darle una palmadita en el brazo se marchó. En el camino, Mia vio cómo caminaba más despacio al cruzarse con las mujeres que llevaban cochecitos, cómo sonreía a los bebés, ya estuvieran alegres, quejosos o dormidos, y también a las mujeres: después de saludarlas les preguntaba cómo estaban y hacía algún comentario sobre el tiempo, aunque Mia notaba la expresión de avidez en sus ojos. Cuando iban a entrar en un café, una pastelería o una tienda de ultramarinos, Madeleine se apresuraba a abrirles la puerta –incluso a las niñeras con bebés cuya tez blanca indicaba claramente que no podían ser suyos–, la sujetaba un buen rato y finalmente la cerraba despacio y con una mirada triste. En cierto momento se cruzó con una madre que caminaba a toda prisa con zapatos de tacón, y, cuando vio caer un chupete del cochecito, lo cogió enseguida y fue corriendo detrás para dárselo. Mia nunca se había fijado en la cantidad de bebés que había en la ciudad: estaban en todas partes. Las calles eran

un ostentoso espectáculo de fecundidad. De pronto sintió mucha lástima de Madeleine Reed. La pobre mujer se paró en un puesto de flores y se llevó, envuelto en papel verde, un ramo de peonías que aún tenían los capullos bien cerrados. Luego se dirigió a su casa, y Mia no quiso seguirla más.

Al final fueron las matemáticas las que la decidieron: eso se dijo, al menos. La suma que ofrecían los Reed le alcanzaría para pagar dos cursos más en la escuela. Entretanto podía ganar suficiente dinero para costearse el resto de la carrera. En caso de aceptar la oferta podría continuar sus estudios. En caso de rechazarla, tendría que dejarlos. La elección parecía obvia. Además les haría un gran favor. No cabía duda de que los Reed eran gente buena y honesta. Qué desesperados debían de estar, pensó, por tener un hijo. Ella les podía ayudar. Les iba a ayudar: se lo repitió a sí misma una y otra vez, y luego levantó el auricular y marcó su número.

Tres semanas más tarde salió de la consulta del obstetra con una carta que certificaba su buen estado de salud, la ausencia de enfermedades contagiosas y su aptitud anatómica para la gestación y el parto. «Unas caderas idóneas para dar a luz –le había dicho el médico en tono zumbón mientras ella sacaba los pies de los estribos–. Todo está perfecto, por lo que veo. Si quiere quedarse embarazada, no habrá ningún problema.» Una semana después pidió autorización a la escuela para interrumpir los estudios un año.

Un día, a principios de abril, cuando faltaba poco para que terminasen las clases, Mia se encontraba en la habitación de invitados del elegante piso de los Reed. Madeleine le había comprado una bata rosa muy bonita.

–Es de algodón turco –le había explicado mientras dejaba un par de zapatillas en la cama–. Queremos que estés cómoda.

En la cama había sábanas blancas almidonadas, como si fuese su invitada de honor. Fuera se veían las aguas del Hudson centellear al sol. Al final del pasillo, en el dormitorio de los Reed, Joseph se estaría preparando.

Llamaron quedamente a la puerta, y Mia se cerró mejor la bata. Su ropa estaba doblada con esmero en el sillón de la esquina. Madeleine llamó otra vez, y luego abrió la puerta.

–¿Estás lista? –preguntó. Tenía en las manos una bandeja de desayuno con una

taza y una pipeta con la pera de color amarillo brillante. Dejó la bandeja en la mesilla de noche, y luego, para sorpresa de Mia, se puso de rodillas y la abrazó—. Gracias –le susurró.

Cuando se hubo marchado, Mia respiró hondo. ¿Estaba segura de que quería hacerlo? Cogió la pipeta de la bandeja y la notó templada. Madeleine debió de haberla enjuagado con agua caliente para que no estuviese fría: este pequeño detalle la hizo llorar. Entonces le quitó la tapa a la taza, se aflojó el cinturón de la bata y se echó en la cama.

Al cabo de media hora («Tienes que tener las piernas levantadas veinte minutos como mínimo para facilitar la concepción», le había explicado Madeleine) salió de la habitación de invitados, y vio a Joseph y Madeleine justo al lado de la puerta, sentados en el último escalón. Estaban cogidos de la mano. Mia se había vuelto a poner la ropa, pero de pronto, cuando los dos la miraron al mismo tiempo (con los ojos muy abiertos, como niños nerviosos), se sintió desnuda.

–Ya está –dijo, dando palmaditas en la cintura de los vaqueros.

Madeleine se levantó rauda y la agarró de la mano.

–Nunca te lo agradeceremos bastante. Esperemos que todo vaya bien. –Le puso las dos manos sobre el vientre, como para impartir una bendición, y a Mia se le tensaron los músculos—. Joey te puede acercar a casa. Ya sabemos, por supuesto, que habrá que intentarlo varias veces. Todos tenemos que ser perseverantes. ¿Nos vemos pasado mañana?

Mia pensó en la bandeja que seguía en la habitación de invitados y se imaginó a Madeleine enjuagando la pipeta y la taza en el fregadero, preparándolas para la siguiente vez.

–Claro –respondió—. Claro.

En el trayecto de vuelta a Greenwich Village estuvo callada todo el rato mientras Joseph le contaba cómo había conocido a Madeleine, dónde habían crecido y los planes que tenía para el niño. Al bajarse del coche notó unas gotas calientes que le corrían por la pierna.

Siguió la misma rutina todo el verano. El obstetra le había dado una calculadora de días fértiles, y la semana que le tocaba, Mia iba a casa de los Reed a diario. La semana siguiente esperaba, explorándose el cuerpo en busca de alguna señal. Le dolían la cabeza y la espalda, le daban calambres, y al final –por

supuesto— no llegaba el bebé.

«Llevará un tiempo —le dijo Madeleine a finales de julio. Habían pasado tres meses, y no había habido suerte—. Ya sabíamos que iba a ser así. Hay que esperar.» Pero Mia estaba preocupada. Según el contrato que había firmado, los Reed tenían derecho a anularlo en el caso de que, transcurridos seis meses, aún no se hubiera quedado embarazada. Ella seguía trabajando en el *diner*, el bar y la tienda. A sus compañeros, que ya habían vuelto de las vacaciones y estaban comprando material para el siguiente trimestre, les extrañaba que no fuera a seguir en la escuela. Mia rehuía sus preguntas: «Me tomo el año libre para ganar dinero», les explicaba, y era verdad. A Pauline y Mal, de momento, les decía lo mismo... aunque sabía que, de no llegar el bebé, los Reed no le pagarían un céntimo: se habría perdido un curso entero para nada, y seguramente ya no volvería a la escuela.

En septiembre esperó y esperó como de costumbre, y todavía no ocurría nada. Ni sangre ni calambres: tan solo un cansancio enorme, la necesidad de acurrucarse en la cama, debajo de un edredón, como un gato. Dos días después, cuando llegó a casa de los Reed con la misma sensación de fatiga, Madeleine por poco se lanza a bailar de puro eufórica. Le puso el abrigo como si fuera una niña, la metió en el ascensor y luego en un taxi, y las dos se fueron a una farmacia que había en Broadway. Una vez allí, Madeleine se dirigió a un mareante surtido de cajas con nombres conocidos (Predictor, Fact, Accu-Test), eligió una y se la dio a Mia.

La prueba resultó complicada. Había que sujetar un tubo de ensayo con una pinza especial y colocarlo encima de un espejo. Después de echar varias gotas de orina, Mia tenía que esperar una hora. Si aparecía un aro oscuro en el espejo, estaba embarazada. Las dos se sentaron juntas en el borde de la bañera y aguardaron en silencio. De pronto, al cabo de cuarenta y cinco minutos, Madeleine le cogió la mano. «Mira», le susurró, inclinándose hacia el botiquín: Mia vio un aro grisáceo formarse lentamente en el espejo.

A partir de entonces, las cosas cambiaron con rapidez. Sus compañeras de piso no se dieron cuenta hasta que empezó a vomitar en el cuarto de baño. «Buen trabajo», dijo una de ellas. «Yo no pasaría por eso ni aunque me diesen un millón de dólares», dijo la otra. Pasaron varias semanas. Los Reed la convencieron de

que se mudara a un estudio que tenían cerca de West End Avenue, en una zona tranquila. «Normalmente lo alquilamos, pero los inquilinos se acaban de marchar –le contó Madeleine–. Allí tendrás más sosiego y más espacio. Menos gente entrando y saliendo. Además nos tendrás más cerca cuando empiece todo.» Mia dejó el trabajo en la tienda (se le empezaba a notar la tripa), pero no los otros, y a los Reed les hizo creer que ya no trabajaba en absoluto. Después de cada consulta médica pasaba por su casa para darles las últimas noticias. Cuando la ropa se le quedó estrecha, el matrimonio la repuso. «He encontrado este vestido –le decía un día Madeleine, entregándole una bolsa de papel seda. Dentro había una prenda de embarazada con estampado floral–. Creo que te estará perfecto.» Mia cayó en la cuenta de que le estaba ofreciendo el vestido que ella habría llevado, así que lo aceptó con una sonrisa, y para la siguiente visita se lo puso.

A sus padres no les contó nada. Sin embargo, cuando se aproximaba la Navidad, les dijo que no volvería a casa para las vacaciones, aduciendo que le salía muy caro. Sabía que no le iban a preguntar por los estudios a menos que ella sacara el tema, y así fue.

A finales de enero se sinceró con Warren.

–Ya nunca hablas de las clases –le dijo él una tarde por teléfono.

Estaba embarazada de cinco meses, y, aunque habría podido callárselo (y él nunca lo habría sabido: ¿cómo se iba a enterar?), le daba reparo ocultarle algo así a su hermano.

–Wren, prométeme que no se lo contarás ni a papá ni a mamá –dijo ella, y respiró hondo.

Después hubo un largo silencio.

–Mia –dijo Warren: ella sabía que estaba muy serio, porque nunca la llamaba por su nombre completo–. No me creo que hayas hecho una cosa así.

–Me lo pensé mucho. –Se puso una mano en la tripa. Hacía poco había empezado a sentir las pataditas–. Son buena gente. Amables. Les estoy ayudando, Wren. ¡Desean tanto este bebé! Y ellos han hecho mucho por mí.

–Pero ¿no crees que va a ser difícil renunciar al niño? –preguntó él–. Me parece que yo no podría.

–Bueno, no eres tú quien lo va a tener.

–No te cabrees. Si me lo hubieses consultado, te habría dicho que no.

–Solo te pido que no se lo cuentes a mamá ni a papá –repitió Mia.

–No lo haré –respondió Warren al cabo de un rato–. Pero deja que te diga una cosa. Soy el tío del bebé, y no me hace ninguna gracia.

Nunca le había notado tan furioso, por lo menos con ella.

A raíz de esta conversación, Mia y Warren dejaron de hablarse. Todas las semanas, ella pensaba en llamarle, pero al final no lo hacía. No vale la pena, se decía, porque vamos a acabar discutiendo. Esperaría unos meses más, y después de tener al bebé reanudaría su vida normal. Las cosas volverían a ser como antes. «No me tomes cariño», decía, mirándose la tripa, cuando el bebé le daba una patadita. Nunca tenía claro si le estaba hablando a él, a la tripa, o a sí misma.

Los hermanos siguieron sin hablarse hasta el día en que su madre llamó a Mia por la mañana, muy temprano, para darle la noticia del accidente.

Había nevado: eso sí lo sabía. Cuando volvían a casa de madrugada (su madre no le dijo dónde habían estado), Warren y Tommy Flaherty habían tomado una curva demasiado rápido, y el Buick de Tommy había derrapado y había dado una vuelta de campana. Mia no recordaría los detalles: que el techo había quedado totalmente aplastado, que el equipo de socorro había tenido que abrir el Buick como una lata de conservas, y que ninguno de los dos llevaba puesto el cinturón. De Tommy Flaherty, que estaba en una cama de hospital con un pulmón perforado, conmoción cerebral y siete huesos rotos, tampoco se acordaría durante un tiempo, a pesar de que había vivido en su misma calle, en lo alto de la cuesta, había sido amigo de Warren durante años, y una vez se había enamorado de ella. Solo recordaría que quien iba al volante era Warren, y que ahora estaba muerto.

Un billete de avión saldría caro, pero Mia se sentía incapaz de esperar, aunque solo fuera unas horas. Tenía que volver a la casa donde había crecido, jugado, discutido y hecho planes con Warren, la casa en la que él ya no la estaría esperando ni volvería a entrar nunca. Quería arrodillarse en la cuneta cubierta de nieve donde había muerto. Y quería ver a sus padres para no estar sola, para evitar que esa atroz insensibilidad se apoderara de ella por completo.

Sin embargo, cuando se bajó del taxi que la había llevado desde el aeropuerto y

entró en la casa, sus padres se quedaron estupefactos: la tripa ya le había crecido tanto que no podía cerrar la cremallera del chaquetón. Se llevó la mano a la cintura, como si con apenas una palma pudiera ocultar nada.

–Mamá. Papá. No es lo que estáis pensando.

En la cocina se hizo un silencio que a Mia le pareció durar horas y horas.

–Dímelo –dijo su madre por fin–. Dime lo que estamos pensando.

–Lo que quiero decir... –Se miró la tripa, como si a ella también le hubiera sorprendido verla–. El bebé no es mío.

En ese instante sintió una patada muy fuerte.

–¿El bebé no es tuyo? ¿Y eso qué significa? –respondió su madre–. ¿Cómo puede no serlo?

–Soy una madre sustituta. Llevo el bebé por encargo de una pareja.

Mia se lo trató de explicar todo. Les habló de los Reed, de lo amables que eran, de lo mucho que deseaban un bebé, de lo felices que les haría tener uno. Hizo mucho hincapié en que les estaba ayudando: parecía describir una obra de caridad, un acto puramente altruista, como el de servir sopa en un comedor de indigentes o adoptar un perro de un refugio. Pero su madre lo comprendió enseguida:

–Y a esta pareja, los Reed, me imagino que la estás ayudando por pura bondad, ¿no?

–No –reconoció Mia–. Ellos me pagarán dinero cuando nazca el bebé.

De pronto se dio cuenta de que aún no se había quitado la bufanda ni el gorro. Un chorro de lodo corrió por el suelo de linóleo desde la suela de una de sus botas.

Su madre se dio la vuelta y salió de la cocina.

–Ahora no puedo afrontar esto –le dijo al entrar en el salón: su voz se oía tenue–. Todavía no. –Se paró al pie de la escalera, y a continuación habló con una furia que sobrecogió a Mia–: Tu hermano está muerto... *muerto*, ¿te has dado cuenta? ¿Y ahora llegas a casa y nos cuentas esto?

Mia oyó sus fuertes pisadas en la escalera y miró a su padre. Se sentía exactamente igual que cuando, de niña, rompía o estropeaba algo o se gastaba en carretes todo el dinero que su madre le había dado para que se comprase ropa: la señora Wright se ponía furiosa, le gritaba a su hija y se iba corriendo a su

habitación. Mia se quedaba con su padre, que le apretaba la mano y dejaba que el silencio les envolviese, y después le decía en voz baja: «Compra otro», o «Dale una hora, y luego ve a pedir perdón», o, simplemente, «Arréglalo». Sus broncas siempre habían sido así. Esta vez, sin embargo, su padre no le cogió la mano ni le dijo que lo arreglara: se limitó a mirarle la tripa, como si no se atreviese a mirarle a la cara. Para su sorpresa, tenía los ojos llorosos y la mandíbula apretada.

–¿Papá? –dijo por fin.

Habría preferido que le gritara antes que soportar ese silencio tan tenso y tan prolongado.

–No me creo que estés dispuesta a vender a tu hijo –dijo él, y acto seguido se marchó.

Sus padres no la echaron de casa, pero se negaron a hablarle, aun después de que ella hubiese colgado el chaquetón en el armario del recibidor y dejado el bolso en su vieja habitación. En la cena se sentó en el mismo sitio de siempre. Su madre le puso delante el plato y los cubiertos, y su padre le pasó el guiso que les había traído una vecina; pero ninguno de los dos le dirigió la palabra. Cuando les preguntaba algo (¿a qué hora era el funeral? ¿Habían llegado a ver a Warren?), contestaban lo más escuetamente posible. Mia acabó desistiendo, y se dedicó a jugar con el tenedor, los fideos y el atún. En la nevera había un montón de guisos, una torre de platos Pyrex envueltos en papel de aluminio: parecía como si nadie, después de una tragedia tan terrible, supiese hacer otra cosa que preparar la comida más pesada, abundante y vulgar posible, y ofrecer así a los parientes del difunto algo sólido a lo que aferrarse. Ni Mia ni sus padres mencionaron la silla vacía que había al lado de la ventana. Ni siquiera la miraron.

Lo decidieron todo sin consultarla: las flores, la música y el ataúd (de nogal y forrado con seda azul). Por lo demás, le sugirieron con tiento que se quedara en casa: debía de estar cansada, y la ceremonia la podía alterar mucho. Sin embargo, Mia se dio cuenta de que no querían que los vecinos la viesan. Eligió una camisa y una corbata para Warren (las que siempre llevaba cuando le obligaban a ponerse elegante), pero su madre escogió otras: concretamente, la camisa blanca y la corbata de rayas rojas que le había comprado cuando empezó la secundaria, y que él nunca se había puesto, porque decía que le daban aspecto de corredor de

bolsa. Sus padres no le mencionaron en ningún momento el embarazo ni la delicada situación en la que estaba. Cuando le dijeron que sería mejor que no fuese al funeral («No queremos que nadie se haga una idea equivocada», le explicó su madre), Mia se rindió. La noche anterior a la ceremonia recogió sus cosas. Después de sacar su vieja bolsa de lona del fondo del armario y coger el edredón de la cama y unas cuantas sábanas, atravesó de puntillas el pasillo y entró en el cuarto de Warren.

Su cama seguía sin hacer: Mia se preguntó si su madre la dejaría así o, por el contrario, quitaría las sábanas, vaciaría la habitación, la pintaría de blanco y fingiría que nadie la había ocupado nunca. ¿Qué iban a hacer con sus cosas? ¿Las regalarían o las meterían en cajas que guardarían en el desván para que se enmohecieran y destiñeran? Miró el tablón de la pared y vio la foto que había incluido en su solicitud de admisión en la escuela, y en la que se les veía a los dos de niños, trepando por la montaña de chatarra. La metió en la bolsa. Entonces encontró en la mesa lo que andaba buscando: las llaves del coche de Warren.

Sus padres dormían: su madre estaba tomando somníferos y ansiolíticos. No había luz en la rendija de la puerta.

El Rabbit arrancó con un gruñido bronco. «Un Porsche ronronea –le había explicado Warren una vez–. Un Volkswagen digamos que ronca.» Mia empujó el asiento hacia delante para alcanzar el embrague: su hermano siempre había tenido las piernas más largas. Apretó la palanca de cambios, y después de maniobrar un poco consiguió dar marcha atrás. Salió del camino de entrada, y, a medida que los faros se alejaban, la casa se fue oscureciendo.

Condujo toda la noche, y al amanecer llegó al Upper West Side. Nunca había tenido que aparcar en Manhattan. Pasó diez minutos dando vueltas por el barrio, y finalmente metió el coche a duras penas en una plaza pequeña que encontró en la calle 72. Nada más llegar al apartamento se acurrucó debajo de la sábana en el centro de la cama. Sabía que tardaría mucho en volver a dormir en una cama tan cómoda. Cuando se despertó a media tarde, el sol ya se estaba poniendo sobre el río Hudson.

Enseguida empezó a recoger sus cosas. En la bolsa no metió más que lo que era verdaderamente suyo: la ropa que se le había quedado estrecha; unos vestidos hawaianos sueltos que se había comprado en Goodwill; varios edredones viejos;

unas cuantas sábanas desteñidas y un puñado de cubiertos. Una caja con negativos y sus cámaras. Dobló con cuidado esos vestidos de embarazada tan bonitos que le habían comprado los Reed, y los metió en una bolsa de supermercado de papel.

A continuación cogió un bolígrafo y una hoja de papel y se sentó en la mesa. Había pasado todo el trayecto desde Pittsburgh pensando en lo que iba a poner, y al final había decidido mentir. «No hay manera de suavizar esto –escribió–. He perdido el bebé. Estoy avergonzada y lo lamento mucho. Según el contrato no me deben nada, pero yo sí me siento en deuda con ustedes, así que les devuelvo el dinero correspondiente a las consultas médicas. Espero que sea bastante: no les puedo dar más.» Colocó la nota encima de un fajo de billetes: novecientos dólares que había ahorrado de sus sueldos. Llamando al hospital se había enterado de que los Reed habían pagado más. A continuación metió la nota y el dinero en la bolsa, con los vestidos de embarazada.

El portero habitual no trabajaba esa noche. Ella llevaba el abrigo en la mano, cubriéndole parte del cuerpo, así que el suplente no pareció notarle la tripa. Le tendió el paquete para los Reed, y el tipo lo cogió sin mirarle a la cara. Entonces se dirigió al Rabbit, que estaba aparcado a varias manzanas de distancia. El bebé le pegó una patadita y luego se dio la vuelta, como si se fuera a dormir.

Condujo toda la noche, atravesando Nueva Jersey, luego Pensilvania: kilómetros y kilómetros de autopista que desaparecían en la oscuridad. Al amanecer tomó el desvío hacia Erie y acabó encontrando una pequeña carretera rural. Luego aparcó el coche bastante lejos de la cuneta, cerró bien las puertas, se echó en el asiento de atrás y se envolvió en el viejo edredón. Pensaba que iba a oler a detergente, como en casa, así que se preparó para un rapto de nostalgia. Pero el edredón, que había pasado un año intacto en su cama, no olía a nada: ni a limpio ni a viejo; a nada. Mia se tapó la cara con él para que no le diera el sol en los ojos, y se quedó dormida.

Así pasó toda la semana, como en un delirio, conduciendo hasta el agotamiento, y luego durmiendo hasta que estaba lo bastante fresca para reanudar la marcha. No miraba el reloj ni se fijaba apenas en si había luz o estaba oscuro. A veces, cuando pasaba por una ciudad, hacía un alto para comprar pan, manzanas y mantequilla de cacahuete y rellenar en una fuente la jarra de un

galón que llevaba en el asiento del copiloto. Viajaba con dos mil dólares, que había ido ahorrando de los sueldos y las propinas desde que llegara a Nueva York, y que tenía escondidos en varios sitios: en la caja de los negativos, en la guantera y en la copa derecha del sujetador.

Pasó por Ohio, Illinois, Nebraska, Nevada. Por fin, un día, llegó a San Francisco, y vio el hervidero humano y el oleaje blanco y azul grisáceo del Pacífico. Ya no podía ir más allá.

¿Qué más había por conocer? Mia encontró una habitación para alquilar en el Sunset District, en una casa en la que el yeso de las paredes tenía el color de la sal marina. La dueña, una anciana adusta, le miró un buen rato la tripa, y luego se limitó a preguntarle: «¿Va a haber un marido llamando furioso a la puerta dentro de una semana?».

Los últimos tres meses de embarazo, Mia se dedicó a pasear por la ciudad: caminó alrededor del lago de Golden Gate Park, subió hasta la Coit Tower, y un día cruzó el Golden Gate en medio de una niebla tan espesa que no veía los coches que pasaban a toda velocidad, y de los que apenas le llegaba el ruido. Aquella bruma parecía una representación exacta de su estado mental, hasta tal punto que tuvo la impresión de caminar por su cerebro: un laberinto lleno de emociones vagas e inaprensibles, y también de pensamientos terribles que surgían como de la nada y la sobrecogían, y luego se esfumaban sin que ella supiese bien lo que había visto. Su casera, la señora Delaney, nunca sonreía cuando las dos se cruzaban en el pasillo ni cuando coincidían por casualidad en la cocina; pero pasaron las semanas, y muchas veces, cuando volvía a casa, Mia encontraba un plato en el horno y una nota en la encimera que decía: «Quedan sobras y no quiero tirarlas».

Pearl nació en mayo, en una tarde fresca para esa época del año. Después del parto, que duró catorce horas, Mia cogió la tarjeta que le había dado la enfermera. Llevaba meses pensando en cómo iba a llamar al bebé: había repasado en la cabeza los nombres de todas las personas que conocía y los personajes de las novelas que había leído en el colegio; pero ninguno le gustaba. De pronto se acordó de *La letra escarlata*, y enseguida dio con el nombre perfecto: Pearl era sencillo y sonoro, como el tañido de una campana; además, el personaje del libro había nacido en circunstancias difíciles, lo mismo que su hija. En la casilla de al

lado, donde había que poner el nombre de la madre, Mia escribió con letra muy clara MIA WARREN. Entonces metió los brazos en el moisés que había junto a la cama y cogió a su hija por primera vez.

La primera noche que pasó en casa de la señora Delaney, Pearl berreó tanto que Mia acabó llorando. Pensó en los Reed y en su luminoso apartamento de Nueva York, y se preguntó si estarían despiertos en ese momento, y cómo reaccionarían si les llamase por teléfono para decirles: «He mentido. Aquí tengo al bebé. Venid a buscarlo». Estaba segura de que cogerían el primer vuelo y se presentarían en la casa, dispuestos a llevarse a Pearl enseguida: no sabía si la idea era terrible o tentadora o las dos cosas a la vez. Madre e hija siguieron llorando. Entonces llamaron quedamente a la puerta, y apareció la adusta señora Delaney. «Déjamela –dijo abriendo los brazos, y en tono tan firme que Mia le entregó a la niña sin pensarlo–. Échate y trata de descansar un poco.» Cerró la puerta, y de pronto se hizo un silencio total. Mia se durmió nada más tumbarse en la cama.

Cuando se despertó fue con cara de sueño a la cocina, y luego al cuarto de estar, donde encontró a la señora Delaney meciendo al bebé a la luz de la lámpara. «¿Has descansado? –preguntó. Mia asintió con la cabeza–. Bien –dijo, y acto seguido le puso al bebé en los brazos–. Es toda tuya. Cuídala bien.»

Mia siguió igual de confusa los meses siguientes, pero hubo un cambio: la señora Delaney ya no entraba nunca a coger al bebé por mucho que llorara, aunque llamaba a la puerta por las noches y le dejaba un tazón de caldo o un sándwich de queso o un trozo de pastel de carne. «Las sobras», aclaraba siempre, pero Mia lo entendía acertadamente como un acto de generosidad, y luego, cuando la anciana decía en tono hosco «El jueves te toca pagar el alquiler» o «Procura no manchar de barro el suelo del pasillo», sabía lo que quería decir en realidad.

Cuando Pearl tenía tres semanas (y la misma carita aplastada) y la niebla se empezaba a disipar, Mia recibió una llamada de Mal.

Al poco de instalarse en casa de la señora Delaney les había mandado a ella y a Pauline una carta en la que figuraban sus nuevas señas y el número de teléfono. «Estoy bien –decía–, pero no voy a volver a Nueva York. Os dejo este número por si me tenéis que llamar.» Ahora Mal necesitaba hablar con ella. A Pauline, al parecer, le había empezado a doler la cabeza unas semanas antes. Además le

había dado por decir cosas extrañas: «Aureolas –contó Mal–. Decía que yo parecía un ángel, que tenía un nimbo». Un escáner cerebral había revelado un tumor del tamaño de una pelota de golf.

«Si quieres verla –dijo después de una pausa larga–, creo que deberías venir lo antes posible.»

Esa tarde, Mia reservó un billete de avión, el segundo que compraba en su vida. Se gastó casi todos sus ahorros, pero, si atravesaba el país en autobús, podía tardar días. Demasiado tiempo.

Llegó a casa de Pauline y Mal con una mochila al hombro y Pearl en brazos. Pauline, que había perdido diez kilos, parecía una versión más pura de sí misma: acendrada, reducida a su esencia.

Pasaron la tarde juntas. Pauline y Mal no pararon de hacerle carantoñas al bebé. Esa noche, por primera y última vez, Mia durmió en el cuarto de invitados, con Pearl acurrucada a su lado. Por la mañana se levantó temprano para darle de mamar en el sofá del salón. Entonces apareció Pauline.

–Quédate ahí –le dijo, con un brillo casi febril en los ojos. A Mia le entraron ganas de levantarse y abrazarla, pero Pauline hizo señas para que no se moviera y levantó la cámara–. Por favor. Quiero hacerlos una foto a los dos.

Utilizó un carrito entero. Fue haciendo una foto tras otra, pero, nada más entrar Mal con una tetera y un chal para ella, dejó la cámara. Esa tarde, cuando cogió el avión de vuelta a San Francisco con Pearl en brazos, Mia ya se había olvidado de las fotos. «Haz lo que tengas que hacer –le había dicho Pauline mientras le daba un abrazo de despedida. Luego la había besado en la mejilla por primera vez–. Tengo muchas esperanzas puestas en ti.» Había hablado, sí, en presente (como si aquella fuera una despedida normal, y como si Pauline confiara en seguir su carrera durante muchos años): a Mia se le hizo un nudo en la garganta. Después de atraerla hacia sí y aspirar su olor (una peculiar mezcla de lavanda y eucalipto), se había apartado para que Pauline no la viese llorar.

Una semana y media después recibió la llamada que había temido. Once días, pensó. Ya sabía que iba a ser rápido, pero le costaba creer que, apenas once días antes, Pauline había estado viva. Era enero, y el cielo aún estaba gris. Ni siquiera se había acordado de cambiar la hoja del calendario.

Unas semanas más tarde llegó un paquete con una nota. «Ella tenía intención

de mandártelas –había escrito Mal con su letra delgada–, pero no le dio tiempo.» Dentro había diez copias en blanco y negro de 8 × 10. Todas brillaban como si estuviesen iluminadas por detrás: una técnica muy peculiar de Pauline que había aplicado en toda su obra. Mia meciendo a Pearl. Mia levantando a Pearl muy alto. Mia amamantando a Pearl, el pliegue de la blusa apenas ocultando la pálida curva del pecho. En la parte de atrás de todas las fotos, la inconfundible caligrafía de Pauline. Mia encontró otra nota sujeta con un clip a una tarjeta de presentación: «Anita venderá estas fotos por ti cuando necesites dinero. Envíale las tuyas cuando estés lista. Ya le he hablado de ti. P.».

A partir de entonces, Mia empezó a hacer fotos de nuevo, con un fervor que tenía algo de lenitivo. También volvió a pasear por la ciudad: en sus caminatas, que duraban horas, llevaba a Pearl atada a la espalda con una banda fabricada a partir de una vieja blusa de seda. Ya se habían esfumado casi todos sus ahorros: como cada carrete valía tanto, ponía mucho esmero en su trabajo, encuadrando la imagen en la cabeza una y otra vez antes de hacer la foto. Cada vez que oía el clic del obturador pensaba en Pauline. Cuando llegó la primavera, ya tenía diez fotos en las que pensaba que podía haber algo, como siempre decía Pauline.

Anita no estaba completamente de acuerdo. «Prometedoras –escribió a propósito de las copias que Mia le envió–. Pero todavía no. Arriégate más.» Mia respondió mandándole la primera de las fotos que le había hecho Pauline: «Necesito más tiempo entonces. Consígueme todo el tiempo que puedas. Y no le des mi nombre a nadie». Anita vendió la foto en una subasta muy reñida: descontada la comisión del cincuenta por ciento, el dinero permitiría a Mia sobrevivir dos años.

Al cabo de un año le envió más fotos suyas. Esta vez mostraba el lento deterioro de una serie de cosas: un sicomoro muerto, una casa abandonada, un coche oxidado. Anita estaba dispuesta a venderlas.

–Enhorabuena –le dijo por teléfono un mes más tarde–. He vendido una de ellas, la del coche. Cuatrocientos dólares. No es mucho, pero está bien para empezar.

Mia lo interpretó como una señal. Llevaba tiempo soñando con desiertos, cactus y vastos cielos rojos. Se le empezaban a dibujar nuevas imágenes en la cabeza.

–Te llamo dentro de una semana o dos para decirte adónde tienes que enviar el dinero –le dijo a Anita.

La señora Delaney miró por la ventana del salón y vio a Mia meter sus cosas en el maletero y colocar con cuidado el moisés de Pearl en el hueco del asiento del copiloto. Cuando sacó la llave de la casa del llavero y se la devolvió, la anciana la abrazó, para sorpresa suya: era un gesto muy impropio de ella.

–Nunca te hablé de mi hija, ¿no? –dijo la señora Delaney mientras se pasaba el pañuelo por las esquinas de los ojos.

Antes de que Mia pudiera decir nada cogió la llave y subió a toda prisa las escaleras de la entrada. La puerta metálica se cerró con un ruido fuerte.

Mia no se quitó sus palabras de la cabeza en todo el trayecto, el largo viaje que la llevó hasta las afueras de Provo, donde decidió detenerse. Esta fue la primera de las muchas paradas que haría con Pearl a lo largo de los años. A su lado, en el cesto, la niña no paraba de hacer gorgoritos, como si ya se supiera destinada a hacer cosas importantes con su madre, y como si su imaginación pudiera atravesar el país y los años hasta llegar a Shaker Heights, a la casita blanca de Winslow Road, a los Richardson.

## Quince

NATURALMENTE, LA SEÑORA RICHARDSON no podía saber todo esto, sino solo lo esencial, la historia que los Wright le contaron: cómo Mia se había presentado en su casa con el vientre voluminoso y les había dicho que estaba gestando un hijo para esa pareja, los Reed. No se acordaban de sus nombres de pila:

–Jamie, Johnny, algo así –dijo el señor Wright–. Trabajaba en Wall Street. Tenía mucho dinero.

–Yo no estaba segura de que fuese verdad –reconoció su mujer–. Pensé que igual andaba en apuros y nos estaba mintiendo. Pero luego recibimos la llamada del abogado. –Unas semanas después de que Mia se hubiese marchado, el tipo les había llamado preguntando si la podían localizar–. Nos mandó una tarjeta de presentación por si ella nos daba sus señas. Pero ya no volvimos a tener noticias suyas.

La señora Wright se secó de nuevo las esquinas de los ojos con el clínex. Después de revolver sus cosas encontró la tarjeta del abogado. La señora Richardson apuntó los datos. Thomas Riley, Riley & Schwartz Abogados. Código postal 212. Una dirección del Midtown de Nueva York.

Dio las gracias al matrimonio, y, cuando la señora Wright insistió en ofrecerle más galletas, el sentimiento de culpa la llevó a rechazarlas. Parecían buenas personas los Wright: buenas personas que habían sufrido mucho, y que habrían podido ser vecinos suyos en Shaker Heights.

–Siento mucho todo lo que les ha ocurrido –dijo en la puerta, y era verdad–. Puede que un día averigüen dónde está su hija y se pongan en contacto con ella.

–Es posible –respondió la señora Wright–. Hemos pensado en contratar a un detective para que la busque, para ver si encuentra alguna pista. Si ella quisiese ponerse en contacto con nosotros, ya lo habría hecho. Sabe dónde vivimos, y

nuestro número de teléfono es el mismo de siempre. Debe de pensar que seguimos enfadados con ella.

—¿Y lo están? —preguntó sin pensarlo la señora Richardson: ninguno de los dos contestó.

El número que tenía apuntado en el cuaderno era de hacía dieciséis años, pero valía la pena intentarlo. De vuelta en el hotel, hizo la llamada. Para gran alivio suyo, una secretaria cogió el teléfono enseguida:

—Riley, Schwartz y Henderson.

—Buenos días —comenzó la señora Richardson—. Estoy interesada en un caso que el señor Riley llevó hace ya bastante tiempo. —Hizo una pausa y pensó rápido—. Dispongo de cierta información que mi cliente cree que podría ser útil. Pero antes de transmitírsela al señor Riley quería asegurarme de que sigue representando a los Reed. Es una información delicada, como podrá imaginarse.

La secretaria estuvo callada unos instantes.

—¿Qué caso dice usted que llevaba?

—El de los Reed. La información de que le hablo se refiere a Mia Wright.

La señora Richardson contuvo la respiración mientras oía a la secretaria abrir un cajón y revolver carpetas.

—Aquí está. Joseph y Madeleine Reed. Sí, el señor Riley sigue representándoles, aunque... —Hizo una pausa—. Hace tiempo que no se ocupa de este caso. Pero ahora mismo está en el despacho, y si quiere le puedo poner con él. ¿Cómo decía que se llamaba?

La señora Richardson colgó. El corazón le palpitaba. Al cabo de unos minutos, y después de pensarlo bien, abrió la guía telefónica, buscó el número de su amigo Michael, que trabajaba en *The New York Times*, y lo marcó. Se habían conocido en la redacción de *The Denisonian*, el periódico de la universidad. Michael había dado desde allí el salto a *The Stamford Advocate*, y poco después al *Times*, mientras que ella había vuelto a casa y nunca había trabajado más que en la prensa local. Aun así seguían en contacto. La señora Richardson estaba segura de que él se había enamorado de ella en otra época, aunque nunca se lo había dicho. En cualquier caso, los dos llevaban muchos años casados. Hacía poco le habían nominado para el Pulitzer, pero el premio se lo había llevado un reportero de

Associated Press por sus crónicas de las matanzas de Ruanda.

—Michael —le dijo—, ¿me puedes hacer un favor?

Una semana después, su amigo la llamó para confirmar lo que ella ya sospechaba. Había encontrado, por medios que solo él conocía, las facturas por la atención médica que Mia Wright había recibido en 1981 en el hospital St. Elizabeth, en el centro de Manhattan. Joseph Reed había pagado todos los gastos, pero la última factura era de febrero de 1982, cuando Mia, según sus cálculos, estaba embarazada de seis meses. A la señora Richardson ya no le quedaba ninguna duda sobre Pearl. Ahora tenía que pensar en lo que iba a hacer, si es que iba a hacer algo. Los pobres Reed: cuánto debían de haber deseado un bebé para recurrir a un método así. Algo sé de eso, pensó, acordándose de Linda y David McCullough. Pero también imaginó lo insoportable que habría sido para Mia la idea de renunciar a su hija: de pronto sintió lástima de ella, cosa que no le había ocurrido ni había pensado que le fuera a ocurrir nunca.

¿Qué habría hecho ella en su lugar? Se lo había preguntado repetidamente antes de llamar a Michael, y se lo seguiría preguntado durante semanas y meses. Siempre se decía lo mismo: *Nunca me habría visto en una situación así. Lo habría evitado tomando decisiones más sensatas.*

De momento se limitó a guardar sus notas en una carpeta que había etiquetado discretamente: «M. W.», decía.

A Lexie, cuando salió de la clínica, aún le costaba asimilar lo que le había ocurrido y lo que le estaba ocurriendo. Su cuerpo avanzaba confiado, pero su pensamiento vagaba como un globo en el aire. Había estado embarazada y ya no lo estaba. Había llevado dentro un ser vivo y ya no lo llevaba. Sintió un pequeño dolor entre las piernas y un chorro caliente en la compresa que le había dado la enfermera. Las demás cosas, incluido un frasco de analgésicos, las había guardado en la bolsa. «Esto te va a hacer falta cuando se pase la anestesia», le había dicho la enfermera.

Pearl la cogió del brazo.

—¿Estás bien? —Lexie asintió con la cabeza. El aparcamiento parecía dar vueltas. Pearl la agarró cuando empezaba a tambalearse—. Venga, ya casi hemos llegado.

La idea era que Pearl la llevase en coche a su casa. La señora Richardson no

volvería hasta el día siguiente por la tarde, y Lexie había dado por sentado que ya estaría bien para entonces. Haría como si no hubiese pasado nada. Sin embargo, cuando la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto del Explorer, Pearl se dio perfecta cuenta de que no estaba en condiciones de volver a casa. Al final tuvo que abrocharle el cinturón de seguridad.

–Cambio de planes –le dijo–. Te llevo a mi casa.

–¿Y tu madre?

–Mi madre sabe guardar un secreto.

A Lexie le pareció la frase más triste que había oído nunca. Se echó a llorar.

Era casi mediodía cuando llegaron a la casa de Winslow Road. Pearl llevaba a Lexie cogida de la mano como si fuera una niña pequeña. Mia estaba recortando la figura de un arce de un negativo con una cuchilla Xacto, y cuando las vio entrar se sobresaltó. Lexie se había serenado en el camino, pero nada más ver la cuchilla se puso a llorar otra vez. Para sorpresa de todas (incluida ella misma), Mia la abrazó.

–Tranquila –le dijo–. Todo se va a arreglar.

Lexie nunca llegaría a saber con certeza si se lo había contado Pearl o había sido ella y no se acordaba. Puede que Mia lo hubiese adivinado. Solamente recordaba a la madre de Pearl apretándola muy fuerte, tan fuerte que el mundo, por fin, dejó de dar vueltas, y luego ayudándola a echarse en una cama baja y blanda: la suya, según sabría después.

De hecho, Mia ya había empezado a sospechar. Brian siempre se cuidaba de tirar los condones al váter, pero más de una vez, al vaciar la papelera del cuarto de Lexie, Mia había encontrado los envoltorios ocultos en una pelota de clínex. Una mañana se dejó el monedero en casa de los Richardson, y, cuando volvió por la tarde a recuperarlo, se tropezó en el zaguán con las deportivas talla 12 de Brian, que estaban justo al lado de las sandalias de Lexie. No había rastro de ninguno de los dos, pero, nada más coger el monedero de la isla de la cocina, Mia se marchó a toda prisa por miedo a oír algún ruido procedente del piso de arriba, y cerró la puerta con suavidad, confiando en que no advirtieran su presencia. Cada vez que miraba a Lexie le parecía atterradoramente joven, así que no quería pensar en cómo se divertiría con su novio, ni tampoco en la posibilidad de que Pearl anduviese haciendo algo parecido.

Cuando Lexie apareció en el umbral de la puerta, medio apoyada en el brazo de su hija, Mia observó su cara grisácea, el impreso rosa de la clínica que todavía tenía en la mano, y la bolsa de plástico con discos de algodón que Pearl llevaba colgada de la muñeca: enseguida se dio cuenta de lo que había pasado. Si alguien le hubiese preguntado un mes o incluso una semana antes lo que sentiría llegado el caso, habría contestado que cierta autosatisfacción moral. Pero ahora, al imaginar el trance angustioso en que se habría visto Lexie y el dolor físico y emocional que aún tendría que soportar, sintió mucha lástima de ella.

Lexie despertó arrebujaada en un edredón blanco almidonado. Era media tarde. Las cortinas estaban corridas, y en una esquina de la habitación había una lamparita encendida, aunque la pantalla estaba cubierta con una toalla que amortiguaba la luz: este pequeño detalle la conmovió tanto que rompió a llorar otra vez. Entonces apareció Mia, quien se sentó a su lado y se puso a acariciarle la espalda.

–No pasa nada –le dijo: con solo oír estas palabras (*no pasa nada, no pasa nada*), Lexie empezó a respirar mejor.

Mia, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, le pasó un clínex. Fue en ese momento cuando Lexie se dio cuenta de que no estaba echada en una cama baja, sino en un colchón colocado sobre la alfombra. Se sonó la nariz. No había ninguna papelería a la vista, pero Mia alargó la mano, y, después de vacilar un instante, avergonzada, Lexie le dio el clínex.

–Has dormido mucho rato. Eso es bueno. ¿Crees que podrás comer algo?

En la cocina, Mia le sirvió un tazón de caldo de pollo. Lexie se llevó la cuchara a los labios: estaba salado e hirviendo. Pearl no había aparecido todavía, pero según el reloj del horno eran las tres y cuarto, así que las clases habían terminado hacía media hora. Se lo debe de haber contado todo a su madre, pensó Lexie.

–Yo no quería que pasara esto –dijo de pronto.

Tenía que explicarse, evitar que Mia la juzgara mal. En ese instante llegó Pearl. Estaba colorada y jadeaba un poco.

–Le he cogido prestada la bici a Moody. Tenía que venir a ver cómo estabas.

–No le habrás... –comenzó Lexie, y Pearl dijo que no con la cabeza.

–Por supuesto que no se lo he contado. Le he dicho que había prometido volver pronto a casa para ayudar a mi madre con una cosa. –Le inquietaba lo

fácil que había sido mentirle otra vez a Moody, pero se olvidó enseguida, como quien aparta una telaraña—. ¿Cómo estás?

—Se va a poner mejor —dijo Mia, dándole una palmadita en la cabeza a Lexie—. Estoy segura.

Diez minutos después, en el preciso instante en que Mia dejaba el tazón de la sopa en el fregadero para lavarlo, se oyeron de nuevo pisadas en la escalera y apareció Izzy. Las tardes las dedicaba a Mia, y en las últimas horas del colegio pensaba expectante en el proyecto en el que andaría ocupada y las cosas que harían juntas. Nada más ver a Lexie se quedó inmóvil en el umbral de la puerta.

—¿Qué haces *tú* aquí?

Lexie frunció el ceño.

—He venido a estar con Pearl, evidentemente. ¿Te parece mal?

Izzy miró alternativamente a Lexie y Pearl con aire receloso. Su hermana nunca visitaba la casa de Winslow Road: prefería mil veces pasar el rato en la sala de juegos de los Richardson, donde había sillones cómodos y un televisor grande y podía tomarse todos los aperitivos y las Coca-Colas Light que quería. En casa de Mia no había televisor, ni siquiera un sofá. Aquello era muy impropio de Lexie. ¿Por qué iba a quedar con Pearl allí? Además estaba pálida y nerviosa y tenía los ojos algo enrojecidos... lo que también era impropio de ella.

—Estoy ayudando a Lexie con un ensayo de literatura —dijo Pearl—. Pensamos que íbamos a trabajar mejor aquí.

—No pasa nada, Izzy —dijo Mia—. Como están aquí las chicas, no voy a trabajar hoy. Lo dejamos para mañana, ¿te parece? —Al notar a Izzy dubitativa, añadió—: Mañana, te lo prometo. Después de las clases, como de costumbre.

Le dio un apretón en el hombro y la hizo girarse. Izzy le lanzó una mirada feroz a Lexie, y acto seguido bajó dando pisotones por la escalera. Al cabo de un instante se oyó un portazo.

—Está cabreadísima conmigo —susurró Lexie—. En fin, ¿alguna novedad más?

Desaparecida Izzy, se sintió agotada. Se echó hacia atrás en la silla y se soltó la coleta.

Pearl la miró detenidamente.

—No tienes muy buen aspecto.

—Acuéstate otra vez —dijo Mia en tono sereno—. Hoy ha sido un día difícil.

Una vez en el dormitorio ayudó a Lexie a echarse en el colchón, la cubrió con el edredón y le palmeó suavemente la espalda como si fuese una niña pequeña. Era extrañamente tranquilizador.

–Descansa –la oyó decir Lexie, y se durmió casi enseguida.

Despertó a última hora de la tarde. Mia estaba a su lado con una taza de té humeante.

–Pensé que tendrías sed.

Lexie cogió la taza y bebió un sorbo, agradecida. Sabía a menta. La taza era confortadoramente sólida, como un hombro fuerte.

–He llamado a tu padre –dijo Mia.

Lexie recordó de pronto que su madre estaría de vuelta al día siguiente por la tarde.

–Mierda –susurró–. ¿Se lo has contado?

–Le he dicho que te ibas a quedar aquí a dormir. Que Pearl te lo había pedido.

–Gracias –dijo Lexie al cabo de un instante.

–Quédate todo el tiempo que haga falta. Pero seguro que mañana estás lista para volver a casa.

Lexie le dio vueltas a la taza lentamente entre las palmas de las manos.

–¿Y luego?

–Luego ya decidirás a quién se lo vas a contar.

Mia se levantó para marcharse, pero Lexie, asustada, le agarró la mano.

–Espera –le dijo–. ¿Crees que he cometido un gran error? –Tragó saliva–. ¿Crees que soy una mala persona?

Nunca había pensado mucho en Mia, pero de pronto sintió la necesidad de saber si reprobaba lo que había hecho. Era tan amable que Lexie no habría soportado que tuviese mal concepto de ella.

–Oh, Lexie. –Mia se sentó de nuevo sin soltarle la mano–. Estabas en una situación muy difícil. Una situación en la que a nadie le gustaría verse.

–¿Y si me equivoqué? –Lexie hizo una pausa, cerró los ojos, y trató de sentir esa chispa de vida que estaba segura de haber percibido antes en su cuerpo–. Quizá debería haberlo tenido. Quizá debería haber hablado con Brian. Puede que hubiese funcionado.

–¿Crees que habrías sido una buena madre? –preguntó Mia–. ¿La madre que te

gustaría ser, la madre que un niño se merece?

Estuvieron calladas unos minutos. Lexie sintió la cálida mano de Mia. Para sorpresa suya, no le entró pudor. Tenía muchas ganas, incluso, de apoyar la cabeza en su hombro, y al cabo de un instante lo hizo. Por primera vez fantaseó con ser hija de Mia, tener la vida de Pearl. La idea le aturdió un poco.

–Esto siempre lo recordarás con tristeza –dijo Mia en voz baja–, lo que no quiere decir que hayas tomado la decisión equivocada. Es un peso que tendrás que llevar, nada más.

La ayudó a incorporarse y le dio una palmadita en el hombro. Luego se inclinó para coger la taza vacía.

–Pero ¿crees que he hecho mal? –insistió Lexie: estaba segura de que tendría la respuesta.

Mia se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

–No lo sé, Lexie –dijo con franqueza–. Tú eres la única que puede saberlo.

Cerró la puerta con suavidad.

Cuando abrió los ojos era muy temprano. Estaba sola, pero alguien había apagado la lámpara y dejado un vaso de agua en la mesilla de noche.

En la cocina encontró a Pearl, que se estaba tomando un tazón de cereales.

–Ahora tienes mejor aspecto. ¿Cómo te sientes?

–Mejor. –Se sentó con cautela delante de Pearl, en una de las sillas disparejas–. ¿Y tu madre?

–En tu casa. Se fue muy temprano a limpiar. Hoy le toca el turno de la comida en el restaurante.

De pronto recordó lo que pensaba Lexie del caso de los McCullough, así que evitó mencionarle la razón por la que su madre tenía un horario diferente ese día: Bebe, que se iba a reunir con el abogado para preparar la vista, le había pedido a Mia que la supliera.

Le pasó la caja de cereales a Lexie, que metió la mano y cogió un puñado.

–¿Ha tenido que dormir en el suelo?

–No, ha dormido a mi lado.

–Lo siento.

Pearl se encogió de hombros.

–No pasa nada. Estamos acostumbradas. A veces no tenemos sitio para dos camas. –Empujó un tazón a través de la mesa–. No te los comas directamente de la caja; échalos aquí. Mira que eres rara.

Lexie le pareció mucho más joven: no sabía si era por la tenue luz amarilla de la mañana, o porque llevaba el pelo suelto y nada de maquillaje, o por lo extraño que era verla desayunar en su casa y pensar en lo que habían vivido juntas el día anterior.

–Anoche tu madre fue muy amable conmigo –dijo Lexie mientras removió los cereales en el tazón.

–Mi madre siempre es amable –respondió Pearl con cierto orgullo.

–Siempre pensé que le caía mal.

–No sé. –Pearl se puso a pensar. Ella había tenido la misma impresión, pero ahora notaba un cambio–. Creo que no os conocéis bien.

Hubo un instante de silencio.

–¿Crees que le caigo bien ahora? –preguntó por fin Lexie.

–Es posible –respondió con una sonrisa, y Lexie le pasó un brazo por los hombros y la besó en la mejilla.

Pearl se fue al colegio, y Lexie, que no saldría de la casa en toda la mañana, volvió a acostarse, y aún dormía cuando Mia volvió del restaurante con dos recipientes llenos de sobras de fideos. Finalmente, a las dos de la tarde, el teléfono la despertó. En ese instante, la madre de Pearl se encontraba de nuevo en la mesa de trabajo, cortando los negativos en trozos con la cuchilla Xacto.

–Lo sé, Bebe –estaba diciendo por el auricular cuando Lexie entró en el salón–, pero no puedes dejar que te afecte. La vista va a ser aún peor. Esto es solo la punta del iceberg. –Miró a Lexie, y luego siguió hablando–. Va a ir todo bien. Respira hondo. Te llamo más tarde.

–¿Estabas... estabas hablando con la madre de Mirabelle? –preguntó Lexie nada más colgar Mia el teléfono: le avergonzaba no recordar el nombre de la madre biológica ni el original del bebé.

–Es amiga mía. –Mia volvió a la mesa, y Lexie cogió una silla y se sentó a su lado–. Hoy hay un artículo en la prensa que dice cosas feas de ella. Insinúa que es una mala madre. –Miró a Lexie–. Puede que ya estés al tanto: tu padre

representa a los McCullough.

Lexie se sonrojó. Su padre trabajaba mucho últimamente: se quedaba hasta tarde en el bufete preparando la vista, para la que faltaban apenas unas semanas. Pero ella había estado demasiado preocupada –por su relación con Brian, por la universidad, por la visita a la clínica y todo lo que había ocurrido antes– para prestar atención al caso.

–No sabía nada –dijo con frialdad–. ¿Lo es? Una mala madre, quiero decir.

Mia torció hacia un lado el negativo y deslizó con cuidado la cuchilla siguiendo una curva.

–¿Que si lo era antes? Tal vez. Lo estaba pasando mal.

–Pero abandonó al bebé –objetó Lexie: se lo había oído decir a su madre tantas veces (cuando hablaba por teléfono con la señora McCullough y cada vez que salía el tema en las conversaciones familiares) que ya lo daba por cierto.

–Creo que lo hizo por el bien de la niña. Sabía que no iba a poder criarla. – Con la punta de la cuchilla levantó una fina espiral de película que había recortado del negativo–. La cuestión es si han cambiado las cosas, si se merece otra oportunidad.

–¿Y crees que se la merece?

Mia tardó un instante en responder.

–La gente casi siempre se merece más de una oportunidad. Todos, de vez en cuando, hacemos cosas de las que nos acabamos arrepintiendo. Tenemos que cargar con eso.

Lexie se quedó callada. Entonces, sin pensarlo, se llevó una mano al vientre: le empezaba a doler más.

–Más vale que me vaya –dijo por fin–. Falta muy poco para que terminen las clases, y mi madre ya estará de vuelta seguramente.

Mia limpió la mesa de trozos de papel y película y se levantó.

–¿Estás lista? –preguntó en un tono dulce que sorprendió a Lexie.

–No. –Se rió nerviosa–. ¿Lo voy a estar alguna vez? –Se levantó–. Gracias por... en fin, gracias.

–¿Se lo piensas contar? –preguntó Mia mientras Lexie recogía sus cosas.

Lexie se quedó pensativa.

–No lo sé –respondió por fin–. Puede que sí. Por ahora no. Quizá más

adelante. –Se sacó las llaves del coche del bolsillo y cogió el bolso. Debajo estaba el impreso rosa de la clínica. Se detuvo, y luego lo empujó a través de la mesa–. Tira esto, por favor.

Mia asintió con la cabeza y cogió la hoja. Lexie se marchó. Al cabo de un instante, Mia oyó el Explorer arrancar rápidamente en el camino de entrada.

## Dieciséis

MIA TENÍA RAZÓN: CUANDO EMPEZÓ EN MARZO el juicio por la custodia de la niña, ya habían aparecido en la prensa y la televisión varios reportajes y artículos sobre Bebe Chow que discutían si podía ser una buena madre. Algunos la describían como una inmigrante muy trabajadora que había llegado al país en busca de una nueva vida y a la que habían vencido –de momento, insistían sus partidarios– una serie de obstáculos. Otros, menos amables, la presentaban como una mujer inestable, nada de fiar: la peor madre que cabía imaginar. La primera semana de marzo –y la primera de la vista–, las escaleras del juzgado se llenaron de reporteros de la prensa normal y la amarilla, todos ansiosos de enterarse de algo.

El juicio era efectivamente privado, como todos los de familia, así que el tratamiento periodístico del caso siguió pecando de sensacionalista y maniqueo, con argumentos fáciles a favor y en contra. En la sala estaban presentes el matrimonio McCullough, su abogado, el señor Richardson, Ed Lim, Bebe y el juez: solo ellos escucharon todos los testimonios, las contradictorias versiones de lo ocurrido.

Era un caso vidrioso, sin duda. La vista, que duró una semana, reveló detalles dolorosamente íntimos. Fue un continuo duelo entre el señor Richardson y Ed Lim: uno exponía un argumento a favor de su cliente, y el otro lo rebatía con pericia.

Cuando lo encontraron, el bebé estaba desnutrido. Tenía la fontanela hundida, claro signo de deshidratación, y se le notaban las costillas y los huesecitos de la columna, que parecían la cuentas de un rosario. Con dos meses de edad pesaba apenas tres kilos y medio.

(Pero la niña no quería mamar. Bebe lo intentó una y otra vez hasta que los

pezones se le agrietaron y empezaron a sangrar. Lloraba desesperada: tenía los pechos llenos de leche, pero no podía alimentar a su hija, que berreaba en su regazo y apartaba furiosa la cabeza. El llanto de la niña hizo brotar un chorro de leche rosada. Al cabo de dos semanas se le secaron los pechos. Se gastó los últimos siete dólares de su ahorros en leche en polvo: en el monedero no quedaba más que un billete falso de un millón que alguien le había dado en el trabajo para que le diese buena suerte.)

Al bebé se le detectó una dermatitis grave, señal de que había llevado un pañal sucio durante horas, quizá días.

(Pero Bebe no tenía dinero para pañales. Recordemos que se había gastado los últimos siete dólares en leche en polvo. Hizo lo que pudo. Le quitó el pañal sucio a la niña, lo frotó y luego lo volvió a pegar alrededor de su diminuta cintura. Además aplicó vaselina –lo único que tenía– a las manchas rojas que le habían salido en sus diminutas nalgas.)

Los vecinos oyeron a la niña llorar durante horas. «Todo el día y toda la noche –aseveraría el del 3B–. Cuando me fui a trabajar por la mañana ya estaba berreando, y cuando volví a casa por la noche aún seguía.» Pensó en llamar a la policía, pero al final decidió no entrometerse: «Procuro ocuparme de mis asuntos y no inmiscuirme en los ajenos».

(Pero Bebe también lloraba, a veces echada en la cama con May Ling sobre el pecho, mientras le acariciaba, frenética, la espalda y el pelo; otras veces sentada en el suelo al lado de su hija, que berreaba dentro del cajón que servía de cuna: las dos voces en desoladora armonía.)

En el mes y medio que duró su amarga experiencia como madre, Bebe no buscó una sola vez ayuda médica ni psicológica.

(Es verdad que debería haberlo hecho. Pero no sabía a quién acudir. Hablaba inglés regular o mal y apenas entendía lo que leía. No podía recurrir a asistentes sociales porque ni siquiera sabía que existiesen. Tampoco podía solicitar ayuda económica, porque ignoraba que fuese posible. Cuando miraba hacia abajo, no veía una red de protección social, sino un bosque de rascacielos que se alzaban

como agujas que fueran a atravesarla. ¿Se le podía reprochar que hubiese dejado a su hija en el alféizar antes de precipitarse al vacío?)

Bebe abandonó a su hija la madrugada del 5 de enero de 1997 en el parque de bomberos de Kinsman Road. Esa noche la temperatura había bajado a un grado bajo cero, y con el viento frío caía siete grados más. A las dos y media de la mañana, cuando los bomberos abrieron la puerta y encontraron al bebé en la caja de cartón, acababa de ponerse a nevar, y todo estaba cubierto con un polvo cristalino.

(Hacía, en efecto, mucho frío cuando Bebe dejó a su hija en las escaleras del parque de bomberos, pero la niña llevaba tres camisas y dos pares de pantalones y estaba envuelta en cuatro sábanas: todo lo que su madre tenía para abrirla. Además le había tapado las manos y parte de la cabeza con las sábanas para protegerla del viento. Se calculó que, cuando el jefe de bomberos abrió la puerta, May Ling llevaba unos veinte minutos a la intemperie y dos bajo la nieve. Se habían pegado varios copos pequeños a las sábanas: la niña parecía salpicada de azúcar o diamantes.)

Bebe llevaba apenas dos años en el país y poco más de uno en Cleveland. Había vivido en tres pisos: en un caso había roto el contrato de alquiler, y en otro había pagado siempre tarde y menos de la cantidad debida. Nunca había cobrado más del salario mínimo.

(Todos los meses le daba vergüenza retrasarse en el pago del alquiler. Una vez, después de abonar la cantidad íntegra, no le quedó dinero para comida y para pagar la luz: tenía que elegir entre pasar hambre y vivir a oscuras. A partir de entonces decidió pagar lo que podía. Los días en que cobraba mucho en propinas envolvía un billete de veinte dólares en una hoja de papel, escribía su nombre y deslizaba la hoja por debajo de la puerta del casero. Llevaba las cuentas en un sobre viejo que siempre tenía en la encimera. He aquí un ejemplo:

Septiembre: faltan 100 dólares.

8 de septiembre: 20 dólares.

13 de septiembre: 20 dólares.

18 de septiembre: 20 dólares.

Octubre: faltan 80 dólares, así que ahora debo 120 dólares.

3 de octubre: 20 dólares.

14 de octubre: 20 dólares.

26 de octubre: 20 dólares.

Ahora faltan 70 dólares, así que debo 150 dólares en total.

¿Cómo iba a pagar lo que debía? ¿Cómo iba a encontrar un buen trabajo, si apenas hablaba inglés y no tenía ni el graduado escolar?

Durante el embarazo y hasta poco antes de abandonar a May Ling, Bebe trabajó en un restaurante donde uno de los cocineros fue detenido por tráfico de heroína. Varios empleados sospechaban que había algo entre los dos: les habían visto coquetear, y, por lo menos una noche, el cocinero había llevado a Bebe a su casa después del trabajo. Dada su relación con un individuo así, ¿no era probable que ella estuviese implicada en una actividad ilícita?

(Es innegable que el cocinero, Vinny, traficaba con heroína. Pero con Bebe no tenía más que una buena amistad. Sentía lástima de ella cuando veía cómo le iba creciendo la barriga y se acordaba de que su novio la había dejado en la estacada. A la hermana de Vinny, Teresa, le había pasado lo mismo diez meses antes: todas las noches, cuando volvía al piso que los dos compartían con su madre, él la había encontrado con peor aspecto que el día anterior, sentada en el sofá con el bebé berreando en su regazo o recostado contra su hombro. Madre e hijo parecían viejos y exhaustos. ¿A quién le extraña que Vinny se sintiera tan triste cada vez que observaba a Bebe? A su hermana ya no sabía hacerla sonreír, así que ¿qué tiene de malo que lo intentara con su compañera de trabajo, que bromeara con ella y la llevara en coche a su casa cuando le veía los pies hinchados?

Es cierto que Vinny le gustaba a Bebe, pero esta atracción se debía en gran medida a lo atento y caballeroso que era, y a ella le repelía imaginarse a un hombre –fuese quien fuese– tocándola mientras el bebé le daba pataditas en la barriga. Cuando se lo llevó la policía, Bebe sintió mucha pena, como la que siente uno al pensar en un hermano al que no volverá a ver nunca.)

Bebe cobraba como camarera el salario mínimo vigente en el estado, a saber,

2,35 dólares por hora. Trabajaba cincuenta horas a la semana, así que, incluyendo las propinas, tenía unos ingresos medios de 317,50 dólares al mes. ¿Cómo pensaba mantener a su hija, procurarle todo lo que necesitaba? ¿No iba a tener que solicitar asistencia social y cupones para alimentos? ¿No acabaría pidiendo que le diesen de comer a la niña en la escuela? Las dos se convertirían en una carga económica para la ciudad.

(Pero su hija se iba a sentir muy querida. Cuando hay amor, se puede vivir con poco dinero, el justo para pagar el alquiler, la comida y la ropa. ¿Cuánto vale el amor de una madre? ¿Cómo se puede comparar con el coste de criar a un hijo?)

Era obvio que David y Linda McCullough contaban con recursos de sobra para criar a la niña. Él tenía un trabajo estable y bien pagado. Ella se ocupaba de Mirabelle todo el día desde hacía trece meses, y pensaba seguir haciéndolo indefinidamente. El matrimonio era dueño de una casa en un barrio seguro y opulento. Económicamente estaban en el percentil noventa y seis. Mirabelle estaba bien vestida, alimentada y cuidada, iba al pediatra regularmente y conocía a muchos niños. Además, los McCullough le leían cuentos y la estaban enseñando a nadar, y Linda le daba clases de música. Después de una inspección minuciosa, se había certificado que la casa estaba libre de plomo.

Los McCullough habían puesto todo su empeño en tener un hijo: habían pasado diez años intentando concebir uno, y luego otros cuatro en la lista de espera para la adopción. Habían consultado con todos los médicos de Cleveland –incluidos los mayores expertos en infertilidad de la Cleveland Clinic– y recurrido a la agencia de adopción más prestigiosa del estado de Ohio. ¿No indicaba esto que iban a criar a Mirabelle mejor que nadie y ofrecerle todas las oportunidades del mundo?

(Pero Mirabelle ya tenía una madre. La sangre de Bebe corría por sus venas. Era Bebe quien la había llevado en su vientre durante meses, sintiendo cómo daba patadas y se giraba; quien había entrado gritando en el quirófano después de pasar veintiuna horas de parto; quien había llorado de alegría al oír la voz de su hija por primera vez; y quien finalmente (aun antes de que las enfermeras limpiaran al bebé y cortaran el cordón umbilical) le había palpado todo el

cuerpo: las cejas casi invisibles, las minúsculas aletas de la nariz, que tenía dilatadas; las plantas de los pies, que se habían alisado en el útero. Quería asegurarse de que estaba viva y aprenderse su cuerpo de memoria.)

En caso de recuperar la custodia, Bebe criaría a su hija como madre soltera y profesional. ¿Quién cuidaría a la niña cuando estuviese en el trabajo? Tendría que pasar casi todo el día en una guardería. ¿No sería más feliz en un hogar con dos padres, uno de los cuales podía dedicarse de lleno a cuidarla? ¿No sería mejor que creciera con una madre y un padre? Múltiples estudios indicaban la importancia de la figura paterna en el desarrollo de un niño.

(Todo se reducía a una pregunta: ¿qué convertía a una mujer en *madre*? ¿Era una cuestión afectiva o puramente biológica?)

Para el señor Richardson fue un gran alivio que no hubiese público al final, cuando declaró la señora McCullough. Nada más sentarse ella en la silla que el juez tenía al lado (en los juzgados de familia, las salas no tenían estrado), él había notado lo nerviosa que estaba: no paraba de cruzar y descruzar los tobillos ni sabía bien qué hacer con las manos, si colocarlas en los brazos de la silla o en la suave hamaca que formaba su falda. Al señor Richardson no se le había ocurrido nunca que el estrado, que daba a la sala un aire formal y hasta imponente, tenía sin embargo la ventaja de ocultarle al declarante el cuerpo de cintura para abajo, de manera que nadie le veía mover las piernas.

Ed Lim se levantó con parsimonia para interrogarla. Era más alto de lo normal para un oriental –más de uno ochenta– y delgado: tenía la constitución de un jugador de baloncesto; de hecho, en los años setenta había jugado de ala-pívot en el equipo de baloncesto del instituto de Shaker Heights, el mismo al que había ido la señora McCullough. Los dos se llevaban apenas tres años y habían vivido toda su vida en Shaker. Ella aún le recordaba como el chico tímido que había sido en el primer año de secundaria.

–Veamos, señora McCullough –dijo mientras dejaba el bolígrafo en la mesa–. Usted siempre ha vivido en Shaker, ¿no es así? –Ella lo confirmó–. Escuela secundaria de Shaker Heights, promoción de 1971. ¿Fue al colegio en Shaker desde pequeña?

–Desde la guardería. Luego fui a la escuela primaria Boulevard: entonces todavía era para niños de hasta ocho años. Y de ahí a la escuela secundaria.

–Después estudió en la Universidad de Ohio, ¿no es así?

–Efectivamente. Me licencié en 1975.

–Y luego volvió a Shaker Heights.

–Sí, me ofrecieron un trabajo aquí. Mi marido –mi prometido entonces– y yo queríamos formar una familia en Shaker.

La señora McCullough lanzó una mirada rápida al señor Richardson, que asintió levemente. Ya habían hablado de ello cuando se preparaban para la vista: lo esencial de su estrategia era recordar continuamente al juez lo mucho que la pareja deseaba ese bebé, su afán por formar una familia, lo entregados que estaban los dos a la pequeña Mirabelle.

–Por tanto ha vivido toda su vida en Ohio. –Ed Lim se sentó en el brazo de su silla–. Como ya sabemos todos, los padres de May Ling proceden de Guangdong. Esta provincia tal vez la conozca usted como Cantón. ¿La ha visitado alguna vez?

La señora McCullough se movió nerviosa en el asiento.

–Naturalmente, tenemos pensado viajar allí con Mirabelle cuando sea un poco mayor.

–¿Habla usted cantonés?

Ella dijo que no con la cabeza.

–¿Y mandarín? ¿Y shanghainés? ¿Y toisanés? ¿Algún dialecto chino? –El señor Richardson toqueteó, irritado, el bolígrafo. Ed Lim solo estaba pavoneándose, pensó–. ¿Ha estudiado usted la cultura china? ¿La historia del país?

–Vamos a instruirnos, por supuesto –respondió ella–. Nos parece fundamental que Mirabelle conserve el vínculo con su cultura. Pero lo más importante es que crezca en un hogar estable, con dos padres que la quieran.

Miró otra vez al señor Richardson. Estaba satisfecha de haber deslizado esta frase: había que insistir en que dos padres eran preferibles a una madre soltera.

–Es obvio que el señor McCullough y usted quieren mucho a la niña. No creo que nadie lo dude. –Ed Lim sonrió mientras la señora McCullough y el señor Richardson se ponían tiesos. Este último conocía a los abogados lo suficiente para saber que Ed Lim estaba a punto de pasar al ataque–. Ahora bien, ¿qué

piensan hacer exactamente para que May Ling no pierda el vínculo con su cultura, como dice usted? –Hubo un silencio prolongado–. Quizá no sea la pregunta acertada. Retrocedamos. May Ling lleva viviendo con ustedes ¿cuánto? ¿Trece, catorce meses? ¿Qué han hecho usted y su marido para que la niña conserve el vínculo con la cultura china?

–Bueno... –Hubo otro silencio aún más prolongado. El señor Richardson deseaba que su clienta dijese algo, cualquier cosa–. La Perla de Oriente es uno de nuestros restaurantes preferidos. Procuramos llevar a la niña por lo menos una vez al mes: creemos que es bueno que se acostumbre a oír hablar chino, que crezca pensando que es algo natural. Y, por supuesto, estoy segura de que le encantará la comida cuando sea un poco mayor y pueda probarla. –Silencio sepulcral en la sala. La señora McCullough tenía que romperlo–: Quizá podríamos ir a clases de cocina china y aprender las dos juntas. Cuando sea mayor. –Ed Lim no dijo nada, y ella prosiguió nerviosa–: Siempre tenemos presente la cuestión cultural. –Entonces tuvo un raptó de inspiración–: Cuando cumplió un año queríamos regalarle un peluche. La idea era que lo guardara siempre como recuerdo de familia. Había un oso marrón, uno polar y un panda: después de discutirlo escogimos el panda. Pensamos que lo sentiría como propio, ligado a su cultura.

–¿Tiene May Ling muñecas? –preguntó Ed Lim.

–Naturalmente. Demasiadas. –Se rió–. Le encantan, como a todas las niñas. Mi marido y yo le compramos muñecas, mis hermanas le compran muñecas, nuestros amigos le compran muñecas... –Se rió otra vez, y el señor Richardson tensó la mandíbula–. Debe de tener una docena.

–¿Y cómo son? –preguntó Ed Lim.

–¿Que cómo son las muñecas? –La señora McCullough frunció el ceño–. Son... son muñecas. Algunas son bebés, otras niñas pequeñas... –Estaba claro que no había entendido la pregunta–. A algunas se les puede dar el biberón; a otras se les puede cambiar de ropa; y una de ellas cierra los ojos cuando está tumbada. A casi todas se las puede peinar...

–¿Y de qué color tienen el pelo?

La señora McCullough se quedó pensativa unos instantes.

–Bueno... La mayoría son rubias. Una tiene el pelo castaño... o puede que

sean dos.

–La que cierra los ojos ¿de qué color los tiene?

–Azules. –Cruzó las piernas y enseguida las descruzó–. Pero eso no quiere decir nada. Si se fija uno en las jugueterías... casi todas las muñecas son rubias y con ojos azules. Es lo normal.

–Lo normal –repitió Ed Lim, y ella tuvo la sensación de haber caído en una trampa, aunque no sabía bien en qué consistía.

–No tiene nada de racista –aclaró–. Se trata de representar a una niña pequeña genérica, que agrada a todo el mundo.

–Pero no todas las niñas son así, ¿verdad? May Ling no tiene ese aspecto, desde luego. –Ed Lim se levantó de pronto, dominando toda la sala–. ¿Tiene May Ling alguna muñeca oriental, es decir, alguna que se le parezca?

–No, pero, cuando sea un poco mayor, le podemos comprar una Barbie oriental.

–¿Ha visto usted alguna vez una Barbie oriental?

La señora McCullough se sonrojó.

–Bueno... no he buscado ninguna. Todavía. Pero tiene que haberla.

–No la hay. De hecho, Mattel ni siquiera la fabrica. –Ed Lim caminó unos pasos–. ¿Y qué me dice de los cuentos? ¿Qué clase de cuentos le leen ustedes a May Ling?

–Bueno... –Se puso a pensar–. Le leemos un montón de clásicos infantiles. *Buenas noches, Luna*, por supuesto. *El conejito Pat*: ese le encanta. Los libros de Madeline. Los de Eloise. *Arándanos para Sal*. Tengo guardados todos los libros que me gustaban cuando era niña, y ahora disfruto mucho leyéndoselos a Mirabelle.

–¿Tienen ustedes algún cuento con personajes chinos?

La señora McCullough estaba preparada para esta pregunta.

–Sí, tenemos uno: *Los cinco hermanos chinos*. Un libro precioso basado en un cuento popular chino.

–Lo conozco. –Ed Lim sonrió otra vez, y al señor Richardson se le tensaron los hombros: había observado que su antagonista siempre sonreía justo antes de pasar al ataque. *Nunca hay manera de saber lo que está tramando*, se dijo, pero enseguida se avergonzó de pensar algo así. Se puso colorado–. ¿Y qué aspecto

tienen esos cinco hermanos chinos?

–Son... son dibujos. Se parecen todos mucho: son hermanos; no hay manera de distinguirlos. De eso trata el cuento... –dijo, titubeante, la señora McCullough.

–Llevan todos coleta, ¿verdad? Y sombrero cónico. –Ed Lim no la dejó responder–: Estamos en 1998, y no me parece bien que, a estas alturas, May Ling pueda tener una imagen así de los chinos. ¿Qué opina usted?

–Es un cuento muy antiguo –insistió ella–. Los personajes llevan el traje tradicional.

–¿Y los demás cuentos, señora McCullough? ¿Tienen algún otro con personajes chinos?

Ella se mordió el labio.

–La verdad es que no he buscado más –reconoció–. No se me ha ocurrido.

–No se moleste –dijo Ed Lim–. Hay muy pocos. Así que May Ling no tiene ninguna muñeca que se le parezca, y lo mismo ocurre con los personajes de los cuentos que le leen. –Dio unos cuantos pasos–. Ni usted ni su marido hablan chino. No conocen la historia ni la cultura del país. A juzgar por su declaración, ni siquiera han pensado mucho en ese aspecto de la identidad de May Ling. ¿No es razonable suponer que, de quedarse con ustedes, la niña perderá el contacto con su cultura de origen?

La señora McCullough se echó a llorar. Era ella quien, en las primeras semanas, había dado de comer a Mirabelle cada cuatro horas, quien la había cogido en brazos cuando lloraba y la había visto crecer, observando cómo sus pies iban estirando el tejido del pelele de recién nacida hasta casi romperlo. Era ella quien la había pesado regularmente, quien había cocido al vapor guisantes, espinacas y patatas dulces, y, una vez hecho el puré, se lo había dado en pequeñas cucharadas. Era ella quien, el día en que a la niña le entró fiebre, le había puesto un paño frío en la frente y luego la había tocado con los labios para ver si seguía caliente: después de averiguar que tenía dolor de oído, le había dado jarabe antiobiotico, echándoselo gota a gota en su boquita rosada, y la había visto chuparlo como una gatita. No habría podido querer más a Mirabelle ni aunque fuese su madre biológica, había pensado mientras se inclinaba a besar la mejilla sonrojada. Había pasado toda la noche yendo de un lado para otro de la

habitación, meciendo al bebé (que seguía con fiebre y no podía dormirse de otra manera): por la mañana ya había andado más de seis kilómetros. Después del desayuno y antes de bañar y acostar a Mirabelle, le había acariciado la tripa hasta hacerla reír. Era ella quien la había sujetado cuando trataba de ponerse de pie. Era a ella a quien alargaba los brazos cuando le dolía algo o tenía miedo o se sentía sola. En una habitación completamente a oscuras reconocería a Mirabelle con solo oír-la llorar o tocarle la mano o percibir su olor.

—No tenemos que ser expertos en cultura china —objetó—. Basta con querer a Mirabelle. Nosotros la queremos mucho y deseamos darle una vida mejor.

Siguió llorando, y el juez le dio permiso para retirarse.

—No te preocupes —dijo el señor Richardson cuando ella se sentó de nuevo a su lado—. Lo has hecho bien.

En el fondo, sin embargo, empezaba a dudar. Estaba claro que Mirabelle tendría una vida feliz con David y Linda; nadie lo negaba. Pero puede que a la niña le faltase algo. El señor Richardson sintió de pronto mucha lástima de esa criatura tan minúscula y vulnerable, sobre la que se abatía el mundo en toda su complejidad.

En las escaleras del juzgado, los reporteros les bombardearon con preguntas. Él hizo unas declaraciones breves e insulsas en las que afirmaba su fe en la justicia: «Estoy completamente seguro de que el magistrado Rheinbeck considerará detenidamente todos los aspectos del caso y tomará una decisión justa».

Los McCullough no parecieron advertir el leve cambio de tono: el señor Richardson había hablado hasta entonces con bastante vehemencia, manifestándose convencido de que obtendrían la custodia, porque estaba claro que eran los más indicados para criar a Mirabelle, que la niña tenía que quedarse con ellos (Mirabelle ya pertenece a la familia McCullough, había insistido). Los periódicos habían publicado titulares igual de rotundos, como «El abogado de los padres adoptivos está seguro de ganar el caso». Pero en realidad no las tenía todas consigo.

Esa noche, cuando su mujer le preguntó en la cena cómo había ido la vista, no dijo gran cosa: «Hoy ha declarado Linda. Ed Lim se ha ensañado con ella. Ha quedado mal». Quería decir que había quedado mal la señora McCullough; pero, en el preciso instante en que pronunció la frase, se le ocurrió una idea, una

manera de cambiar las tornas. Esa misma noche llamaría por teléfono a los contactos que tenía en la prensa, y a la mañana siguiente, *The Plain Dealer* publicaría una crónica que mencionaba la «agresividad» de Ed Lim, cómo había acosado a la pobre Linda McCullough hasta hacerla llorar. El artículo daba a entender que su conducta era impropia de alguien como él, aunque no estaba claro si el periodista se refería a su condición de abogado o a otra cosa. Sin embargo, el propio señor Richardson se daría cuenta de que su actitud combativa chocaba con el estereotipo de los orientales y por eso inquietaba a la gente. A los hombres de esta etnia se les consideraba apocados, socialmente torpes y hasta ridículos, como Long Duk Dong, o, en el mejor de los casos, inofensivos y un poco payasos como Jackie Chan. Así que no podían mostrarse airados ni seguros de sí mismos, ni tampoco hablar con demasiada soltura: cuando alguno se comportaba así, los no orientales se incomodaban. Puede que con razón, pensaría, un poco avergonzado, el señor Richardson. A raíz del artículo, varias personas hasta entonces neutrales se pondrían de parte de los McCullough, y unos cuantos partidarios de Bebe dejarían de defenderla con fervor.

—Ya veremos lo que ocurre —dijo escuetamente el señor Richardson mientras la idea iba tomando forma en su cabeza.

—Me da lástima —dijo de repente Lexie, que estaba sentada en el otro extremo de la mesa—. Me refiero a Bebe. Debe de sentirse fatal.

—¿He oído bien? —saltó Izzy—. ¿La misma Bebe de la que dijiste el otro día que te parecía una madre negligente?

Lexie se sonrojó.

—Debería haber cuidado mejor a la niña —reconoció—. No sé, puede que la situación la desbordara, que no supiese bien en lo que se estaba metiendo.

—Por eso un embarazo es una cosa muy seria —le interrumpió la señora Richardson—. ¿Me oyes, Alexandra Grace? ¿Isabelle Marie? —Levantó el plato de judías verdes y se sirvió otra cucharada—. Tener un hijo es difícil, desde luego. Te cambia la vida. Bebe no estaba preparada, evidentemente, ni en el sentido práctico ni en el emocional. Este puede que sea el mejor argumento que tienen Linda y David para quedarse con la niña.

—¿Así que un error, y ya está? —dijo Lexie—. No estoy lista para tener un hijo,

pero si... –Vaciló—. Si me quedase embarazada, ¿me haríais renunciar al bebé?

–Eso no va a ocurrir, Lexie. Te hemos educado para que seas más sensata.

Su madre dejó de nuevo el plato en el centro de la mesa y pinchó una judía con el tenedor.

–Bueno, parece que a alguien le ha crecido hoy el corazón –le dijo Izzy a Lexie—. ¿Qué te ha pasado?

–Nada –contestó Lexie—. Solo era una suposición. El asunto de la niña es complejo. –Se aclaró la garganta—. Dice Brian que ni siquiera sus padres están de acuerdo.

Moody puso los ojos en blanco.

–El caso que dividió a todas las familias en Cleveland.

–John y Deborah son muy dueños de pensar lo que quieran –dijo el señor Richardson—, como todos los que estamos sentados en esta mesa. –Fue mirando a cada uno—. Trip, tengo entendido que marcaste tres goles en el partido de ayer; ¿es verdad eso?

Después de la cena, el señor Richardson seguía confuso.

–¿Crees de verdad que David y Linda sabrán criar a una niña china? –le preguntó a su mujer mientras los dos despejaban la mesa.

Ella le miró fijamente.

–Es como criar a cualquier niño –respondió con sequedad mientras metía los platos en el lavavajillas—. ¿Por qué iba a ser distinto?

Él tiró a la basura los restos de fideos que quedaban en un plato y se lo pasó a su mujer.

–Estoy de acuerdo, por supuesto –reconoció—. Lo que quiero decir es que, cuando la niña sea mayor, va a tener un montón de preguntas. Querrá saber quién es y de dónde viene. Preguntará por sus raíces, su cultura de origen. ¿Sabrán ellos explicárselo todo?

–Pueden consultar cualquier libro. –Ella hizo un gesto displicente con la mano. Sin darse cuenta vertió unas cuantas gotas de salsa Strogonoff en la encimera—. Pueden incluso instruirse sobre cultura china al mismo tiempo que la niña, ¿por qué no? Eso les uniría aún más.

La señora Richardson era amiga de Linda McCullough desde que las dos tenían siete años, y aún recordaba vivamente a Lindy envolviendo a Raggedy

Ann, la muñeca, en un viejo pañuelo de su madre, y luego acostándola con cuidado. Sabía mejor que nadie lo mucho que ella siempre había deseado un bebé, lo profunda que era su ansia de ser madre (ese papel tan maravilloso y tan aterrador). Mia, pensó, tenía que entender muy bien este anhelo: ¿no se acordaba de los Reed? Ella misma debía de haberlo sentido alguna vez; si no no habría huido con Pearl.

La señora Richardson se puso a rascar la encimera de granito con la uña del pulgar.

–Creo sinceramente que Mirabelle será muy feliz. Crecerá en un hogar donde no existen las diferencias raciales. A sus padres les trae completamente sin cuidado el aspecto que tenga. ¿No te parece lo ideal? A veces pienso –dijo con gran convicción– que todos seríamos más felices así. Quizá deberían entregar a todos los niños en el momento de nacer a una familia de otra raza. Puede que así acabáramos de una vez por todas con el racismo.

Cerró el lavavajillas con un ruido fuerte y salió de la cocina. Los platos empezaron a traquetear. El señor Richardson cogió una esponja y se puso a frotar la encimera. Se arrepentía de haber mencionado sus dudas sobre la niña: su mujer se lo tomaba como un asunto personal, hasta tal punto que no podía pensar con lucidez ni objetividad. No se daba cuenta de cómo la pasión le nublabla el entendimiento. Para ella el asunto era muy sencillo: Bebe Chow había sido una mala madre, al contrario que Linda McCullough. Una de ellas había seguido las reglas; la otra no. Pero lo malo de las reglas era que no admitían matices, porque presuponían que había una manera justa y otra injusta de actuar. En la mayoría de los casos, sin embargo, no eran más que convenciones: nada se podía considerar totalmente justo ni totalmente injusto, y era difícil saber con certeza quién tenía razón en un conflicto. El señor Richardson siempre había admirado el idealismo de su mujer, su convencimiento de que era posible mejorar las cosas, crear un mundo más racional, incluso perfecto. Por primera vez no estaba seguro de compartir su fe.

## Diecisiete

PRONTO SE HIZO EVIDENTE QUE EL SEÑOR RICHARDSON no era el único que tenía dudas. El juez estaba indeciso. Después de la vista pasaron dos semanas, luego tres, y todavía no llegaba el fallo. Mientras los McCullough, el señor Richardson y Bebe aguardaban nerviosos, ocurrió algo inverosímil y aparentemente trivial: Trip y Pearl intimaron.

«Aún no son pareja –habría dicho Lexie de haberlo sabido–; solo se están conociendo.» Pero ella, como todos los demás, tardó un tiempo en enterarse.

Todo empezó poco después de su visita a la clínica. Tenía cita para una revisión, y, para sorpresa de Pearl y Mia, le pidió a esta que la acompañara. «No tienes que hacer nada –le prometió–. Pero me sentiría mejor si estuvieses allí.» Sonó tan sincera que Mia aceptó.

La tarde de la revisión, Lexie se saltó la décima clase y se dirigió a Winslow Road en el Explorer. Aparcó delante de la casa, y al rato, las dos se subieron al Rabbit. Lexie, que iba en el asiento del copiloto, daba la impresión de haber suplido a Pearl: Mia parecía una madre que llevara a su hija a esa cita tan delicada e íntima.

Después de las clases, Pearl fue a casa de los Richardson. Desde que acompañara a Lexie a la clínica sentía como si las dos hubiesen intercambiado papeles, como si Lexie hubiese ocupado para siempre su lugar mientras dormía bajo el mismo techo que ella, y a la inversa. Era extraño. Lexie había vuelto a su casa vestida con una camiseta que le había cogido prestada: cuando la vio marcharse con su ropa, Pearl había tenido la inquietante sensación de observarse a sí misma. A la mañana siguiente había encontrado la camisa de Lexie en su cama: Mia la había lavado, planchado y doblado con esmero, y luego seguramente la había dejado allí para que Pearl se la devolviese en el colegio. En

vez de meterla en su bolso se la había puesto, y con esa piel prestada se había sentido más guapa y desenvuelta. En la clase de inglés se había mostrado incluso algo pícara, para sorpresa de sus compañeros y la profesora. Cuando sonó la campana, unos cuantos la habían mirado impresionados antes de salir del aula, como si se fijaran en ella por primera vez. Ya sé cómo se siente Lexie, había pensado.

Ese día, en el colegio, la dueña de la camisa estaba pálida, ojerosa y un poco mustia, pero seguía caminando erguida. «Me has robado la camisa, perra –le recordó a Pearl, aunque en tono cariñoso, y luego añadió–: Te queda bien.»

Unos días después, a pesar de haber devuelto la camisa y recuperado la camiseta, Pearl seguía sintiendo esa seguridad en sí misma que caracterizaba a Lexie. Por la tarde, después de que esta se hubiese marchado con Mia a la clínica, le pareció natural presentarse sola en casa de los Richardson. Ya había estado allí miles de veces, pero siempre había llegado acompañada por alguno de los hermanos. Ese día, sin embargo, Moody había suspendido un examen de álgebra y se había quedado en el colegio después de las clases para repetirlo. Izzy tenía clase de violín y los padres aún no habían vuelto del trabajo; así que Trip estaba solo en casa. Cuando entró en el solárium, Pearl le encontró repantigado en el sofá con un cuaderno abierto al lado, sobre un cojín. Se había quitado las zapatillas de deporte, pero aún tenía puestos unos calcetines blancos con un agujerito en un talón. Este detalle le pareció extrañamente encantador.

La antigua Pearl se habría marchado enseguida. Lexie, naturalmente, le habría dicho que se moviera para hacerle sitio en el sofá, y acto seguido se habría dejado caer a su lado: esto fue exactamente lo que hizo Pearl, para sorpresa suya.

–Hola –le dijo.

Trip levantó la vista y sonrió. Ella se ruborizó.

–Hola, empollona. Ayúdame, anda.

Él se incorporó y se hizo a un lado, y luego le alargó el cuaderno. Pearl lo cogió y se puso a leer lo que había escrito. Era muy consciente de que sus rodillas se estaban tocando.

–Vamos a ver, esto no tiene ningún secreto. Tienes que calcular la  $x$ ...

Se inclinó sobre el cuaderno y empezó a corregirle el trabajo mientras él la contemplaba admirado. Pearl siempre le había parecido una chica tímida pero

mona. Sin embargo, Trip no solía pensar mucho en ella ni la había mirado nunca más que con la curiosidad mínima con que las hormonas llevan a un adolescente a observar a cualquier miembro del sexo opuesto. Ahora creyó advertir un cambio en su actitud. Pearl tenía unos ojos vivaces y brillantes, pero ¿habían sido siempre así? Se apartó un mechón de pelo de la cara, y él se preguntó qué sensación produciría tocarlo con suavidad, como quien acaricia un pájaro. Ella esbozó la solución al problema con tres trazos rápidos: uno horizontal que atravesaba la hoja; otro vertical que apuntaba hacia abajo; y una curva que empezaba en el centro y se disparaba hacia arriba como una estrella fugaz. Parecía una artista, pensó él: con una sola raya era capaz de crear un mundo.

–¿Lo pillas? –preguntó Pearl, y Trip descubrió, sorprendido, que sí.

–Oye, esto se te da muy bien.

–Hay muchas cosas que se me dan bien –dijo ella, y él la besó.

Fue Trip quien la echó hacia atrás en el sofá, tirando sin querer el cuaderno al suelo, y quien le puso las manos en la camisa y luego se las metió debajo. Pero fue Pearl quien se apartó al cabo de un rato, le cogió de la mano y le condujo a su cuarto.

La cama estaba a medio hacer; la camisa del día anterior, tirada en el suelo. Las luces estaban apagadas, y el sol que se filtraba por la persiana les hacía rayas en el cuerpo. Ella se dejó llevar por el deseo: era como si, por primera vez en la vida, no pensara en nada y su cuerpo se moviera solo. Fue Trip quien, para sorpresa de Pearl, se mostró inseguro, manoseando el cierre del sujetador, aunque ya debía de haber desabrochado muchos. Ella supuso –acertadamente– que estaba nervioso, que ese momento era muy importante para él, y se enterneció.

–Si quieres que pare, dímelo.

–No quiero que pares –respondió Pearl.

Cuando la penetró, ella sintió un dolor momentáneo, y la súbita extrañeza de tener el cuerpo de Trip tan pegado al suyo, las rodillas acopladas a sus caderas. Fue rápido. El placer (esta vez, por lo menos) llegó después, cuando él se estremeció y se echó bruscamente a su lado. Luego apretó la cara contra su cuello y se aferró a ella, como dominado por un deseo ansioso. Pearl pensó emocionada en lo que habían hecho, en el efecto que ella podía tener sobre Trip. Le besó en

una oreja, y él, sin abrir los ojos, respondió con una sonrisa soñolienta. Ella se preguntó brevemente cómo sería dormirse y despertar a la mañana siguiente a su lado.

–Despierta –le dijo–. No tardará en llegar alguien.

Se vistieron de prisa y en silencio. Pearl empezó a sentir rubor. ¿Se daría cuenta su madre? ¿La notaría distinta? Puede que todo el mundo adivinase por su cara lo que había hecho. Trip le lanzó su camiseta y ella se la puso: de pronto, al pensar en sus ojos recorriéndole el cuerpo, le entró pudor.

–Más vale que me vaya –dijo Pearl.

–Espera –dijo Trip, y acto seguido le soltó el pelo, que llevaba metido en el cuello de la camisa–. Así está mejor. –Los dos se sonrieron tímidamente, y luego apartaron la mirada–. Te veo mañana.

Pearl asintió con la cabeza y salió de la habitación.

Al día siguiente, después de las clases, él se le acercó cuando estaba en la taquilla.

–¿Qué planes tienes? –le preguntó: ella supo, naturalmente, lo que quería decir.

–Van a estar todos allí. Moody, Lexie, Izzy. Y mi madre también: estará limpiando.

Él observó cómo jugueteaba con la cerradura de la taquilla, girando la rueda a un lado y a otro.

–Si tu madre está en mi casa, ¿por qué no nos vamos a la tuya?

Aunque sabía que Moody se iba a preguntar dónde estaba (y que más tarde tendría que mentirle), Pearl cerró la taquilla, se metió las llaves de casa en el bolsillo, y a continuación le dijo a Trip:

–¿Quieres conducir tú?

El señor Yang miró detrás de las cortinas y vio el coche aparcado al otro lado de la calle y a Pearl y Trip cruzando apresuradamente. Luego oyó un portazo y pisadas fuertes en la escalera. Finalmente se hizo un silencio. No era asunto suyo, pensó, aunque el resto de la tarde recordaría con nostalgia su adolescencia, los años de Hong Kong, y aquellas tardes en que se colaba con Betsy Chao en el jardín botánico: nunca le había hablado a nadie de aquellas citas clandestinas, y llevaba años sin revivirlas. Los jóvenes son iguales en todos los países y todas las

épocas, se dijo mientras corría las cortinas.

Pasaron varias semanas sin que nadie se enterara. Pearl no se lo contó a Moody ni a Lexie. ¿Qué les iba a decir? *¿Me acuesto con tu hermano?* Lexie le habría exigido detalles y se lo habría contado a Serena Wong: al cabo de una semana lo habría sabido todo el colegio. A Izzy le habría horrorizado, sin duda. Y a su hermano no pensaba contárselo ni por asomo. Hacía tiempo que era consciente de no sentir por Moody lo mismo que él sentía por ella. Un día habían ido a ver *Titanic*, y el vestíbulo del cine estaba abarrotado: cuando trataban de abrirse paso entre la multitud, él se había dado la vuelta y le había agarrado la mano para evitar que se separaran. Ella estaba contenta de tener a alguien que la ayudara a avanzar entre el gentío, pero por otro lado le inquietaba que Moody le apretase la mano tan fuerte, como con afán posesivo. Fue en ese instante cuando se dio cuenta. Le dejó cogérsela hasta que llegaron a la puerta de la sala, y entonces la soltó con suavidad, fingiendo que tenía que sacar la crema de labios del bolso. Más tarde, cuando llegó la escena de la película en que Leonardo DiCaprio dibujaba a Kate Winslet desnuda y se veía el primer plano de una mano apretada contra el cristal empañado de una carroza, Pearl, que notó cómo Moody se ponía tieso y la miraba de reojo, metió la mano en la bolsa de palomitas, como si ese momento tan romántico la aburriera. Después de la película, él propuso ir al *diner* a tomar algo, pero ella dijo que tenía que volver a casa. A la mañana siguiente, en el colegio, todo parecía normal de nuevo, pero Pearl sabía que algo había cambiado, y esta conciencia era como una astilla que no debía tocarse.

Moody acabó enterándose, por supuesto. Era cuestión de tiempo que ocurriera: cuando dos personas que han pasado tanto tiempo juntas se distancian de pronto, es normal preguntarse por qué. Él había encontrado varias tardes en su taquilla un papelito doblado en forma de triángulo, y con un mensaje escueto: «Me tengo que quedar después de las clases. ¿Nos vemos en tu casa a las 4:30?». Las excusas de Pearl siempre le parecían sospechosamente vagas: le contaba, por ejemplo, que se había quedado haciendo carteles para la cena anual con fines benéficos, o hablando con la profesora de literatura sobre una redacción que tenían que entregar. Al cabo de una semana, Moody cayó en la cuenta de que las cuatro y media era la hora a la que Trip solía irse a jugar al lacrosse. Impulsado

por una corazonada, cogió la bici y se dirigió al pequeño dúplex de Winslow Road. Enseguida vio confirmadas sus sospechas: allí, aparcado al otro lado de la calle, estaba el coche de su hermano. Se quedó esperando fuera hasta las cuatro y cuarto, cuando Trip y Pearl salieron juntos de la casa. No iban de la mano, pero se comportaban con un desenfado que Moody estaba seguro de que solo podía deberse a la intimidad física. Así, se fijó en los empujones que se daban con el hombro al bajar por el camino de entrada, y en cómo Pearl le cerraba la cremallera de la mochila a Trip y él se inclinaba para apartarle a ella un rizo de la frente. Finalmente, los dos le vieron mirándoles desde la acera, montado en la bici, y se quedaron inmóviles.

—Así que era esto —dijo Moody, y antes de que ninguno de los dos pudiera responder puso el pie en el pedal y se alejó a toda velocidad.

Más tarde, Trip se fue a entrenar, y, cuando por fin llegó a casa de los Richardson, Pearl trató de explicárselo a su hermano.

—Ha pasado, nada más —le dijo, y a Moody le sonó sincera, lo que no le consoló mucho.

Él puso los ojos en blanco: esa frase la habría podido decir un personaje de un pésimo serial para adolescentes.

—Me da lo mismo. Si quieres tirarte al anormal de mi hermano... —Pearl dio un respingo, y Moody, a pesar suyo, se calló unos instantes—. Sabes que te está utilizando, ¿no? —dijo por fin—. Él es así. No se toma nada en serio. Se acaba aburriendo, y luego pasa a la siguiente.

Ella guardó un silencio desafiante. Estaba convencida de que esta vez no pasaría lo mismo. Los dos tenían razón: Trip se cansaba enseguida de las chicas, y casi nunca volvía a pensar en ellas una vez que las perdía de vista; pero no había conocido a ninguna como Pearl, que no se avergonzaba de ser inteligente ni encajaba del todo en un mundo tan bien organizado como el de Shaker Heights, aunque posiblemente no lo supiese. Para sorpresa suya, no se la podía quitar de la cabeza en todo el día: ni cuando estaba en el laboratorio de química, ni cuando hacía deporte, ni siquiera por la noche: en vez de dormirse enseguida, como solía, se quedaba despierto pensando en ella. Las chicas con las que había crecido en Shaker (y también los chicos) parecían todas resueltas, ambiciosas, seguras de sí mismas y con las ideas muy claras. Sus hermanas y su madre

también eran así: siempre creían saber lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pearl era más inteligente que ninguna de ellas, y sin embargo no le importaba tener dudas: estaba cómoda, incluso, en las zonas grises. Además, Trip descubrió que pensaba en cosas importantes, y de ellas acababan hablando los dos por la tarde, después del sexo. Él le confesaba a Pearl lo mucho que lamentaba llevarse mal con Moody («Somos hermanos: tendríamos que ser amigos, ¿no?») y que, con diecisiete años, aún no sabía bien lo que iba a hacer en la vida: ya tenía que estar pensando en la universidad, pero lo cierto es que seguía confuso. Ella le tranquilizaba diciendo que aún había tiempo, siempre había tiempo para todo. Cuando estaba con Pearl, el mundo parecía más vasto e interesante; Trip, por su parte, la hacía sentirse más segura y en contacto con la realidad.

–Tienes una idea equivocada de él –dijo finalmente Pearl.

–Me da lo mismo –repitió Moody–. No hablemos más de esto, ¿de acuerdo?

Ante todo estaba decepcionado con Pearl, que se había revelado lo bastante superficial para elegir a Trip. Naturalmente, no había pensado que le fuera a elegir a él: Moody no era un rompecorazones. Pero enrollarse con su hermano... eso era imperdonable. Moody tenía la sensación de haberse tirado a un lago cristalino y aparentemente profundo y haber descubierto enseguida que, en realidad, el agua apenas le llegaba a las rodillas. ¿Qué hacía uno en un caso así? Levantarse. Sacar los pies del barro, limpiarse las rodillas. Y había que ser más prudente en lo sucesivo, porque uno ya sabía que el mundo era más pequeño de lo que había imaginado.

Esa misma tarde, cuando Pearl no estaba mirando, Moody metió la mano en su bolso y sacó el pequeño cuaderno negro que le había regalado unos meses antes. El lomo seguía intacto, como había sospechado. Por la noche, estando solo en su cuarto, arrancó las hojas e hizo pelotitas con ellas, y luego las tiró a la papelera. Una vez llena, arrojó la cubierta de cuero del cuaderno (ya sin hojas, como una mazorca desnuda) y empujó el cubo de una patada debajo de su mesa.

Lexie también tenía cuitas sentimentales. Desde que volviera de la clínica le había dado reparo acostarse con Brian, y era comprensible. La tensión emocional se empezaba a notar. Ella no le había contado nada, y el aborto gravitaba sobre su relación, enturbiándolo todo. A él se le estaba agotando la paciencia.

–¿Qué te pasa? –se quejó una tarde: acababa de inclinarse hacia delante para besarla, y ella había apartado la boca de nuevo y le había ofrecido la mejilla—. ¿El síndrome premenstrual, otra vez?

Lexie se sonrojó.

–Cómo sois los tíos. Os creéis que todo se reduce a hormonas. Las hormonas y la regla. Si la tuvieseis vosotros os pasaríais el día acurrucados en el suelo por los calambres.

–Mira, si estás cabreada conmigo, solo dime en qué te he ofendido. Yo no puedo leerte el pensamiento, joder. ¿Cómo voy a pedir perdón si no sé lo que he hecho?

–¿Quién dice que me tienes que pedir perdón? –Lexie se miró las manos, como si fuera a encontrar una nota escrita allí, una especie de chuleta para orientarla—. ¿Qué te hace pensar que estoy cabreada contigo?

–Si no lo estás, ¿por qué te comportas así?

–Solo quiero que me des más espacio, que no me manosees todo el rato.

–¿Espacio? –Brian golpeó el volante con las dos manos—. Llevo tres semanas dándote espacio, y tú llevas como una semana sin besarme siquiera. ¿Cuánto más necesitas?

–Puede que todo el espacio posible –soltó ella—. Me voy a Yale y tú te vas a Princeton... Tal vez sea mejor así.

Hubo un silencio atónito. Los dos trataban de digerir lo que ella había dicho.

–¿Quieres romper? –preguntó él por fin—. Está bien. Se acabó entonces. –Apretó el botón para abrirle la puerta—. Adiós.

Lexie se colgó el bolso del hombro y se bajó del coche. Habían aparcado en un camino secundario del parque donde solían esconder el coche cuando querían estar solos. No puede marcharse así, pensó Lexie. No me creo que este sea el final. Sin embargo, nada más cerrar ella de un portazo, el coche arrancó con un gruñido y se alejó. Brian no se dio la vuelta, pero a ella le pareció verle mirar en el retrovisor una sola vez antes de doblar la esquina.

Echó a andar sin saber adónde. Dejó atrás el lago y caminó por el sendero que llevaba a la carretera principal: caminos que había recorrido en coche a menudo, pero casi nunca a pie. Brian y ella se habían hecho amigos en el noveno curso de primaria y habían empezado a salir en el primer año de secundaria. Se puso a

pensar en todas las cosas que habían hecho juntos. Gritar desde las gradas en los partidos de los Indians. Mirar desde el aparcamiento del colegio los fuegos que iluminaban el cielo nocturno el 4 de julio. Una vez, antes de dejarla en casa, él le había metido un ramillete de rosas en el puño de la camisa. La noche en que cenaron en el restaurante Giovanni's (ninguno de los dos sabía pronunciar el nombre). La fiesta que hubo en el gimnasio del colegio, y en la que bailaron al son de los Fugees hasta que empezaron a sudar: luego, cuando sonó *I Don't Want to Miss a Thing*, de Aerosmith, ella se echó en brazos de Brian, y los dos estaban tan pegados que sus sudores se mezclaron. Todos esos momentos se habían perdido en el tiempo.

Caminó un buen rato, siguiendo la curva de la carretera y parándose de vez en cuando para dejar pasar los coches. De pronto llegó a un lugar inesperado, pero el único en el que le apetecía estar en ese momento: no era su casa, sino el dúplex de Winslow Road. Miró hacia las ventanas del piso de arriba y vio a Mia, que parecía atareada. Sabía que la madre de Pearl encontraría las palabras justas y le permitiría digerirlo todo, pensar detenidamente en lo que había ocurrido y lo que iba a ocurrir, en las razones que la habían llevado a dejar a quien creía el novio perfecto, y por las que una relación igualmente perfecta se había ido al traste de repente.

Subió las escaleras, y al abrir la puerta de la cocina vio a Izzy sentada en la mesa al lado de Mia. Las dos andaban ocupadas doblando trozos de papel en forma de grúas: ya había un montón de figuras de todos los tamaños dispersas por la mesa, como pétalos. Izzy miró sorprendida a su hermana, pero Mia enseguida evitó que dijera nada:

—Me alegro de que hayas venido, Lexie.

Sacó una silla y Lexie se sentó. Tenía una mirada tan inexpresiva que hasta Izzy se dio cuenta de que le pasaba algo. Su hermana parecía al borde de una crisis psíquica: nunca la había visto así.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, estoy bien —contestó Lexie, que tenía los labios secos.

—Estás bien —dijo Mia, apretándole cariñosamente el hombro—. Y te vas a poner aún mejor —añadió, y a continuación se levantó, sacó otra taza del armario y puso a hervir el agua.

–Antes de que preguntéis nada –dijo Lexie, rehuyéndole la mirada a Izzy–, he roto con Brian.

–Lo siento –dijo su hermana.

Izzy descubrió, sorprendida, que era verdad. Brian siempre había sido amable con ella. En la época en que empezó a salir con Lexie, había invitado un par de veces a Izzy a tomar batidos con ellos en Yours Truly. A veces, cuando iba en coche y la veía caminando por la calle, la acercaba a su casa.

Izzy miró a Lexie, luego a Mia.

–Si quieres me voy.

Mia, que seguía delante del hornillo, se fingió absorta en la tarea de abrir una bolsita de té. Lexie dijo que no con la cabeza.

–Quédate. No pasa nada; estoy bien. Quédate.

Al cabo de unos instantes, Izzy deslizó un trozo de papel por la mesa. Lexie lo cogió y se puso a imitar a su hermana, doblando la hoja varias veces. Finalmente la sujetó por las esquinas y tiró, y una flor blanca se le abrió en las manos.

–El juez Rheinbeck dice que aún no ha tomado una decisión –le contó el señor Richardson a su mujer un día de principios de mayo.

Harold Rheinbeck tenía sesenta y nueve años y el pelo gris. Era aficionado desde siempre al boxeo e igualmente entusiasta de la caza, pero también tenía un lado sensible, por lo que comprendía muy bien lo complejo que era el caso desde el punto de vista emocional. Esa semana se había quedado despierto por las noches pensando en la pequeña May Ling-Mirabelle, como llamaba a la niña para sus adentros: era tal su afán de ecuanimidad que, cada vez que oía uno de los dos nombres, le añadía el otro en la cabeza, y así había acabado fundiéndolos en uno solo. El bebé, al que cuidaba una canguro, no había estado presente en la vista (los niños pequeños, como era sabido, no soportaban los juicios largos), pero Ed Lim había tenido el acierto de colocar una foto suya ampliada en la mesa, así que cada día, en el juzgado, todo el mundo se había quedado mirándola, y el juez, al reflexionar sobre las declaraciones que había escuchado, se acordaba de la carita de la niña. Cuanto más pensaba en el caso, menos claro lo tenía: se identificaba con el rey Salomón. Todas las mañanas, inquieto y soñoliento, les gritaba a los ordenanzas y a su secretaria sin saber siquiera por

qué.

–Esto es un suplicio –le dijo la señora McCullough a la señora Richardson. Se estaba tomando un café en su casa, donde las dos solían refugiarse para evitar a la prensa–. ¿Qué más quiere? La decisión es muy fácil. ¿Cómo puede tardar tanto?

Había interferencias en el vigilabebés que tenían al lado. La señora McCullough subió un poco el volumen, y las dos se quedaron calladas. Al cabo de un instante se oyeron en toda la cocina los resuellos que daba Mirabelle cuando dormía.

–¿Se te ocurre algo más que decirle al juez? –preguntó la señora Richardson–. Otros factores a tener en cuenta, argumentos que puedan ayudar a convencerle. –Se inclinó hacia delante–. Piensa en otras cosas que a Bill y a ti se os ha olvidado mencionar. Más razones por las que es justo daros la custodia o... – Después de vacilar un instante lo soltó–: O por las que Bebe no sería una buena madre. Cualquier cosa que se te ocurra.

La señora McCullough se mordisqueó una uña: esta manía la había tenido de niña, pero la señora Richardson había vuelto a observarla últimamente.

–Bueno... –comenzó, y enseguida se detuvo–. A lo mejor no es verdad.

–Puede que sea tu última oportunidad, Linda –dijo su amiga en tono dulce–. Piensa en cualquier cosa. Tienes que atacar como sea.

–Esto no es más que una sospecha; no tengo pruebas –dijo, suspirando, la señora McCullough–. A Bebe, hace como tres meses, la noté... más gorda. La cara se le fue poniendo más y más redonda: yo lo veía sobre todo cuando pasaba a recoger a Mirabelle. Y el pecho también lo tenía más grande. La asistente social me contó una cosa muy rara. En una de las visitas, Bebe tuvo que irse corriendo al cuarto de baño. Estaban en la biblioteca, y de repente le dejó el bebé a Adrienne y salió pitando. Adrienne me contó que la había oído vomitar. –Miró a la señora Richardson–. Empecé a sospechar que estaba embarazada. Además parecía muy cansada. En fin, eso es lo que pensé. Las mujeres que están esperando un bebé tienen una mirada... la notas a poco que te fijas. Me acuerdo de los años que pasamos intentándolo, cuando mis amigas se iban quedando todas embarazadas... yo siempre lo adivinaba antes de que me lo dijeran. Contigo me pasaba lo mismo, ¿verdad, Elena?

–Es cierto –respondió la señora Richardson–. Siempre lo adivinabas. No tenía

que decirte nada.

–Y luego, hace cosa de un mes, recuperó de pronto su aspecto habitual. La cara se le afiló. La volví a ver tan delgada como siempre. Así que pensé... –Respiró hondo–. Pensé que igual había abortado.

–Un aborto. –La señora Richardson se echó hacia atrás en la silla–. Es una acusación grave.

–No la estoy acusando de nada –insistió la señora McCullough–. Ya te he dicho que no tengo pruebas. Es solo una sospecha. Además me has aconsejado que saque cualquier cosa. –Sorbió el café, que ya estaba frío–. Si se demuestra que ha abortado, ¿crees que cambiarían las cosas?

–Es posible. –La señora Richardson se quedó pensativa–. Que haya abortado no significa, por supuesto, que sea una mala madre. Pero puede que la gente se volviera en su contra si se enterara. El aborto todavía está mal visto. En este caso, además, la madre aborta cuando está tratando de recuperar a un bebé que ha abandonado. –Se puso a repiquetear en la mesa con los dedos–. Eso indica como mínimo que es una irresponsable, porque se quedó embarazada otra vez. –Le cogió la mano a su amiga y la apretó–. Haré pesquisas. Si encuentro algo lo esgrimiremos ante el juez.

–Elena... –La señora McCullough suspiró–. Siempre tienes la solución. No sé qué haría sin ti.

–No le cuentes nada todavía a Bill ni a David –dijo la señora Richardson mientras cogía su bolso–. Mejor no darles muchas esperanzas. Confía en mí. Yo me ocupo de todo.

Bebe no se había quedado embarazada. En los meses anteriores a la vista había estado muy nerviosa: había periodistas apostados fuera del restaurante, y cada dos por tres la paraban en la calle y le ponían el micrófono en la cara; en la prensa y la televisión hablaban continuamente del caso; y, para colmo, el jefe se quejaba del tiempo que el juicio le iba a quitar del trabajo. Así que había abusado de la comida basura (galletas Oreo, patatas fritas y, en cierta ocasión, una bolsa entera de cortezas de cerdo), y en un mes había engordado siete kilos. Había trabajado horas extra para compensar las que iba a perder: las noches en que tenía que cerrar el restaurante se quedaba hasta las dos o las tres, y a las nueve de la mañana estaba de vuelta para abrirlo. De esos días guardaba un

recuerdo brumoso.

Una vez, después de intoxicarse con unas sobras que habían pasado demasiado tiempo en la nevera, había vomitado en la biblioteca, delante de Adrienne. Los días siguientes no había podido comer: cuando se curó faltaban apenas unas semanas para el juicio, y resultó que estaba demasiado nerviosa para probar nada. Al principio de la vista había perdido esos siete kilos y otros cinco más.

La señora Richardson, que no sabía nada de esto, empezó a hacer pesquisas. Puedo averiguar cualquier cosa, se recordaba a sí misma. Tengo contactos. A la mañana siguiente de su conversación con la señora McCullough sacó el tarjetero Rolodex y buscó en la M: *Manwill, Elizabeth*.

Elizabeth Manwill y ella habían sido compañeras de cuarto en el primer año de universidad y, aunque luego habían tenido otras, habían seguido en contacto hasta licenciarse y después de la carrera. Elizabeth se había mudado a Cleveland hacía unos años para dirigir la clínica que Planned Parenthood tenía en la ciudad, y desde entonces las dos se trataban mucho. Esa clínica era la única de todo el área metropolitana de Cleveland que practicaba abortos.

La señora Richardson le iba a pedir que hiciera una pequeña averiguación... pequeña, pero posiblemente ilegal. ¿Podía consultar los archivos de la clínica para ver si figuraba el nombre «Bebe Chow» en la lista de abortos recientes?

—Extraoficial. *Off the record* —le aseguró a su amiga.

Apoyó el auricular en el hombro y se cercioró de que la puerta de su despacho estuviese cerrada.

—Elena... —dijo Elizabeth Manwill mientras cerraba la puerta del suyo—. Ya sabes que no puedo hacer eso.

—No es gran cosa. Nadie tiene por qué enterarse.

—Es una violación de la HIPAA.<sup>17</sup> ¿Tienes idea de la sanción que me puede caer? Aparte de la cuestión ética.

Elizabeth Manwill era amiga suya desde hacía muchos años y le debía no pocos favores, aunque la propia señora Richardson odiaba llamarlos así. Cuando llegó a Denison con dieciocho años era simplemente Betsy, una chica muy tímida que venía de Dayton y que había sido objeto de escarnio continuo en el instituto: le aterraba la posibilidad de que le sucediera lo mismo en la universidad. Su aspecto se prestaba mucho a las bromas: las gafas se le deslizaban todo el tiempo por la

nariz; la frente la tenía llena de granos; y la ropa era sosa y no le quedaba bien. Por desgracia, su flamante compañera de cuarto era idéntica a las chicas presumidas que tanto la habían hecho sufrir en el instituto: guapa, muy bien vestida, desenvuelta. La primera noche, Betsy lloró hasta quedarse dormida.

Sin embargo, Elena se convirtió en su guía y la acabó transformando. Le prestó su pintalabios y la Noxzema, la llevó de compras y la enseñó a peinarse. Yendo a clase con Elizabeth, sentándose a su lado en la cafetería, Elizabeth ganó seguridad en sí misma. Empezó a hablar como ella (con ese aire de estar convencida de que sus opiniones le interesaban a la gente) y a caminar erguida, como una bailarina. Cuando terminó la carrera ya era otra persona, Liz Manwill, con sus trajes de chaqueta y pantalón, sus tacones y sus gafas de arquitecta, que la hacían parecer casi tan inteligente como era: una mujer capaz de administrar una clínica con facilidad. En los años siguientes, Elena (que ya era la señora Richardson) siguió ayudándola. Cuando Elizabeth solicitó el trabajo en la clínica, su amiga intercedió por ella, valiéndose de los numerosos contactos que tenía en Cleveland; y, una vez que consiguió el puesto y se mudó a la ciudad, le presentó a mucha gente que podía interesarla, tanto en lo profesional como en lo personal. De hecho, Elizabeth conoció a su futuro marido, un compañero de trabajo del señor Richardson, en una fiesta que organizó el matrimonio. Elena, sí, le había hecho muchos favores, pero nunca le había pedido nada a cambio, y las dos lo tenían muy presente.

—¿Cómo está Derrick, por cierto? —preguntó de pronto la señora Richardson—. ¿Y Mackenzie?

—Están bien. Derrick, trabajando mucho, como de costumbre.

—Parece mentira que Mackenzie ya tenga doce años. ¿Le va bien en Laurel?

—Le encanta. La noto con mucha más seguridad en sí misma. Creo que le ha beneficiado un montón estar en un colegio solo para chicas. —Hizo una pausa—. Gracias otra vez por la recomendación.

—¡No digas tonterías, Betsy! Lo hice con placer. —La señora Richardson repiqueteó en la mesa con el bolígrafo—. ¿Para qué están las amigas?

—Compréndeme, Elena. A mí me encantaría ayudarte, pero si llegara a enterarse alguien...

—No tienes que *enseñarme nada*, por supuesto. Pero supongamos que me paso

por allí y te invito a comer, y luego veo por casualidad la lista de los últimos meses. Nadie podrá decir que me la has enseñado, que lo has hecho a propósito, ¿verdad?

—¿Y si encuentras el nombre de esa mujer en la lista? —preguntó Elizabeth—. ¿De qué sirve? Bill no puede esgrimirlo ante el juez.

—Si está ahí el nombre, él buscará otras pruebas. Sé que es un favor enorme, Betsy. Bill solo necesita saber si vale la pena investigar este asunto. ¿Y si no lo encuentro? Pues se acabó la historia.

Elizabeth Manwill suspiró.

—Está bien —dijo por fin—. ¿Qué día estás libre la semana que viene?

Después de quedar con ella para comer, la señora Richardson colgó el teléfono. No tardaría en salir de dudas. Pobre mujer, se dijo, pensando en Bebe con inusitada benevolencia. Si había abortado, ¿quién se lo podía reprochar? Estaba en plena batalla por la custodia, tenía un trabajo de poca monta, y además había sufrido mucho con el primer bebé. Una mujer siempre abortaba con pesar y como último recurso. Cuando no había otra opción mejor. No, la señora Richardson no se lo podía reprochar a Bebe, aunque seguía confiando en que los McCullough se quedaran con la niña. *Pero ella siempre podrá tener otro... una vez que haya enderezado su vida*, pensó mientras abría de nuevo la puerta de su despacho.

## Dieciocho

LA SIMPATÍA POR BEBE LE DURÓ A LA SEÑORA RICHARDSON hasta su cita con Elizabeth Manwill.

–Cuánto tiempo, Betsy –dijo al entrar en su despacho–. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

–No me acuerdo. En la fiesta de Navidad del año pasado, quizá. ¿Cómo están los chicos?

La señora Richardson dedicó unos minutos a presumir de sus hijos: le habló de lo que Lexie pensaba hacer en Yale, del último partido de lacrosse de Trip y de las buenas notas de Moody. A Izzy no la mencionó, como de costumbre, pero Elizabeth Manwill no se dio cuenta: la noche anterior había decidido que no iba a hacer lo que le pedía, y en ese momento se estaba preparando mentalmente para decírselo.

–Se me va a hacer raro tener solo a tres en casa el año que viene –dijo la señora Richardson–. Y a Bill este caso le ha dejado agotado, claro. Te acuerdas de Linda y David, ¿verdad? Has coincidido con ellos en algunas de nuestras fiestas. Linda fue quien te recomendó a aquel paseador de perros hace un par de años. En fin, todos estamos deseando que esto acabe pronto, y que se queden para siempre con la niña.

Elizabeth se levantó.

–¿Nos vamos a comer? –dijo mientras cogía el bolso.

La señora Richardson no se movió de la silla.

–Quería pedirte consejo sobre una cosa, Betsy.

Alargó una mano y cerró la puerta. Ahora solo se veía a las dos amigas por las ventanas estrechas que había a ambos lados de la puerta. Elizabeth se sentó de nuevo y miró a la señora Richardson. Tenía la esperanza de que se hubiese

olvidado del favor que le había pedido.

–Lo siento, Elena –dijo de pronto–. No puedo hacerlo.

–Betsy... –respondió en voz baja la señora Richardson–. Es echar una ojeada, nada más. Solo quiero saber si hay algo que investigar.

–No es que no quiera ayudarte...

La señora Richardson levantó una mano.

–Está bien. No pasa nada, Bets. Olvídalo. –Abrió el bolso y sacó un pintalabios dorado–. Pero te confieso que me sorprende. Me sorprende que después de tantos años de amistad no te fíes de mí.

–No es cuestión de fiarse o no fiarse –comenzó a explicar Elizabeth Manwill, pero la señora Richardson prosiguió como si no la hubiera interrumpido:

–Jamás te pondría en una situación comprometida. Jamás *utilizaría* esa información. Betsy, ¿cuántas veces nos hemos ayudado la una a la otra? –Se aplicó el pintalabios con varios toques ligeros y precisos, y luego lo cerró–. Esto es un toma y daca.

Elizabeth se quedó callada. A esas alturas, pensó, tendría que saber que Elena Richardson no era de las que desistían fácilmente: no iba a parar hasta conseguir lo que quería. Con unos cuantos golpes de teclado encontró una lista de pacientes.

–Esta es de los últimos tres meses. Aquí están todas las mujeres que se han sometido a una operación médica o quirúrgica. –Apartó su silla de la mesa–. Voy a estar en el cuarto de baño unos minutos. Te ruego, eso sí, que no mires ninguno de los detalles confidenciales. Pero si lo hicieras no tendría manera de saberlo, claro.

Salió del despacho y cerró la puerta. La señora Richardson se inclinó sobre la mesa y consultó rápidamente la lista que había en la pantalla. No figuraba ninguna Bebe Chow. Sin embargo, abajo del todo vio un nombre que le llamó la atención: *Pearl Warren*. La intervención había sido a principios de febrero.

Cuatro minutos más tarde, cuando Elizabeth Manwill volvió del cuarto de baño, la señora Richardson estaba sentada de nuevo en su silla. Parecía serena, aunque tenía una mano apretada contra el brazo del asiento.

–Gracias, Betsy. Sabía que podía contar contigo. –Enderezó unos cuantos papeles que había desordenado sin querer–. ¿Nos vamos a comer entonces?

En el restaurante pidieron *saag* y pollo *tikka masala*. La señora Richardson se esforzó por decir banalidades, pero no sonaba nada natural. Por su parte, Elizabeth Manwill ya se arrepentía de haberle dejado mirar los archivos. Siempre había pasado lo mismo entre ellas, pensó mientras pinchaba un trozo de pollo. Elena Richardson desplegaba todo su encanto, su generosidad, te decía siempre cosas amables, se ganaba tu cariño, y luego, cuando te pedía algo, no podías negarte. Pero esta iba a ser la última vez. Ahora ya no le debía nada. De hecho, las dos no volverían a comer juntas, aunque nunca dejarían de tratarse con cordialidad.

¿Así que la pequeña Pearl, la inocente Pearl tenía un secreto!, pensó la señora Richardson mientras volvía a la redacción. Tenía claro quién era el padre: hacía tiempo que sospechaba que Pearl y Moody eran más que amigos (un chico y una chica de esa edad no podían pasar tanto tiempo juntos sin que ocurriera *algo*). Estaba horrorizada. ¿Cómo podían ser tan inconscientes? Sabía lo importante que era la educación sexual en Shaker Heights: dos años antes, cuando formaba parte de la junta escolar, había oído a un padre protestar porque a su hija le habían pedido en clase que pusiera un condón en un plátano. Es normal que los adolescentes tengan relaciones sexuales, había replicado la señora Richardson: no se puede evitar; son las hormonas; lo más que se puede hacer es enseñarles a tomar precauciones. Ahora esta idea le parecía el colmo de la ingenuidad. ¿Cómo había conseguido Moody ocultárselo? Había ocurrido delante de sus narices; ¿cómo era posible que no hubiese notado nada?

Pensó un instante en presentarse en el instituto y sacarlos de clase para preguntarles cómo habían podido ser tan imbéciles. Pero más valía no montar un número. Todo el mundo se enteraría. Estaba convencida de que había en Shaker adolescentes que abortaban, aunque era un secreto, por supuesto: nadie quería cobrar fama de irresponsable. La gente hablaría, y ella sabía lo rápido que se propagaban los rumores. Ese estigma —el de la mujer que abortó de adolescente— lo tendría Pearl toda la vida. La señora Richardson decidió hablar con Moody esa noche, en cuanto volviese a casa.

Llegó a su despacho, y cuando acababa de quitarse el abrigo sonó el teléfono.

—Bill —dijo—. ¿Qué pasa?

Se oía mucho jaleo de fondo y la voz del señor Richardson le llegaba apagada.

–El juez Rheinbeck acaba de pronunciar el veredicto. Nos convocó a todos hace una hora. –Se aclaró la garganta–. La niña se queda con David y Linda. Hemos ganado.

La señora Richardson se dejó caer en la silla. Qué feliz debe de estar Lindy, pensó. A ella, sin embargo, la noticia le causó cierto disgusto, porque le habría gustado escarbar en el pasado de Bebe para ofrecer a los McCullough el arma secreta que lo resolvería todo de una vez. Pero ya no necesitaban su ayuda.

–¡Cómo me alegro!

–Están exultantes. Pero Bebe estaba destrozada. De repente se puso a gritar como si le hubieran cortado una pierna, y el alguacil se la tuvo que llevar. –Chasqueó la lengua–. Pobre mujer. Me da lástima, no lo puedo evitar.

–Al principio renunció a la niña –replicó la señora Richardson: lo llevaba diciendo seis meses, pero esta vez sonó menos convincente. Se aclaró la garganta–. ¿Dónde están David y Linda?

–Se están preparando para la rueda de prensa. Los periodistas ya se han enterado, y esto se ha puesto hasta arriba. Hemos dicho que van a hacer una declaración a las tres, así que te tengo que dejar. –Lanzó un suspiro profundo–. Pero se acabó. La niña es suya. Solo les queda esperar a que los medios dejen de hablar del caso, y luego ya podrán volver a su vida normal.

–Cómo me alegro –repitió la señora Richardson.

La noticia sobre Pearl y Moody se había convertido en un fardo muy pesado para ella. Sintió la necesidad de contársela a su marido para que cargara con parte del peso; pero finalmente se contuvo. No es el momento indicado, pensó. Hablaría con Moody esa misma noche. Una vez que le hubiese sacado la verdad, él debía, quizá, confesársela a su padre.

–Me acerco al juzgado. ¿A las tres has dicho?

La rueda de prensa duró más de lo esperado: casi todos los medios tenían preguntas para los McCullough, y el matrimonio, radiante, no dejó ninguna sin contestar. ¿Se alegraban de que hubiese terminado el calvario? Sí, claro. ¿Qué pensaban hacer los días siguientes? Se tomarían unos días de descanso, sabiendo que Mirabelle se iba a quedar con ellos para siempre. Les hacía mucha ilusión reanudar su vida familiar. ¿Qué le iban a dar de comer a Mirabelle cuando

volviese a casa? Macarrones con queso, su plato favorito, contestó la señora McCullough. ¿Cuándo concluiría el proceso de adopción? Muy pronto, esperaban.

Un reportero del Canal 19, que estaba al fondo, levantó la mano. ¿Sentían lástima de Bebe Chow, que no volvería a ver a su hija?

La señora McCullough se puso tiesa.

—No olvidemos —dijo con aspereza— que Bebe Chow no supo cuidar a su hija, la abandonó, eludió su responsabilidad como madre. Naturalmente, me da pena que una mujer pase por eso. Pero lo importante es que el juez ha llegado a la conclusión de que David y yo somos los más indicados para criar a Mirabelle. Me parece significativo, ¿a usted no?

A las cuatro y media ya había terminado la rueda de prensa y los McCullough se habían llevado a Mirabelle a su casa. La señora Richardson no podía escribir sobre la sentencia por razones de ética profesional, así que *The Sun Press* le encargó el artículo a Tom Levi, y a ella que se ocupara de la política local, como solía hacer su compañero.

—Pide una pizza —le dijo por teléfono a Lexie—. He dejado dinero en el cajón que hay debajo de la guía de teléfonos. Estoy de vuelta cuando termine el artículo; a las ocho y media o así. Tu padre no volverá hasta tarde: ahora que ha acabado el juicio tiene que hacer algo de papeleo.

Al final no llegó a su casa hasta casi las nueve. Sus hijos andaban desperdigados. No estaba el coche de Lexie ni el de Trip, y en la encimera había una nota que decía: «Mamá: me voy a casa de Serena. Vuelvo sobre las 11. L.». No había ningún mensaje de Trip, lo que no tenía nada de extraño: su hijo mayor nunca se acordaba de dejar una nota ni de llamar. Su desconsideración solía irritar a la señora Richardson, pero esta vez era un alivio para ella que no estuviese en casa: lo malo de tener una familia numerosa era que siempre andaba alguien escuchando, y esa noche no quería que hubiese público.

Subió al piso de arriba. La puerta de la habitación de Izzy estaba cerrada, pero dentro se oía a una cantante gemir. Cuando se enteró de la sentencia, Izzy se había quedado callada, cosa impropia de ella. Se había encerrado en su cuarto aun antes de que llegara la pizza, y allí seguía, pensando en Mia y Bebe, en lo desoladas que debían de estar. Tenía ganas de ponerse a gritar, pero al final puso

un cedé, subió el volumen, y dejó que Tori Amos gritase por ella. Al mismo tiempo quería llorar, aunque llevaba años sin hacerlo. Se echó en el centro de la cama, y para reprimir el llanto se clavó las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que dejó una hilera de marcas en forma de media luna. Su madre pasó al lado de la puerta y siguió caminando por el pasillo en dirección al cuarto de Moody: en ese momento, Izzy estaba escuchando el cedé por quinta vez.

En circunstancias normales, la señora Richardson habría abierto la puerta, y después de pedirle a su hija que bajara el volumen se habría quejado de lo deprimente que era siempre la música que ponía. Esta vez, sin embargo, tenía cosas más importantes en las que pensar. Se encaminó a la habitación de Moody y llamó a la puerta.

–Tengo que hablar contigo.

Estaba tumbado en la cama con la guitarra al lado, haciendo garabatos en un bloc.

–Qué –dijo sin levantar la vista, y cuando entró su madre no se molestó en incorporarse, lo que la puso aún más furiosa.

La señora Richardson cerró la puerta, se dirigió a la cama y le arrancó el cuaderno de las manos.

–Mírame cuando te hablo. Lo sé todo. ¿Pensabas que no me iba a enterar?

Moody la miró perplejo.

–¿Enterarte de qué?

–¿Crees que estoy ciega? ¿Que no iba a notar nada? –Cerró bruscamente el cuaderno–. Siempre os veis a escondidas. No soy tonta, Moody. Por supuesto que sabía lo que andabais haciendo, pero pensaba que seríais un poco más responsables.

Dejó de sonar la música en la habitación de Izzy, pero ni Moody ni su madre se percataron. Él se incorporó lentamente.

–¿De qué estás hablando?

–Me he enterado –dijo la señora Richardson–. De lo de Pearl. De lo del bebé. –La cara de estupor de Moody, su silencio: era obvio que no sabía nada, pensó ella–. ¿No te lo contó? –Él había dejado de mirarla, y ahora sus ojos vagaban como un barco a la deriva–. No te lo contó. –Ella se sentó a su lado–. Pearl abortó. –De pronto le entraron remordimientos. ¿Habrían cambiado las cosas de

haberlo sabido Moody? Como seguía callado, su madre le cogió la mano—. Pensaba que lo sabrías. Supuse que habíais hablado y os habíais puesto de acuerdo.

Entonces, para su sorpresa, Moody le apartó la mano despacio y con frialdad.

—Creo que te has equivocado de hijo —le explicó. Ahora fue la señora Richardson quien se quedó atónita—. No hay nada entre Pearl y yo. El bebé no era mío. —Soltó una risotada amarga y tosió un poco—. ¿Por qué no se lo preguntas a Trip? Es él quien se la está tirando.

Le quitó el cuaderno del regazo, lo abrió de nuevo y fijó la mirada en su caligrafía, esforzándose por contener las lágrimas. Lo veía todo más claro que nunca. Trip y Pearl se habían quedado solos; él había tenido la iniciativa y ella se había dejado. Y entonces había ocurrido. La señora Richardson no observó lo consternado que estaba su hijo. Se levantó aturdida, salió al pasillo y se fue a su habitación a pensar detenidamente. ¿Trip? ¿Sería verdad lo que había dicho Moody? Ninguno de los dos se había dado cuenta de que ya no se oía el menor ruido en la habitación de Izzy: la puerta estaba entornada, y la hija pequeña de los Richardson estaba sentada en silencio, estupefacta, tratando de digerir lo que había escuchado.

En el otro extremo de la ciudad, en el piso de Winslow Road, estaba Bebe, que llevaba toda la tarde sentada en la mesa de la cocina, llorando.

Nada más enterarse de la sentencia había oído un alarido terrible, tan fuerte que se había tapado las orejas y se había hecho un ovillo. El alguacil la cogió del brazo y la sacó de la sala: en ese momento, Bebe se dio cuenta de que quien gritaba era ella. El oficial, que tenía una hija de su edad, se la llevó a una pequeña antesala, donde le dio un vaso de poliestireno lleno de café templado. Bebe lo fue sorbiendo poco a poco, mordiendo el borde del vaso cada vez que le entraban ganas de gritar de nuevo. Cuando terminó, el recipiente estaba hecho trizas. Ella se había quedado sin palabras. No tenía más que una atroz sensación de vacío, como si le hubieran sacado todas las entrañas.

Cuando se hubo calmado, el alguacil le quitó los fragmentos del vaso de las manos con delicadeza y los tiró a la papelera. Acto seguido la condujo a la entrada trasera del edificio, donde estaba esperando un taxi. «Llévela adonde

diga», le dijo al conductor, entregándole tres billetes de veinte dólares que había sacado de la cartera. «Ánimo –le dijo a Bebe–; las cosas mejorarán. ¡No se desespere!» Cerró la puerta del taxi y entró de nuevo en el juzgado, moviendo la cabeza con aire conmisericordioso. Bebe evitó así a los reporteros que estaban apostados con sus cámaras en la entrada principal, preparándose para la rueda de prensa de los McCullough, y que querían preguntarle si en vista de la sentencia iba a intentar tener otro bebé. El taxi se alejó a toda velocidad por Stokes Boulevard en dirección a Shaker Heights. La madre biológica de Mirabelle, que iba recostada contra la ventanilla y con la cabeza hundida entre las manos, no llegó a ver a su hija: una asistente social había llevado a la niña por el pasillo del juzgado desde la sala de espera y la había dejado en brazos de la señora McCullough.

Tres cuartos de hora más tarde (había mucho tráfico), el taxi se paró delante del dúplex de Winslow Road. A Mia, que estaba en casa tratando de rematar un proyecto, le bastó mirarla una vez para saber lo que había ocurrido. Los detalles los conocería más tarde: algunos se los contaría Bebe cuando estuviese más serena, y de otros se enteraría por los informativos de la noche y los artículos que se publicarían en la prensa a la mañana siguiente. Ahora se limitó a abrazarla, y después de conducirla a la cocina le ofreció un té caliente y dejó que llorara.

Cuando Pearl volvió a casa, hacia la hora de cenar, Bebe seguía allí. La hija de Mia había pasado casi toda la tarde en el coche de Trip, y luego había estado en casa de los Richardson, viendo la televisión con Moody, Lexie e Izzy. «Mamá no cena en casa –había dicho Lexie nada más colgar el teléfono–. El caso está cerrado. Mirabelle se queda con los McCullough.» A continuación había puesto el sonido a la televisión, y los tres habían empezado a ver el programa de la juez Judy en medio de un silencio tenso. Al cabo de un rato, Pearl había dicho que tenía que marcharse. «¿Quieres que tomemos algo en Yours Truly?», le había preguntado a Moody. Él tenía ganas, pero seguía disgustado con ella: «No, no me apetece», había respondido, y luego había cogido el mando y se había puesto a zapear hasta que Pearl se marchó.

–Lo siento de verdad, Bebe –dijo Pearl al entrar en la cocina–. Lo siento.

Bebe no dijo nada ni levantó la vista siquiera, así que Pearl se fue a su habitación y cerró la puerta.

Mia y Bebe estuvieron en silencio un buen rato. Finalmente, cuando se hizo de noche, la segunda se levantó para marcharse.

–Siempre será tu hija –le recordó Mia–. Tú siempre serás su madre. Nada puede alterar eso.

Le dio un beso en la mejilla y la dejó marcharse. Bebe seguía callada. Mia se preguntó si debía preguntarle lo que estaba pensando y pedirle que se quedara: puede que fuese imprudente dejarla sola. Si estuviese en su lugar, pensó, no le gustaría que la forzasen a hablar. Así que no quiso agobiarla. Más tarde llegaría a la conclusión de que Bebe había interpretado mal sus palabras: había creído que le estaba dando su aprobación. Sin embargo, nunca sabría si, en el caso de que hubiese insistido en que hablara, su amiga le habría contado lo que pensaba hacer, ni si habría intentado detenerla de haberse enterado, ni si habría servido de algo.

El viernes por la mañana, la señora Richardson se fue al trabajo media hora antes que de costumbre: se sentía incapaz de hablar con ninguno de sus hijos. Lexie había vuelto a casa cerca de la medianoche, y Trip aún más tarde. En circunstancias normales, su madre les habría reprendido, pero esta vez no salió de su habitación cuando les oyó subir sigilosamente por las escaleras. No dejaba de dar vueltas en la cabeza a lo ocurrido. Como tenía más ansiedad de lo normal se había tomado una copa extra de vino blanco en la cena. ¿Trip y Pearl? Entendía, naturalmente, que la hija de Mia se hubiese enamorado de Trip (que tenía mucho éxito con las chicas), pero ¿qué habría visto él en ella? Se había dormido pensándolo, y a la mañana siguiente seguía igual de perpleja. Mientras sacaba el coche del garaje, se dijo que Trip no era de los que se sentían atraídos por chicas serias e intelectuales como Pearl. No le costaba reconocerlo, a pesar de ser su madre y adorarle. Él era un muchacho apuesto y alegre, pero nunca pasaba de la superficie de las cosas, y la señora Richardson no tenía la menor idea de lo que le podía haber gustado de Pearl. ¿Sería Trip más complejo de lo que parecía? No paró de preguntárselo en todo el trayecto hasta la redacción.

Pasó el resto del día pensando en lo que hacer. ¿Debía hablar con Trip, con Pearl, o con los dos al mismo tiempo? Ni la señora Richardson ni su marido les preguntaban nunca a los chicos por su vida amorosa ni sexual, aunque ella había

hablado con Lexie y con Izzy cuando tuvieron la regla por primera vez. En general les suponía lo bastante inteligentes para tomar sus propias decisiones, y además daba por sentado que los profesores les habían ofrecido información de sobra. En caso de que estuviesen «haciendo algo» (por decirlo con el eufemismo que solía utilizar), no tenía por qué saberlo, ni tampoco le apetecía. Se imaginó diciéndoles a Trip y a esa chica «Sé lo que habéis hecho», y le pareció tan humillante como obligarles a quitarse la ropa.

Finalmente, a media tarde, cogió el coche y enfiló hacia Winslow Road. Sabía que Mia estaría en casa, trabajando en sus fotografías. Cuando llegó, se dirigió a la puerta lateral, la abrió con la llave y entró sin llamar. Como propietaria tenía derecho a hacerlo: la casa al fin y al cabo era suya, no de Mia. El piso de abajo estaba en silencio: todavía no era la una, así que el señor Yang seguiría en el trabajo. A Mia, en cambio, la oyó trajinar en la cocina: desde arriba llegó el ruido de un hervidor, el pitido que emitió de pronto y que se apagó nada más coger ella el cacharro del hornillo. La señora Richardson subió al segundo piso. Los escalones de linóleo se estaban empezando a desconchar en las esquinas: había que arreglarlos, pensó. Tendría que reponer todo el revestimiento de la escalera y del apartamento.

La puerta no estaba cerrada con llave. Cuando la señora Richardson entró en la cocina, Mia levantó la vista, sobresaltada.

—No esperaba ninguna visita —dijo. El hervidor emitió un silbido tenue cuando lo puso de nuevo en el hornillo—. ¿Necesitas algo?

La señora Richardson observó que llevaba unas zapatillas rosas ajadas, muy parecidas a las que ella se ponía por las noches, cuando se quitaba los zapatos y cambiaba de ropa después del trabajo. En ese instante sintió lástima de Mia. Recorrió la casa con la mirada: los platos del desayuno de Pearl, que seguían apilados en el fregadero; el montón de cojines tirados en el suelo que hacían las veces de sofá; la puerta del dormitorio de Mia, que estaba entornada, y, detrás, el colchón que reposaba sobre la alfombra. Qué vida más miserable llevaban, pensó. Qué pocas cosas tenían. Entonces vio algo que le resultó familiar. La chaqueta de Izzy cubría el respaldo de una de las sillas dispares de la cocina: su hija la había dejado allí el día anterior. A la señora Richardson le molestó mucho esta muestra de desidia. Izzy daba la impresión de vivir en esa casa y ser hija de

Mia.

–Siempre desconfié de ti –le dijo.

–¿Cómo dices?

La señora Richardson tardó un instante en responder. Ni siquiera tiene una cama como Dios manda, pensó. Ni un sofá. ¿Cómo podía una mujer hecha y derecha sentarse y dormir en el suelo? ¿Cómo se puede vivir así?

–Pensabas, supongo, que te podrías esconder aquí. –Se fijó en la mesa de la cocina, donde Mia había estado ocupada juntando con esmero la foto de un hombre y la de un perro–. Que nadie se enteraría nunca.

–No sé de qué me hablas –dijo Mia mientras apretaba el mango de la taza.

–Ah, ¿no? Estoy segura de que Joseph y Madeleine Reed sí lo saben. –Mia se quedó callada–. Estoy segura de que les gustaría saber dónde estás. Y a tus padres también. Estoy convencida de que les encantaría saber dónde está Pearl. –La señora Richardson la fulminó con la mirada–. No te molestes en negarlo. Sabes mentir muy bien, pero ya me he enterado de todo. Lo sé todo sobre ti.

–¿Qué es lo que quieres?

–Dudé si decir nada: eso es agua pasada, pensé; igual ha empezado una nueva vida. Ya veo que has criado a tu hija para que sea tan amoral como tú.

–¿Pearl? –Mia abrió mucho los ojos–. No entiendo lo que dices.

–Qué hipócrita eres. Le robaste la niña a esa pareja y luego trataste de quitarles el bebé a los McCullough.

–Pearl es *mi* hija.

–Necesitaste un poquito de ayuda para tenerla, ¿no? –La señora Richardson levantó una ceja–. Linda McCullough y yo somos amigas desde hace cuarenta años. Ella es como una hermana para mí. Y no hay nadie que se merezca tanto un hijo.

–Esa no es la cuestión. Creo que una madre tiene derecho a criar a su hijo.

–¿Ah, sí? ¿Eso es lo que te dices para poder dormir por la noche?

Mia se sonrojó.

–Si a May Ling le diesen a elegir, ¿no crees que preferiría quedarse con su madre verdadera, la mujer que la parió?

–Tal vez. –La señora Richardson la miró detenidamente–. Los Reed son ricos. Estaban desesperados por tener un bebé, y la niña habría sido muy feliz con

ellos. Si a Pearl le hubiesen dado a elegir, ¿crees que habría preferido quedarse contigo, vivir como una vagabunda?

–Te molesta mucho, ¿verdad? –dijo Mia de pronto–. Creo que ni siquiera lo entiendes. No te cabe en la cabeza que alguien pueda querer una vida distinta a la tuya, que no desee una casa grande con mucho césped, ni un coche caro, ni un trabajo de oficina; que busque otras cosas. ¿Cómo puede haber alguien que no tome las mismas decisiones que tú? Es incomprendible. –Ahora le tocaba a Mia observar a la señora Richardson, como si su rostro le fuera a revelar todo sobre ella–. Pero en el fondo te da miedo pensar que tal vez, en algún momento, renunciaste a algo sin darte cuenta siquiera. –Esbozó una sonrisa compasiva–. ¿Qué fue? ¿Un hombre? ¿Una vocación? ¿O fue una vida entera?

La señora Richardson se puso a revolver los recortes de fotos que había sobre la mesa, separando y juntando los trozos del perro y del hombre.

–Creo que ya es hora de que te marches –dijo, y acto seguido cogió con una mano la chaqueta de Izzy de la silla y le quitó el polvo–. Mañana ya no te quiero ver aquí. –Dejó en la encimera un billete de cien dólares doblado–. Es más que el alquiler para el resto del mes. Estamos en paz.

–¿Por qué haces esto?

La señora Richardson se levantó y se dirigió a la puerta.

–Pregúntaselo a tu hija –dijo, y cerró la puerta.

## Diecinueve

A LAS DOS Y CINCUENTA Y DOS DE LA TARDE, cuando sonó la última campana, Pearl salió del colegio con el bolso colgado del brazo. Había quedado con Trip en su coche, que estaba en el otro extremo del aparcamiento oval. Esa mañana, él le había dejado en la taquilla una nota doblada en forma de triángulo; después de la comida, Lexie le había dejado otra que decía: «¿Te hace una peli esta noche? ¿Qué tal *Deep Impact?*». Lo único malo era que Moody seguía sin dirigirle la palabra. Apenas le había dicho nada en todo el día, y Pearl tenía la impresión de que la evitaba. Los dos solían salir juntos de clase de literatura, pero, ese día, Moody se había levantado de un salto nada más oír la campana y se había marchado antes de que ella cerrara su carpeta. La única vez que la había mirado, le había parecido casi avergonzado. Pearl no sabía si volverían a ser amigos alguna vez. El sexo lo cambia todo, pensó: no solo tu relación con la otra persona, sino también con el resto del mundo.

Andaba dándole vueltas a esta idea cuando salió del edificio por la puerta de la zona de ciencias y vio el pequeño Volkswagen Rabbit de color canela aparcado junto al bordillo, y a su madre apoyada contra el coche, buscándola con la mirada entre el enjambre de estudiantes.

–Menos mal que te he visto –le dijo.

–Mamá. ¿Qué haces aquí?

Pearl miró nerviosa a su alrededor, como todos los adolescentes cuando se encuentran con sus padres en un lugar público.

–¿Has dejado algo valioso en la taquilla? –Mia abrió la cremallera del bolso de su hija y echó un vistazo al contenido—. ¿El monedero? ¿Apuntes? Venga, vámonos.

Se volvió hacia el coche, y Pearl se apartó.

–No puedo, mamá. He quedado... he quedado con alguien. Además tengo deberes. Te veo en casa, ¿vale?

–No me has entendido –dijo Mia. Pearl le notó la arruga del entrecejo, como siempre que estaba muy preocupada–. Nos tenemos que marchar hoy.

–¿Cómo? –Miró otra vez a su alrededor: el aparcamiento estaba lleno de estudiantes que se iban a casa, o a ensayar con la orquesta, o a jugar al baloncesto o al béisbol o al lacrosse, o a tomar un café a Arabica, o a fumar un cigarro en el espacio triangular que había cerca. Nada había cambiado para ellos: era un día como cualquier otro–. Yo me quiero quedar.

–Lo sé, cariño. Pero no nos queda más remedio –dijo Mia, suspirando.

Cada vez que su madre decidía marcharse, Pearl sentía una levísima punzada de pesar. El motivo nunca era demasiado importante: un chico que le gustaba y con el que nunca había hablado; un banco de un parque o un rincón tranquilo o un libro que iba a dejar atrás. Pero sobre todo era un alivio para ella abandonar esa vida y empezar una nueva, como la serpiente que cambia de piel.

Ahora, sin embargo, sintió una mezcla de rabia y tristeza.

–Me prometiste que nos quedaríamos –dijo con voz más firme–. Tengo amigos aquí, mamá. Tengo...

Echó otro vistazo alrededor, como si en cualquier momento pudiera aparecer alguno de los hermanos Richardson. Pero Lexie se había marchado no sabía adónde; Moody ya estaría de camino a su casa; y Trip... Trip la esperaba al otro lado del aparcamiento. Si no aparecía Pearl, se largaría.

Entonces se le ocurrió una idea absurda: la de irse corriendo a casa de los Richardson. Allí estaría segura. La señora Richardson la ayudaría, sin duda. La familia le daría cobijo, nunca la dejaría marcharse.

–Te lo ruego, mamá. Quedémonos aquí.

–Yo tampoco quiero irme. Pero no queda más remedio.

Mia le tendió la mano. Pearl se imaginó un instante a sí misma transformándose en un árbol justo allí, echando raíces tan profundas que sería imposible moverla.

–Pearl, cariño –dijo Mia–. Lo siento. Pero tenemos que irnos.

Le cogió la mano, y Pearl, desarraigada, siguió a su madre hasta el coche.

Cuando llegaron a la casa de Winslow Road, la mitad de sus pertenencias ya estaban recogidas. Mia había quitado la sábana del sofá y lo había desarmado, quedándose con un montón de cojines. Las fotos de las paredes las había metido en una caja. Sabía hacer las maletas muy deprisa, encajando una cantidad inverosímil de objetos en un espacio reducidísimo. Sin embargo, en el año que habían pasado en Shaker, las dos habían ido acumulando más cosas de las que habían tenido nunca, y ahora tendrían que dejar muchas más de lo habitual.

–No pensé que fuera a tardar tanto –reconoció Mia. Dejó las llaves en la mesa–. Ve doblando tu ropa. Mete toda la que puedas en la bolsa de lona.

–Me lo prometiste –dijo Pearl. Ahora, resguardada en esa casa (que había empezado a considerar la suya verdadera), se puso a llorar. Sentía una rabia incontenible–. Dijiste que ya se había acabado, que ya no nos mudaríamos más.

Mia se detuvo, y luego le pasó un brazo por los hombros a su hija.

–Te lo prometí, sí. Lo siento de verdad. Ha pasado algo...

–Yo no me voy.

Pearl tiró las deportivas al suelo y entró dando pisotones en el cuarto de estar. Al cabo de un instante, Mia la oyó cerrar la puerta de su cuarto de un portazo. Entonces cogió, suspirando, las zapatillas de su hija y cruzó el vestíbulo. Pearl, que se había tumbado en la cama, el libro de matemáticas abierto delante de ella, sacó un cuaderno del bolso. Está montando una escena, nada más, pensó Mia.

–Es la hora.

–Tengo que hacer los deberes.

–Tenemos que hacer las maletas y marcharnos enseguida.

Mia cerró con delicadeza el libro de texto, pero Pearl se lo arrebató de las manos y lo estampó contra la pared, dejando una marca negra. A continuación hizo lo mismo con el cuaderno, el bolígrafo, el libro de historia y un montón de fichas: el bolso estaba tirado en el suelo, hecho un gurrño, y todas las cosas que había contenido, desperdigadas por la habitación. Mia se sentó tranquila al lado de su hija y se puso a esperar. Pearl había dejado de llorar, y ahora tenía una mirada fría e inexpresiva y la mandíbula apretada.

–Yo también pensaba que nos podríamos quedar –dijo por fin Mia.

–¿Por qué? –Pearl apoyó las rodillas contra el pecho, las rodeó con los brazos y miró a su madre–. No me voy hasta que me expliques por qué.

–De acuerdo –dijo Mia, suspirando, y acto seguido alisó la parte de la colcha que mediaba entre ellas.

Era por la tarde y hacía sol. Fuera se oía el arrullo de una paloma y el tenue zumbido de un cortacésped. Una nube ensombreció momentáneamente la habitación y luego se alejó. Parecía un día cualquiera.

–Llevo mucho tiempo pensando en cómo decírtelo. Más del que te imaginas.

Pearl se había quedado inmóvil, mirándola fijamente, esperando con paciencia. Sabía que su madre se disponía a contarle algo muy importante. Mia se acordó de Joseph Reed aquella noche, en el restaurante: sentado al otro lado de la mesa, aguardando su respuesta.

–Deja que te hable primero de tu tío Warren –dijo después de respirar hondo.

Mientras tanto, en el otro extremo de la ciudad, Bebe estaba sentada en un bordillo, al lado de un BMW, mirando la casa de los McCullough. Llevaba allí un buen rato, y ahora eran las siete y media: su hija se debía de estar bañando. Bebe sabía que la señora McCullough era estricta con los horarios. «Creo que seguir una rutina hace la vida más apacible», le había dicho a menudo, sobre todos los días en que llegaba tarde para la visita: parecía como si se limitara a dar su opinión, como si no estuviese juzgando a Bebe.

Se encendió la luz del cuarto de baño de arriba. Bebe imaginó la escena: May Ling agarrada al borde de porcelana blanca de la bañera y alargando una mano para tocar el agua que salía del grifo. No había ruido en la calle. Los salones de las casas estaban iluminados con luces tenues, y de vez en cuando se veía el parpadeo azul de un televisor. Sin embargo, cuando cerraba los ojos, Bebe casi oía a su hija reírse alborozada al notar las gotitas que le salpicaban la cara. A May Ling siempre le había encantado el agua. En la época en que pasaron hambre, la niña se calmaba cada vez que su madre la metía en el fregadero para bañarla. Cuando a Bebe ya no le quedaban fuerzas ni para eso (temía echarse desfallecida en el suelo de linóleo y que el bebé se ahogara, o que se le escurriera de las manos), May Ling berreaba aún más fuerte. La señora McCullough tendría, sin duda, una serie de productos para el baño: todos esos jabones, lociones y ungüentos solo para bebés, con ingredientes como manteca de karité, aceite de almendra y lavanda. Estarían alineados en el borde de la bañera (no, más bien en

una elegante repisa de cristal, fuera del alcance de esas manitas inquisitivas). También habría cestas llenas de juguetes. Antes May Ling no tenía más que un viejo bote de yogur que llenaba de agua y con el que se aclaraba el pelo: ahora estaría jugando con patitos, ranas, delfines, barcos y aviones... representaciones en miniatura de la vida maravillosa que iba a tener con los McCullough.

Después del baño, la señora McCullough envolvería a May Ling en una toalla blanca tan mullida que luego quedaría estampada en ella la figura de una niña pequeña, una impresión exacta que acababa en el ombligo. Seguidamente le cepillaría el pelo (que se le rizaba cuando estaba húmedo, como a su madre) y le pondría el pijama, metiendo a duras penas los brazos, todavía mojados, por las mangas. Por último le daría el biberón y la acostaría.

Bebe vio apagarse la luz del cuarto del baño y luego encenderse la de la habitación de May Ling, que estaba al fondo de la casa. Saciada su sed, la niña se dormiría en esa cuna tan cómoda, arrebujada en una manta hecha a mano y rodeada por las paredes acolchadas que la protegían de las barandillas laterales. La señora McCullough dejaría encendida la mariposa, cerraría la puerta y se iría a la cama, pensando ya con ilusión en la mañana siguiente, cuando entraría en la habitación y vería a la hija de Bebe esperándola.

Bebe apoyó la cabeza contra el BMW y esperó a que se apagara la luz del cuarto de su hija.

Cuando Mia terminó su relato, ya había pasado la hora de cenar. Pearl estaba callada, siguiendo con los dedos el estampado de espirales de la colcha. Su madre le había contado todo a grandes rasgos, pero las dos sabían que los detalles tardarían mucho en aflorar: irían surgiendo poco a poco y siempre repentinamente, a raíz de algo en apariencia insignificante, como suele ocurrir con los recuerdos. En los años siguientes, cuando pasaran en coche delante de una casa amarilla o la fachada destartada de un taller de reparaciones, o vieran a dos niños subiendo por una ladera, Mia diría «¿Te he contado alguna vez...?», y Pearl enseguida se pondría a escucharla con atención, preparada para incorporar otro pequeño fragmento reluciente a la historia de su madre. Con el tiempo, sin embargo, se daría cuenta de que recuperar todos los detalles era como abarcar el infinito. Nunca lo lograrían ni por asomo, pero puede que Pearl llegara a

enterarse de casi todo lo que necesitaba saber. La tarea requeriría tiempo y paciencia.

–¿Por qué me cuentas todo esto? –le preguntó a su madre–. Quiero decir, ¿por qué me lo cuentas *ahora*?

Mia respiró hondo. ¿Cómo explicarle a alguien (a tu hija, nada menos) que otra persona a la que adora no es de fiar? Antes, al intentarlo, había visto en su cara una expresión de perplejidad, luego de dolor. Pearl no lo entendía: su madre estaba hablando de la señora Richardson, que siempre había sido tan agradable con ella y le había dicho tantas cosas amables, y en cuya superficie pulida había visto, fascinada, su reflejo.

–Ella tiene razón –dijo Mia por fin–: con los Reed habrías tenido una vida maravillosa. Te habrían querido mucho. Además, el señor Reed es tu padre. –Nunca lo había dicho en voz alta ni se había permitido siquiera pensarlo. Las palabras le sonaron extrañas, pero las pronunció otra vez–: Tu padre. –Miró de reojo a Pearl, y la vio repitiéndolas en voz baja, como probando a decirlas–. ¿Quieres conocerlos? –le preguntó–. Podemos coger el coche e irnos a Nueva York. Será fácil localizarlos.

Pearl estuvo pensativa un buen rato.

–Ahora no –respondió finalmente–. Quizá algún día. Pero ahora no. –Se echó en brazos de su madre, como cuando era pequeña, la cabeza apoyada contra su barbilla–. ¿Y tus padres? –preguntó al cabo de un instante.

–¿Mis padres?

–¿Sabes dónde viven?

Mia vaciló.

–Sí, creo que sí. ¿Te gustaría conocerlos? –Pearl ladeó la cabeza: a Mia este gesto le recordó tanto a Warren que el corazón se le paró–. Algún día, tal vez, iremos las dos juntas a visitarlos.

Mia estuvo callada unos instantes. Hundió la nariz en el pelo de Pearl y, como siempre, comprobó sorprendida que olía exactamente igual. Olor a hogar, pensó de pronto, como si el hogar nunca hubiese sido para ella un sitio, sino esa persona que la acompañaba siempre.

–Ahora tenemos que recoger nuestras cosas –le dijo.

Ya lo habían hecho muchas veces: introducían el puñado de cubiertos en dos

vasos encajados uno dentro del otro; los vasos los metían en un cuenco, el cuenco en una olla, y la olla en una sartén; y luego lo guardaban todo en una bolsa de papel de supermercado, rellenándola con cualquier alimento que durase mucho: un tarro de mantequilla de cacahuete, media rebanada de pan, una bolsa de galletas saladas. En otra bolsa iban el champú, una pastilla de jabón y la pasta de dientes. Mia encajaba las bolsas de lona en los huecos para los pies del coche y las cubría con varias sábanas. En el maletero, con los platos y las cosas de aseo, guardaba la cámara, la caja con los negativos y el resto del material fotográfico. Todo lo demás (en este caso, las sillas disperejas, la mesa plegable que habían pintado de azul, la cama de Pearl, el colchón de Mia y el montón de cojines que llamaban sofá) lo dejaban en el apartamento.

Ya era casi de noche cuando terminaron. Pearl no paraba de pensar en Trip, Lexie, Moody e Izzy: ya habrían vuelto todos a su preciosa casa, y Trip se estaría preguntando por qué le habría dado plantón. Nunca volvería a besarle, pensó, y se le hizo un nudo en la garganta. Lexie estaría sentada en la barra de la cocina, retorciéndose un mechón de pelo y preguntándose dónde andaría Pearl. Y en cuanto a Moody... nunca podrían reconciliarse.

—No es justo —dijo mientras su madre metía la última de sus pertenencias en una bolsa de papel de supermercado.

—No, no lo es —admitió Mia. Pearl esperaba escuchar a continuación un tópico de madre como «La vida no es justa» o «A veces hay que fastidiarse». Pero Mia atrajo a su hija hacia sí, la besó en la mejilla y le dio la bolsa—. Ve al coche y mete esto.

Cuando volvió Pearl, su madre estaba en la barra de la cocina cerrando un sobre manila.

—¿Qué es eso? —preguntó a su pesar.

—Es para los Richardson —contestó Mia—. Como despedida, supongo.

—¿Es una carta? ¿La puedo leer?

—No, son fotos.

—¿Cómo? ¿No te las vas a llevar?

Pearl no recordaba que su madre hubiese dejado nunca obras suyas en ninguno de los pisos donde habían vivido. Las dos siempre se llevaban todo lo que fuera verdaderamente suyo, y nada tenía tanto valor como las fotos de Mia. Una vez,

cuando ya no quedaba espacio en el maletero del Rabbit, su madre había dejado la mitad de la ropa en la casa.

–No son más.

Mia cogió sus llaves de la barra.

–¿De quién van a ser si no? –insistió Pearl.

–Algunas fotos pertenecen al fotógrafo –explicó Mia–, y otras al retratado. ¿Estás lista? –preguntó, y acto seguido apagó las luces.

Esa tarde, cuando volvió de la clase de violín, Izzy se encontró la casa vacía. Por la mañana había visto a Pearl en el colegio, y ahora estaba impaciente por hablar con ella. La hija de Mia ya tenía que saber lo que Moody había dicho de ella. Izzy llevaba todo el día buscándola; de hecho, la había llamado varias veces por teléfono la noche anterior, pero siempre le daba la señal de ocupado: Mia, que estaba consolando a Bebe, había dejado el teléfono descolgado, y luego se había olvidado de colgarlo. Finalmente, pasada la medianoche, había desistido: a la mañana siguiente intentaría dar con ella.

En el colegio había tratado de adivinar el camino que seguiría de un aula a otra: ¿iría por la escalera principal, abriéndose paso entre el enjambre de estudiantes, o por la pequeña escalera de atrás, la que daba a la zona de letras? ¿Comería en la cafetería, o al lado de la entrada de abajo, o tal vez en el césped? Izzy nunca acertaba: era desesperante no dar con ella, y aún más comprobar que apenas la conocía. En cuanto terminase la clase de violín, pensó, volvería a casa y encontraría a Pearl y se lo contaría todo.

A las cinco en punto abrió la puerta y entró. Para su sorpresa, no había nadie. A esa hora, naturalmente, sus padres seguían en el trabajo, pero en casa solía estar alguno de sus hermanos, y también Mia: Izzy casi siempre se la encontraba limpiando o cortando verduras para la cena, y enseguida le contaba cómo le había ido el día. Le habrá surgido un imprevisto, pensó. Pero ¿qué le habría pasado a Pearl? Sus hermanos... bueno, ya llegarían antes o después, de eso estaba segura.

Izzy se puso a ensayar una complicada pieza de Saint-Saëns, y luego hojeó la redacción que estaba escribiendo sobre *El hombre invisible*, de Ralph Ellison. Las cinco y media, las seis. Seguía sin aparecer nadie. Finalmente, a las seis y media,

llegó Moody, y su hermana bajó corriendo por las escaleras.

–¿Dónde está todo el mundo? –preguntó airada.

Él se quitó la camisa de franela y la tiró al sofá.

–Ni idea. Lexie, en casa de Serena, me imagino. Trip, seguramente... –Se calló un instante y miró a Izzy–. Seguramente estará entrenando. ¿Y a ti qué más te da? Pensé que te gustaba estar sola.

–Busco a Pearl. ¿La has visto?

–Sí, en clase de literatura. –Fue a la cocina por un refresco, e Izzy le siguió–. Pero luego no la he vuelto a ver. Se habrá ido con Lexie a algún sitio.

Se bebió un trago.

–O a lo mejor con Trip, ¿no? –Moody no dijo nada. Como parecía darle la razón, Izzy prosiguió–: ¿Por qué le has contado a mamá lo de Pearl y Trip?

–No pensé que fuera un secreto. –Dejó la lata en la barra de la cocina–. No han sido muy discretos que digamos. Además yo no tengo por qué mentir por ellos.

–Mamá dice... –Izzy vaciló–. Mamá dice que Pearl ha abortado. ¿Es verdad?

–Eso dice.

–Pearl no ha abortado.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo digo porque...

Izzy no sabía explicarlo, pero estaba convencida de que su intuición era acertada. Trip y Pearl... sí, eso era muy verosímil. Había visto durante meses cómo miraba a su hermano: parecía un ratón que observara a un gato y ardiera en deseos de ser devorado. Ahora bien, ¿Pearl, embarazada? Se puso a pensar. ¿Había notado algo raro en su actitud?

De pronto se quedó petrificada. Se acordó del día en que había llegado a casa de Mia, y, para su sorpresa, Lexie estaba allí. ¿Qué le había dicho? Que había ido a ver a Pearl, que Pearl la estaba ayudando con una redacción. Su hermana solía ir impecable, pero ese día la había visto pálida y despeinada. Además, Mia había despachado a Izzy enseguida. Siguió haciendo memoria. A la mañana siguiente, Lexie había vuelto a casa con la camiseta preferida de Pearl, una verde con la cara de John Lennon en la parte de delante. En la mano llevaba una bolsa de plástico con algo dentro. Se había quedado en su cuarto toda la noche y no había cenado

nada (otra cosa rara en ella, porque siempre tenía apetito). Luego había estado varias semanas de mal humor, y aun ahora parecía menos alegre y sociable que de costumbre.

—¿Dónde está Lexie?

—Ya te lo he dicho. En casa de Serena, me parece. —Moody la agarró del brazo—. No se te ocurra contarle lo de Trip y Pearl, ¿vale? Creo que aún no lo sabe.

Sin mediar palabra, Izzy se fue corriendo a casa de Serena, que estaba en Shaker Boulevard, al lado de un colegio. Media hora más tarde sonó el timbre, y a la amiga de Lexie le sorprendió mucho ver a Izzy, jadeante, en los escalones de la entrada.

—¿Qué haces aquí, anormal? —dijo Lexie mientras bajaba por la escalera interior.

—Tengo que preguntarte algo —dijo Izzy.

—¿Y no se te ha ocurrido llamar por teléfono?

—Cállate. Es importante.

Izzy cogió a su hermana del brazo y la empujó hacia el salón. Serena, que ya sabía bien cómo eran las peleas de los Richardson, cerró la puerta y se fue al porche para que tuviesen algo de privacidad.

—Qué —dijo Lexie cuando se quedaron a solas.

—¿Has abortado? —preguntó Izzy.

—¿Cómo? —dijo Lexie en voz mucho más baja.

—El mes pasado. Cuando mamá estaba de viaje. Es verdad, ¿no?

—Y a ti qué coño te importa.

Lexie se dio la vuelta para marcharse, pero Izzy no se detuvo.

—Lo hiciste. El día que te quedaste a dormir en casa de Pearl.

—No es un delito. Lo hacen muchísimas mujeres.

—¿Te acompañó Pearl?

Lexie suspiró.

—Me llevó en coche. Y antes de que me sermonees y me hables de valores...

—Me tienen sin cuidado tus valores, Lex. —Impaciente, Lexie se apartó un mechón de pelo de la cara—. Mamá cree que ha sido Pearl.

—¿Pearl? —Lexie se echó a reír—. Me hace gracia, lo siento. ¿La pequeña Pearl, la

virginal Pearl?

–Debe de tener alguna razón para creerlo.

–Di su nombre cuando pedí la cita –explicó Lexie–. Qué más da. A ella no le importó. –Se empezó a alejar, pero enseguida se volvió hacia su hermana–. No se te ocurra contárselo a nadie. Ni a Moody ni a mamá ni a nadie. ¿Entendido?

–Qué egoísta eres –soltó Izzy, y, sin despedirse, se dirigió al vestíbulo, apartando de un codazo a Lexie. Luego, al salir de la casa, estuvo a punto de derribar a Serena.

Tardó casi una hora en llegar a pie al pequeño dúplex de Winslow Road. Enseguida se dio cuenta de que pasaba algo: todas las luces del piso de arriba estaban apagadas, y no vio el Rabbit en el camino de entrada. Se quedó un rato delante de la casa, indecisa, pegando puñetazos al tronco del melocotonero, que había empezado a dar unos frutos verdes y vellosos. Por fin se dirigió a la puerta lateral y llamó al timbre hasta que abrió el señor Yang.

–¿Está Mia en casa? ¿O Pearl?

El señor Yang dijo que no con la cabeza.

–Cuando volví del trabajo no había nadie. No las he visto en todo el día.

–¿Puedo subir a ver si están? –dijo ella–. Prometo que no molestaré.

–¿Tienes llave? –Abrió la puerta y dejó pasar a Izzy, que subió las escaleras dando pisotones–. Igual está cerrada la puerta con llave.

Lo estaba: Izzy llamó varias veces y sacudió el picaporte. Finalmente desistió y bajó de nuevo.

–Yo no tengo llave –dijo el señor Yang–. Pídesela a tu madre, ella tiene una. –Sujetó la puerta, e Izzy salió taciturna. Él tenía debilidad por la pequeña de los Richardson, la oveja negra de la familia, tan impetuosa y rebelde, y tan espabilada–. Estarán al llegar; habrán salido un rato. O si quieres vuelve mañana.

Izzy tardó veinticinco minutos en llegar a casa y otros treinta en encontrar el duplicado de las llaves de la casa de Winslow Road, que estaban en un cajón de la cocina. Cuando volvió eran casi las diez, y el señor Yang (que entre semana se levantaba a las cuatro y media para conducir el autobús escolar, y al que le gustaba guardar una rutina) ya se había acostado. Así que nadie la oyó entrar por la puerta lateral ni abrir la del piso de Mia y Pearl. Izzy sabía en el fondo que ya era demasiado tarde, que ya se habrían marchado.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, no quedaba casi nadie en casa de los Richardson. El padre se había ido a la oficina a ponerse al día en el trabajo, como solía hacer los sábados por la mañana. Lexie estaba en el otro extremo de la ciudad, durmiendo en la cama de matrimonio de Serena. Trip se había marchado al centro comunitario, donde siempre se organizaba un partido, y Moody se había ido en bici a casa de Pearl, donde encontró la puerta cerrada con llave y la casa vacía. Los sábados por la mañana, la señora Richardson hacía unos largos en la piscina del centro deportivo. Así que Izzy estaba segura de tener la casa para ella sola.

La pequeña de los Richardson no paraba de pensar en lo injusto, lo atrocemente injusto que era todo. Por fin, después de tantos años, Mia y Pearl habían encontrado un hogar, y ahora las obligaban a marcharse. A esas dos personas, las más bondadosas, honestas y sinceras que conocía, su familia las había echado de Shaker Heights. Lexie es una mentirosa, se dijo asqueada. Trip se había aprovechado de Pearl y Moody la había traicionado. Su padre era un ladrón de bebés. En cuanto a su madre... bueno, ella era la causante última de todo. Daba la impresión de que las mejores personas siempre acababan sufriendo, cuando eran las que menos lo merecían. No, no era justo. Se acordó del día en que había conocido a Mia, de Deja Johnson y la señora Peters y los palillos: esa vez, pensó, había podido hacer justicia. Entonces supo lo que tenía que hacer.

Había pasado la noche planeándolo todo y, cuando llegó el momento, actuó casi sin pensar. Tenía la sensación de estar fuera de sí misma, observando lo que hacía otra persona. Su padre siempre guardaba en el garaje un bidón de gasolina para el quitanieves y para alimentar el generador en caso de que hubiera una tormenta y se cortara la corriente. Izzy cogió el recipiente e hizo un círculo casi perfecto en la cama de su hermana, luego en las de sus hermanos. Dejó así una mancha oscura y grasienta en el edredón floreado de Lexie, en la almohada de Trip, en las sábanas a cuadros de Moody. Cuando terminó en el cuarto de su hermano pequeño, ya no quedaba nada de gasolina, así que se contentó con dejar el bidón en la puerta del dormitorio de sus padres, que estaba cerrada. Seguidamente dejó las llaves de la casa de Winslow Road en el cajón de la cocina y sacó una caja de cerillas.

Mia le había dicho una vez, hace mucho tiempo, que a veces es necesario

abandonar el lugar donde uno ha crecido y la persona que ha sido siempre, y empezar desde cero. Tierra quemada, lo había llamado. Como un pastizal en llamas. Después de la quema, la tierra es más fértil y se pueden sembrar cosas nuevas. Pensó en Mia, y los ojos le empezaron a escocer. Entonces frotó la cerilla contra el costado de la caja. Llevaba su bolso colgado del hombro: dentro había metido una muda, la foto que Mia le había regalado, y todo el dinero que tenía. No pueden estar lejos, pensó. Aún podía dar con ellas. La lija chirrió al contacto con la cabeza de la cerilla, como las uñas que rascan una pizarra. Izzy notó el olor a azufre y, cuando surgió la llama, tiró la cerilla sobre la mancha grasienta que había en el edredón floreado de su hermana. Finalmente bajó corriendo por las escaleras y cruzó la puerta.

## Veinte

CUANDO LOS COCHES DE BOMBEROS SE MARCHARON, el armazón de la casa de los Richardson estaba calcinado y echaba un poco de humo. La señora Richardson se arrebujo en el albornoz y observó el panorama. Allí, en lo que antes había sido el sendero de la entrada, estaba el señor Richardson, discutiendo con el jefe de bomberos y dos policías. Lexie, Trip y Moody estaban al otro lado de la calle, encaramados en el capó del coche de la primera, mirando a sus padres y esperando órdenes. La señora Richardson se había dado cuenta de que faltaba Izzy: de eso, sin duda, estaría hablando su marido con los agentes. «Isabelle Marie Richardson –pensó su madre con una mezcla de rabia y vergüenza–, ¿qué demonios has hecho?» Luego se lo dijo en voz alta a los policías y los bomberos, a sus hijos y su marido, que estaba abochornado como ella. «Una insensata. ¿Cómo ha podido hacer esto?»

Cuando el jefe de bomberos preguntó dónde iban a quedarse, se le ocurrió la solución obvia.

–En la casa que alquilamos –contestó–. Está en Winslow Road, cerca de Lynnfield. –Para sorpresa de su marido y sus hijos, añadió–: Las inquilinas se marcharon ayer.

Después de mucho maniobrar encajaron tres coches en el camino de entrada de Winslow Road. Lexie estaba aparcando el Explorer al lado del bordillo cuando a la señora Richardson le asaltó el temor de que el piso no estuviese vacío: puede que subieran, abrieran la puerta y se encontraran a Mia y Pearl desayunando tranquilamente en la mesa de la cocina, decididas a quedarse. ¿Quién sabía si Mia no se habría vengado dejando la casa hecha una porquería, o el fregadero y el váter atascados? Sería un último corte de mangas a los propietarios.

Una vez aparcados los coches, los Richardson subieron por la escalera (el señor Yang estaba estupefacto), y felizmente, al entrar en el apartamento, lo encontraron desocupado. No quedaban más que unos cuantos muebles. La señora Richardson movió la cabeza en un gesto de asentimiento y alivio.

–Qué distinto parece –susurró Lexie.

Tenía razón. Los otros hermanos se juntaron en el recibidor, entre el cuarto de estar y la cocina: los tres estaban tan apretujados que sus hombros casi se rozaban. No había nada en los armarios de la cocina, y las dos sillas disparejas estaban cuidadosamente colocadas debajo de la mesa tambaleante. Moody pensó en las muchas veces que se había sentado allí a hacer los deberes o tomarse unos cereales al lado de Pearl. Lexie echó un vistazo al cuarto de estar: había varios cojines amontonados sobre la alfombra, y en las paredes no quedaban más que unos pocos agujeros de chincheta. Trip miró hacia el dormitorio. La puerta estaba abierta, y detrás vio la cama de Pearl, ya sin mantas ni sábanas: un colchón desnudo y el armazón.

Muy apañado, pensó la señora Richardson. Dos dormitorios, uno para los adultos y el otro para los chicos. Lexie podía dormir en la terraza acristalada. Un cuarto de baño y medio; en fin, tendrían que compartirlo. No sería más que una breve temporada, hasta que encontraran un sitio más cómodo, o hasta que restauraran su casa.

–¡Mamá! –gritó Lexie desde la cocina–. ¡Mira esto!

En la barra había un sobre grande y abultado. Puede que contuviese unos documentos de Mia o trabajos escolares de Pearl, y que con las prisas se lo hubiesen olvidado. Sin embargo, aun antes de tocarlo, la señora Richardson se dio cuenta de que había supuesto mal. La solapa estaba bien pegada, pero sin engomar. Mientras arrancaba el corchete con una uña y abría el sobre, su familia se fue apiñando alrededor para ver lo que contenía.

Había una fotografía para cada miembro de la familia. Mia las había apilado todas con esmero, y la señora Richardson las fue dejando alineadas encima de la mesa. Cada uno supo al instante cuál le correspondía, como si reconociera su rostro. Si los demás no le veían nada especial a la foto, para esa persona revestía un significado particular, sorprendentemente íntimo: mirarla era como ver de pronto su cuerpo desnudo reflejado en un espejo.

Mia había cortado una hoja de papel finísima en tiras estrechas como cerillas, y estos fragmentos los había entrelazado formando una malla, a la que había atado una piedra redonda y pesada. El texto estaba tan troceado que no se entendía nada, pero Lexie reconoció enseguida el color rosa claro del impreso que le habían dado en la clínica. En una de las tiras distinguió la mitad de su firma o, mejor dicho, su falsa firma: el nombre de Pearl estaba escrito con su letra. Aquella noche había dejado la hoja en casa de Mia, que luego la había transformado en una obra artística dedicada a Lexie. La hija mayor de los Richardson tocó la foto y observó cómo la delicada malla se hundía bajo el peso de la piedra, pero sin romperse. Tendrás que cargar con eso, le había dicho Mia: en ese instante, por primera vez, Lexie se sintió capaz.

En la foto dirigida a Trip se veía un protector de pecho para jugar al hockey: la almohadilla estaba tirada en el suelo, rajada por la mitad y agujereada. Mia se había valido de un martillo y un clavo grueso de los que se utilizan en las cubiertas, y había perforado el plástico blanco como con una flecha. No pasa nada por ser vulnerable, había pensado al hacer cada agujero. No pasa nada por relajarse y esperar a ver lo que aparece. Había rellenado la almohadilla de tierra y echado semillas, y luego las había regado con paciencia durante una semana: finalmente habían brotado de cada agujero pequeños zarcillos verdes, hojas diminutas y onduladas que se elevaban hacia la luz. La vida surgía suave, delicada, de una cáscara dura.

En la foto para Moody aparecía una bandada de pájaros de papel alzando el vuelo. El más grande era del tamaño de la palma de la mano, y el más pequeño, del de una uña. En todos se distinguían los tenues renglones de un cuaderno de notas. Moody reconoció las hojas enseguida, aun antes de observar que estaban levemente arrugadas: eran las del pequeño bloc que le había regalado a Pearl pero más tarde se había llevado a casa, donde lo había destrozado y había tirado los trozos de papel a la basura. Mia había alisado las hojas, pero los pájaros tenían ondulaciones en las alas, como si el viento les agitara las plumas. Las figuritas, que había esparcido como pequeños pétalos sobre una fotografía del cielo, parecían elevarse desde el suelo pedregoso hacia un lugar mejor y más bello. Tú harás lo mismo, había pensado Mia mientras iba plegando los pájaros y colocándolos uno a uno sobre el cielo de papel.

Para entender la foto dedicada al señor Richardson había que remontarse al día en que Mia, al barrer, había encontrado una ballena para el cuello de la camisa debajo de su cómoda y se la había guardado: él tenía muchas más en una caja que reposaba sobre el mueble, y cada día introducía una en el cuello para endurecerlo. Mientras daba vueltas entre los dedos a la pequeña tira metálica, Mia se había acordado de un experimento que había hecho de niña en clase de ciencias. Más tarde había frotado la ballena con un imán y la había dejado flotando en un plato con agua: la varilla había girado lentamente de un lado a otro hasta apuntar al norte. Con la técnica de larga exposición había captado una silueta borrosa con forma de arco, como las alas de una mariposa espectral, y luego, al pararse la varilla, una línea brillante. Cuando vio la flecha plateada, una figura nítida en medio del agua turbia, el señor Richardson se tocó el cuello de la camisa y se preguntó hacia dónde estaba orientado.

Finalmente, la imagen que más inquietó a la señora Richardson: una pajarera hecha con recortes de papel. La jaula estaba destrozada, como si una criatura poderosa la hubiera reventado al escaparse. Mirando la foto de cerca, la señora Richardson observó que el papel era de periódico, y que Mia, con una navaja, había recortado cuidadosamente una serie de palabras impresas y las había encajado en los huecos que había entre los barrotes. Estaba convencida de que había troceado un artículo suyo, aunque era imposible saber cuál: podía ser la crónica del acto de recaudación de fondos del Nature Center, o la del proyecto «Ciudadanos de patrulla», o el artículo sobre la nueva columnata que se había construido en la ciudad... o cualquiera de los incontables reportajes que había escrito con tanta diligencia como desgana a lo largo de los años: cuando empezó como periodista, no había pensado que fuera a dedicar la mayor parte de su carrera a trabajos así. En la foto, los fragmentos de barrotes se curvaban hacia fuera con elegancia, como pétalos de crisantemo, y en el centro de la jaula había una pequeña pluma dorada. Un ser se había liberado, había salido volando. A Mia, cuando enmarcaba la foto, no se le había ocurrido nada mejor que desearle eso a la señora Richardson.

Faltaba una foto, pero nadie se dio cuenta hasta que la señora Richardson, al levantar la última, descubrió un montón de negativos. El mensaje estaba claro: Mia no pensaba venderlos ni enseñárselos a nadie más, ni siquiera guardarlos

para sacarles algún provecho más adelante. «Son vuestros —parecía decirles—. Estos negativos sois vosotros. Haced lo que queráis con ellos.» Allí estaban sus retratos invertidos: los claros transformados en oscuros y al revés. Pero a uno de ellos no le encontraron la copia correspondiente en la caja. Izzy se la había llevado la noche anterior, cuando entró en el piso y vio que Mia y Pearl se habían marchado sin dejar más que ese sobre con las fotos. Había reconocido la suya enseguida: una rosa negra que reposaba sobre una baldosa de pavimento agrietada. Los pétalos los había recortado Mia de sus botas de cuero negras (sus queridas botas, que la habían hecho sentir tan poderosa, y que su madre había tirado): los exteriores correspondían a sus dedos rasguñados, y los interiores, más oscuros, a las lengüetas de las botas. El cordón, con la punta desgastada, representaba el tallo de la rosa, aunque era quizá demasiado largo. Varias puntadas amarillas, desprendidas de una suela, formaban los delicados hilos de un corazón. Mia había convertido así su aspereza en ternura; la había embellecido. Izzy había metido la foto en su bolso, y después de apagar las luces y cerrar el sobre se había marchado. Su familia se había quedado con el negativo, por lo que no veía más que la minúscula imagen inversa: una flor de color claro, blanca como la luna en su interior, y, detrás, una baldosa gris oscura que parecía el cielo nocturno cubierto de nubes.

El señor Richardson no se enteró hasta media tarde, cuando escuchó el buzón de voz del móvil. El señor McCullough lloraba tanto que casi no se entendía lo que decía. El largo calvario judicial, la sentencia y la rueda de prensa les habían dejado agotados a Linda y a él, y la noche anterior, por primera vez en varios meses, los dos habían dormido profundamente y de un tirón. Por la mañana habían despertado atontados, como ebrios de sueño. La señora McCullough había mirado el reloj de la mesilla: las diez y media. Mirabelle solía despertarse al amanecer y pedir llorando el desayuno y que le cambiaran el pañal, así que, nada más ver los números rojos del reloj, su madre adoptiva se había temido lo peor. Se había levantado de un salto y, sin ponerse siquiera la bata ni las zapatillas, había ido corriendo a la habitación de Mirabelle. Al cabo de un instante, David McCullough (que seguía parpadeando, deslumbrado por el sol de la mañana) la había oído gritar. La cuna estaba vacía. La niña había desaparecido.

La policía tardó un día entero en atar todos los cabos. La puerta corredera del patio trasero estaba abierta, y el pestillo, lleno de huellas. Era un barrio muy seguro; casi no había delincuencia. Además, Bebe había faltado al trabajo y abandonado el piso. Por último, el billete de avión reservado a su nombre: el vuelo era para Cantón y había salido a las once y cincuenta de la noche. El inspector les dijo a los McCullough que era casi imposible localizarla: China era un país muy grande, les informó sin asomo alguno de ironía. Bebe ya habría llegado a Cantón, y ¿quién sabía adónde iría desde allí? Era como buscar una aguja en un pajar. Pueden ustedes arruinarse tratando de dar con ella, les advirtió.

Casi un año después (cuando la casa de los Richardson estaba prácticamente reconstruida, y los McCullough no se habían gastado todo su dinero, pero sí decenas de miles de dólares en detectives y gestiones diplomáticas), la señora McCullough y la señora Richardson quedaron para comer en Saffron Patch. Se habían visto mucho en los meses anteriores, tan azarosos: llevaban muchos años compartiendo las alegrías y las desdichas de la vida, y las seguirían viviendo juntas en el futuro.

—David y yo queremos adoptar un bebé chino. Ya hemos presentado la solicitud —le contó la señora McCullough a su amiga mientras echaba el pollo *tikka masala* en el plato de arroz.

—¡Qué bien! —dijo la señora Richardson.

—Dice la de la agencia de adopción que somos los candidatos perfectos. Cree que en seis meses encontrarán un niño. —Bebió un trago de agua—. Dice además que, tratándose de China, las posibilidades de que la familia del bebé intente recuperar la custodia son casi nulas.

La señora Richardson se inclinó hacia delante y le apretó la mano a su vieja amiga.

—Ese bebé será muy muy afortunado.

Lo que más entristecía a la señora McCullough era que Mirabelle no hubiese gritado cuando Bebe metió las manos en la cuna, cogió a la niña y se la llevó. A pesar de todo (la comida casera y los juguetes y las noches en vela y el amor: a esa niña la quería como nunca había creído posible querer a nadie), se había sentido segura en sus brazos. El siguiente bebé, pensó, vendría de un orfanato, así que no

habría conocido otra madre: sería inapelablemente suyo. Ella no lo conocía, pero ya lo amaba con locura. Procuró no pensar en Mirabelle, la hija que habían perdido y que ahora estaría en un lugar extraño, viviendo otra vida.

Esa última noche, Pearl dejó las llaves en el buzón de los Richardson y se subió al Rabbit. Mientras se alejaban de la casa, le hizo a su madre la pregunta que tenía en la punta de la lengua desde hacía un buen rato:

–¿Y si esas fotos son las que te hacen famosa?

No iba a ocurrir nunca. A Mia se le empezó a formar la idea en la cabeza en el instante en que apagó los faros delanteros: una idea todavía vaga, que no había cristalizado en una imagen, ni mucho menos en palabras. Los Richardson, en efecto, no llegarían a vender las fotos, que con el tiempo se convertirían en recuerdos de familia, reliquias incómodas, eso sí. Sus descendientes acabarían encontrándolas en el desván, guardadas en una caja polvorienta, y se quedarían perplejos, sin saber de dónde habían salido, ni quién las había hecho, ni lo que querían decir.

Mia metió primera velocidad.

–Entonces les deberé mucho más de lo que cuesten las fotos.

Dejaron atrás el estanque de los patos, atravesaron Van Aken y, una vez pasado el circuito de carreras, enfilaron hacia Warrensville Road. Luego saldrían de Cleveland por la autopista.

–Me habría gustado despedirme –dijo Pearl. Pensó en Moody y Lexie y Trip, y en los diferentes hilos que la seguían uniendo a los tres hermanos. A lo largo de los años trataría muchas veces de desenredarlos, pero nunca lo lograría. Eran inextricables–. De Izzy también. Me habría gustado verla una última vez. –Una idea loca le empezó a serpentear en la cabeza–. ¿Por qué no se viene con nosotros? Podría trepar por el porche de atrás y llamar a su ventana y...

–Izzy tiene catorce años, cariño –objetó Mia–. Hay unas leyes.

Sin embargo, mientras se dirigían a la I-480 por Warrensville Road, Pearl se permitió una breve fantasía. Se imaginó a las dos yendo por una de esas carreteras secundarias que tanto le gustaban a Mia, y que atravesaban ciudades pequeñas, localidades con una sola tienda, un solo café y una sola gasolinera. El coche iría levantando una polvadera dorada a su paso. De pronto, al doblar una

curva, mirarían a través de la nube y verían una silueta borrosa al borde del camino. El brazo estirado, el pulgar hacia arriba. Mia reduciría la marcha, y, al disiparse el polvo, las dos reconocerían el pelo alborotado, esa maraña dorada, y sabrían quién era aun antes de ver la cara. Entonces pararían el coche y abrirían la puerta de par en par.

Unas horas más tarde, mientras Mia y Pearl cruzaban al estado de Illinois, Izzy (a la que el pelo le seguía oliendo un poco a humo) se subió a un autobús Greyhound con destino a Pensilvania. En el otro pico de la ciudad, su familia se había juntado al borde del estanque de los patos para ver a los bomberos apagar el incendio. La pequeña de los Richardson tenía en el bolsillo de atrás un papelito doblado con unas señas que había encontrado revolviendo entre los papeles de su madre la noche anterior, después de meter sus cosas en el bolso. «George y Regina Wright, Bethel Park, Pensilvania», decía. También había apuntado un número de teléfono, pero Izzy sabía que con una llamada no iba a averiguar lo que quería. La carpeta que su madre tenía encima de la mesa de su despacho (y que había etiquetado «M. W.» con su esmerada caligrafía) estaba llena de papeles, e Izzy se había sentado en la silla y lo había leído todo bajo la luz de la lámpara, mientras su familia dormía en el piso de arriba. Estaba segura de que George Wright y su mujer, Regina, la ayudarían a localizar a Mia y a Pearl, sabrían adónde se dirigían. Ahora, sentada en el autobús, la cabeza recostada contra la ventanilla, imaginó la escena. Al principio las vería de espaldas, pero enseguida las reconocería, por supuesto. El cuerpo esbelto de Mia, su moño descuidado. Y Pearl junto a ella. Conocía sus siluetas como si las hubiera dibujado una y otra vez hasta aprenderlas de memoria. Iría a su encuentro, y las dos se darían la vuelta y abrirían los brazos y la invitarían a acompañarlas a dondequiera que fuesen.

Esa noche, al acostarse por fin en el apartamento de Winslow Road, la señora Richardson se puso a pensar en su hija pequeña: no dejaría de hacerlo en mucho tiempo. Los ruidos de la casa (el zumbido del frigorífico, el leve rumor de la caldera que había abajo, el crujido de la rama del árbol al rozar el empizarrado) le resultaban extraños. Se levantó, salió del dúplex y se sentó en la escalera de entrada, arrebujiándose bien en el albornoz. Al pisar el cemento lo notó frío y

algo húmedo, como si una niebla se acabara de disipar.

Había pasado el día despotricando contra Izzy en voz alta y para sus adentros. ¿Cómo podía haber hecho algo así? Se iba a enterar cuando diesen con ella. La castigaría sin salir de por vida. No, la mandaría a un internado. O a una escuela militar. O a un convento. De hecho, había pensado en decirle a la policía que no la soltaran: en la cárcel aprendería que los actos tienen consecuencias. Su marido y sus hijos, acostumbrados a sus diatribas contra Izzy, se limitaron a asentir con la cabeza y la dejaron desahogarse. Pero esta vez era distinto. Izzy había rebasado todos los límites, y ahora nadie sabía dónde estaba. Poco a poco se iban haciendo todos a la idea de que se había marchado y posiblemente no volvería nunca.

La policía la andaba buscando, por supuesto. Había alertado de su desaparición: la joven había huido del hogar y podía estar en peligro. Los días siguientes, la señora Richardson les entregaría fotos suyas para carteles y tablones de anuncios y hablaría uno a uno con todos sus amigos y compañeros, buscando alguna pista sobre su paradero. Pero quienes podían saber algo, pensó, ya se habían marchado de la ciudad.

Observó la calle. Todas las casas parecían iguales, pero dentro habría toda clase de gente: algunos vecinos serían felices; otros, por el contrario, se refugiarían allí de algo, o acaso se estuviesen preparando para salir al mundo en busca de una vida mejor. Detrás de esas puertas transcurrían tantas vidas de las que nunca llegaría a saber nada.

Eran casi las doce cuando un coche pasó por Winslow Road a toda velocidad y con las luces de cruce encendidas, como si el conductor se dirigiese a una cita importante, y luego desapareció en la oscuridad de la noche. La señora Richardson pensó que los vecinos seguramente la tomarían por loca si la viesan sentada en la escalera a esas horas; pero esta vez le daba lo mismo. Ya se le había pasado la rabia que había sentido todo el día, como el calor vespertino que remite al anochecer. No quedaba más que un pensamiento frío y cristalino como una estrella: Izzy se había marchado. Su hija pequeña siempre la había sacado de quicio, aun antes de que naciera, y en ese instante, la señora Richardson se dio cuenta de que detrás de todos sus enfados estaba el miedo a perderla. Acababa de ocurrir lo que siempre había temido. De la garganta le brotó un gemido agudo, como un cuchillo.

Imaginó a su hija allí fuera, perdida en el mundo, y, por primera vez, el corazón se le empezó a despedazar. Izzy: la niña que tantos disgustos le había dado, que nunca había dejado de preocuparla ni de contrariarla, y cuya inagotable energía la había impulsado finalmente a huir, a alzar el vuelo. Su hija, cuyo carácter siempre había creído opuesto al suyo, llevaba sin embargo esa chispa heredada de su madre y que esta había sofocado hacía tiempo. La señora Richardson pensó –y lo seguiría haciendo durante muchos años– en la fotografía que había visto esa mañana, la de la jaula que contenía una única pluma dorada. ¿Era un retrato suyo, o de su hija? ¿Quién era ella, el pájaro que intentaba escapar, o la jaula que lo encerraba?

La policía daría con Izzy, pensó, y su hija acabaría compensando su mala acción: no sabía bien cómo, pero estaba convencida de que lo haría. ¿Y si no la localizaban? Entonces la buscaría ella, y daba lo mismo el tiempo que tardara en encontrarla. Puede que transcurrieran varios años y que las dos cambiaran, pero estaba segura de que seguiría reconociendo a Izzy y también a sí misma. Pasaría meses, años, el resto de la vida intentando localizar a su hija, observando detenidamente a todas las jóvenes que se encontraba, buscando una chispa familiar en los rostros de mujeres desconocidas.

## Agradecimientos

EN PLENA GIRA DE PRESENTACIÓN DE MI PRIMERA NOVELA, *Todo lo que no te conté*, alguien me dijo que había contado sesenta y cinco personas en el capítulo de agradecimientos. «¿Por qué tantas?», me preguntó. Le expliqué que, si bien mi nombre era el único que aparecía en la portada, había contado, en efecto, con la colaboración de muchas personas, y que sin ellas no habría podido escribir el libro. En esta, mi segunda novela, la deuda se ha hecho aún mayor.

Estoy agradecida una vez más a mi extraordinaria agente, Julie Barer, y a todos cuantos trabajan en The Book Group. Mi editora, Virginia Smith Younce, que nunca pierde la calma, enriqueció el libro con sus sabios consejos, y Jane Carolina corrigió meticulosamente la cronología y las cursivas. Juliana Kiyon, Anne Badman, Sarah Hudson, Matthew Boyd, Scott Moyers, Ann Godoff, Kathryn Court, Patrick Nolan, Madeline McIntosh y el resto del equipo de Penguin Press y Penguin Books han llevado a cabo una labor editorial admirable. Les doy a todos las gracias por su apoyo.

Mis alumnos del taller literario, The Chunky Monkeys (Chip Cheek, Calvin Hennick, Jennifer De Leon, Sonya Larson, Alexandria Marzano-Lesnevich, Whitney Scharer, Adam Stumacher, Grace Talusan y Becky Tuch), fueron los primeros en leer la novela, y sus correos electrónicos me dieron ánimos para terminarla. Gracias, una vez más, a Ayelet Amittay, Anne Stameshkin y mis demás compañeros del Máster de Bellas Artes: sin vuestro estímulo no podría hacer lo que hago. Jes Häberli y Danielle Lazarin: os voy a enviar una furgoneta con donuts. Aquellas amigas mías que no se dedican a la escritura me han ayudado a conservar el sentido de la realidad. Quiero mencionar en especial a Katie Campbell, Samantha Chin y Annie Xu: parece mentira que todavía me soporten.

Muchas gracias a mis lectores: a los de esta novela y los de la anterior, y a quienes me han escrito cartas y correos electrónicos o pasado notas en los actos de presentación o conversado conmigo mientras les firmaba mis libros. Me faltan palabras para expresarles lo agradecida que estoy. Tampoco quiero olvidarme de los amigos que he hecho en Twitter, y que me cautivan todos los días con su inteligencia, su humor y su amabilidad.

Finalmente, y por encima de todo, estoy agradecida a mi familia. Lily e Yvonne Ng me

animaron a escribir desde niña. Sin vosotras no sería quien soy... en sentido literal y figurado. Mi marido Matt creyó en mí como escritora mucho antes que yo, y siempre insistió en que me dedicara a esto. Gracias por todo lo que haces, y gracias también a mi hijo, que sigue siendo mi mejor obra.

## Créditos

### ALBA CONTEMPORÁNEA

Título original: *Little Fires Everywhere*

© Celeste Ng, 2017

© de la traducción: Pablo Sauras

© de esta edición: **Alba editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

**www.albaeditorial.es**

Diseño: Pepe & James

Primera edición: octubre de 2017

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-361-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

## ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta [www.albaeditorial.es](http://www.albaeditorial.es)

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

[info@albaeditorial.es](mailto:info@albaeditorial.es)

## Notas

- <sup>1</sup> Cleveland Indians, un equipo de béisbol. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor.*]
- <sup>2</sup> Diminutivo de Cleveland Cavaliers, otro equipo de la misma ciudad.
- <sup>3</sup> *Dark* tiene aquí el sentido de «siniestro».
- <sup>4</sup> Cliff y Clair Huxtable, el matrimonio protagonista de *La hora de Bill Cosby*, la famosa serie de televisión de la década de 1980.
- <sup>5</sup> La Universidad Denison también está en el estado de Ohio.
- <sup>6</sup> La Universidad Case Western Reserve, en Cleveland.
- <sup>7</sup> El programa de estudios *Advanced Placement* (AP) ofrece a los estudiantes con las mejores calificaciones una serie de asignaturas de nivel universitario, como historia de Europa, microeconomía y estadística.
- <sup>8</sup> Esta serie de cuentos infantiles tiene por protagonista a una niña que vive en el último piso del hotel Plaza, en Nueva York.
- <sup>9</sup> El Standard Aptitude Test, un examen estandarizado que hacen muchos estudiantes en Estados Unidos para acceder a la universidad.
- <sup>10</sup> La Marcha sobre Washington por el trabajo y la libertad, que tuvo lugar el 28 de agosto de 1963, y en la que Martin Luther King pronunció el célebre discurso con la frase «Tengo un sueño».
- <sup>11</sup> El nombre juega con el verbo *purr*, que significa «ronronear».
- <sup>12</sup> Este restaurante de Cleveland se llama así en honor de los miembros de la 100.<sup>a</sup> División de Bombardeiros que lucharon en la Segunda Guerra Mundial.
- <sup>13</sup> Personaje del musical *Guys and Dolls*. (Lexie participa en el montaje que hace el colegio de la obra.)
- <sup>14</sup> La máxima categoría de la liga universitaria estadounidense.
- <sup>15</sup> Dick Blick es una cadena de tiendas de material de bellas artes.
- <sup>16</sup> La gran sequía que azotó varias regiones de Estados Unidos en la década de 1930.
- <sup>17</sup> La Health Insurance Portability and Accountability Act (HIPAA), aprobada en 1996, protege la confidencialidad de los historiales médicos.